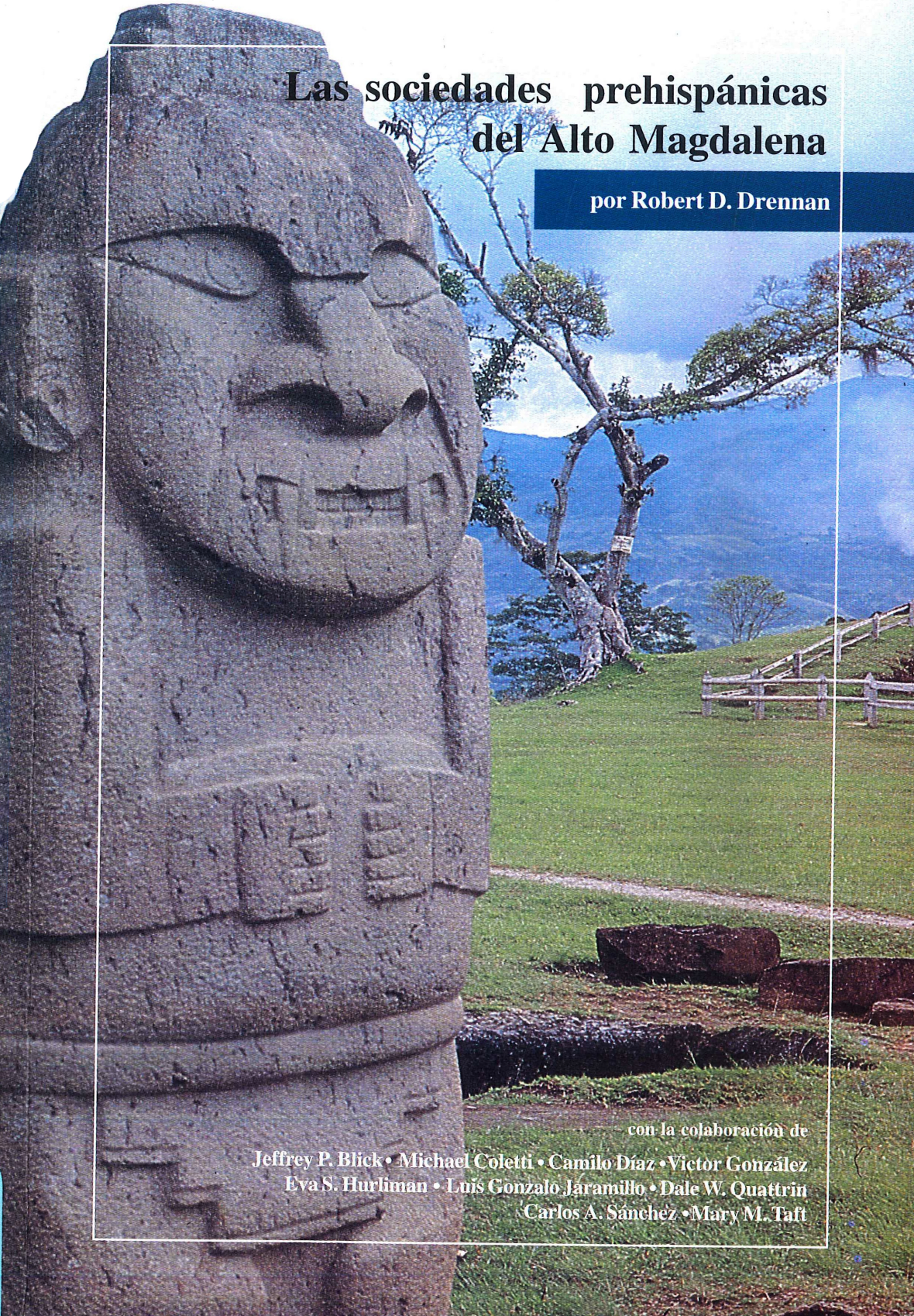
Las sociedades prehispánicas del Alto Magdalena

por Robert D. Drennan

con la colaboración de
Jeffrey P. Blick • Michael Coletti • Camilo Díaz • Víctor González
Eva S. Hurliman • Luis Gonzalo Jaramillo • Dale W. Quattrin
Carlos A. Sánchez • Mary M. Taft



Las sociedades prehispánicas del Alto Magdalena

Instituto Colombiano de Antropología e Historia, ICANH

María Victoria Uribe Alarcón
Directora

Víctor González Fernández
Coordinador Grupo de Arqueología y Patrimonio

Nicolás Morales Thomas
Coordinador Publicaciones

© Las sociedades prehispánicas del Alto Magdalena

Diseño y diagramación
Magdalena Monsalve

Finalización
Pull Digital E.U.

Foto Portada
Víctor González Fernández

Impreso por La Imprenta Nacional
Bogotá, Colombia 2000

© Robert D. Drennan
© Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH)
ISBN 958-96930-3-2

El trabajo intelectual contenido en esta obra se encuentra protegido por una licencia de Creative Commons del tipo Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional".
Para conocer en detalle los usos permitidos consulte el sitio web https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es

Las sociedades prehispánicas del Alto Magdalena

por Robert D. Drennan

con la colaboración de

Jeffrey P. Blick • Michael Coletti • Camilo Díaz • Víctor González
Eva S. Hurliman • Luis Gonzalo Jaramillo • Dale W. Quattrin
Carlos A. Sánchez • Mary M. Taft

Contenido

Prefacio 1

Capítulo uno

La reconstrucción arqueológica de las sociedades del Alto Magdalena 5

Capítulo dos

Una escala pequeña de análisis: estatuas y tumbas 15

Capítulo tres

Dos escalas: La estructura individual y la macroregión 35

Capítulo cuatro

Escala regional I: Distribución de ocupación en el Valle de la Plata 41

Capítulo cinco

Escala regional II: La zona occidental del Valle de la Plata 67

Capítulo seis

Comunidades en contexto regional: San Agustín e Isnos 93

Capítulo siete

Transformaciones: El Formativo y el Reciente 119

Capítulo ocho

El Alto Magdalena y otras regiones 129

.....

Bibliografía 139

Prefacio

Este libro es el producto de más de 15 años de colaboración en la investigación arqueológica. Sus autores han realizado diversos estudios cuyos resultados están integrados en los capítulos siguientes. En algunos casos es la primera vez que sus resultados se publican. Compartimos muchas perspectivas arqueológicas, pero no estamos completamente de acuerdo sobre cada implicación de las investigaciones en las cuales hemos colaborado. Por lo tanto, asumo responsabilidad personal por las conclusiones presentadas. Los otros autores han aportado con sus investigaciones y análisis independientes, y han participado en la preparación de este texto. Esta obra no habría sido posible sin la colaboración activa de todos. Por los errores o las conclusiones mal sostenidas que se encuentren, la culpa es mía.

La colaboración investigativa se llevó a cabo desde 1984 como el Proyecto Arqueológico Valle de la Plata y después de 1993 como el Programa de Arqueología Regional en el Alto Magdalena. Este programa ha recibido apoyo institucional de la Universidad de los Andes, la Universidad de Pittsburgh, el Instituto Colombiano de Antropología e Historia, y la Universidad Nacional de Colombia. Numerosos estudiantes de las Universidades de los Andes, Nacional, de Pittsburgh, de Antioquia, y del Cauca han participado en el trabajo de campo, que no habría sido posible sin la cooperación amistosa de las autoridades y los residentes de los municipios de La Argentina, La Plata, Paicol, Tesalia, Nátaga, San Agustín, e Isnos, en el sur del Departamento del Huila. Todos agradecemos la colaboración y ayuda generosa que hemos recibido de numerosas personas que no podemos nombrar aquí.

Se pueden enumerar las investigaciones realizadas de manera independiente por los distintos autores que aportan a la reconstrucción presentada aquí. Los reconocimientos regionales en el Valle de la Plata y en San Agustín-Isnos, los reconocimientos intensivos en San Agustín-Isnos, y las excavaciones estratigráficas en el Valle de la Plata fueron financiados por la National Science Foundation (Grants BNS-8518290, BNS-9005883, y SBR-9412141) y la National Endowment for the Humanities (Grant RO-2115286). Dos sectores del reconocimiento regional en el Valle de la Plata fueron llevados a cabo por Gonzalo Jaramillo y Carlos Sánchez con el apoyo de la Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales del Banco de la República. Dos sectores del reconocimiento regional en la zona de San Agustín-Isnos fueron realizados por Carlos Sánchez y Víctor González con financiación del entonces Instituto Colombiano de Antropología. Camilo Díaz completó el análisis de los datos del reconocimiento regional en la zona central del Valle de la Plata como una investigación de maestría, y Michael Coletti llevó a cabo el análisis de los datos de la zona oriental como un proyecto de investigación de pregrado.

Mary Taft estudió los patrones de producción y distribución de la cerámica en el Valle de la Plata como una investigación doctoral (Taft 1991, 1993). La investigación de maestría de Eva Hurliman consistió en un análisis de composición de una muestra de obsidiana del Valle de la Plata. Jeffrey Blick excavó una muestra de unidades domésticas en el Valle de la Plata, también como una investigación doctoral, con el apoyo de la National Science Foundation (Grant BNS-9007628) (Blick 1993). Una muestra semejante de unidades domésticas, pero pertenecientes al Formativo fue investigado por Gonzalo Jaramillo para su tesis doctoral, con financiación de la Wenner-Gren Foundation (Grant Gr. 5462) (Jaramillo 1994, 1996). Dale Quattrin estudió la posibilidad de una economía vertical en el Valle de la Plata como investigación doctoral patrocinada por la National Science Foundation (Grant SBR-9120749) (Quattrin 1995, 2000), y llevó a cabo buena parte de los análisis de la distribución de ocupación en la zona occidental del Valle de la Plata. El estudio detallado de la comunidad de Mesitas constituyó la investigación doctoral de Víctor González, y fue posibilitado por la financiación recibida del National Science Foundation (Grant SBR-9632597), de la Wenner-Gren Foundation (Grant Gr. 6097), y de Colciencias (González 1998). Carlos Sánchez dirigió los reconocimientos regionales e intensivos en el campo en el municipio de Isnos, y ha investigado (y actualmente está investigando) la zona dedicada a la agricultura intensiva en La Marquesa con el apoyo del Instituto Colombiano de Antropología e Historia y la Universidad Nacional de Colombia.

Finalmente agradezco a Christian Peterson su ayuda con la preparación de las ilustraciones que aparecen en este volumen.

Robert D. Drennan
Agosto, 2000

Las sociedades prehispánicas del Alto Magdalena

1. La reconstrucción arqueológica de las sociedades del Alto Magdalena

El propósito de este pequeño libro es presentar un resumen y síntesis de lo que sabemos de la naturaleza y desarrollo de las sociedades prehispánicas del Alto Magdalena de Colombia (Figuras 1 y 2), desde la perspectiva adoptada por los autores y otros colaboradores en un programa de investigación arqueológica en la región desarrollado durante los últimos 15 años. En el proceso delineamos la perspectiva que compartimos sobre los objetivos y métodos de la investigación arqueológica y discutimos cómo se deriva de ella el diseño de las investigaciones que hemos llevado a cabo.

Tratamos de exponer tanto las metodologías que hemos utilizado como sus resultados, pero hemos escogido el formato de resumen y síntesis que incluye también información proveniente de los estudios realizados y publicados por muchos otros investigadores en el Alto Magdalena. Hemos seguido este camino porque no creemos que los resultados de nuestras investigaciones reemplacen los anteriores, sino que los complementan. En realidad no nos habría sido posible diseñar ni llevar a cabo nuestros estudios sin tener como base los conocimientos producidos por las investigaciones anteriores. Así, para considerar porqué hemos hecho lo que hicimos y cómo aporta a nuestra comprensión de las sociedades prehispánicas de la región, es necesario presentar una discusión que integre los resultados de nuestros trabajos con los de otros investigadores.

La reconstrucción social en la arqueología

Partimos del supuesto que las reconstrucciones de las sociedades prehistóricas que hacemos mediante la arqueología nunca son definitivas. Por lo tanto consideramos tentativa la reconstrucción arqueológica de las sociedades del Alto Magdalena que aparece en las páginas siguientes. La ofrecemos para que sea elaborada, ampliada, modificada, corregida, y/o descartada en el futuro, a medida que lo permita el avance del estudio empírico de los vestigios arqueológicos de la región.

Así es la arqueología en general, pero en este caso hay otra razón especial por la cual las conclusiones presentadas deben ser consideradas como tentativas. El programa de investigaciones en el cual hemos colaborado continúa actualmente. Hemos realizado estudios en el campo cuyos resultados no han sido analizados todavía, y otros trabajos de campo están programados. Es de esperar que estos esfuerzos en curso producirán nuevos datos relevantes a las conclusiones presentadas aquí—datos que, en este momento, no podemos tomar en cuenta.

Sin embargo, no queremos aplazar la presentación de una síntesis de nuestros resultados hasta que hayamos "terminado" con el estudio. Hemos programado nuestra investigación a largo plazo porque el estudio arqueológico de las sociedades prehistóricas es muy lento, y es importante asegurar una continuidad de orientaciones, objetivos y

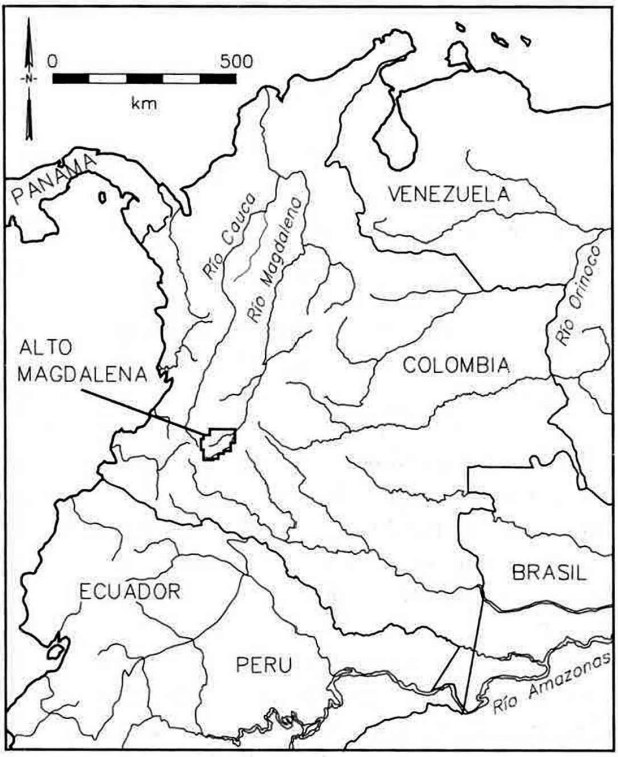


Figura 1. Ubicación del área de estudio en el Alto Magdalena

métodos para poder reconstruir los aspectos importantes de la organización social, política, económica y cultural. Como ocurre frecuentemente en tales proyectos arqueológicos, nos hemos dado cuenta que cada vez que encontramos una respuesta adecuada para una de nuestras preguntas de investigación surge toda una serie de nuevos interrogantes. Así se mide el avance de la arqueología—con las nuevas preguntas más puntuales y más sofisticadas que se logran hacer. En este sentido, jamás se termina. Sin embargo, de vez en cuando es necesario detenerse para consolidar y sintetizar resultados y para considerar las direcciones más productivas para futuras investigaciones. Aprovechamos uno de estos momentos para escribir esta obra y presentar nuestras ideas al público, esperando que así también se estimule la discusión y el debate de los cuales la investigación arqueológica se nutre. Nos atrevemos, entonces, a presentar esta reconstrucción, a pesar de que incluye varios aspectos preliminares, corriendo así el riesgo que nuestros planteamientos sean tomados demasiado en serio. La otra alternativa sería no presentarla, y esto nos parece peor.

Aunque hemos calificado esta síntesis como "tentativa", tampoco consiste en ideas sin base empírica. Las reconstrucciones sociales que planteamos son el producto de todo un siglo de investigación arqueológica en el Alto Magdalena. Tratamos de exponer aquí los argumentos por medio de los cuales las observaciones arqueológicas empíricas apoyan las conclusiones. Este libro, sin embargo, no es un informe completo sobre

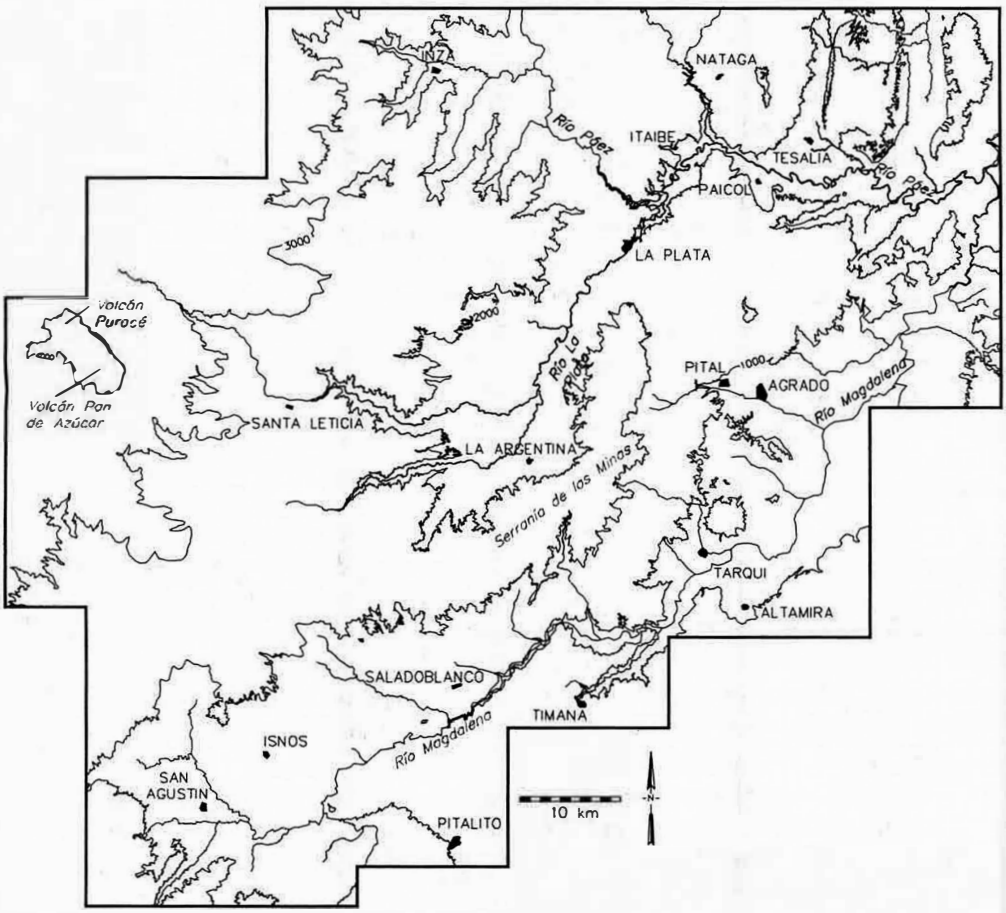


Figura 2. Mapa del área de estudio en el Alto Magdalena

las investigaciones que hemos realizado. Para la presentación completa de los resultados de la investigación arqueológica se requiere de más espacio. Los informes completos correspondientes a algunas de las investigaciones a las cuales nos referimos aquí ya han sido publicados (Drennan, ed., 1985; Herrera, Drennan, y Uribe, eds., 1989; Drennan, Taft, y Uribe, eds., 1993; Jaramillo 1996; Quattrin 2000) y otros están todavía en prensa y en preparación.

Podemos plantear algunos aspectos de nuestra reconstrucción social con mucha confianza porque están bien apoyados en la información empírica. Surgen dudas acerca de otros aspectos, por lo que algunos elementos de la reconstrucción sólo deben ser considerados como sugerencias indicadas tentativamente por los datos arqueológicos. Estos últimos aspectos se plantean más como hipótesis para la investigación en el futuro que como conclusiones a los estudios ya realizados, aunque estos estudios los sugieren. Tratamos de resumir y evaluar de manera abierta las evidencias que apoyan a los distintos elementos de nuestra reconstrucción para que el lector pueda desarrollar su propia opinión bien informada.

A pesar del énfasis que hemos puesto en lo tentativo de nuestra reconstrucción, es claro que el siglo XX representa gran progreso en la arqueología del Alto Magdalena. El que lo dude sólo tiene que considerar qué es lo que se planteaba acerca de los habitantes prehispánicos del Alto Magdalena en 1900, y compararlo con lo que se pudo plantear en 1925, 1950, 1975, y 2000. La serie de investigaciones arqueológicas llevadas a cabo durante los últimos 100 años nos ha enseñado mucho. Los avances en las reconstrucciones sociales que se han hecho se deben no sólo a cambios de moda teórica, sino también a una acumulación de observaciones arqueológicas cada vez más sofisticadas. Asumimos que este progreso continuará en el futuro, aunque esto implica que lo que ofrecemos aquí llegará a parecer muy simplista, comparado con lo que se escribirá en 2025, 2050, 2075, o 2100. La arqueología avanza paso a paso y cada uno se da con la consolidación de lo que supuestamente se entiende en cierto momento, síntesis que se convierte de inmediato en lo que se mejora en la próxima etapa de investigación.

Conceptos básicos: *sociedad* y *cacicazgo*

Hemos enfocado nuestras investigaciones en el concepto de *sociedad* porque buscamos uno más inclusivo que el de *cultura*. La aplicación del concepto de *cultura* en la arqueología se ha concentrado mucho en la descripción de características estilísticas de artefactos. Como éstos no tienen relación directa con los sistemas de creencias compartidas, que son tan importantes al concepto de cultura en la antropología cultural, el estudio de las *culturas arqueológicas* resulta muy diferente a lo que hace el antropólogo cultural. En el peor de los casos, el concepto de cultura no funciona sino como excusa por quedarnos en el mundo de la descripción de los tiestos y nos aleja más y más del estudio de los seres humanos que nos dejaron los restos materiales que podemos observar (Langebaek 1996:13–18). Aunque aquí utilizamos el concepto de *cultura arqueológica* para ciertos fines, puede ser que en el año 2000 este concepto dificulte más que facilite la arqueología antropológica. De todos modos, nuestra reconstrucción se elabora más en términos de comportamiento humano que en términos de sistemas de creencias. El marco teórico de nuestras investigaciones se caracteriza más bien como un intento de reconstruir los patrones de organización social, política, económica y cultural de los habitantes prehispánicos del Alto Magdalena, región de cierta homogeneidad cultural durante buena parte de su secuencia.

Damos por sentado que es interesante e importante reconstruir las sociedades prehispánicas del Alto Magdalena para poder compararlas con las de otras regiones (colombianas y de otros países) cuyas secuencias presentan semejanzas o diferencias, con el objetivo de entender mejor las fuerzas que influyen en el cambio social. Así la arqueología del Alto Magdalena se inscribe dentro del contexto del estudio de las "sociedades complejas" o "cacicazgos", y la determinación de los aspectos de las sociedades que nos interesan especialmente se deriva de los temas teóricos que surgen durante el proceso de tal estudio comparativo (Drennan 1987, 1991, 1992, 1993b, 1995a, 1996a, 1996b).

Como la palabra *cacicazgo* ha acumulado tantas definiciones e implicaciones inconsistentes, no sobra especificar qué es lo que queremos decir cuando la aplicamos a las sociedades del Alto Magdalena. Caracterizamos estas sociedades como cacicazgos porque tienen cierta jerarquía social (no son igualitarias) pero carecen de las evidencias

de las administraciones especializadas o burocráticas que se observan con frecuencia en las sociedades que los antropólogos suelen describir como estados (Drennan y Uribe 1987). La caracterización de las sociedades del Alto Magdalena como cacicazgos no es en ningún sentido un resultado ni una conclusión de nuestras investigaciones. Al contrario, es un punto de partida.

Esta caracterización no depende de datos recientes; ya se supo en 1900 lo que se necesita para sugerirla. Los montículos funerarios y las estatuas que los acompañan— reportados por Juan de Santa Gertrudis en 1758 (Santa Gertrudis 1970)— son evidencias muy típicas del tratamiento acordado a las elites en las sociedades jerárquicas. Tales vestigios arqueológicos son muy obvios, aún en regiones que no han sido investigadas arqueológicamente, y generalmente son tomados como indicaciones de la diferenciación social en la cual consiste la jerarquía. Sin embargo, la escala de estos complejos de tumbas y estatuas como obras públicas es mucho más pequeña que la de las obras públicas realizadas por la gran mayoría de los estados conocidos arqueológicamente.

Con base en los conocimientos arqueológicos más rudimentarios del Alto Magdalena, se puede entonces plantear que se trata de una secuencia de desarrollo de sociedades con cierta complejidad de organización y jerarquía social pero no mucha, comparada con los estados prehistóricos muy desarrollados. No queremos decir nada más cuando las describimos como *cacicazgos*. Esta descripción no implica absolutamente nada acerca de patrones específicos de parentesco, de economías redistributivas, de organización teocrática, de control económico o la falta de la misma, etc. Con la caracterización de *cacicazgo* sugerimos en forma aproximada con qué sociedades debemos comparar las del Alto Magdalena, es decir, con las del Formativo mesoamericano, por ejemplo, Mississippian estadounidense, o de la Edad de Bronce europea; y no con las del Clásico mesoamericano, o del período dinástico de Egipto, o de la dinastía Zhou en la China. Después de caracterizar las sociedades del Alto Magdalena como cacicazgos, queda por estudiar todavía el carácter de la aparente jerarquía social (si se trata de una jerarquía religiosa o espiritual, de prestigio social, de control económico). Igualmente quedan por investigar todos los aspectos de la organización de la producción y distribución de bienes, del carácter del liderazgo político, y de la ideología que apoya estas estructuras. Existe inclusive la posibilidad de descubrir evidencias que contradigan la caracterización inicial de estas sociedades como cacicazgos. En este sentido nuestra perspectiva concuerda con la de Gnecco (1996): todavía nos falta mucho para documentar adecuadamente la naturaleza de las sociedades prehispánicas del Alto Magdalena y otras zonas del suroccidente colombiano.

La idea inicial de que se trata de una secuencia de desarrollo de cacicazgos sirve para enfocar y diseñar la investigación. Será interesante, por ejemplo, investigar cómo es que los personajes enterrados en las tumbas monticulares creaban y mantenían sus posiciones de alto rango. ¿Se trata de caciques o capitanes? ¿Chamanes o sacerdotes? ¿Gente de gran riqueza personal, de mucho poder político o ritual, o de prestigio social sin poder? Estas no son preguntas que se hacen en el estudio de una secuencia que no incluye el desarrollo de cierta complejidad social o, por decirlo así, en la cual no se trata del desarrollo de cacicazgos. Según las indicaciones iniciales de la naturaleza de la secuencia del Alto Magdalena, estas preguntas parecen apropiadas e interesantes, para documentar mejor con el estudio de este caso, el rango de variación en la organización de las sociedades con aproximadamente este grado de complejidad.

Escalas de análisis

La idea de diferentes escalas de análisis ha sido fundamental desde hace varias décadas en las investigaciones arqueológicas sobre patrones de asentamiento. Mayer-Oakes (1960:167) y Sears (1961:226) contrastaron la organización de una comunidad (o sitio arqueológico) con los patrones de distribución de comunidades o sitios dentro de una zona. Trigger (1968:55) agregó una tercera escala—la de la estructura individual—para completar un esquema que Parsons (1972) adoptó para reseñar los logros de la investigación arqueológica de los patrones de asentamiento, dividiéndolos en estudios de "la estructura individual", "el asentamiento", y "la región". Obviamente las relaciones inter-regionales también han desempeñado un papel importante en los modelos arqueológicos, aunque no nos acostumbramos a extender el concepto de patrones de asentamiento a una escala tan grande. No obstante, Flannery dividió el análisis del Formativo mesoamericano en cinco escalas: la unidad doméstica, la comunidad, el área de captación de la aldea, la región, y las redes inter-regionales (Flannery, ed., 1976).

No importa mucho si el rango de escalas se divide en dos, tres, cuatro o cinco—entre otras cosas, será conveniente subdividir el rango de escalas de análisis de manera diferente en estudios de distintos períodos y regiones—pero el gran rango de escalas que el estudio arqueológico abarca tiene fuertes implicaciones metodológicas y teóricas.

Kowalewski (1990:207–209) llamó la atención especialmente el hecho de que los fenómenos estudiados por los arqueólogos son de tamaños muy variados y de que la investigación de una variedad tan grande de escalas requiere de igual variedad de métodos. La metodología de la excavación está bien establecida para lo que Trigger y Parsons llamaron la escala de la estructura individual. Los avances de los años recientes en la arqueología de la unidad doméstica (*household archeology*) sirven como un ejemplo que demuestra los resultados de una metodología muy desarrollada para el estudio de esta escala pequeña (ver, por ejemplo, Manzanilla, ed., 1986; Wilk y Ashmore, eds., 1988; Santley y Hirth, eds., 1993). La metodología del reconocimiento regional también es bien conocida, y ha sido aplicada a una serie de regiones en distintas partes del mundo (ver, por ejemplo, Fish y Kowalewski, eds., 1990).

Para el estudio de los fenómenos más grandes que las estructuras individuales pero no tan grandes como las regiones (la escala del asentamiento o la comunidad) no tenemos a nuestra disposición una metodología tan estándar (Kowalewski 1990:210; Killion *et al.* 1989:275–277), aunque se han realizado varias clases de estudios comprensivos de comunidades desde aldeas muy pequeñas (ver por ejemplo, Drennan 1976a) hasta ciudades mucho más grandes (ver, por ejemplo, Millon 1973; Moseley y Day, eds., 1982). La investigación de la escala geográfica grande que incluye varias regiones ha dependido tradicionalmente de la comparación de estilos de artefactos que culmina en una definición de "culturas arqueológicas", "horizontes", o "tradiciones"—conceptos más adecuados a los modelos difusionistas de las primeras décadas del siglo XX que a la reconstrucción de la organización humana que nos interesa más a principios del siglo XXI. Como ya se ha anotado, nuestra perspectiva no enfatiza estos conceptos. (Para una discusión más amplia de este tema, véase Langebaek 1996, y para un contraste de perspectivas adoptadas en el estudio del Alto Magdalena, véase Llanos 1996 y las publicaciones ahí citadas, tales como Reichel-Dolmatoff 1982 y Duque 1964.)

Ciertas perspectivas teóricas se han vinculado especialmente a distintas escalas de estudio. Como observó Trigger (1968:54), un determinismo medioambiental se asoció al estudio de patrones regionales de asentamiento en los años 50 y 60 mientras que la escala de la comunidad se relacionó más fuertemente con la organización social, política o religiosa. De Montmollin (1988:155) argumenta que las escalas mayores de análisis son más importantes para la evaluación de modelos sustantivistas que se enfocan en las estructuras institucionales de la sociedad. Por otro lado, las escalas menores de análisis tienen una relevancia ineluctable para los modelos formalistas, con su énfasis en los motivos, las decisiones, y las acciones de individuos.

A pesar de estos enlaces entre posiciones teóricas y escalas de análisis, partimos aquí del supuesto que cualquier estudio arqueológico que no analice la organización a varias escalas es incompleto y corre el riesgo de llegar a conclusiones equivocadas por ignorar aspectos fundamentales de los hechos sociales que no son observables a una sola escala. Esto nos parece una implicación inevitable del argumento de Bermann (1994:3–10) que los "procesos regionales" pueden (y deben) ser estudiados por medio de investigaciones a escala regional tanto como a la escala de la unidad doméstica porque dichos procesos tienen sus impactos (que podemos observar arqueológicamente) sobre una variedad de escalas. De igual manera, los efectos de las acciones de individuos y familias pueden acumularse hasta producir cambios en los patrones de organización regional, cambios que jamás se comprenderán sin que se tome en cuenta todo el rango de escalas desde el individuo o la familia hasta la región y sus relaciones con regiones vecinas.

En conjunto con otros colaboradores, los autores de este libro hemos tratado de aplicar estas ideas en las investigaciones arqueológicas que hemos realizado en el Alto Magdalena. Intentamos así lograr una reconstrucción social que le dé espacio a fenómenos sociales, políticos, económicos, y culturales en todo el rango de escalas en las cuales aparezcan, y en donde quepa el análisis no sólo de la acción individual sino también de las estructuras regionales y supra-regionales dentro de las cuales los individuos toman sus decisiones. Al mismo tiempo, esta investigación multi-escalar permite el desarrollo de varias distintas líneas independientes de evidencias relevantes a los diferentes aspectos de la reconstrucción social. Tampoco es novedosa la idea de que los estudios que se realizan a diferentes escalas proporcionan líneas independientes de evidencia que se complementan para revelar distintos aspectos de la sociedad prehistórica y que se pueden combinar para llegar a una comprensión más completa y más confiable de los procesos de cambio social (Sears 1961:226; Gnecco 1996:62). Sin embargo, no son muchas las regiones del mundo donde la programación de la investigación arqueológica ha aprovechado fuertemente las oportunidades que presenta el estudio integrado a todo el rango de escalas (ver, por ejemplo, Wolf, ed. 1976; Kowalewski 1990:208; Feinman 1991:233; de Montmollin 1988, 1995).

En este libro enfatizamos las diferentes escalas de investigación arqueológica en el Alto Magdalena. Sin embargo, no hemos organizado la presentación por orden de escalas, empezando o con la escala más grande o con la más minuciosa y procediendo hacia el otro extremo. La presentación sigue un orden más o menos histórico, es decir, en términos de la historia de la realización de los varios estudios arqueológicos, a pesar de que esta organización nos obliga a saltar de una escala muy pequeña a una muy grande para volver más tarde a la pequeña. Hemos escogido este orden histórico para

facilitar la consideración del diseño de la investigación. Así vemos la importancia de la complementaridad entre las investigaciones a diferentes escalas, tanto las realizadas por los autores de este libro como las de los numerosos otros colegas que han estudiado (y que siguen estudiando) la prehistoria del Alto Magdalena. Así también podemos considerar cómo se ha acumulado la información arqueológica sobre el Alto Magdalena y porqué decidimos realizar los estudios específicos que llevamos a cabo en un momento dado, y no otras clases de investigación arqueológica.

Cronología

La mayor parte de esta presentación concierne al período Clásico Regional—el período que ha sido más estudiado en el Alto Magdalena por los arqueólogos hasta el momento y el período cuyos vestigios llamaron por primera vez la atención sobre la arqueología de la región. Se sabe que la mayoría de la producción de la estatuaria y de los montículos funerarios de la región ocurrió durante el período al cual se ha dado este nombre. La cerámica de este período ha sido caracterizada, de manera que puede servir como buen indicador para el fechamiento relativo de sitios y con base en la técnica de radiocarbono, este período se ha ubicado durante los primeros ocho o nueve siglos d.C. Estos conocimientos se deben a una serie de investigaciones, entre las cuales se destacan las de Duque Gómez (1964), Reichel-Dolmatoff (1975), y Llanos (1988, 1990, 1993, 1996). La reconstrucción social presentada aquí es, más que todo, un intento por delinear la naturaleza de las sociedades de este período. Concluimos con una consideración sobre el período Formativo y los antecedentes de las sociedades del Clásico Regional y y sobre el período Reciente y las posibles fuerzas que influyeron en los cambios ocurridos al final del período Clásico Regional.

Utilizamos las palabras *Formativo*, *Clásico*, y *Reciente* simplemente para indicar ciertos bloques de tiempo (Figura 3). Su definición está basada en la cerámica. Aunque resulta que la mayoría de las estatuas famosas de la región y los montículos funerarios asociados a ellas pertenecen al Clásico Regional, no *definimos* éste como el período en el cual se hicieron estos monumentos, sino como el período en el cual la gran mayoría de la cerámica utilizada en el Alto Magdalena era lo que hemos clasificado como Guacas Café Rojizo (Drennan 1993a). Es cierto que la gran mayoría de la escultura del Alto Magdalena está fechada dentro del Clásico Regional, pero no porque el período *se defina* por la presencia de escultura. Hay cierta correspondencia cronológica entre la cerámica Guacas Café Rojizo y la escultura, pero parece que la práctica de construir montículos funerarios se inició en el Formativo (período en el cual la cerámica utilizada en la región corresponde a otros tipos diferentes al Guacas Café Rojizo). Estas prácticas, entonces, se inician durante el Formativo y continúan durante el Clásico Regional.

La prioridad dada al uso de la cerámica para esta periodización se debe a consideraciones netamente prácticas. La cerámica se encuentra en la gran mayoría de los yacimientos arqueológicos que nos conciernen en el estudio del Alto Magdalena, mientras que la escultura ocurre en muy pocos. Si definimos el Clásico Regional como el período de utilización de cierto tipo de cerámica, es fácil determinar para casi cualquier yacimiento arqueológico si pertenece o no al Clásico Regional. Así el concepto de Clásico Regional se convierte en una herramienta cronológica de mucha utilidad. Pierde, por supuesto, en el proceso, la implicación de que se trata necesariamente del apogeo cultural

de la región. En el proceso nos permitimos dejar atrás las complicaciones de definir porqué es un apogeo cultural y de valorizar así los logros de este período y despreciar los de otros. Para nuestros fines, serviría llamar a los tres períodos *A*, *B*, y *C*, pero mantener el vocabulario que ha sido utilizado recurrentemente en la literatura arqueológica sobre la región facilita relacionar nuestros resultados con los de otros colegas, aunque el sentido en el cual utilizamos los términos es netamente cronológico, sin que tengan implicaciones automáticas para los desarrollos culturales o sociales.

La división de períodos en la Figura 3, y sus correspondencias con tipos cerámicos, están basadas en excavaciones estratigráficas que hemos realizado durante el curso de nuestros trabajos y en los resultados descritos por otros investigadores. Tanto los tipos de cerámica que hemos definido como sus relaciones con las descripciones de otros investigadores ya han sido descritos en detalle (Drennan 1993a), por lo tanto no los describimos aquí.

Figura 3. Cronología del Alto Magdalena

2. Una escala pequeña de análisis: estatuas y tumbas

El Alto Magdalena siempre ha sido conocido principalmente por sus esculturas monumentales que llamaron la atención sobre la arqueología de la región en primera instancia. Estas figuras humanas (a veces con características de otras especies, tales como colmillos similares a los de felinos) y de una variedad de otros mamíferos, aves y reptiles se encuentran distribuidas en una región de aproximadamente 3,000 km^2. Las estatuas han sido (y siguen siendo) estudiadas como indicios de los sistemas de creencias religiosas de la gente que las hizo, y su estilo escultórico y su iconografía han sido analizados y comparados con la escultura de otras regiones (ver Preuss 1931; Pérez de Barradas 1943; Duque 1964; Reichel-Dolmatoff 1972; Hernández de Alba 1979; Gamboa Hinestrosa 1982; Bruhns 1982; Velandia 1994; Llanos 1995).

Mucho de lo que se ha escrito sobre las estatuas ha enfocado mucha atención en sus características físicas; en cambio su distribución espacial y contexto, muchas veces han sido ignorados. Es cierto que en muchos casos estos últimos aspectos son desconocidos porque las estatuas han sido excavadas y removidas de sus ubicaciones originales sin la adecuada documentación. No obstante, a la escala de la estructura individual, tenemos documentación de la organización espacial de algunos de los complejos principales de estatuaria (Preuss 1931; Duque 1964; Duque y Cubillos 1979, 1983, 1988; Cubillos 1980). Las Mesitas A, B y C, el Alto de Lavapatas, el Alto de los Idolos, el Alto de las Piedras, y varios otros sitios en el área incluida en la Figura 2 son conjuntos de montículos funerarios de hasta unos 3 m de altura que contienen tumbas construidas con grandes lajas de piedra cuya procedencia es local. Algunas estatuas fueron erigidas y enterradas dentro de los montículos, mientras que otras se dispusieron en las áreas planas alrededor de éstos. Es claro que un gran número de estatuas se encontraron originalmente en estos centros dedicados a los monumentos funerarios de ciertos individuos.

La distribución de las estatuas en la región recibió muy poca atención hasta años recientes, pero existe un gran número de sitios, aparte de los centros principales y más conocidos que cuentan (o contaban) con unas pocas estatuas (Sotomayor y Uribe 1987). Igualmente, los detalles sobre los contextos de las estatuas en los sitios donde fueron ubicadas no han figurado mucho en lo que se ha escrito sobre ellas. Una de las razones para esta falta de atención a la distribución y a los contextos de las estatuas es que una gran parte de la información relevante ha sido destruida durante más de dos siglos de guaquería. Durante las campañas más extensas de las primeras investigaciones científicas, llevadas a cabo por Preuss en 1913 y 1914 y por Pérez de Barradas y Hernández de Alba en 1937, se tuvo que invertir mucho tiempo en la documentación de montículos ya casi destruidos debido a la búsqueda de tesoros (Preuss 1931; Pérez de Barradas 1943). Gran parte del trabajo de conservación que hicieron estos investigadores se per-

dió antes que se pudiera establecer una protección adecuada en esta región tan remota. (Preuss, por ejemplo, tuvo que viajar a lomo de mula durante 16 días para llegar a la zona.) Algunos montículos fueron casi nivelados, y muchas estatuas fueron trasladadas a los pueblos de la región o llevadas a otras partes del país y del mundo sin que se documentaran sus localizaciones originales.

Entre los trabajos fundamentales del período moderno de la investigación arqueológica se encuentran las labores de los años 70 de Duque Gómez y Cubillos en los sitios de los complejos más impresionantes de tumbas y estatuas: las Mesitas A, B, y C, y los Altos de Lavapatas, de los Idolos, y de las Piedras (Duque y Cubillos 1979, 1983, 1988, 1993; Cubillos 1980). Estos investigadores reseñaron la información disponible sobre las alteraciones sufridas por los monumentos de estos sitios durante los dos siglos previos, llevaron a cabo nuevas excavaciones, e intentaron devolver las estatuas y lajas a sus ubicaciones originales, en la medida en que fuera posible.

Parece que muchos de los montículos contenían una tumba principal, tal como es el caso del Montículo Occidental de la Mesita A, que se encuentra entre los más grandes (Figura 4). La tumba principal fue construida de lajas burdas; consistía en una cámara de aproximadamente 1.5 por 3 m con una altura de un poco más de 1 m (Figura 5). Al extremo nororiental de la tumba, se encontraban tres estatuas grandes (Figura 6). Dos de ellas, con otras dos piedras verticales, sostenían una laja grande que formó un techo sobre la estatua central. Toda esta construcción se realizó aproximadamente al nivel de la superficie natural. Parece que fue cubierta completamente por un montículo de tierra de forma ovoide, de tal vez 20 por 30 m (Figura 7). Según la reconstrucción de Duque Gómez y Cubillos (1983), la altura máxima de este montículo puede haber sido de unos 3 m. Otro entierro se encontraba en una pequeña fosa hacia el extremo nororiental del montículo.

En otro ejemplo, el Montículo 1 en el Alto de los Idolos, una tumba de aproximadamente el mismo tamaño contenía un sarcófago de piedra de 2.5 por 0.6 m (Figuras 8 y 9). Allí se erigió una sola estatua hacia el norte de la tumba, debajo de una laja grande sostenida por cuatro piedras verticales (Figura 10). Dentro de los 4.5 m entre la tumba principal y esta estatua se encontraba una cámara o corredor angosto de 0.7 m de altura, con muros y techo de lajas. Toda esta construcción, junto con otra estatua ubicada hacia el oriente, se recargaba sobre un relleno artificial y fue cubierta a su vez por un montículo de tal vez unos 2.5 m de altura. A más de 2.5 m debajo de estas construcciones se encontraba otra pequeña tumba hecha con lajas (1.5 por 0.5 m y 0.5 m de altura) asociada con una estatua.

Las tumbas de cancel, construidas con lajas más o menos de la misma forma como las tumbas principales de los dos montículos descritos, son rasgos comunes en los sitios arqueológicos del Alto Magdalena. La gran mayoría no se asocian con montículos, aunque algunas son aproximadamente del mismo tamaño de las de la Mesita A o del Alto de los Idolos. Otras son mucho más pequeñas. Estas tumbas ocurren en alta densidad (y variedad) en los principales sitios funerarios (Figuras 11 y 12), pero también se encuentran en sitios sin ningún otro monumento (Figura 13). Además, se encuentran pequeñas fosas ovaladas, rectangulares y de muchas otras formas. La humedad y la acidez de los suelos de la región son enemigos de la conservación de los restos óseos, como resultado carecemos casi totalmente de la información biológica que tales restos podrían proporcionarnos. No sabemos ni los sexos ni las edades de los ocupantes de las tumbas

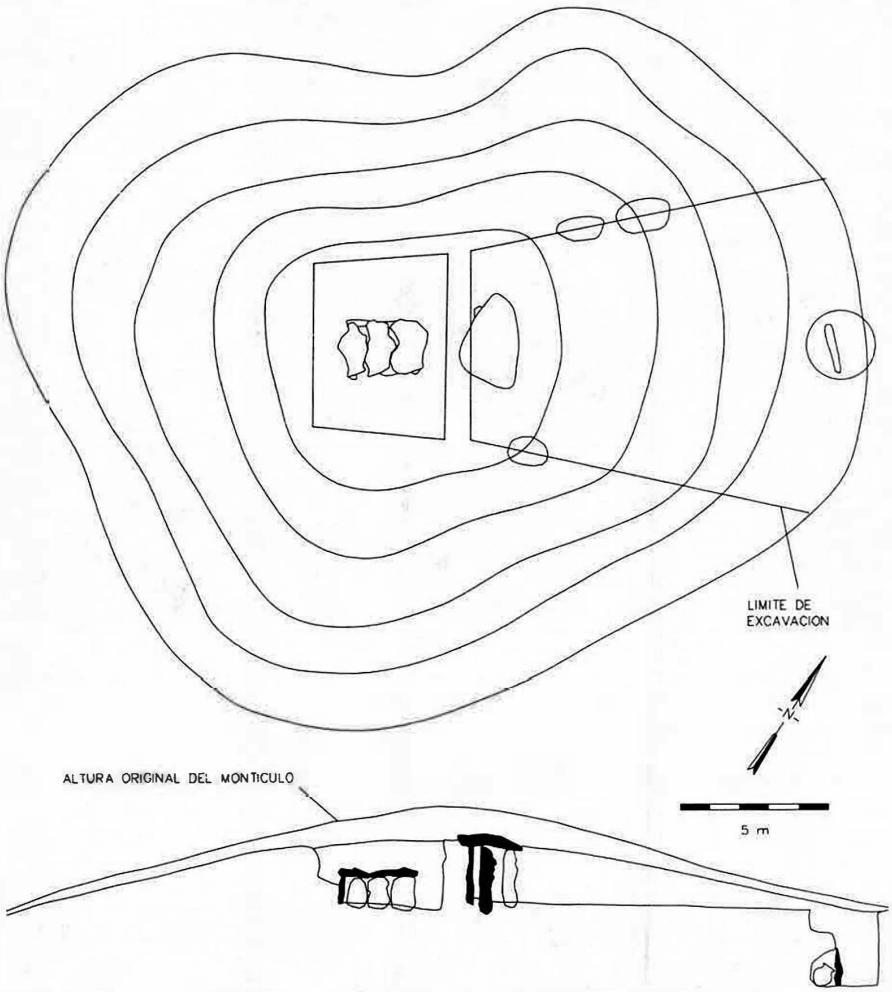


Figura 4. Planta y corte del Montículo Occidental de la Mesita A (Duque y Cubillos 1983:79)

descritas. Sin embargo, el rango de elaboración de los rasgos funerarios del Alto Magdalena refleja gran variedad en el tratamiento dado a los difuntos. Mientras que la gran mayoría de los entierros son muy sencillos, parece que una parte muy restringida de la población merecía un enterramiento en una tumba mucho más elaborada que permanecía después como monumento.

La organización del esfuerzo humano y comparaciones

La elaboración arquitectónica y escultórica de estas tumbas monumentales requiere de una inversión de recursos humanos fuera del alcance de la gran mayoría de la población. En este sentido es interesante comparar estas inversiones, como obras públi-

Figura 5. Tumba principal (izquierda) y estatuas (derecha) en el Montículo Occidental de la Mesita A

Figura 6. Estatuas en el Montículo Occidental de la Mesita A

cas, con los monumentos de algunas sociedades de otras regiones que también podrían clasificarse en sentido muy general como cacicazgos. Tomando el Montículo Occidental de la Mesita A (Figura 4) como ejemplo, podemos estimar *muy* aproximadamente la inversión de recursos humanos que representa. Un montículo ovalado de 20 por 30 m a una altura máxima de unos 3 m, tiene un volumen aproximado de 900 m^3. La tierra de los montículos parece haber sido acumulada mediante excavaciones muy locales, proceso durante el cual sin duda se realizó la nivelación de las áreas planas alrededor de los montículos. Si cada m^3 de relleno representa dos horas de trabajo, y si un día de trabajo es de ocho horas, un grupo de 15 trabajadores puede haber construido el Montículo Occidental de la Mesita A en unos 15 días.

No se sabe con precisión la procedencia de la piedra en la que se tallaron las estatuas del Alto Magdalena, pero grandes cantidades de roca muy semejante están disponibles en las inmediaciones de los sitios. Hoy en día artesanos del municipio de San Agustín fabrican réplicas muy simpáticas de las estatuas prehispánicas utilizando una tecnología muy sencilla, aprovechando la piedra de la Quebrada Quebradón a pocos cientos de metros del Alto de Lavapatas. Un artesano, trabajando solo, puede tallar una estatua en unos 15 días. Utilizan herramientas de piedra y de metal. Sólo con implementos de piedra para dos artesanos, esculpir una estatua puede ser cuestión de 15 días de trabajo. Trasladar las estatuas al sitio es un trabajo duro—digamos un día para 10 trabajadores—pero no es una tarea que requiere de conocimientos avanzados de ingeniería

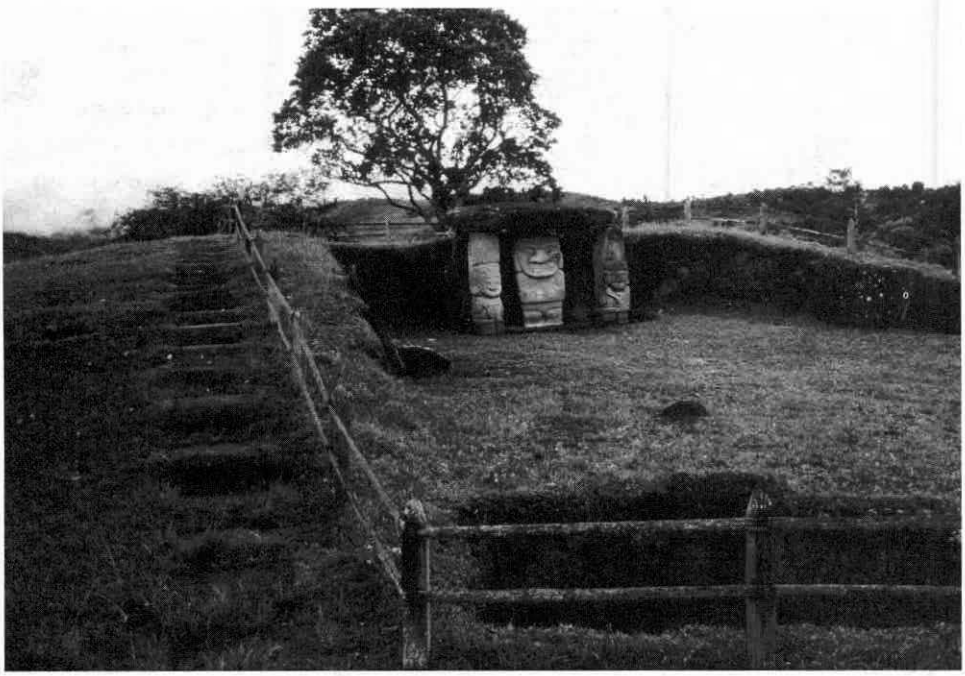


Figura 7. Vista general del Montículo Occidental de la Mesita A

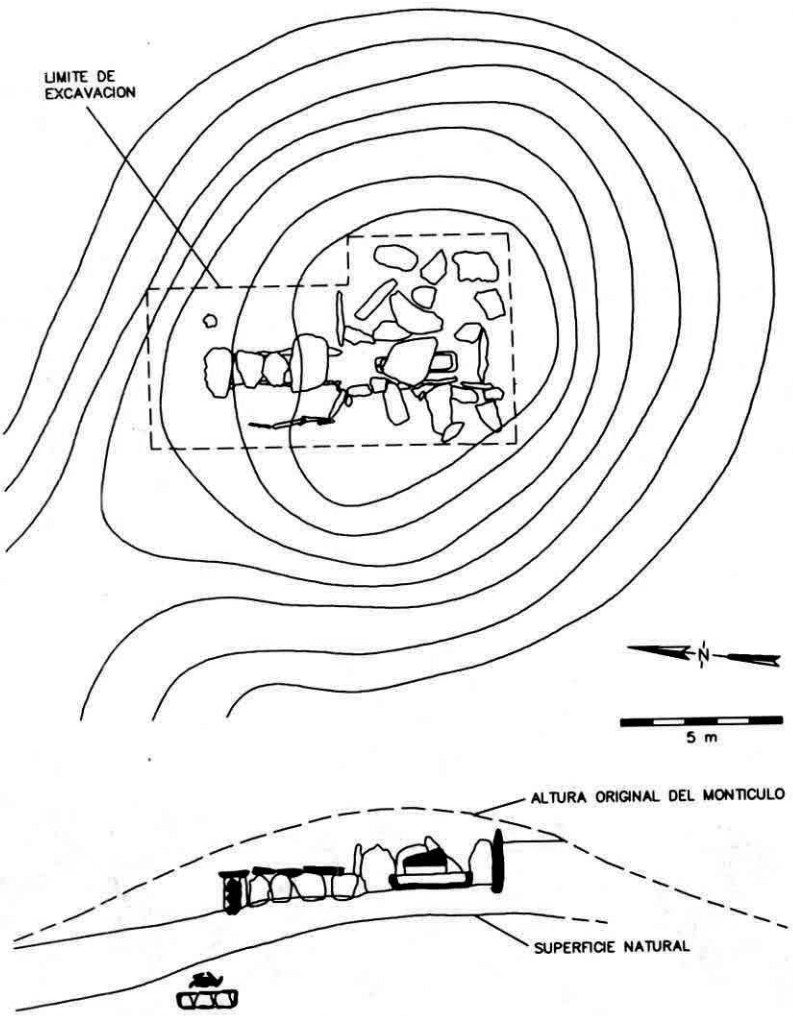


Figura 8. Planta y corte del Montículo 1 del Alto de los Idolos (Duque y Cubillos 1979:19,53,64)

(ver también Llanos 1995:79). A este ritmo, uno puede imaginar que 12 artesanos elaboraron una media docena de estatuas en unos 15 días y las situaron en la Mesita A, junto con las lajas de la tumba principal del montículo en otros 15 días.

En fin, y reiteramos, *muy aproximadamente*, la construcción del Montículo Occidental de la Mesita A con su tumba principal y varias estatuas asociadas posiblemente ocupó los esfuerzos de unos 15 trabajadores durante un mes y medio. Definitivamente no

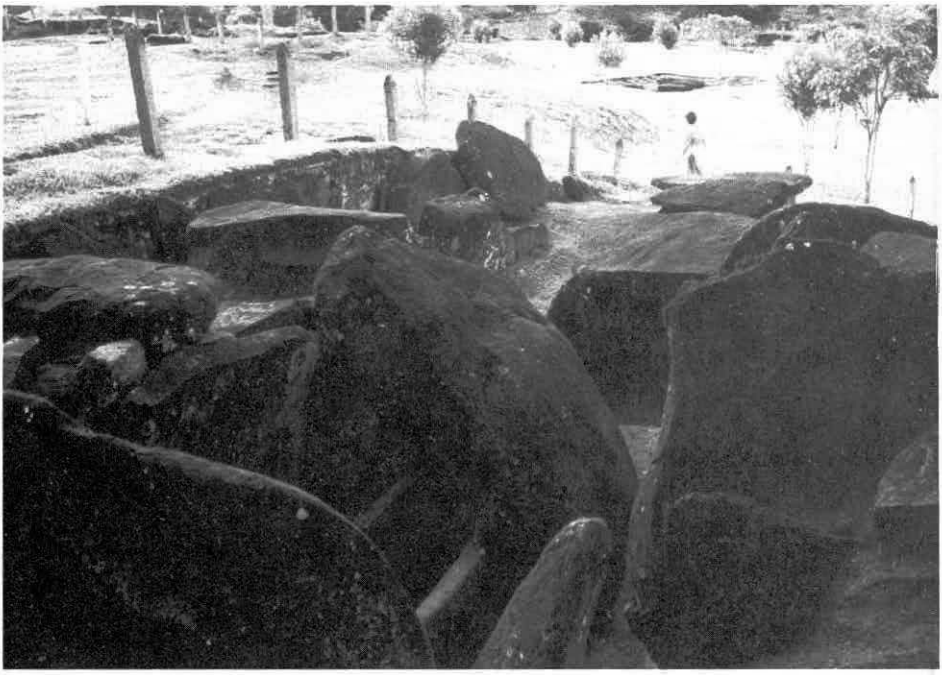


Figura 9. Restos de la tumba principal del Montículo 1 del Alto de los Idolos; el sarcófago se ve entre las lajas en el centro

Figura 10. Tumba principal y estatuaria en el área excavada del Montículo 1 del Alto de los Idolos

tenemos que pensar en la organización de un cuerpo de cientos de hombres durante varios años—simplemente no es una obra pública de tal escala.

Podríamos comparar estos monumentos con los *henges* de Wessex, Inglaterra, del período entre 3000 y 1400 a.C. (Neolítico Tardío y Edad de Bronce Temprana). El ejemplo más impresionante y famoso de estos monumentos es Stonehenge. Para cada uno de los 25 *henges* pequeños que se conocen, se ha estimado una inversión de trabajo casi el doble de tiempo del que aproximamos para el Montículo Occidental de la Mesita A (Earle 1991:93). Así, en términos generales los *henges* pequeños no representan obras públicas de magnitud tan diferente a la de los montículos funerarios del Alto Magdalena. Sin embargo, durante el mismo período en Wessex, se encuentran seis *henges* más grandes, cada uno de los cuales representa aproximadamente 100 veces la inversión de trabajo que calculamos para el Montículo Occidental. El más grande de los *henges*, Stonehenge, requirió de 400 veces la inversión del Montículo Occidental, y Silbury Hill, un gran montículo artificial, costó el doble que Stonehenge.

Durante el Formativo mesoamericano se desarrollaron en varias regiones, sociedades que han sido clasificadas como cacicazgos. En el centro olmeca de La Venta, se construyó hacia el 800 a.C. un montículo artificial cuyo volumen es aproximadamente 40 veces el del Montículo Occidental de la Mesita A. Este montículo fue parte de un complejo simétrico de plataformas artificiales de más de 450 m de largo que incluyó, entre muchas otras cosas, escultura monumental y "ofrendas masivas" consistentes de tal vez 4,500,000 kg de bloques de serpentina traídas de canteras ubicadas a una distancia de unos 200 km (Drucker, Heizer, y Squier 1959; Heizer 1961). Al mismo tiempo los cacicazgos del Valle de Oaxaca y de la Cuenca de México, en las tierras altas mesoamericanas, no emprendían construcciones fáciles de clasificar como obras públicas para comparar con los montículos funerarios del Alto Magdalena.

Las obras públicas más obvias de los cacicazgos del Mississippian en el suroriente de los Estados Unidos son montículos asociados con entierros como los del Alto Magdalena. El sitio de Moundville consiste en un conjunto de unos treinta montículos de tamaños muy variados, construidos entre 1250 y 1550 d.C. El montículo más grande tiene más de 17 m de altura y consiste en un relleno con un volumen casi 100 veces más grande que el del Montículo Occidental de la Mesita A, pero no incluye construcciones de lajas ni está asociado con estatuaria, aunque el conjunto tiene obras defensivas masivas (Knight y Steponaitis 1998:2–6). A grandes rasgos, un centro como Moundville parece representar un esfuerzo de construcción más o menos comparable al del conjunto principal de sitios monumentales del Alto Magdalena, consistiendo en las Mesitas A, B, y C junto con el Alto de Lavapatas.

Las sociedades de Hawaii han influido mucho en las discusiones acerca de los cacicazgos, pero sus monumentos no han sido muy enfatizados. No obstante, los caciques construyeron templos para rituales públicos. Un ejemplo es el *heiau* de Kane'aki, cuya construcción cubrió un total de 1010 m^2 con muros de contención y relleno artificial de una profundidad variable para crear tres patios nivelados y una plataforma pequeña (Laad, ed., 1973). La construcción se dividió en seis etapas, y Kirch (1984:251–252) considera la última como evidencia de la presencia de un cacique muy poderoso. En términos de escala de organización del esfuerzo humano, este *heiau* no es muy diferente al Montículo Occidental de la Mesita A.

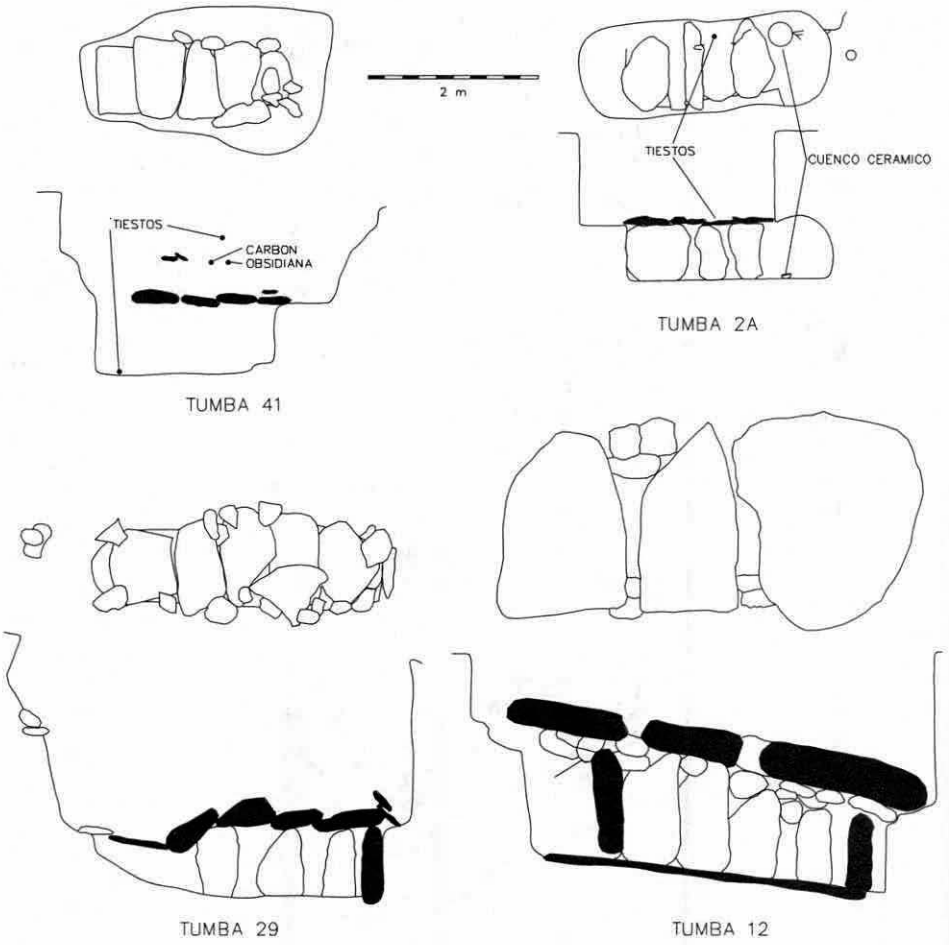


Figura 11. Plantas y cortes de algunas de las tumbas de cancel de la Mesita B (Duque 1964:45,71,85,116)

Para comparar el Alto Magdalena con otros casos más cercanos, tenemos una buena documentación etnohistórica para los cacicazgos de algunas regiones colombianas, en donde las construcciones monumentales brillan principalmente por su ausencia, como, por ejemplo, el valle del Río Cauca y la Sabana de Bogotá.

El objetivo aquí no es una comparación exhaustiva de los monumentos de todos los cacicazgos del mundo (ni de Colombia), sino situar las construcciones monumentales del Alto Magdalena en un contexto comparativo. En este contexto vemos que la escala de organización del esfuerzo humano dedicado a la construcción de monumentos públicos en las sociedades del Clásico Regional en el Alto Magdalena es semejante a la que encontramos en algunos otros ejemplos de cacicazgos, pero el rango de variación es grande (Figura 14). Existen monumentos de sociedades que, por sus otros atributos han sido caracterizadas como cacicazgos, que representan una inversión de muchísimo más esfuerzo humano que las del Alto Magdalena. Los montículos de Moundville, por ejem-

Figura 12. Tumba de cancel en la Mesita A

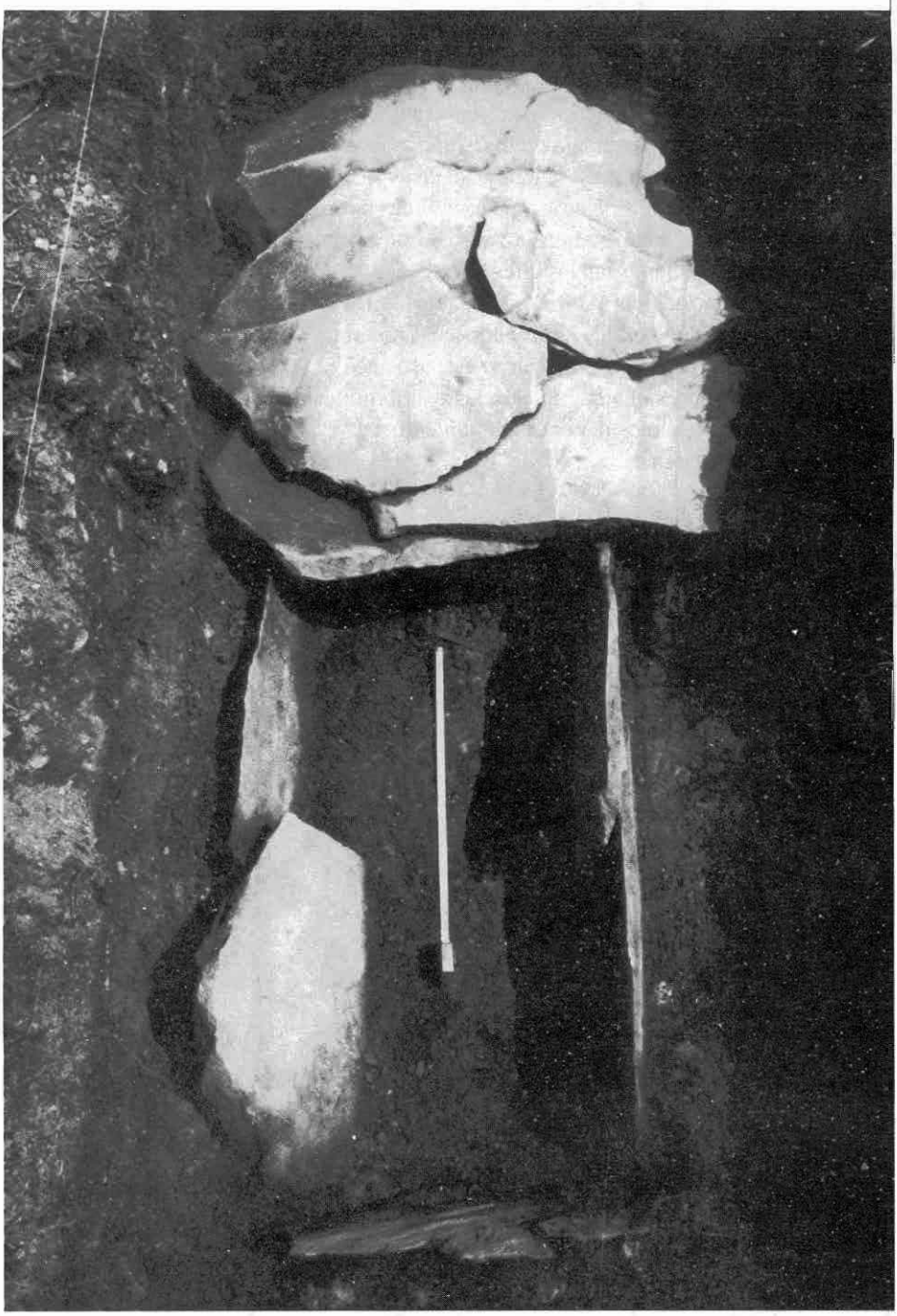
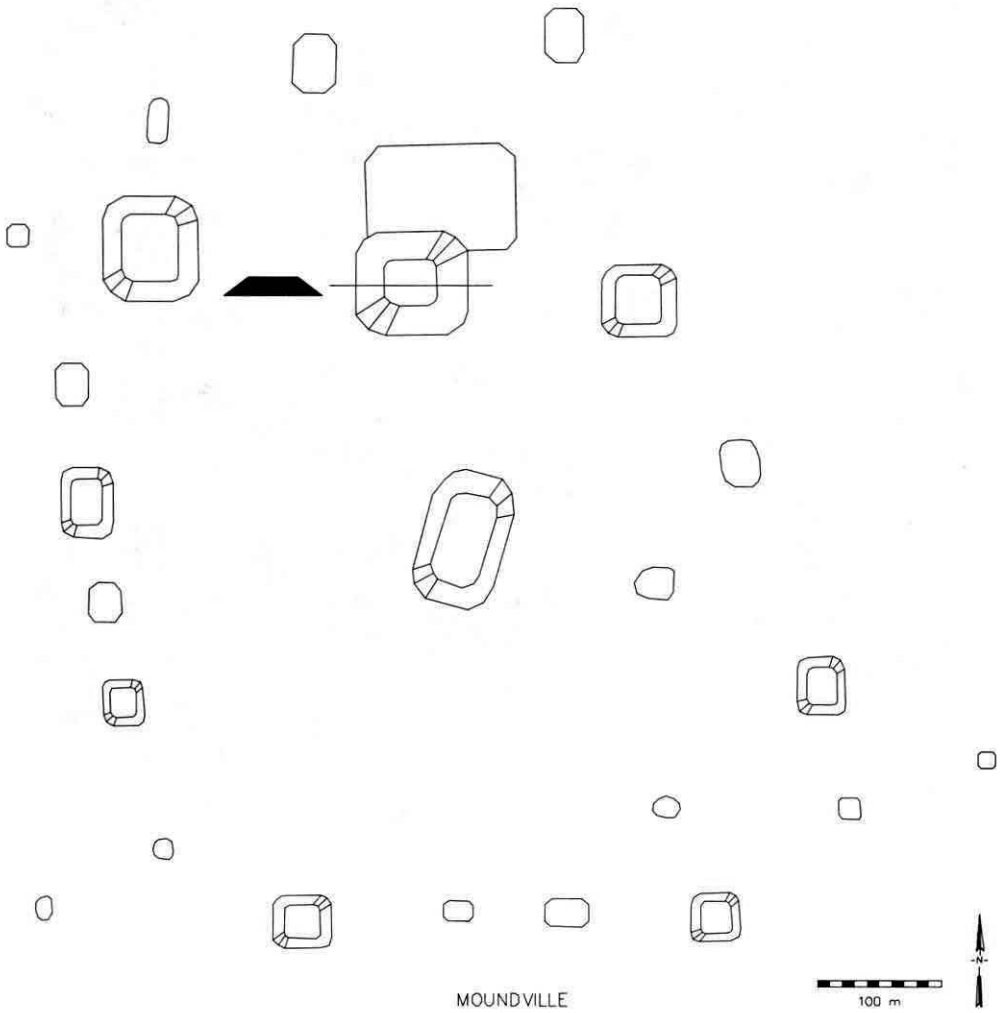


Figura 13. Pequeña tumba de cancel en el sitio VP0051 cerca de La Argentina en el Valle de la Plata

plo, son mucho más grandes, y el conjunto es más extenso, aún teniendo en cuenta que la Mesita A, mostrada en la Figura 14 es sólo una parte del conjunto de Mesitas. Las construcciones de La Venta, también son de escala muy grande, y el Complejo C es solamente uno de varios complejos de monumentos. Aunque las piedras erigidas en Stonehenge son muy grandes, el monumento, en su totalidad, no es enorme; y el *heiau* de Kaneaki es muy pequeño, a pesar del desarrollo de los cacicazgos de Hawaii, según las fuentes etnográficas.

Esta misma comparación nos lleva a otra observación interesante acerca del carácter de los monumentos en las diferentes sociedades mencionadas. Algunos de estos monumentos, como los del Alto Magdalena o de los centros del Mississippian, están asociados con los entierros de ciertos personajes, mientras que otros, como los *henges* de Wessex o los *heiau* de Hawaii carecen de esta asociación. En el caso de La Venta aunque existen tumbas impresionantes integradas a la arquitectura pública y ceremonial, la monumentalidad no parece haber estado tan enfocada en ciertos personajes como en el caso del Alto Magdalena.



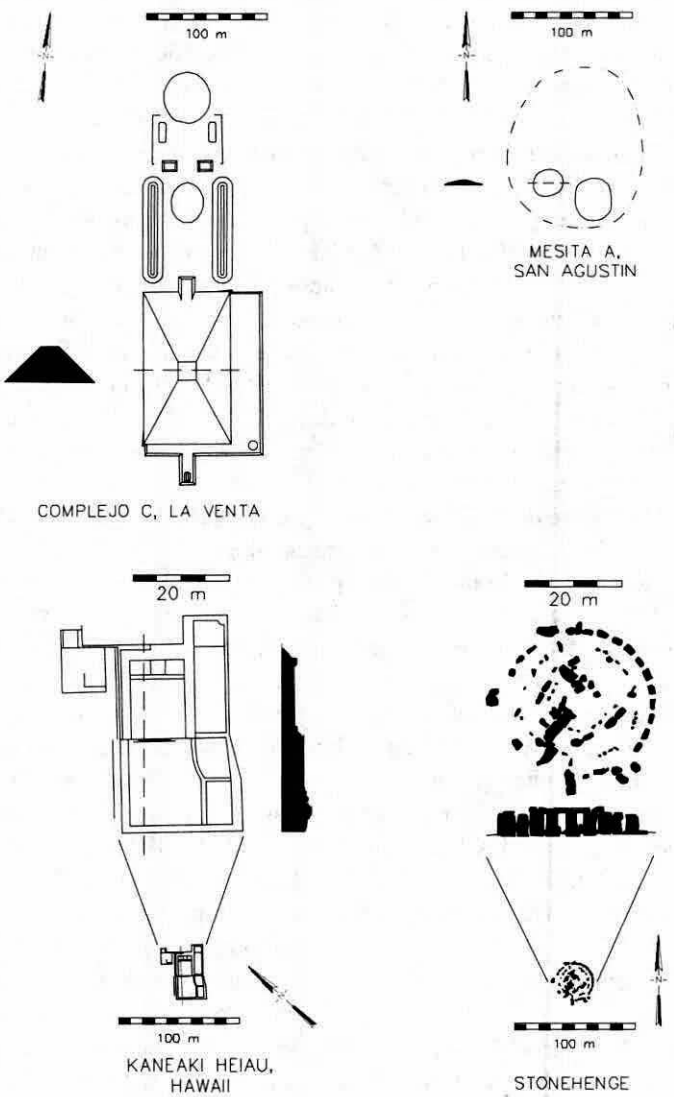


Figura 14. Comparación de escala de monumentos en cacicazgos de varias partes del mundo: La Venta (Drucker, Heizer, y Squier 1959:9-12; González Lauck 1997:82), Moundville, en la página anterior. (Knight 1998:48), Stonehenge (Walker 1995:28), Kaneaki (Laad, ed. 1973:3-5).

Estas diferencias no necesariamente representan características permanentes de las culturas de sus respectivas regiones, pues durante la Edad de Bronce Tardía (1400–700 a.C.), que sucede al período de los *henges* en Wessex, se construyó una serie de montículos dedicados a los entierros de individuos. Estos *round barrows* se asemejan más o menos a los montículos funerarios del Alto Magdalena, excepto en cantidad, pues existen por lo menos 8,000 en Wessex (Earle 1991:91). Teniendo en cuenta este cambio en la naturaleza de los monumentos, Renfrew (1974) sugirió un cambio en la organización social en Wessex alrededor de 1400 a.C., con cacicazgos al comienzo orientados más hacia el grupo comunitario, y posteriormente más hacia personajes importantes. Si consideramos únicamente esta característica, los cacicazgos del Alto Magdalena se parecen más a los de Wessex durante la Edad de Bronce Tardía que a los de períodos anteriores.

Otra característica de las tumbas del Clásico Regional en el Alto Magdalena no ha sido muy enfatizada en la literatura arqueológica, pero puede ser importante. Cuando estas tumbas se comparan con los entierros conocidos de personajes de importancia en los cacicazgos de otras regiones, se nota que, a pesar de la elaboración arquitectónica y escultórica de los montículos del Alto Magdalena, el ajuar funerario enterrado con el difunto no es muy rico. Entre los hechos reportados por Santa Gertrudis (1970, tomo 2:97) después de su visita a San Agustín en 1758, se encuentran las quejas del sacerdote de la pequeña aldea de que los seis guaqueros profesionales que contrató en Popayán abrieron 19 tumbas y no encontraron sino un pequeño pedazo de oro. Parece que no se trata simplemente de la mala suerte de este clérigo del siglo XVIII; aunque han sido encontrados objetos de oro y tumbaga en el Alto Magdalena en cantidades suficientes para definir un estilo regional, el material es muchísimo más abundante en otras regiones del país.

Un gran número de las tumbas más impresionantes del Alto Magdalena fueron tan destrozadas por la guaquería que no nos queda ninguna indicación de su contenido. En otros casos tenemos por lo menos unas pistas. Por ejemplo, en el Montículo 1 del Alto de los Idolos, las excavaciones sistemáticas (después de las de los guaqueros) pudieron recuperar algunas pequeñas y delgadas láminas de oro, perforadas aparentemente para ser usadas como adornos sobre la ropa. Además se hallaron cuentas tubulares y tiestos posiblemente de vasijas enterradas con el difunto. Sin embargo, en el "corredor" entre la tumba y la estatua principal que no había sido excavado antes, no se halló ninguna ofrenda. En la tumba profunda que se ve en el corte en la Figura 8, también descubierta por primera vez en excavaciones controladas, las únicas ofrendas consistieron en cuatro pequeñísimas cuentas de oro y dos de piedra (Duque y Cubillos 1979:25–65). El inventario del ajuar funerario en una tumba muy "rica" del Clásico Regional en el Alto Magdalena puede incluir unas vasijas de cerámica (es muy raro encontrar más de tres o cuatro), unas hachas de piedra, cuentas de collar, y de vez en cuando adornos pequeños de oro. Algunas tumbas del mismo tamaño que las de los montículos más elaborados que han sido excavados científicamente no contenían ningún artefacto.

Cieza de León (1553:113 [capítulo XV]) describe la riqueza de los caciques del sur de Colombia en el siglo XVI y los bienes generalmente enterrados con ellos cuando se murieron: "... tienen sus mortuorios y sepulturas al uso de su patria, hechas de una bóveda, muy hondas, la boca al oriente. En las cuales, muerto algún principal o señor, lo meten dentro con muchos llantos, echando con él todas sus armas y ropa y el oro que tiene, y comida." Parece una descripción consistente con los hallazgos de la arqueología

(y de la guaquería) en las zonas de Calima o Quimbaya o Tolima (Pérez de Barradas 1954, 1966) o en el sitio de Malagana (Botiva y Forero 1991) y muchos otros. No mucho más lejos, en Panamá, los entierros de Sitio Conte incluyeron hachas de piedra, herramientas de hueso, puntas de proyectil, dientes de tiburón, esmeraldas, y toda clase de objetos imaginables de oro y de tumbaga. El número de piezas cerámicas en un solo entierro llegó hasta 100 (Lothrop 1937, 1942). No obstante, ninguno de estos entierros dotados con ajuares tan ricos tiene la monumentalidad de las tumbas del Alto Magdalena (ver Drennan 1995b).

Conclusiones e inquietudes

En fin, ¿cómo aporta una consideración de la estatuaria y de los monumentos funerarios del Alto Magdalena a nuestra reconstrucción de las sociedades del Clásico Regional? En primer lugar indica alguna clase de desigualdad entre la población de la región. Es claro que unos cuantos personajes merecían un tratamiento muy especial en la muerte—tratamiento que no se le daba a la gran mayoría de la población. Es claro también que no es una simple división de la población en dos grupos: los personajes muy especiales y la gente común. Existe todo un continuo de variación desde los monumentos funerarios más impresionantes de las Mesitas A y B o del Alto de los Idolos hasta las tumbas de cancel, a veces de tamaño impresionante pero sin montículos, hasta tumbas de forma de cancel pero muy pequeñas, hasta las fosas muy sencillas de distintas formas en las cuales se enterraron la mayoría de los difuntos (ver también Llanos 1995:88–91).

Las sociedades del Clásico Regional en el Alto Magdalena eran capaces de organizar cierta cantidad de esfuerzo humano en programas de obras públicas. Sin embargo, la escala de esta organización parece muy modesta cuando se le compara con las sociedades de Wessex en la Edad de Bronce Temprana o de la región Olmeca de Mesoamérica durante el Formativo. Es semejante a la de los cacicazgos Mississippian o de la Edad de Bronce Tardía en Wessex o de Hawaii, y mayor que la que se encuentra en varias otras sociedades que han sido tratadas como cacicazgos.

¿Quiénes eran los que se enterraron en los montículos del Alto Magdalena? Esta pregunta no la hacemos en el sentido de buscar su identidad étnica, sino más bien su razón social. ¿Eran caciques? ¿Sacerdotes? ¿Chamanes? ¿Porqué "merecían" este tratamiento especial, los que lo recibieron? ¿Por su riqueza? ¿Por su prestigio social? ¿Por el poder político que ejercieron durante la vida? ¿Por el miedo que generaron con sus capacidades espirituales? La diferenciación que se observa en los entierros del Alto Magdalena tiene que ser indicación de cierta heterogeneidad, desigualdad, o segregación, en los términos de McGuire (1983) y Flannery (1972) que adopta Gnecco (1996) para referirse a la complejidad social en esta zona. Sin embargo, como estas características sociales se presentan en formas muy variadas, queda mucho por especificar todavía.

En este contexto se relaciona el análisis iconográfico de la estatuaria del Alto Magdalena con aspectos de la organización social. Como es de esperar, los varios autores que han escrito sobre este tema no están completamente de acuerdo ni sobre el contenido específico de las creencias representadas por las estatuas ni sobre sus relaciones estilísticas con otras regiones (ver Preuss 1931; Pérez de Barradas 1943; Duque 1964; Reichel-Dolmatoff 1972; Hernández de Alba 1979; Gamboa Hinestrosa 1982; Bruhns 1982; Velandia 1994; Llanos 1995). Consideramos el tema de relaciones con otras regiones

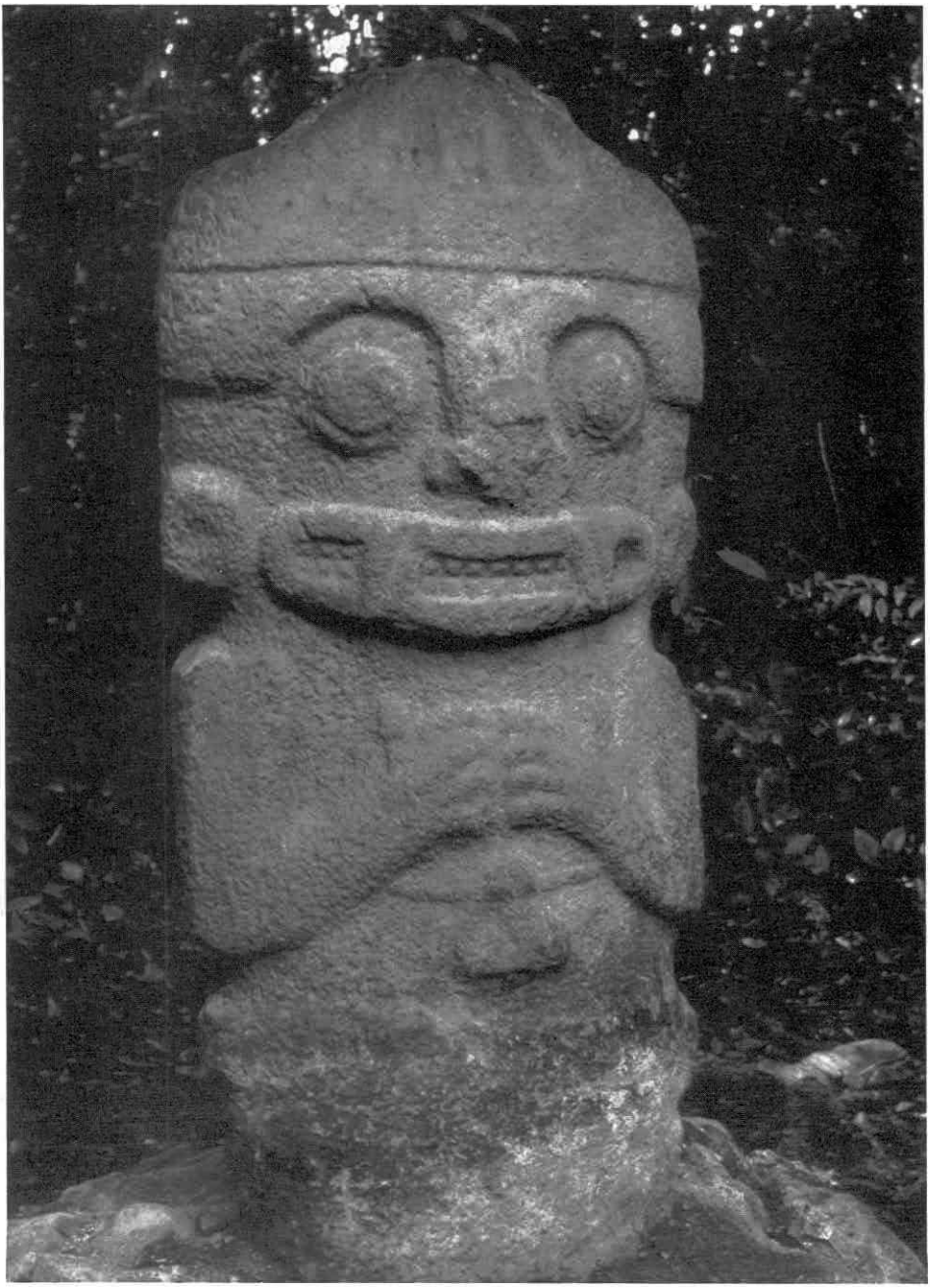


Figura 15. Estatua antropomorfa con colmillos, ahora en el Bosque de las Estatuas, San Agustín

Figura 16. Estatua antropomorfa con figura lagartiforme en la espalda, del Alto de las Piedras

▲Figura 17. Los montículos funerarios y plaza nivelada de la Mesita A

▼Figura 18. Los montículos funerarios y plaza nivelada de la Mesita B

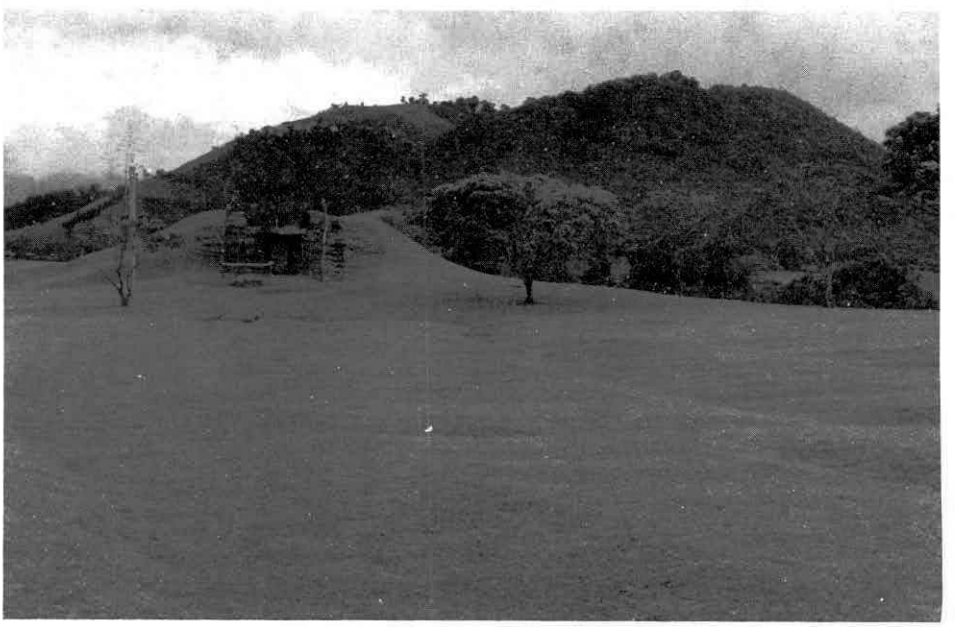


Figura 19. La Fuente de Lavapatas, San Agustín

en el Capítulo 8. Como nuestros estudios no han analizado la iconografía de la estatuaria del Alto Magdalena, no pretendemos resolver la serie de debates que sobre este tema existen en la literatura. Tendremos que depender de lo que otros investigadores han escrito.

No obstante las diferentes interpretaciones que se han presentado sobre la iconografía de las estatuas del Alto Magdalena, lo que parece innegable (e importante para nuestros fines aquí) es que no representan un mundo netamente natural, sino sobrenatural. En este mundo sobrenatural existen personajes con características humanas y características felinas (Figura 15), personajes de forma humana que portan grandes criaturas lagartiformes en la espalda (Figura 16), etc. No se sabe si las estatuas principales de las tumbas monticulares, que con frecuencia demuestran tales características, representan los personajes enterrados en las mismas o no. Sin embargo, la presencia de estas estatuas como elementos centrales en la elaboración arquitectónica de los entierros vincula al personaje enterrado con este mundo sobrenatural y las fuerzas poderosas que actúan en él. El arte escultórico del Alto Magdalena, por lo tanto, se adapta perfectamente a un sistema de legitimación de líderes (ver también Drennan 1976b; Gnecco 1996:187–188). Las estatuas enfatizaron el poder espiritual de los personajes difuntos, y la permanencia y monumentalidad de las tumbas las convirtieron en un recuerdo constante de lo mismo.

Los montículos funerarios fueron construidos en pequeños conjuntos, como, por ejemplo las Mesitas A y B (Figuras 17 y 18), en donde los monumentos se situaron dentro de un área plana, usualmente en la cima de una colina. Parece que los habitantes durante el Clásico Regional visitaron estos sitios, y muy posiblemente participaron en actividades rituales llevadas a cabo allí. Los montículos de las Mesitas A y B son los monumentos más impresionantes de todo un complejo de tales conjuntos que incluye también las Mesitas C y

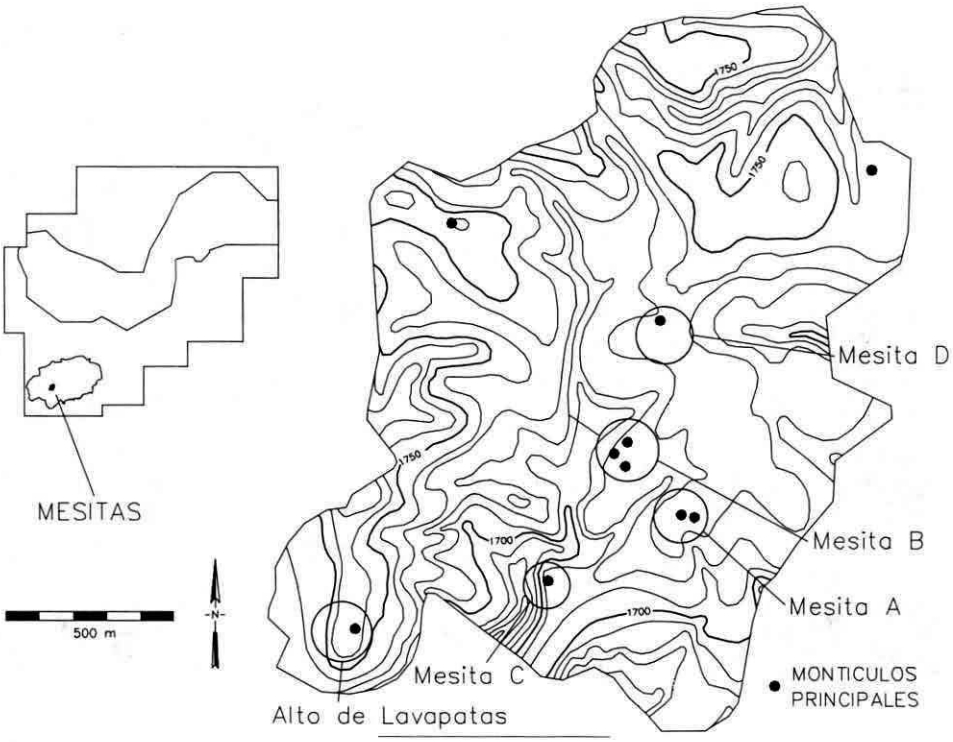


Figura 20. Mapa del complejo formado por las Mesitas A, B, y C (González 1998:52)

D, el Alto de Lavapatas y la famosa Fuente de Lavapatas (Figura 19). Extrapolando de lo que ha sido excavado, esta área tiene decenas, si no cientos, de tumbas con cierta elaboración arquitectónica. Durante un período de, por lo menos, varios siglos, fue un espacio público de gran importancia con una utilización más o menos constante (Figura 20).

El Alto Magdalena cuenta con toda una serie de sitios semejantes, aunque no de una elaboración igual a la del complejo de Mesitas. Entre ellos se encuentran el Alto de los Idolos (Duque y Cubillos 1979), el Alto de las Piedras (Duque y Cubillos 1993), El Purutal (Cubillos 1986), Ullumbe (Cubillos 1991), Lavaderos (Llanos y Ordóñez 1998), Aguacatal (Lehmann 1944), Cerro Guacas (Drennan 1993a:32–36) y otros (Sotomayor y Uribe 1987). Estos sitios son los monumentos y los espacios públicos o ceremoniales que la arqueología ha sido capaz de identificar para el período Clásico Regional en el Alto Magdalena. Todo esto sugiere gran cantidad de atención pública enfocada hacia los monumentos conmemorando una secuencia de personajes específicos que lentamente durante un período tan prolongado se convertían en personajes históricos. El esfuerzo humano invertido en estos monumentos y la persistencia en la utilización de estos sitios indican la importancia de los personajes enterrados en los montículos. Estos monumentos tienen que haber sido una de las representaciones más importantes que tenían estos ciudadanos prehispánicos de su tradición y de la continuidad de su sociedad. ¿Cómo se reflejaba esta continuidad en la organización social, política, y económica? Esta pregunta, finalmente, equivale a la que hicimos anteriormente acerca de la identidad de los personajes enterrados en los montículos, y nos lleva a otras clases de evidencias arqueológicas.

3. Dos escalas: La estructura individual y la macroregión

Desde los años 70 y partiendo de los trabajos de Duque Gómez, por ejemplo en el Potrero de Lavapatas (Duque 1964:225–271), se han desarrollado varias investigaciones de áreas habitacionales y de los restos arqueológicos de viviendas prehistóricas que éstas contenían. En sitios como El Estrecho, El Parador, La Estación y Quinchana, y en los municipios de Isnos, Pitalito, Garzón, Saladoblanco, Timaná, Tarqui, y La Argentina (además de San Agustín) se ha documentado un patrón de viviendas circulares u ovoides de bahareque junto con otros restos de las actividades generalmente asociadas a viviendas, tales como fogones, pozos de distintas formas, basureros, etc. (Cubillos 1980; Duque y Cubillos 1981; Llanos y Durán 1983; Llanos 1988, 1990, 1993, 1999; Moreno 1991, 1995; Sánchez 1991; Blick 1993; Jaramillo 1996; Quattrin 2000; Romano 1999).

Viviendas

Después de un período largo de ocupación en un sitio, con la renovación y reconstrucción que se espera en el caso de una casa de materiales perecederos, se presenta un caos de huecos de postes de distintas etapas de construcción que dificulta la delineación de estructuras individuales. No obstante, ha sido posible aproximar las dimensiones de las estructuras en algunos casos (Figuras 21 y 22). La Tabla 1 y la Figura 23 demuestran la variación de los tamaños en una muestra de estructuras de distintos períodos durante la secuencia prehispánica en el Alto Magdalena y Tierradentro. La muestra representada en la Figura 23 contiene las 26 estructuras incluidas por Blick (1993:259) en un resumen semejante más otras tres excavadas por Quattrin (2000:31, 55, 63). Todas estas estructuras tienen forma circular u ovalada. Como Quattrin (2000:31) ha observado, algunas líneas de huecos de postes que han aparecido en sitios excavados en el Alto Magdalena representarían círculos tan grandes que no sería factible cubrirlos con un techo. Tal vez se trata de alguna clase de cercado, pero estos círculos extremadamente grandes no están incluidos en la muestra de la Figura 23.

Es claro que las estructuras más pequeñas de la Tabla 1 y la Figura 23 no pueden haber sido utilizadas como viviendas. Por ejemplo, el área más pequeña de 1.6 m^2, representa un diámetro de menos de 1.5 m. Es difícil decir qué dimensiones puedan representar el tamaño mínimo de una vivienda, pero aún entre las estructuras más grandes la mayoría parecen muy pequeñas, aunque factibles, para familias nucleares según estudios comparativos de tamaños de viviendas en distintas culturas (por ejemplo, Narroll 1962), especialmente si se toma en cuenta que el Alto Magdalena tiene un clima templado que permite realizar al exterior de las viviendas muchas actividades para las cuales se necesita un espacio abrigado en otros climas. De las estructuras de la Figura 23, entonces, probablemente algunas fueron construidas para fines especiales, incluyendo, por ejemplo

el almacenamiento de comestibles u otros bienes. Otros pueden haber sido las viviendas de familias nucleares.

Como se observa en la Figura 23, la mayoría de esta muestra se compone de estructuras del período Reciente, pero los pocos ejemplares que conocemos del Clásico Regional y del Formativo no indican grandes diferencias para estos dos períodos. La única estructura que se separa de las otras en cuánto al área es del período Reciente. Se ha sugerido que esta estructura representa la casa de un cacique o una casa ceremonial (Duque y Cubillos 1981:25–26), sin embargo su área de 58.8 m^2 no es mucho más grande de lo que se espera de la casa de una familia nuclear en muchas culturas. Hasta ahora, entonces, las estructuras que se conocen del período Clásico Regional parecen corresponder a viviendas pequeñas y ordinarias o estructuras muy pequeñas construidas para fines especiales. Si existieron estructuras más grandes como la de La Estación, éstas no han sido encontradas. Es posible que esta observación represente una diferencia entre los períodos Clásico Regional y Reciente, pero también es posible que represente solamente la escasez de información sobre las estructuras del Clásico Regional. Volveremos a considerar esta inquietud en el Capítulo 7.

La cultura agustiniana

Los mismos proyectos de excavación a la escala de la estructura individual que nos han aportado tanta información acerca de las viviendas y otras estructuras del Alto Magdalena han funcionado también en conjunto para permitir un análisis a una escala mucho mayor: la de la macroregión. La dispersión de las excavaciones en los distintos municipios del Alto Magdalena ha posibilitado la comparación de artefactos de todas

Figura 21. Huecos de poste de una estructura excavada

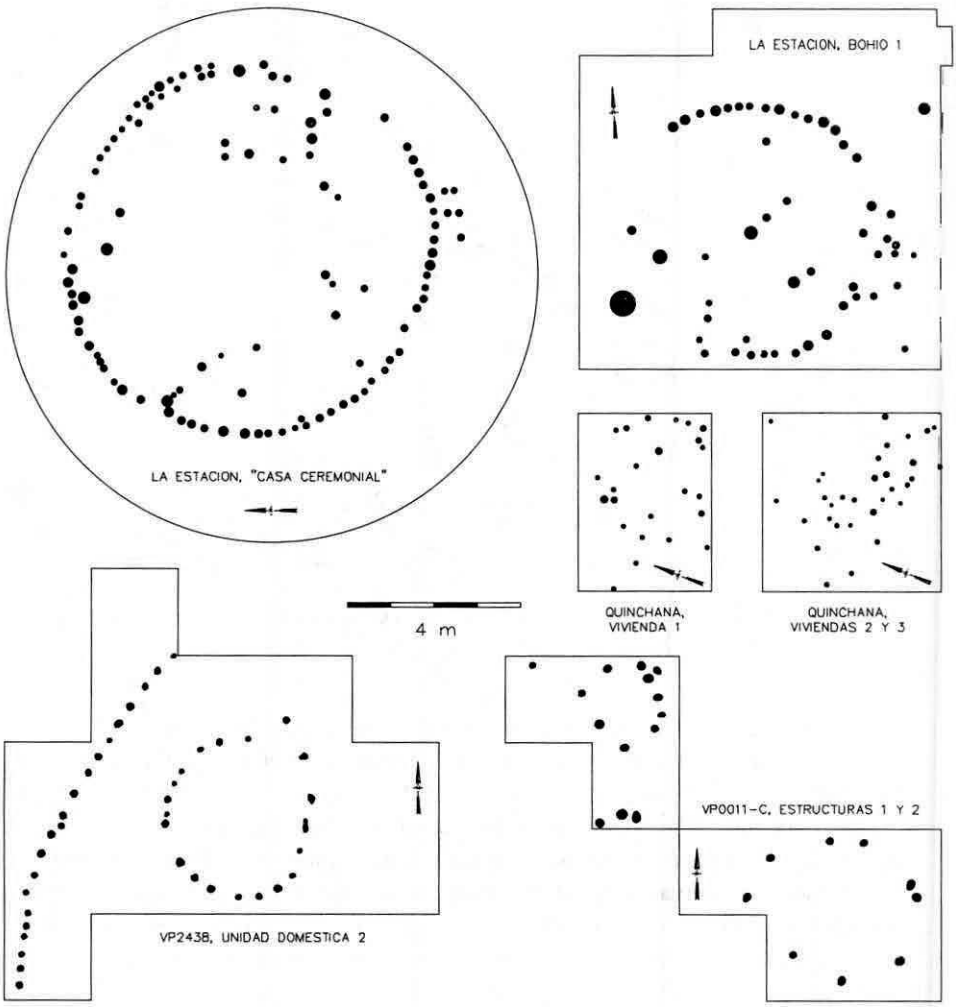


Figura 22.
Patrones de huecos de postes de estructuras en varios sitios habitacionales: Quinchana (Llanos y Durán 1983:42-43, VP0011-C (Blick 1993:139), La Estación (Duque y Cubillos 1981:42 y 57), y VP2438 (Quattrin 2000:34).

partes de la región. Esta comparación llevó a la conclusión de que los habitantes prehispánicos de buena parte del área incluida en el mapa de la Figura 2 participaban de la misma cultura de San Agustín (Llanos 1996). Especialmente los estilos de la cerámica definidos para los distintos períodos de la secuencia en los alrededores de San Agustín se reconocen fácilmente no sólo en el municipio de Isnos sino también en Pitalito, Saladoblanco, La Argentina, Timaná, Tarqui, y Garzón. Esto no quiere decir que la cerámica de toda esta zona no manifieste variación, pero se define fácilmente como perteneciente a la misma cultura arqueológica.

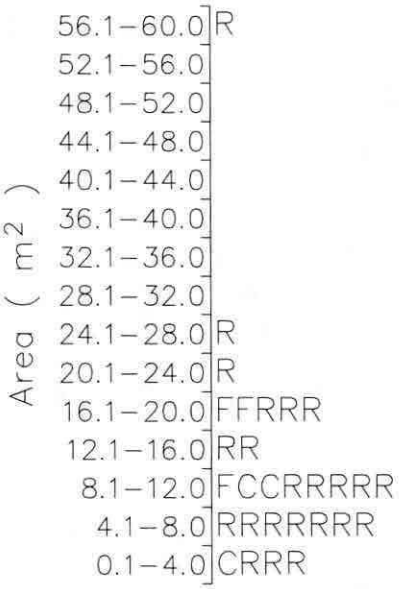


Figura 23. Gráfico *stem and leaf* de las áreas aproximadas de estructuras de sitios habitacionales en el Alto Magdalena y Tierradentro (F=Formativo, C=Clásico Regional, R=Reciente)

Esta conclusión, basada en el estudio de la cerámica, concuerda en términos generales con lo que se había planteado anteriormente con base en la escultura. El estudio más completo y sistemático de la distribución de la estatuaria en la región (Sotomayor y Uribe 1987) documenta la presencia de estatuas que comparten ciertas características estilísticas y elementos iconográficos en algunos de estos municipios (aunque no todos). En este sentido, la comparación de las muestras de la cerámica provenientes de las excavaciones en sitios habitacionales confirmó y amplió la conclusión general de reportes de estatuaria: que el fenómeno cultural de San Agustín se extendió a una zona relativamente grande.

Sin embargo, hay un sector geográfico que merece atención especial en este contexto. En los municipios de Inzá y Belalcázar se encuentran varios sitios con tumbas y estatuas que, como las de San Agustín, han sido reportados desde hace mucho tiempo. Esta zona, la de Tierradentro, siempre ha sido tratada como cosa aparte del fenómeno de San Agustín porque representa otra concentración impresionante de sitios monumentales a cierta distancia; además está separada por un territorio que, a pesar de tener algunas estatuas y tumbas de cancel, no presenta ningún centro con una monumentalidad tan elaborada como la de Mesitas, el Alto de los Idolos, o de Tierradentro. Además, los famosos hipogeos de Tierradentro son tumbas de forma (y probablemente con una utilización) muy diferente a las de San Agustín (Silva Celis, 1943, 1944; Chaves y Puerta 1986), y la estatuaria, aunque comparte ciertas características con la de San Agustín, también muestra una serie de diferencias (ver, por ejemplo, Sotomayor y Uribe 1987). Como resultado, la cultura de San Agustín ha sido comparada con la de Tierradentro, con el fin de determinar, entre otras cosas, sus posiciones cronológicas relativas (Zeigert 1962; Patterson 1965).

Tabla 1. Estructuras del Alto Magdalena y Tierradentro.

Dimensiones (m)	Area (m²)	Período	Referencia
Valle de la Plata			
3.80 por 3.80	11.0	Formativo	Quattrin 2000:31
5.35 por 5.35	17.3	Formativo	Quattrin 2000:63
5.00 por 3.50	17.5	Formativo	Quattrin 2000:55
2.00 por 2.00	3.1	Clásico Regional	Blick 1993:259
3.90 por 3.40	10.4	Clásico Regional	Blick 1993:259
4.50 por 3.40	12.0	Clásico Regional	Blick 1993:259
4.00 por 3.50	11.0	Reciente	Díaz 1991:Fig. 12
Quinchana			
1.48 por 1.41	1.6	Reciente	Llanos y Durán 1983:42
1.86 por 1.79	2.6	Reciente	Llanos y Durán 1983:42
2.90 por 2.65	6.0	Reciente	Llanos y Durán 1983:43
La Estación			
2.47 por 2.19	4.3	Reciente	Duque Gómez y Cubillos 1981:61, 63
3.90 por 3.61	11.1	Reciente	Duque Gómez y Cubillos 1981:52, 63
5.72 por 5.72	25.7	Reciente	Duque Gómez y Cubillos 1981:36, 57
8.77 por 8.54	58.8	Reciente	Duque Gómez y Cubillos 1981:25–42
Saladoblanco			
5.00 por 3.82	15.0	Reciente	Llanos 1988:55
5.00 por 4.09	16.1	Reciente	Llanos 1988:55
Tierradentro			
2.35 por 1.86	3.4	Reciente	Chaves y Puerta 1988:93, 94
3.60 por 1.65	4.7	Reciente	Chaves y Puerta 1988:83, 85
2.90 por 2.15	4.9	Reciente	Chaves y Puerta 1988:60, 61
3.25 por 2.50	6.4	Reciente	Chaves y Puerta 1988:51–57
4.00 por 2.25	7.1	Reciente	Chaves y Puerta 1988:63, 64
4.00 por 2.50	7.9	Reciente	Chaves y Puerta 1988:72, 73
4.15 por 3.20	10.4	Reciente	Chaves y Puerta 1988:96, 98
6.00 por 2.25	10.6	Reciente	Chaves y Puerta 1988:80, 82
4.50 por 3.00	10.6	Reciente	Chaves y Puerta 1988:65, 69
4.50 por 3.47	12.3	Reciente	Chaves y Puerta 1988:112, 114
5.50 por 3.90	16.9	Reciente	Chaves y Puerta 1988:69, 79
7.5 por 3.00	17.7	Reciente	Chaves y Puerta 1988:48, 52
6.70 por 3.85	20.3	Reciente	Chaves y Puerta 1988:86, 90

Los estudios más recientes en la zona de Tierradentro han proporcionado muestras grandes de la cerámica de toda la secuencia cronológica. Una comparación con la cerámica de San Agustín lleva a una conclusión muy parecida a la que se hace con base en una comparación de la estatuaria. Las relaciones entre buena parte de la cerámica de las dos regiones son muy claras y estrechas, pero existen también tipos de cerámica en ambas regiones que no se encuentran en la otra; igualmente, no todos los tipos que se reconocen en las dos se manifiestan en forma idéntica. Por lo tanto, adoptamos aquí la práctica común de tratar la zona de Tierradentro como un vecino a la cultura agustiniana, y no como una parte integral de la misma.

Cabe mencionar que la cerámica de la región que incluye los municipios de Paicol, Tesalia, Nátaga, y La Plata (por lo menos en el sector oriental, cercano a la cabecera municipal de La Plata), manifiesta un patrón complicado de relaciones con la cerámica de San Agustín y con la de Tierradentro (Drennan 1993a). Por el momento es suficiente observar que durante los períodos Formativo y Clásico Regional, la cerámica de esta zona tiene una relación muy estrecha con la de San Agustín. Es durante el período Reciente que la situación se complica; por esto incluiremos esta región dentro de nuestro resumen y síntesis sincrónicos para el período Clásico Regional, y retomaremos el tema de relaciones de nuevo cuando consideramos el período Reciente.

Esta delineación de la extensión de la cultura de San Agustín nos sirve aquí para definir una región dentro de la cual las poblaciones prehispánicas (por lo menos durante el período Clásico Regional) compartían las características estilísticas y elementos iconográficos que son fundamentales en la definición de esta cultura arqueológica. En términos netamente antropológicos, esto sugiere que compartían también los sistemas de creencias representados por la estatuaria y sensibilidades estéticas representadas tanto por la cerámica como por la escultura. Aunque sería prematuro tratar de delinear los límites de esta macroregión con una línea precisa en la Figura 2, parece incluir por lo menos buena parte de los municipios de San Agustín, Isnos, Pitalito, Saladoblanco, La Argentina, Timaná, Garzón, La Plata, Nátaga, Paicol, y Tesalia. El límite occidental de la zona está conformado por los páramos de la Cordillera Central y del Macizo Colombiano que carecen de ocupación humana permanente. En el norte colinda con la zona de Tierradentro; hacia el oriente y hacia el sur, la macroregión termina donde termina la investigación arqueológica, porque no sabemos si continúa en estas direcciones la misma homogeneidad cultural o no, y es por esta homogeneidad cultural manifestada por la macroregión durante el período Clásico Regional, que es conveniente tratarla como una sola entidad para su estudio. Al tratarla así no se sugiere que no existe ninguna variación entre una parte de esta zona y otra, pero tomarla como una zona de estudio facilita la investigación, inclusive la de la variación interna que se presente.

4. Escala regional I: Distribución de ocupación en el Valle de la Plata

Los capítulos anteriores se basan fundamentalmente en información arqueológica disponible hasta mediados de los años 80. Hemos aprovechado también los resultados de investigaciones más recientes cuando tienen relevancia para los temas discutidos. Estos resultados más recientes han permitido precisar y refinar las conclusiones y a veces ampliarlas, sin embargo no se cambió ninguna de las conclusiones como consecuencia de considerar los resultados más recientes mencionados arriba. La reconstrucción social que se ha presentado hasta ahora es básicamente la que se pudo plantear en los años 80. Aunque algunos de nuestros propios resultados recientes han sido mencionados (tales como los de otros investigadores), éstos han tenido el efecto principal de aumentar la confianza con la cual se puede plantear una serie de elementos de reconstrucción social que ya habían sido sugeridos, por lo menos, por la información con la cual contábamos a mediados de la década de los 80. La reconstrucción de las sociedades del Clásico Regional presentada en los capítulos 2 y 3, entonces, representa el punto de partida del programa de investigaciones en el que desde 1984 los autores del presente volumen han colaborado.

Como se ha observado en los capítulos anteriores, antes de 1984 se habían realizado investigaciones arqueológicas cuyos análisis se enfocaron a la escala del monumento o estructura individual (o sea la escala del sitio arqueológico) y también a la escala macroregional (o sea la extensión de la cultura agustiniana). Las evidencias producidas por dichos estudios ya eran suficientes como para sugerir que las sociedades del Clásico Regional en una área grande de cierta homogeneidad cultural se prestaban para ser comparadas con sociedades de otras partes del mundo, que a su vez, habían sido clasificadas como cacicazgos. Los aspectos más documentados de estas sociedades eran las prácticas funerarias (especialmente las correspondientes a los personajes más importantes), los sistemas de creencias (religión o ideología) representados en la estatuaria, y las viviendas. Quedaban inquietudes acerca de la naturaleza de las posibles elites y sobre el carácter de la organización social, política, y económica, entre otras cosas.

Desde el comienzo nos llamó la atención la escala de análisis de la región, por tres razones principales. Primero, la aparición de una jerarquía social (es decir la aparición de elites—o por lo menos de ciertos personajes muy importantes—como los indicados por las tumbas monumentales del Alto Magdalena) se asocia frecuentemente con la aparición de elementos de organización que crean relaciones diferentes y más fuertes que las que existían antes entre los habitantes de una región cuya escala trasciende la comunidad local. Las evidencias arqueológicas más directas de tales patrones de organización se encuentran en el análisis a una escala regional. Específicamente, se busca una escala de análisis que incluya por lo menos una de las unidades políticas que pueden haberse formado, y, si es posible, varias de ellas.

Segundo, había un vacío en la información arqueológica disponible para el Alto Magdalena—entre estudios a la escala de la estructura individual o del sitio arqueológico y análisis a la escala de la macroregión o extensión de la cultura agustiniana. Este vacío correspondía precisamente a la escala regional.

La tercera razón fue que ya existía una metodología bien desarrollada para análisis a la escala de la región: la metodología del reconocimiento sistemático regional. Por tradición en la historia de la arqueología se atribuye el primer reconocimiento sistemático regional a Gordon Willey (1953), quien lo realizó en el Valle de Virú (Perú), pero fue en el reconocimiento de la Cuenca de México (Sanders, Parsons, y Santley 1979), donde se estableció la base principal para la metodología utilizada por la mayoría de reconocimientos posteriores y adaptada a las condiciones variadas que se encuentran en distintas regiones. Reconocimientos sistemáticos regionales han sido realizados en Mesoamérica (Blanton *et al.* 1982; Kowalewski *et al.* 1989; García Cook 1976; Cyphers, ed., 1997), en los Andes centrales (Wilson 1988; Albarracín-Jordán y Mathews 1990; Albarracín-Jordán 1992), y en el Medio Oriente (Adams 1965, 1981; Adams y Nissen 1972), entre otras partes del mundo. En estas regiones el reconocimiento sistemático ha llegado a ser una de las metodologías normales de la arqueología, pero a mediados de los años 80, esta metodología no había sido aplicada en el Alto Magdalena ni en otras partes de Colombia.

El reconocimiento sistemático regional

Los arqueólogos siempre han realizado prospecciones, usualmente como una etapa inicial de investigación en una zona desconocida. Su idea es buscar sitios que merecen ser investigados, y se aprovechan, durante la realización de una prospección, de varias fuentes de información. El arqueólogo, por ejemplo, puede visitar lugares que parecen presentar condiciones favorables para la utilización prehistórica. Estas condiciones se definen de manera *ad hoc*, generalmente con base en lo que se asume implícitamente acerca de la población prehistórica que se investiga. Por ejemplo, se pueden visitar principalmente zonas de suelos planos y aparentemente fértiles con buen acceso al agua, etc., si se asume que se trata de una sociedad agrícola. Los habitantes actuales de la zona también pueden proporcionar información muy útil que han acumulado durante años de experiencia. Preguntas como "¿Donde han encontrado estatuas o montículos?" y "¿Donde han encontrado fragmentos de cerámica entre la tierra que cultivan?" son las que los arqueólogos hacen con frecuencia cuando realizan prospecciones.

Una prospección no sistemática documenta una serie de sitios donde se encuentra evidencia de ocupación antigua, pero no nos dice cuáles son los sectores de la zona que *no* tienen evidencias de ocupación antigua. Para identificar sitios "bonitos" para la excavación no hay necesidad de saber donde *no* hay sitios. Es más que suficiente ubicar cierta cantidad de los sitios más grandes, más monumentales, más profundos, etc. El arqueólogo puede escoger felizmente el sitio a excavar de esta muestra (porque sí, es una muestra—una muestra muy sesgada, pero una muestra—de los sitios en la zona). Así la prospección no sistemática logra su objetivo, y representa una metodología muy apropiada para identificar algunos sitios cuya excavación puede valer la pena.

Aunque también se localizan sitios que pueden ser interesantes para su posterior excavación, en un reconocimiento sistemático el objetivo es documentar los patrones de distribución de la ocupación en una zona determinada durante los diferentes períodos

prehistóricos (o históricos también). Un reconocimiento sistemático es un estudio en sí, y no simplemente un paso preliminar a la excavación. Para lograr el objetivo de analizar patrones de distribución de la ocupación, es necesario verificar cuáles son los sectores de la zona que *no* presentan evidencias de ocupación antigua. Los resultados de un reconocimiento sistemático frecuentemente se presentan, como los de una prospección no sistemática, en forma de un mapa con un punto para cada sitio arqueológico descubierto. Pero el mapa de un reconocimiento sistemático puede ser utilizado para análisis que el mapa de una prospección no sistemática no soporta. Podemos interpretar las áreas en blanco del mapa de un reconocimiento sistemático como sectores de la zona donde los arqueólogos han buscado evidencias de ocupación antigua y no las han encontrado, porque en un reconocimiento sistemático se examina sistemáticamente cada parte de la zona de estudio. Si vemos un sector sin sitios en un mapa de una prospección no sistemática, no sabemos si es porque no tiene sitios o porque los arqueólogos nunca llegaron a buscarlos ahí.

Los análisis que queremos realizar de la distribución de ocupación antigua se basan en observaciones como por ejemplo, que una región tiene gran cantidad de sitios hacia el oriente pero muy pocos hacia el occidente. Antes de proseguir esta observación en el análisis tenemos que saber que la ausencia de sitios hacia el occidente del mapa no se debe al hecho de que el acceso al sector occidental es difícil y los arqueólogos nunca llegaron allí para buscar sitios. Con una prospección no sistemática, simplemente no sabemos. Con un reconocimiento sistemático sabemos, porque la metodología se basa en una inspección sistemática y pareja de *toda* la zona de estudio. En este sentido un reconocimiento sistemático no es una búsqueda de sitios, sino un estudio del paisaje de una región. Como consecuencia podemos atribuir los patrones de distribución de sitios a los habitantes antiguos y no a las variaciones en las actividades de los arqueólogos que recolectaron los datos.

En una prospección no sistemática, entonces, sólo los resultados positivos (o sea los sitios descubiertos) son de interés y utilidad. En un reconocimiento sistemático, los resultados negativos (o sea los sectores de los cuales se puede decir con confianza que no hay sitios) son también importantes—a veces incluso más importantes que los positivos.

Estas diferencias entre un reconocimiento sistemático y una prospección no sistemática tienen dos implicaciones metodológicas. En primer lugar, un reconocimiento sistemático tiene límites claramente definidos que corresponden precisamente a la zona que ha sido inspeccionada en busca de evidencias de ocupación antigua. La delineación de los límites es importante porque nos dice exactamente donde termina la zona en donde una ausencia de sitios representa una ausencia de ocupación antigua. No es necesario delimitar definitivamente el área de reconocimiento antes de iniciar el trabajo—los límites se pueden modificar y ampliar a medida que avance el trabajo—pero es necesario terminar con una indicación inequívoca del área reconocida. La segunda implicación metodológica es que, en un reconocimiento sistemático, se establece de forma clara y explícita cual es el procedimiento por medio del cual se lleva a cabo la inspección del paisaje. Para poder tratar los sectores del mapa de un reconocimiento sistemático donde no se ven sitios como sectores que carecen de ocupación humana es necesario saber que las evidencias de ocupación han sido buscadas en todos los sectores de la misma manera. Si no, una diferencia de densidad de sitios en el mapa puede deberse a una diferencia de intensidad en la inspección.

Reconocimiento sistemático en el Valle de la Plata

Para poder reconstruir aspectos de la organización social, política, y económica que eran desconocidos en 1983 se optó, entonces, por un reconocimiento sistemático a escala regional. El área de homogeneidad cultural prehispánica en el Alto Magdalena (Figura 2) puede alcanzar hasta 4000 o 5000 km^2—un área muy grande para la aplicación de la metodología del reconocimiento sistemático. Mirando la escala de las unidades políticas en las sociedades mencionadas anteriormente como comparables a las del Alto Magdalena (Moundville, Wessex, Hawaii, etc.), se ve que en estos casos no se trata de unidades políticas que cubren miles de km^2. En cada uno de estos casos se encuentran un buen número de unidades políticas dentro de una área de homogeneidad cultural. Parecía posible entonces estudiar una unidad política completa (o varias de ellas) con un reconocimiento sistemático de sólo una parte del Alto Magdalena.

Empezamos con la definición de una zona de estudio que no representaba todo el Alto Magdalena, sino una parte. Delimitamos esta zona más que todo por la topografía, tratando de incluir un buen rango de las condiciones ambientales que se encuentran en el Alto Magdalena. La definición de la zona fue, en cierta medida, arbitraria, y por lo tanto no asumimos que sus límites tengan ninguna importancia cultural. El área tomó el Río La Plata como su eje desde sus orígenes en los picos volcánicos de la Cordillera Central a 4600 msnm hasta su confluencia con el Río Páez para desembocar en el Río Magdalena a 700 msnm. Como la zona sigue el curso del Río La Plata, y tiene a La Plata como su ciudad principal, la llamamos el Valle de la Plata (Figura 24).

Esta delineación del Valle de la Plata como zona de estudio se basó en una visita realizada en 1983, durante la cual se llevó a cabo una prospección breve y no sistemática. Aprovechando los conocimientos de varios residentes de la región, y en especial aquellos de los miembros del Grupo Cultural Plata Vieja, pudimos visitar una serie de sitios y examinar varias colecciones de materiales arqueológicos. Esta prospección sirvió para confirmar la presencia de buena cantidad de ocupaciones prehispánicas en la zona (en contraste con los resultados de la prospección de Chaves y Puerta [1978]), incluyendo algunos sitios con montículos funerarios y estatuaria agustiniana. La cerámica recolectada también se parecía mucho a la de la zona de San Agustín, confirmando la descripción que presentamos arriba de una área de homogeneidad cultural agustiniana que incluye el Valle de la Plata.

Como parte de la primera temporada de trabajos en el campo en 1984, se inició un estudio de las características medioambientales de la zona, con referencia a su potencial para la explotación con tecnología prehistórica y con referencia especial a cambios climáticos ocurridos durante los últimos 4000 o 5000 mil años que pudieran afectar dicho potencial (Herrera, Drennan y Uribe, eds., 1989). Los resultados de este estudio nos permiten puntualizar una descripción de lo que observamos durante nuestra visita al Valle de la Plata en 1983.

El sector oriental del Valle de la Plata es cálido y seco, está conformado por las amplias terrazas naturales del río y las laderas de las montañas que delimitan el valle. Las laderas son muy inclinadas con suelos muy delgados, y las terrazas, aunque son planas, tienen suelos de muy poca fertilidad que son sumamente difíciles de cultivar. Los lugares más propicios para la habitación prehispánica son las terrazas más bajas ubicadas al lado del río que son de deposición más reciente y por lo tanto más fértiles. En el sector

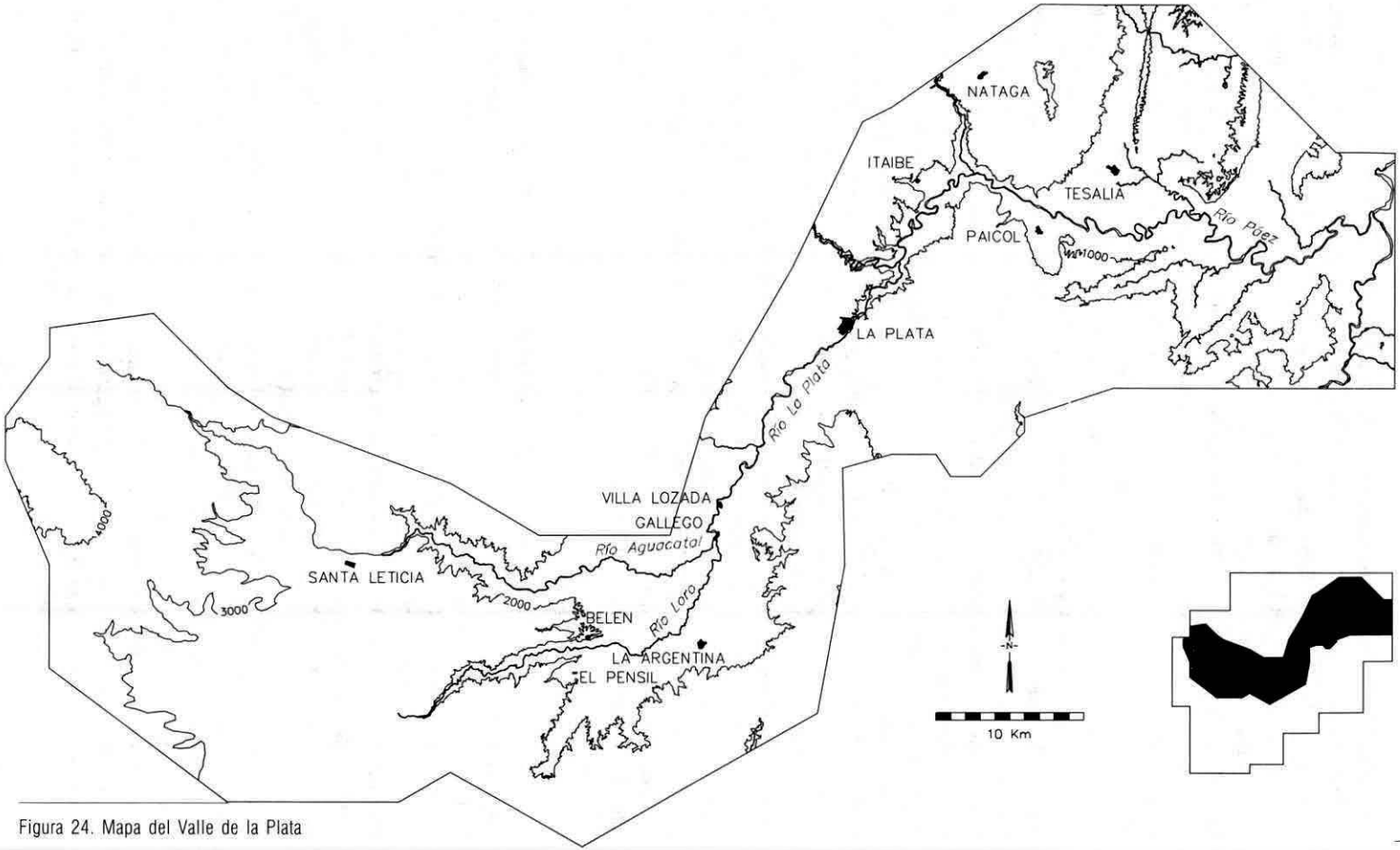


Figura 24. Mapa del Valle de la Plata

central (a 1000 msnm), el valle es muy estrecho y los coluvios al pie de las laderas llegan al borde del río. La precipitación es más alta y la temperatura más baja pero la gran mayoría del terreno es demasiado inclinado para el cultivo. Entre 1500 y 2000 msnm, en el sector sur de la zona de estudio del Valle de la Plata, existen suelos fértiles sobre un relieve mucho más suave. El clima también es más favorable al cultivo aquí que en otros sectores del Valle de la Plata. A partir de los 2000 msnm en adelante (hacia el occidente de la zona), las condiciones son progresivamente más frías y húmedas y la agricultura menos productiva hasta llegar a las condiciones de páramo a aproximadamente 2800 msnm (Botero, León y Moreno 1989).

Teníamos entonces, al inicio de la temporada del campo en 1984, una zona de estudio de unos 2200 km^2 cubriendo buena parte de la variación ambiental del Alto Magdalena e incluyendo aproximadamente la mitad del área donde se presenta cierta homogeneidad cultural agustiniana. Como un área de 2200 km^2 parecía aún muy extensa para reconocer sistemáticamente, jamás pensamos extender el reconocimiento a toda esta zona. Iniciamos el reconocimiento alrededor de uno de los sitios con montículos funerarios y estatuaria—el sitio de Cerro Guacas—y continuamos, poco a poco, durante seis años a ampliar el área reconocida. Las decisiones precisas sobre los límites a veces tenían un carácter arbitrario, con base en el ambiente o en la topografía, sin embargo la estrategia general se iba evolucionando, según los resultados del reconocimiento ya realizado.

Finalmente, el reconocimiento sistemático regional en el Valle de la Plata llegó a comprender tres zonas separadas (Figura 25). Hacia el oriente, una zona de 169 km^2 se ubicó en las amplias y planas terrazas naturales entre 800 y 900 msnm con sectores de las laderas adyacentes. Hacia el suroccidente, una zona de 317 km^2 cubrió un territorio de relieve suave hasta inclinado entre 1500 y 2000 msnm. La tercera (de 32 km^2) estudió la transición entre las características ambientales de las otras dos en el sector del valle estrecho a aproximadamente 1000 msnm.

Intensidad del reconocimiento

Para el reconocimiento sistemático, es fundamental definir la intensidad de la inspección que se da al área a reconocer. Desde cierto punto de vista, visitar cada pueblo en una zona y preguntar por los sitios arqueológicos que los residentes conocen se puede considerar como una estrategia sistemática, pero un reconocimiento sistemático siempre contempla una cobertura más intensa que eso. Sin embargo, hay cierta variación de la intensidad de cobertura entre diferentes reconocimientos según los objetivos del proyecto o las características específicas del registro arqueológico de la zona. Realizamos nuestro reconocimiento con equipos de trabajo compuestos generalmente por tres arqueólogos o estudiantes. Los miembros del equipo caminaron un transecto de terreno buscando toda evidencia de ocupación humana antigua. La distancia entre los miembros del equipo a través de su transecto variaba según la topografía, pero adoptamos la regla que esta separación nunca debía exceder los 100 m. A lo largo del trazo que caminó cada miembro del equipo se excavó una prueba de garlancha por lo menos cada 100 m^2, si no se presentaban condiciones de visibilidad superficial adecuadas para la observación de artefactos. Así se excavaron no sólo las 2140 pruebas de garlancha en que se encontraron artefactos, sino una cifra varias veces mayor, ya que un buen porcentaje de las pruebas excavadas no produjeron ningún artefacto.

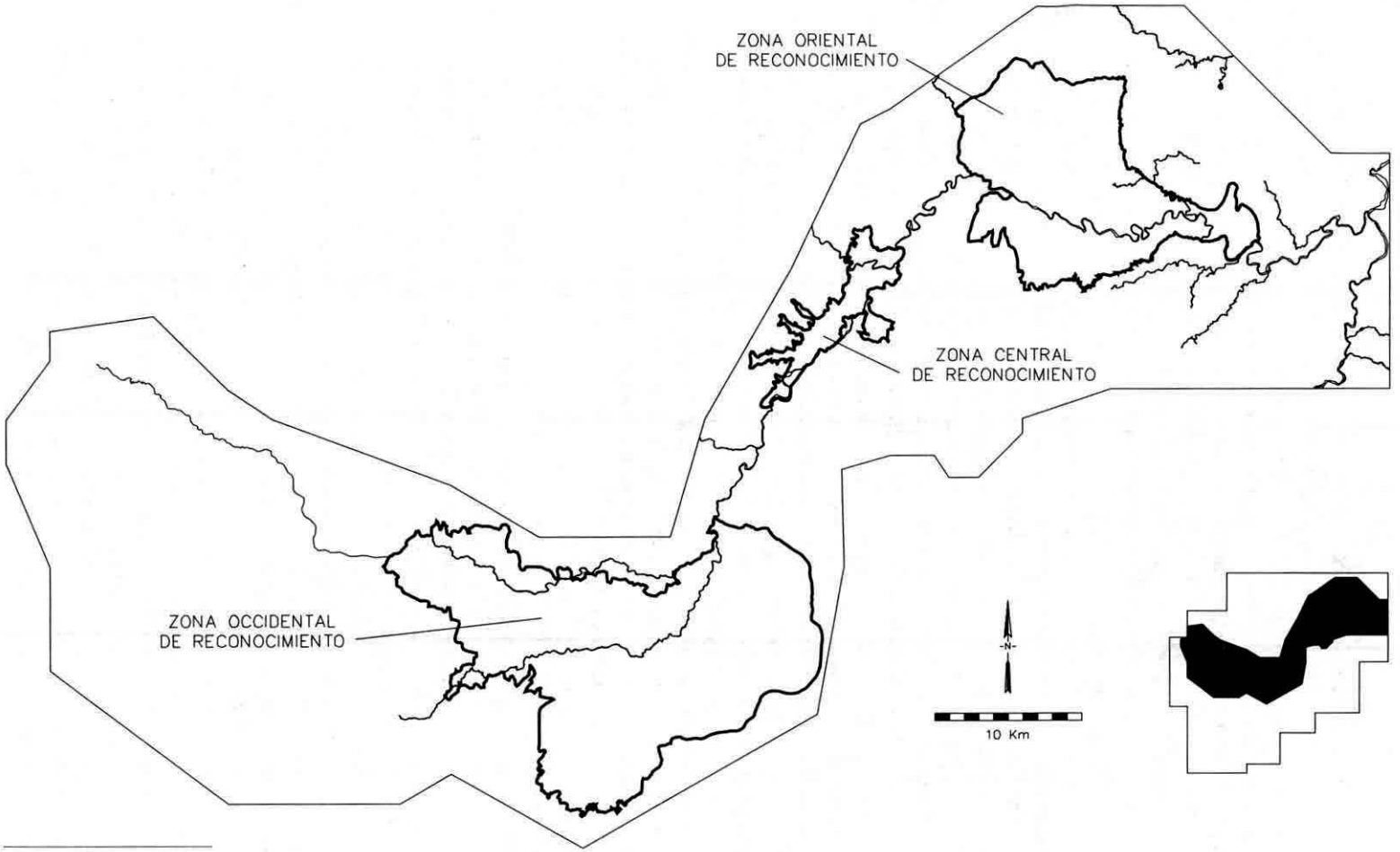


Figura 25. Mapa del Valle de la Plata con tres zonas de reconocimiento sistemático

Con esta intensidad los equipos de tres personas caminaron cada hectárea de las zonas de reconocimiento. Con una distancia máxima de 100 m entre observadores, solamente los sitios con dimensiones menores a 100 m pueden escapar la detección porque un observador pasa a un lado y el siguiente observador pasa al otro lado. En realidad el sitio más grande que no detectamos por esta razón es de menos de 100 m, ya que la distancia entre observadores sólo llegó a los 100 m en topografía quebrada, en donde los observadores siempre caminaron a lo largo de las áreas de relieve más suave y más apropiadas para la ocupación, separados por áreas muy escarpadas (como, por ejemplo, las laderas muy inclinadas de una quebrada). En terreno plano, donde no teníamos tantas indicaciones topográficas sobre las áreas más adecuadas para la recuperación de materiales arqueológicos, redujimos la separación entre observadores a aproximadamente 50 m. De esta manera no parece muy probable que existan muchos sitios de más de 50 m de ancho en las áreas de reconocimiento que algún miembro del equipo no haya visitado.

Después de la intensidad del reconocimiento, el otro aspecto fundamental es cómo se lleva a cabo la observación. En muchos de los reconocimientos sistemáticos que han sido realizados en distintas partes del mundo, la observación depende totalmente de artefactos (especialmente tiestos) visibles en la superficie y por lo tanto disponibles para ser recolectados. En muchas partes del Valle de la Plata las condiciones superficiales son adecuadas para esta clase de observación (Figura 26). No obstante, fue claro desde el principio que muchas veces la vegetación (cultivos, bosques, y más que todo, pastos) imposibilita la observación y recolección de artefactos de la superficie. Cuando no se podía practicar la recolección superficial, excavamos una "prueba de garlancha" (*shovel probe*) para obtener una muestra pequeña de los artefactos presentes (o verificar su ausencia). Estas pruebas fueron excavadas rápidamente, sin control estratigráfico. Su tamaño era de 40 por 40 cm, y las excavamos hasta aproximadamente 40 cm de profundidad (Figura 27). En la gran mayoría de los sitios del Valle de la Plata esta profundidad de 40 cm alcanza el suelo estéril debajo de los depósitos culturales. La tierra extraída de las pruebas no fue cernida, pues la mayoría de los suelos del Valle de la Plata son tan arcillosos y húmedos que no pasan por la malla de un cernidor. La tierra se inspeccionó cuidadosamente a mano sobre un plástico y luego se rellenaba la prueba. Con experimentos en sitios donde también realizamos excavaciones estratigráficas confirmamos que tales pruebas proporcionan indicaciones confiables de la presencia y densidad de artefactos en los depósitos de un sitio (Drennan 1985:136–143).

Los equipos de reconocimiento inspeccionaron cada hectárea del terreno en busca de cualquier evidencia de ocupación humana visible en la superficie. Más que todo se vieron tiestos, pero también aparecieron en el reconocimiento lascas, núcleos, hachas, cinceles, manos, metates, martillos, y hasta una nariguera de tumbaga. Se notaron aparentes tumbas guaqueadas y cimientos de estructuras antiguas. En pendientes fuertes, la ocupación prehistórica se manifestó en forma de tambos o pequeñas terrazas para la construcción de viviendas (Drennan 1985:128–136). Si las condiciones de superficie permitían la recolección de artefactos, ésta se realizó (o se notó la ausencia de artefactos); si no, se excavó una prueba de garlancha.

Se les asignó un *número de lote* a los artefactos recolectados de la superficie en un lugar o encontrados entre la tierra de una prueba de garlancha, y éstos fueron llevados al laboratorio para ser lavados y analizados. Así un *lote* es el conjunto de artefactos que

representa cierta ubicación y extensión en el campo. La ubicación que representa nunca excede a una hectárea, y muchas veces representa un área más pequeña; cuando el área donde se podía recolectar artefactos de la superficie era más grande, ésta se dividía en sectores de una hectárea o menos, y se hacía una recolección separada en cada sector. En forma semejante, en áreas donde no se pudo realizar una recolección superficial por la cobertura de la vegetación, las pruebas de garlancha que se excavaron nunca estuvieron separadas por más de 100 m. Se escribió cada número de lote en su ubicación sobre una fotografía aérea a escala aproximada de 1:10,000, y se dibujaron también en la foto los límites del área representada por cada lote. También en la foto aérea, se tachó cada área inspeccionada donde no se encontraron vestigios arqueológicos. De esta manera, cada equipo de tres personas levantó constantemente un registro del tramo de terreno que había revisado, de las ubicaciones de los sitios arqueológicos encontrados en él, y de los lotes de artefactos recuperados en cada sitio. Finalmente los datos fueron transferidos a mapas topográficos para producir mapas de distribución de tipos de cerámica y de otros artefactos.

Como consecuencia de este procedimiento, un sitio de menos de una hectárea de área total puede estar representado por un solo lote de artefactos, mientras que un sitio más extenso tiene que ser representado por varios lotes contiguos que permiten documentar cómo varían los artefactos recolectados en distintos sectores del sitio. Con base en esta información un solo sitio arqueológico puede cambiar de forma y tamaño de un mapa a otro, dependiendo de los tipos de cerámica encontrados en los distintos lotes (Figura 28).

Figura 26. Artefactos en la superficie para la recolección

Figura 27. La excavación de una prueba de garlancha

Este procedimiento es muy rápido; los equipos de reconocimiento no demoran mucho en ningún sitio. Se sacrifica información detallada sobre cada sitio para permitir la cobertura sistemática de una gran área y tener por lo menos un dato básico para cada sitio arqueológico que se encuentra en el área. Las muestras de artefactos de cada lote son pequeñas; provienen o de una recolección superficial o de la excavación de una prueba de garlancha sin control estratigráfico. Las decisiones metodológicas que se toman en la ejecución de cualquier reconocimiento sistemático tienen que ver con la intensidad (la distancia entre observadores en sus transectos, la distancia entre pruebas de garlancha donde no se aprecia bien la superficie, etc.), el tamaño de la muestra de artefactos de cada lote (cuánto tiempo dedicar a una recolección superficial, tamaño de las pruebas de garlancha), y el detalle de los datos espaciales (área máxima representada por cada lote). Estas decisiones pueden variar de un estudio a otro, dependiendo del carácter del registro arqueológico (tamaño de sitios, densidad de artefactos en los depósitos o en las superficies de los sitios, etc.), del fenómeno sociopolítico que se quiere estudiar y sus implicaciones para el área que tiene que ser reconocida para poder estudiarlo, de los recursos y el tiempo disponibles, y de otros factores. Siempre es cuestión de

buscar un equilibrio entre costos, tiempo, detalle de datos recuperados en cada sitio encontrado, y extensión del área reconocida.

Comparabilidad de pruebas de garlancha y recolecciones superficiales

Una preocupación constante en el reconocimiento sistemático es la confiabilidad de las muestras de artefactos que se llevan al laboratorio y que llegan a representar los sectores correspondientes de los sitios donde fueron recuperados. Si la muestra procede de recolección superficial, la preocupación principal es la posibilidad de que los artefactos de períodos tardíos estén sobrerepresentados y los de períodos tempranos subrepresentados porque los anteriores vienen de estratos superiores y los últimos de estratos inferiores. Si la muestra procede de la excavación de una prueba de garlancha, la preocupación principal es la posibilidad de que una sola prueba no represente toda la diversidad de períodos que se encuentre en el área total que los artefactos de la prueba llegan a representar en el análisis. La combinación de recolección superficial con pruebas de garlancha en nuestro procedimiento se presta para unas comparaciones de los resultados que permiten la evaluación de estas preocupaciones. La muestra total de tiestos de estos 5,704 lotes es más de 113,000.

No hay razón para preocuparnos sobre la posibilidad de que las muestras de tiestos de las pruebas de garlancha estén sesgadas en cuanto a la representación de distintos períodos porque que casi todas las pruebas de garlancha alcanzaron el suelo estéril debajo de los depósitos culturales. Podemos comparar las proporciones de tiestos de distintos tipos cronológicos en la muestra total producida por las pruebas de garlancha con las mismas proporciones en la muestra total producida por la recolección superficial para evaluar el sesgo en esta última. Los resultados de esta comparación se ven en la Tabla 2. Si las proporciones de tiestos tempranos son reducidas en las recolecciones superficiales a causa de su posición estratigráfica inferior, el efecto del sesgo debe ser especialmente fuerte en cuanto a los tiestos del Formativo, que son escasos de todos modos y supuestamente se hallan profundamente enterrados. Por lo tanto la Tabla 2 presenta la comparación entre tiestos formativos y tiestos post-formativos (o sea del Clásico Regional y el Reciente combinados). Se ve que las pruebas de garlancha y las recolecciones superficiales produjeron proporciones casi idénticas de tiestos formativos y post-formativos. La diferencia es de sólo 0.5%, y son las recolecciones superficiales que produjeron una proporción ligeramente más alta de tiestos formativos. Parece que al menos en este reco-

Tabla 2. Tiestos de distintos períodos de pruebas de garlancha y de recolección superficial en el reconocimiento sistemático en el Valle de la Plata.

	Formativo		Clásico Regional y Reciente	
	n	%	*n*	%
Pruebas de garlancha	1,268	7.4%	15,970	92.6%
Recolección superficial	7,612	7.9%	88,643	92.1%

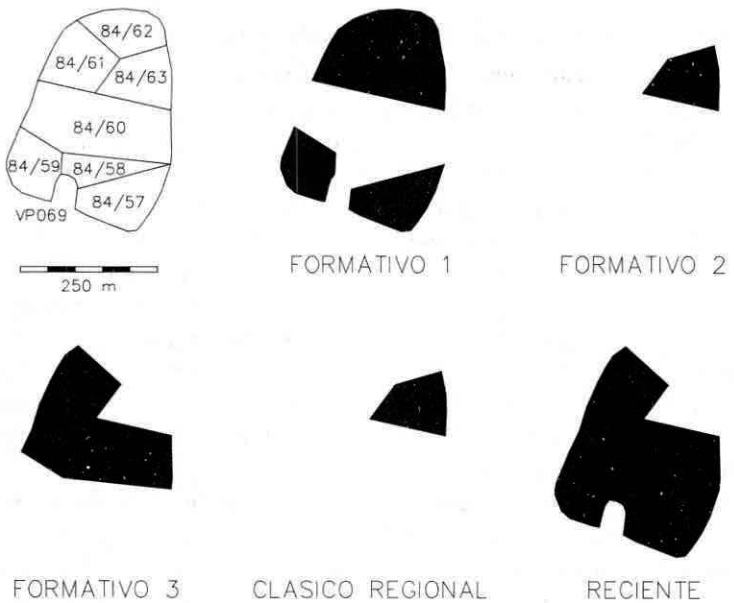


Figura 28.
La subdivisión de un sitio en diferentes lotes de recolección permite más precisión en la delineación de cambios en su área de ocupación en diferentes períodos. El sitio VP069, fue subdividido en siete sectores distintos, numerados desde 57 hasta 63 en la serie 84 de lotes de recolección. Una vez analizada la cerámica recolectada, es posible producir un mapa del área ocupada durante cada período según la presencia de los distintos tipos de cerámica en los siete lotes. Aunque este sitio demuestra ocupación en cada período, su área y ubicación cambia con el tiempo.

nocimiento, no tenemos que preocuparnos de un sesgo en contra de los tiestos formativos encontrados en las recolecciones superficiales.

La comparación entre las recolecciones superficiales y las pruebas de garlancha en cuanto a la diversidad de tipos de cerámica encontrados es un poco más complicada. Tenemos que tener en cuenta la probabilidad obvia de encontrar más tipos diferentes en una muestra que contiene muchos tiestos que en una muestra que contiene pocos. Como consecuencia, tenemos que comparar lotes según la cantidad de tiestos que contienen. Para producir el gráfico de la Figura 29 se tomaron todos los lotes de tiestos del reconocimiento sistemático del Valle de la Plata, y los separamos en los de pruebas de garlancha y los de recolecciones superficiales. Los de pruebas de garlancha, los separamos según el número de tiestos en el lote (lotes de un solo tiesto, lotes de dos tiestos, lotes de tres tiestos, etc.). Hicimos lo mismo con los lotes procedentes de recolecciones superficiales. Para cada grupo, calculamos el promedio del número de tipos cerámicos diferentes encontrados. Para los lotes que contienen 13 tiestos, por ejemplo, se encuentra un promedio de 1.85 tipos diferentes en las pruebas de garlancha y un promedio de 1.81 tipos diferentes en las recolecciones superficiales. Estos son los números que aparecen en la Figura 29.

Vemos en el gráfico el efecto esperado del tamaño de la muestra—todos los lotes de un solo tiesto tienen que tener un solo tipo de cerámica, pero a medida que crece la muestra, crece también el promedio del número de tipos diferentes, aunque para muestras de más de unos 12 o 13 tiestos termina este crecimiento, y el valor del promedio oscila alrededor del 1.85. El gráfico termina con muestras de 17 tiestos porque para lotes de más de este número de tiestos no hay un número suficiente de ejemplares entre las pruebas de garlancha para realizar una comparación confiable. Finalmente, la Figura 29 demuestra que las pruebas de garlancha tienden a tener ligeramente menos tipos que las recolecciones superficiales. Así podemos decir que las recolecciones superficiales tienden a representar mejor la diversidad de cerámica en los sitios que las pruebas de garlancha. Sin embargo, la diferencia entre las dos es mínima (entre muestras de 11 tiestos o menos: 1.39 tipos diferentes para pruebas de garlancha y 1.51 para recolecciones superficiales; entre muestras de 12 a 17 tiestos: 1.85 para pruebas de garlancha y 1.86 para recolecciones superficiales).

Para resumir, las pruebas de garlancha han funcionado bien en el reconocimiento sistemático del Valle de la Plata como alternativa a la recolección superficial cuando las condiciones de superficie no permiten la recolección de artefactos. Como siempre en la arqueología, trabajamos a veces con muestras muy pequeñas, y las pruebas de garlancha nos han ayudado a aumentar el tamaño de las muestras que tenemos de sitios en los cuales la recolección superficial produce poco. Obviamente son muy útiles en donde la vegetación cubre toda la superficie porque la técnica permite descubrir sitios que de otra manera no se conocerían, y obtener una muestra de artefactos. Aunque los arqueólogos nos quejamos con frecuencia de nuestras muestras pequeñas (y con mucha razón), una muestra pequeña es más útil que no tener muestra en absoluto.

Aproximaciones demográficas

Población en la zona occidental del Valle de la Plata

En esta zona se localizaron un total de 2,013 sitios, dentro de los cuales se recolectaron un total de 4,679 lotes separados de artefactos. De estos 4,679 lotes de artefactos, 2,980 contenían cerámica del Clásico Regional, y la Figura 30 presenta las ubicaciones de cada uno de esos 2,980 lotes. Tanto el número de sitios como su dispersión en casi todas partes de la zona nos sorprendieron. Los 2,980 lotes representan una área total de más de 23 km^2 (2,311 ha) donde se encuentra cerámica del Clásico Regional, u 8% de la superficie total del área reconocida (excluyendo del cálculo unos sectores donde no fue posible llevar a cabo el reconocimiento, debido sobre todo a la presencia de bosques muy densos).

Es cierto que existen sitios arqueológicos en la zona de reconocimiento que no descubrimos. Sin embargo, dada la intensidad del reconocimiento y el hecho de que la inspección de la zona se hizo en forma completa y sistemática, creemos que no se nos escaparon muchos sitios. Los que no descubrimos tienen que ser, en su gran mayoría, pequeños y con muy bajas densidades de artefactos. Así no representan mucha ocupación ni muchos habitantes. No obstante, no es fácil establecer una equivalencia entre resultados de reconocimiento sistemático y número de habitantes en cierto período. Cabe mencionar que no es posible establecer *ninguna* equivalencia entre resultados de pros-

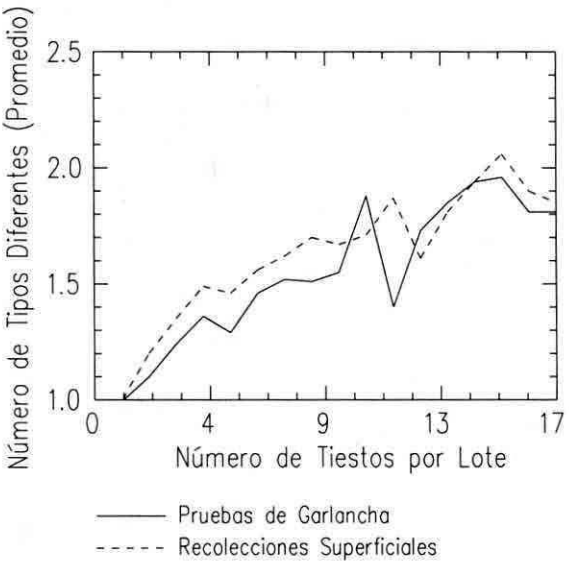


Figura 29. Comparación de pruebas de garlancha con recolecciones superficiales en cuanto al número de tipos diferentes encontrados

pección no sistemática y número de habitantes—hacer aproximaciones demográficas simplemente no se encuentra entre los objetivos legítimos de una prospección no sistemática. Aún en el caso del reconocimiento sistemático, la cuestión no es tan sencilla como por ejemplo, tomar cada tiesto encontrado como el representante de cierto número de habitantes prehispánicos. Para aproximar el número de habitantes con base en datos de reconocimiento hay que cosiderar una serie de variables que intervienen y hay que recordar que siempre se trata de *aproximaciones*.

Existen varias maneras de aplicar los resultados de reconocimiento sistemático a la tarea de reconstruir la demografía prehistórica. Una de éstas parte del supuesto de que una población mayor deja más basura regada por el paisaje que una población menor, si no intervienen otros factores. El elemento más útil de la basura en el contexto del Alto Magdalena es la cerámica, ya que se encuentra en grandes cantidades entre los elementos que constituyen la basura, es casi indestructible, y sus propias características permiten establecer el período al cual pertenece. Si los patrones de utilización de la cerámica no cambian radicalmente, entonces encontrar más cerámica de un período que de otro indica más basura, dejada por más habitantes. Para aprovechar esta observación se requiere de una muestra de la cerámica de la región seleccionada de manera que las proporciones de la cerámica de distintos períodos representan debidamente las mismas proporciones en la totalidad de la cerámica que exista en el registro arqueológico de la región. El reconocimiento sistemático debe proporcionar tal muestra, porque minimiza el riesgo de dejar muchos sitios de cierto período sin descubrir.

La primera fila de la Tabla 3 presenta la cantidad total de tiestos de cada período encontrada en el reconocimiento de la zona occidental del Valle de la Plata (Figura 25). Se ve claramente que la cantidad de cerámica es pequeña para el Formativo, aumenta mucho para el Clásico Regional, y crece otra vez en el Reciente. Sin embargo, no podemos utilizar esta observación directamente como una de nuestras aproximaciones demográficas, porque algunos de los períodos que aparecen en la Tabla 3 son mucho más largos que otros. Para equilibrar el efecto que tiene esta diferencia, podemos dividir la cantidad de tiestos de cada período por el número de siglos comprendidos dentro del mismo período (ver Figura 3). El resultado de esta división aparece en la segunda fila de la Tabla 3. Si lo tomamos como un índice del número de habitantes podemos empezar a hablar del cambio demográfico durante la secuencia.

El cambio en nuestro índice inicial de población sugiere un fuerte crecimiento demográfico durante la primera parte del Formativo. Sugiere también una reducción en la población entre el Formativo 2 y 3, aunque es muy probable que esta impresión sea exagerada. La mayoría de los tipos cerámicos que aparecen en la Figura 3 representan casi la totalidad de la cerámica de sus respectivos períodos, pero parece que durante el Formativo 3, no utilizaron en forma tan exclusiva el tipo Lourdes Rojo Engobado (Jaramillo 1996:76). Aunque Lourdes Rojo Engobado representa buena parte de la cerámica del Formativo 3, aparecen también otros tipos, especialmente Planaditas Rojo Pulido. Como resultado, nuestro índice inicial de la población tiende a "desplazar" parte de la población del Formativo 3 a otros períodos, especialmente al Formativo 2. Si corrigiéramos las cifras según nuestra impresión subjetiva de las proporciones de cerámica encontrada en sitios excavados del Formativo 3, probablemente tendríamos que reducir la cifra para el Formativo 2 por unos 300 y aumentar la cifra correspondiente al Formativo 3 por la misma cantidad. (Buscaremos precisar esta corrección con el análisis definitivo de los datos del reconocimiento que no se ha concluido.) Así es muy probable que el crecimiento demográfico entre el Formativo 1 y 2, aunque fuerte, no es tanto como parece en los números de la Tabla 3. Por la misma razón, consideramos que la población regional no disminuyó mucho durante el Formativo 3. Es claro que para el Clásico Regional la población volvió a crecer fuertemente; este crecimiento continua durante el Reciente, aunque la tasa de crecimiento en esta última parte de la secuencia prehispánica no es tan alta como aquella observada entre el Formativo 1 y 2 o entre el Formativo 3 y el Clásico Regional.

Vale la pena ensayar también otra manera de utilizar la información del reconocimiento para realizar aproximaciones demográficas. Esta manera de mirar la demografía no depende de la cantidad total de basura (indicada por la cerámica), sino de la distribución de la basura (o sea la cerámica) en el paisaje. Si se trata de un período con una alta población,

Tabla 3. Indices de población para la zona occidental de reconocimiento en el Valle de la Plata.

	Formativo 1	Formativo 2	Formativo 3	Clásico Regional	Reciente
No. de tiestos	1,586	4,763	2,643	35,515	57,037
Tiestos/siglos	397	1,588	881	3,946	9,506
Area (ha)	325	687	607	2,311	2,472
Area corregida (ha)	325	687	607	1,409	1,818

debemos encontrar vestigios de basura en más lugares que en el caso de un período con menos habitantes. Partiendo de este supuesto, podemos calcular el área total en donde se encuentra la cerámica de cada período y comparar los resultados, pues estas áreas deben representar la totalidad de la ocupación, período por período. La tercera fila de la Tabla 3 presenta dichas áreas.

Cuando basamos nuestras aproximaciones en el número total de tiestos por período, tenemos que enfrentar la dificultad de que el tipo Lourdes Rojo Engobado representa sólo una parte de la cerámica del Formativo 2, mientras que los otros tipos representan la gran mayoría de la cerámica de sus respectivos períodos. En el caso de áreas de ocupación, este hecho no presenta ningún problema porque no se trata de cantidades de diferentes tipos, sino la simple presencia de tipos, y la presencia de Lourdes Rojo Engobado es un indicador confiable de una ocupación del Formativo 2, aunque no representa la totalidad de la cerámica del período. Se nota que el área ocupada, así como el número de tiestos dividido por el número de siglos, sugiere una disminución de población durante el Formativo 3. Consistente con la conclusión a la cual llegamos después de considerar las características especiales de la distribución cronológica del tipo Lourdes Rojo Engobado, la reducción demográfica sugerida es muy pequeña (sin necesidad de considerar ninguna modificación especial del índice de área ocupada).

La precaución principal que tenemos que tomar antes de utilizar el área de ocupación como índice de la población de un período tiene que ver con la contemporaneidad. Simplemente aceptar el área total de ocupación de un período como índice de su población nos da una cifra correspondiente al máximo durante el período y asume que, por lo menos en algún momento durante el período, todos los sitios con presencia de la cerámica del período fueron ocupados al mismo tiempo. Parece más probable que algunos de los sitios ocupados al principio del período fueran abandonados mientras que otros nuevos fueran fundados, para ser también abandonados, etc. Al considerar toda el área de ocupación obtenemos una cifra inflada y obviamente, el efecto sería más fuerte para períodos de larga duración que para períodos cortos.

Afortunadamente, los datos del reconocimiento de la zona occidental del Valle de la Plata contienen algunas pistas que nos ayudan a evaluar el impacto que tiene este factor. Ha sido posible subdividir uno de los tres períodos largos de la secuencia del Alto Magdalena. Los 1,000 años del Formativo se han separado en tres partes, una de 400, y dos de 300 años respectivamente. Estos tres períodos, como los más cortos, deben ser los menos afectados por posibles faltas de contemporaneidad de áreas ocupadas. Podemos comparar sus áreas de ocupación con el área de ocupación como sería calculada para el Formativo completo, como si no hubiera sido posible subdividirlo. El área total que muestra evidencia de ocupación durante cualquier parte del Formativo es de 1,124 ha. Es decir, en un total de 1,124 ha se encuentra cerámica Tachuelo Pulido (Formativo 1) y/o Planaditas Rojo Pulido (Formativo 2) y/o Lourdes Rojo Engobado (Formativo 3). Si no pudiésemos dividir el Formativo en tres, tendríamos un índice que sugeriría una ocupación máxima de 1,124 ha. No obstante, cuando miramos las áreas ocupadas de los tres períodos constituyentes del Formativo, vemos una área máxima de 687 ha durante el Formativo 2. Esta cifra parece más confiable como indicio del área máxima ocupada en cualquier momento durante el Formativo.

Tomando esta comparación como modelo podemos sugerir que el efecto de falta de contemporaneidad de ocupaciones durante un período de un milenio puede ser una inflación de alrededor de 64% (1124 / 687 = 1.64) comparado con el área ocupada calculada para un período de tres siglos. El área ocupada para el Clásico Regional, período de casi un milenio, probablemente representa una sobreestimación similar si se la compara con los tres períodos más cortos del Formativo. Una manera de equilibrar la comparación sería reducir la cifra del Clásico Regional por esta proporción, llegando a la cantidad de 1,409 ha (2311 / 1.64 = 1409). De la misma manera, observamos que el Formativo 1 y 2 combinados tienen una área ocupada de 832 ha, una inflación de 21% sobre la cifra de 687 ha para el Formativo 2 (832 / 687 = 1.21). Igualmente, el área ocupada durante el Formativo 2 y 3 combinados (1,031 ha) representa 50% más que las 687 ha del Formativo 2. Esto sugiere una sobreestimación de tal vez alrededor de 36% (el promedio de 21% y 50%) pues se trata de la comparación entre un período de unos tres siglos con uno de seis o siete. Como es de esperar esta inflación no es tan fuerte como cuando se compara un período de tres siglos con uno de un milenio. Aplicada a la cifra para el Reciente (período de 600 años), la corrección de 36% produce una cifra de 1,818 ha (2472 / 1.36 = 1818).

Estas áreas de ocupación "corregidas" aparecen en la cuarta fila de la Tabla 3. El patrón demográfico sugerido por este índice es muy semejante a aquel descrito anteriormente con base en la cantidad total de cerámica. Los cambios sugeridos por las áreas de ocupación no son tan fuertes como los indicados por la cantidad total de tiestos, pero ambos índices nos llevan a una reconstrucción demográfica que empieza con crecimiento fuerte a principios del Formativo seguido por una pequeña reducción hacia finales del Formativo, y continúa con más aumento durante el Clásico Regional y en el Reciente, aunque la tasa de crecimiento disminuye hacia finales de la secuencia.

Hasta ahora hemos hablado de cambio demográfico en términos relativos—crecimiento y disminución de un período a otro sin poner cifras absolutas. Si tomamos en cuenta las evidencias más detalladas que existen para sitios como los registrados en el reconocimiento regional pero que además han sido excavados, es posible hacer aproximaciones demográficas en términos de números de habitantes durante los distintos períodos. Las densidades de artefactos encontrados se relacionan con la intensidad de ocupación o utilización de un sitio. Las densidades de cerámica en los depósitos culturales del Valle de la Plata son relativamente bajas. En total, los ocho sitios donde realizamos excavaciones estratigráficas dentro de la zona occidental de reconocimiento, mostraron una densidad de 293 tiestos por m^3 (Drennan 1993a:73–77). Como estos sitios fueron escogidos por sus altas densidades de artefactos (entre otras cosas), probablemente es más confiable la densidad de aproximadamente 220 tiestos por m^3 indicada por las 934 pruebas de garlancha que contenían cerámica del Clásico Regional en la zona occidental de reconocimiento. Tales densidades de cerámica están asociadas en otras partes del mundo con densidades muy bajas de ocupación, o, por decirlo de otra manera, con ocupación muy dispersa (Drennan 1985:177–178). En algunas partes del mundo ha sido posible comparar la evidencia producida por un reconocimiento sistemático regional con información etnográfica o histórica y con resultados de censos de población modernos y antiguos. Por ejemplo en la Cuenca de México, con base en tales comparaciones, se ha planteado que cada hectárea de ocupación con una densidad de materiales arqueológicos semejante a la que encontramos en el Valle de la Plata representa una ocupación de entre 5 y 10 personas, o sea una familia nuclear o dos (Sanders, Parsons, y Santley 1979:34–40).

Si cada hectárea en que encontramos cerámica del Clásico Regional en la zona occidental de reconocimiento representara entre 5 y 10 personas, la población de la zona occidental de reconocimiento durante el Clásico Regional habría sido de entre unos 11,000 y 23,000 habitantes, o sea una densidad regional de entre unos 40 y 80 habitantes por km^2. Si calculamos con base en el área reducida de 1,409 ha, la zona tendría entre 7,000 y 14,000 habitantes, y una densidad regional de 24 a 48 por km^2. Estas cifras nos dan una idea de unos parámetros demográficos de importancia, pero aún así deben ser consideradas tentativas. Para el análisis demográfico que actualmente está en curso, aprovecharemos más información de excavaciones en el Alto Magdalena, utilizaremos las densidades de la cerámica de manera más sistemática y compararemos la distribución de población prehistórica con la moderna para la que tenemos datos de censos recientes. Así se podrá lograr una aproximación con base en las condiciones específicas que presenta el Alto Magdalena y se reducirá la dependencia de generalizaciones prestadas de otras regiones.

Población en la zona oriental del Valle de la Plata

La Figura 31 muestra las ubicaciones de todos los lotes con cerámica del Clásico Regional en la zona oriental de reconocimiento. En esta zona iniciamos el trabajo con un reconocimiento completo que cubrió un total de 60 km^2 según la misma metodología aplicada en la zona occidental. Resultó que los sitios prehispánicos fueron muy pocos. Además, las condiciones en el campo imponen grandes dificultades para la realización del reconocimiento. La proporción del terreno cubierta por pastos que imposibilitan la recolección superficial en este sector es muy alta, y la excavación de las pruebas de garlancha es muy demorada porque los suelos son durísimos. Para no reducir demasiado el área estudiada en esta zona (dados los recursos y el tiempo disponibles), después de realizar el reconocimiento completo inicial de 60 km^2 diseñamos un programa de muestreo aleatorio estratificado mediante el cual estudiamos otros 109 km^2.

El área total de estudio indicada en la Figura 31 se dividió en nueve zonas medioambientales, las cuales conformaron la base para la estratificación de la muestra (Figura 32). La cima y las terrazas bajas naturales del río, junto con la zona de relieve suave y las terrazas altas y abanicos aluviales al sur del Río Páez, conforman los 60 km^2 que fueron reconocidos completamente con la metodología original. La Mesa, las terrazas altas y abanicos aluviales al norte del Río Páez, la pendiente, y la zona de Nátaga fueron muestreados. Dentro de cada una de estas zonas que diferían en sus características ambientales, se escogió al azar un número determinado de cuadrículas de 100 m por 100 m. La selección de estas unidades de muestreo se realizó en manera sistemática dentro de una retícula de cuadrículas de 1 km por 1 km. Es decir, dependiendo del número de unidades de muestreo requerido en cada zona medioambiental, de cada km^2 de la zona se escogió al azar el número necesario de cuadrículas de 100 m por 100 m. Esta modalidad de escoger las unidades de muestreo mantiene el carácter aleatorio de la muestra mientras que asegura cierta dispersión de las unidades de muestreo en todas partes de la zona (Drennan 1996c:243–247).

La muestra consistió de 244 cuadrículas de 100 m por 100 m. Una vez escogidas, según el mapa topográfico, estas unidades de muestreo fueron ubicadas y marcadas en las fotos aéreas mediante las cuales los equipos de reconocimiento las identificaron en el campo. Cuando llegaron a una cuadrícula, los integrantes del equipo se dividieron como de costumbre para buscar artefactos superficiales como indicio de la presencia de ocupa-

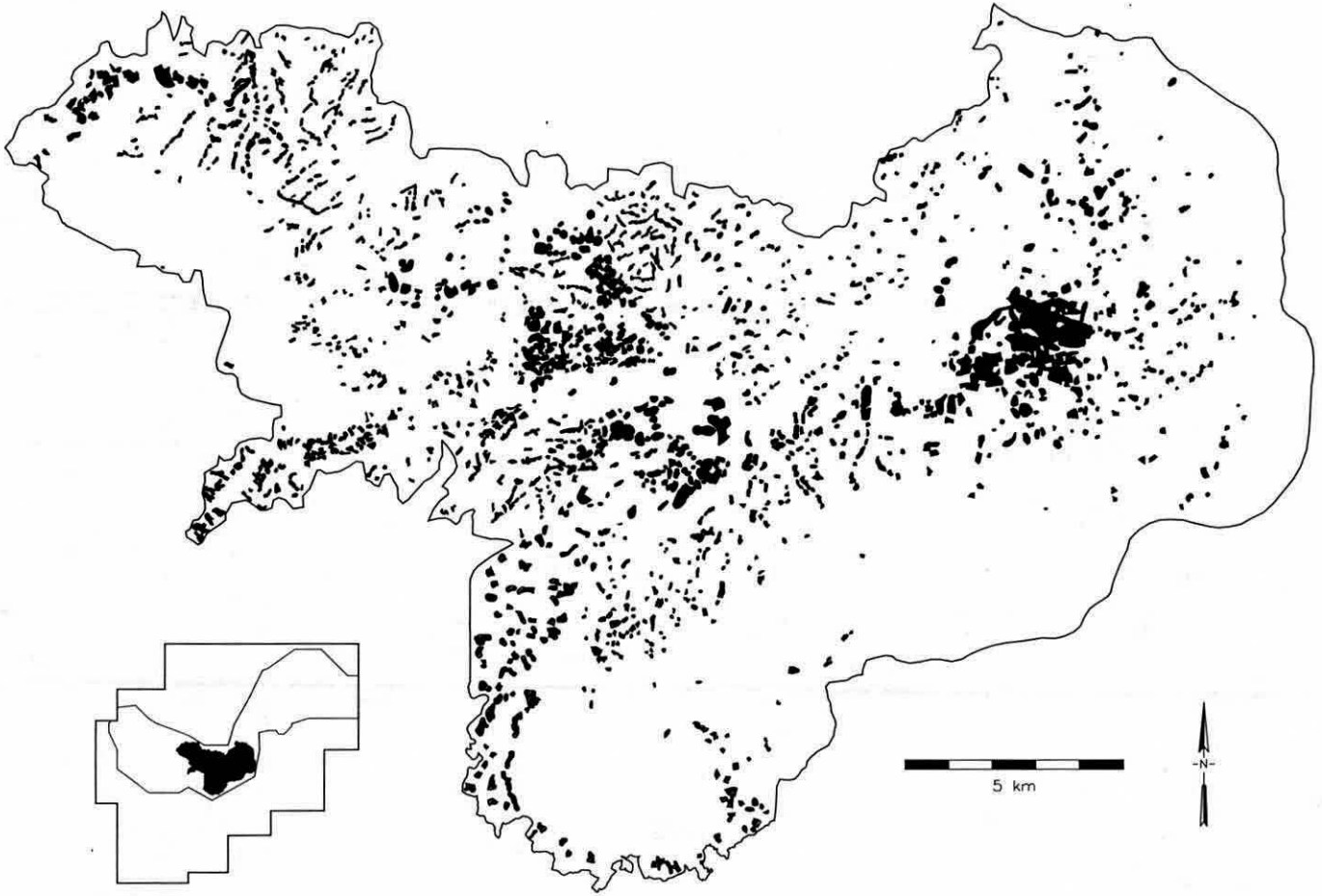


Figura 30. Ubicación de todos los lotes con cerámica del Clásico Regional (tipo Guacas Café Rojizo) en la zona occidental de reconocimiento en el Valle de la Plata.

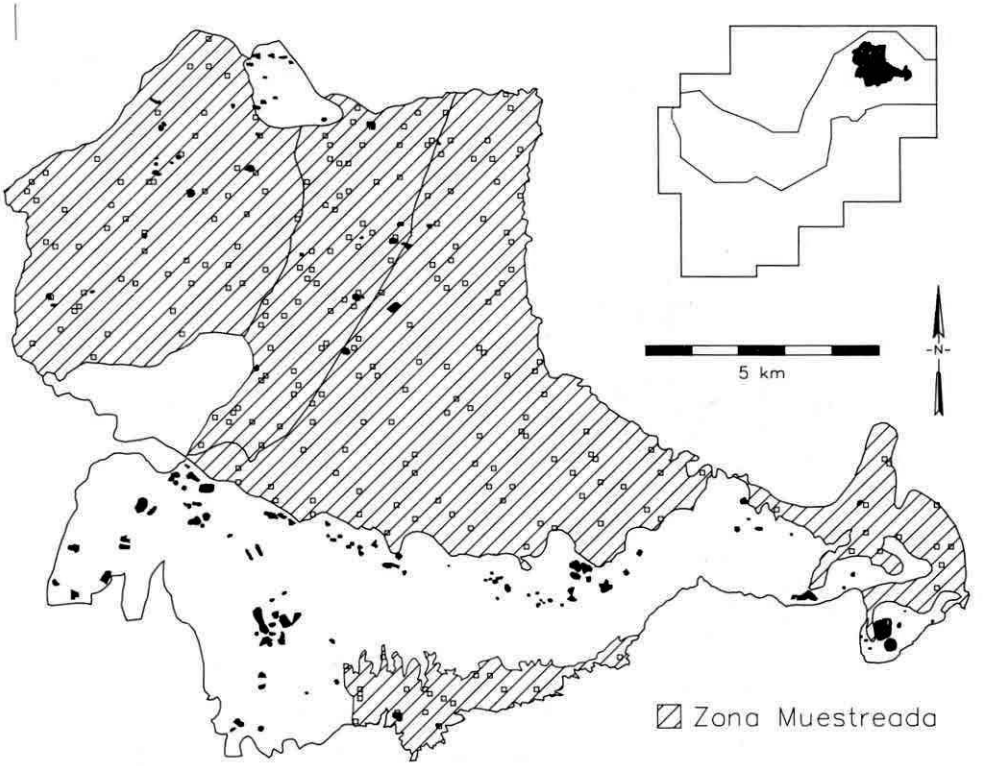


Figura 31. Ubicación de todos los lotes con cerámica del Clásico Regional (tipo Guacas Café Rojizo) en la zona oriental de reconocimiento en el Valle de la Plata. Las pequeñas cuadrículas son las unidades de muestreo en los sectores donde el reconocimiento se basó en una estrategia de muestreo.

ción humana. Si las condiciones no permitieron la recolección superficial, se excavaron pruebas de garlancha a intervalos de 50 m en estos terrenos planos, siguiendo el patrón que se ve en la Figura 33. Cuando se encontraron artefactos, se procedió a delinear el sitio completo aunque sólo la parte del sitio incluida dentro de la unidad de muestreo "cuenta" como parte de la muestra. De la misma manera, los equipos siempre registraron cualquier sitio que fuese encontrado por casualidad en el camino hacia sus unidades de muestreo designados, aunque tales sitios no se incluyen en ciertos cálculos hechos con base en resultados del programa de muestreo.

La diferencia metodológica entre el reconocimiento en las zonas occidental y oriental dificulta la comparación directa de la Figura 31 con la 30. Lo que sí se puede afirmar con confianza es que la densidad de ocupación durante el Clásico Regional fue muchísimo menor en la zona oriental que en la zona occidental. El área total de ocupación durante el Clásico en las zonas muestreadas se estimó con base en lo hallado en la muestra y se sumó al área de ocupación encontrada en las zonas reconocidas completamente para llegar a una cifra de 274 ha para los 169 km^2 de la zona oriental—mucho menos que las 2,311 ha de la zona occidental. Mientras que el 8.0% de la superficie reconocida en la zona occidental fue cubierto por ocupación del Clásico Regional, la proporción en la zona oriental es de 1.7%. Si cada hectárea ocupada representa entre 5 y 10 personas, el número de habitantes en la

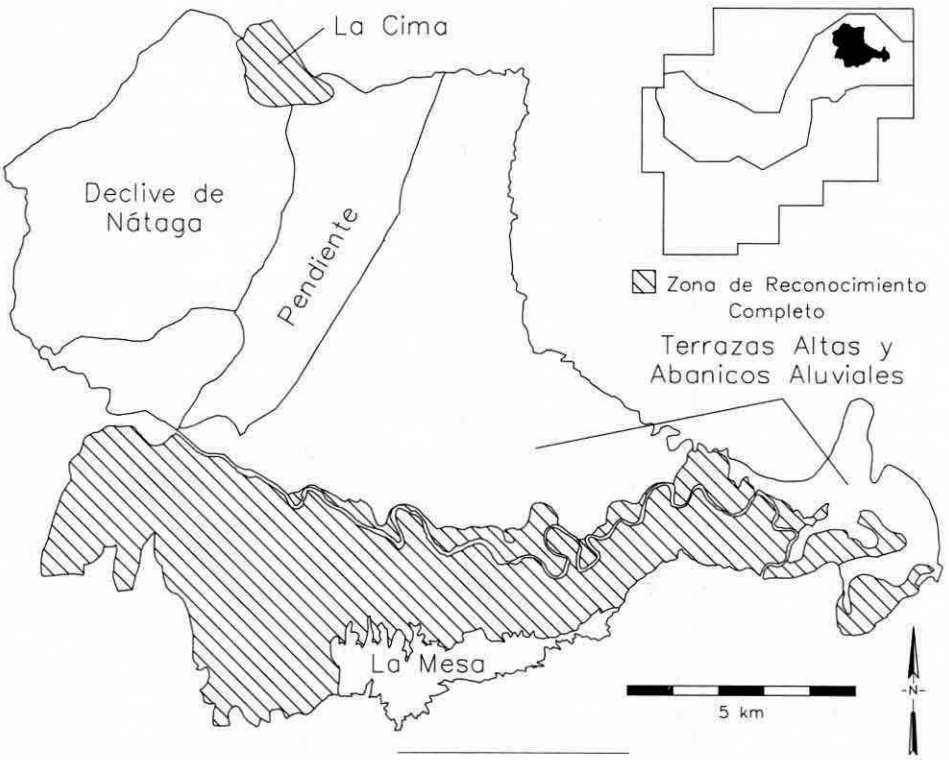


Figura 32. Las cuatro zonas medioambientales que conforman la base del programa de muestreo estratificado para el reconocimiento en la zona oriental del Valle de la Plata

zona oriental sería entre 1,400 y 2,700, una densidad regional de unos 8 a 16 por km^2. Si aplicamos el mismo factor de "corrección" a las áreas ocupadas que sugerimos para la zona occidental, las 274 ha se reducen a 167, y el número de habitantes a una cifra entre 800 y 1,700, una densidad de 5 a 10 por km^2. Es claro que la zona oriental tenía mucho menos importancia demográfica durante el Clásico Regional que la zona occidental.

Durante el Formativo es todavía más fuerte el contraste entre las zonas oriental y occidental. La cerámica del Formativo 1 se encuentra sólo en dos lotes de la zona oriental (ambos en el sector de reconocimiento total). Como el área combinada de los dos lotes no es sino de 1.6 ha, la población comprobada para el Formativo 1 puede ser cuestión de sólo dos familias. La situación no es muy diferente para el Formativo 2. Los seis lotes que contenían la cerámica del período tienen una área combinada de 3.2 ha, y no pueden representar más de unas seis familias. El reconocimiento, entonces, confirma la presencia de habitantes en la zona oriental durante el Formativo 1 y 2, pero es una presencia casi nula. Es durante el Formativo 3 cuando la ocupación humana de la zona oriental empieza a sentirse, con un total estimado de 63 ha. Esto representa el 0.4% del área total de la zona oriental. Como durante el Clásico Regional, el peso demográfico de la zona oriental es mucho menor que la de la zona occidental. Sin embargo, la tasa de crecimiento entre el Formativo 3 y el Clásico Regional parece muy semejante a la tasa de crecimiento en la zona

occidental. El área ocupada estimada en la zona oriental crece de 274 ha durante el Clásico Regional a 411 ha durante el Reciente (o de 167 a 302 si practicamos la misma "corrección" que aparece en la Tabla 3). La densidad demográfica de la zona oriental sigue siendo menor a la de la zona occidental durante el período Reciente, pero es claro que se produce una tasa de crecimiento mucho más alta en la zona oriental hacia finales de la secuencia prehispánica. Entonces, para resumir, la zona occidental fue mucho más ocupada que la oriental durante toda la secuencia, pero la diferencia entre las dos tiende a disminuir un poco hacia finales de la época prehispánica.

Población en la zona central del Valle de la Plata

Los objetivos del reconocimiento en la zona central incluían documentar la transición entre la ocupación densa de la zona occidental y la ocupación muy escasa de la zona oriental. Por lo tanto se delineó una zona de 32 km^2 dividida entre las últimas grandes terrazas planas del valle bajo y los coluvios y laderas más empinadas río arriba (Díaz 1995). La Figura 34 muestra la distribución de los 512 lotes (del total de 712 lotes) que contenían cerámica del Clásico Regional. Como el reconocimiento de la zona central fue total, esta figura se compara directamente con la Figura 30. La gran densidad de ocupación de la zona central durante el Clásico Regional es obvia; el área total de lotes con cerámica del Clásico Regional es de 328 ha, o más del 10% de la zona. El área central no sólo tenía una ocupación más densa que la de la zona oriental, sino más densa que aquella de la zona occidental. Sus 328 ha de lotes con cerámica del Clásico Regional deben representar un total de población mayor al de los 274 ha de ocupación en toda la zona oriental, que es una área cinco veces más extensa. Sin embargo, a pesar de la densidad muy alta de ocupación, la población total en la zona central es mucho menor que la de la zona occidental con sus 2,311 ha de ocupación.

Al igual que en la zona oriental, la ocupación humana en la zona central existe durante el Formativo, pero en cantidades minúsculas. Un solo sitio con un área de 1.7 ha representa el Formativo 1, y siete lotes con un área total de 3.4 ha representan el Formativo 2. La población crece en el Formativo 3 con un total de 17.9 ha. Las densidades de estas ocupaciones, como las de la zona oriental, son extremadamente bajas, sólo alcanzando el 0.6% del área reconocida en el Formativo 3. El crecimiento que se produce durante el Clásico Regional es mucho más fuerte en la zona central que en cualquier otra parte del reconocimiento del Valle de la Plata (el área total ocupada durante el Clásico Regional es 18 veces más extensa que durante el período anterior). Mientras que la población parece crecer entre el Clásico Regional y el Reciente en las zonas occidental y oriental, el área total de ocupación en la zona central disminuye de 328 ha a 215 ha.

Resumen de las tres zonas de reconocimiento e implicaciones de los patrones demográficos

El reconocimiento sistemático regional demostró claramente la presencia de ocupación humana desde el Formativo 1 en todas partes del Valle de la Plata. Generalmente los sitios arqueológicos son pequeños y las densidades de artefactos en sus depósitos culturales son bajas. Aún cuando se encuentran sitios de cierto tamaño la densidad de artefactos es baja. Estas características del registro arqueológico son consistentes con una ocupación muy dispersa, probablemente con algunas áreas de cultivo incluidas dentro de

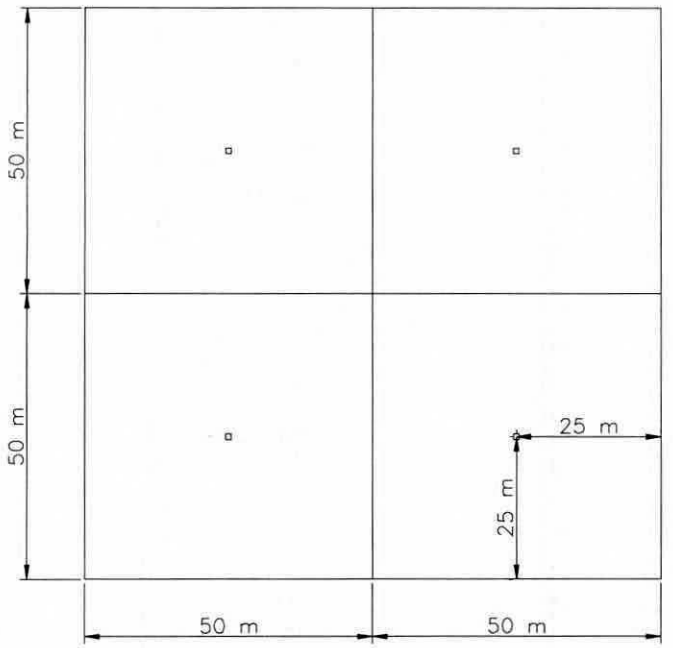


Figura 33. Ubicación de las cuatro pruebas de garlancha en una unidad de muestreo en el reconocimiento de la zona oriental del Valle de la Plata

los límites de lo que se identifica como un sitio arqueológico. Mucha de la población actual del Valle de la Plata (especialmente hacia el occidente) se dispersa sobre el paisaje en una forma muy semejante, viviendo en los mismos terrenos donde cultivan en casas aisladas o en veredas de muy pocas familias. Cabe mencionar que existe cierta homogeneidad entre los sitios arqueológicos. No ha sido posible hasta ahora identificar ninguna clase de sitio que, por ejemplo, parezca mostrar (por su ubicación, rasgos arqueológicos, conjunto de artefactos, etc.) una ocupación menos permanente que otros. Todos parecen presentar las características que se esperan de un sitio de vivienda permanente.

El registro arqueológico, tal y como el reconocimiento regional lo representa, carece de evidencias para la presencia de comunidades nucleadas y compactas, como lo son las cabeceras de los municipios modernos. Se ha sugerido que tales patrones de asentamiento pueden indicar un enfoque económico hacia las actividades de subsistencia y una ausencia de las relaciones de dependencia económica que surgen de una intensificación de la especialización y el intercambio (Drennan 1988). Más adelante discutiremos más sobre este tema.

Durante el Clásico Regional (y también durante los tiempos anteriores y posteriores) la zona occidental fue el centro de gravedad demográfica del Valle de la Plata, debido a que tuvo no sólo una alta densidad de ocupación, sino también un alto número de

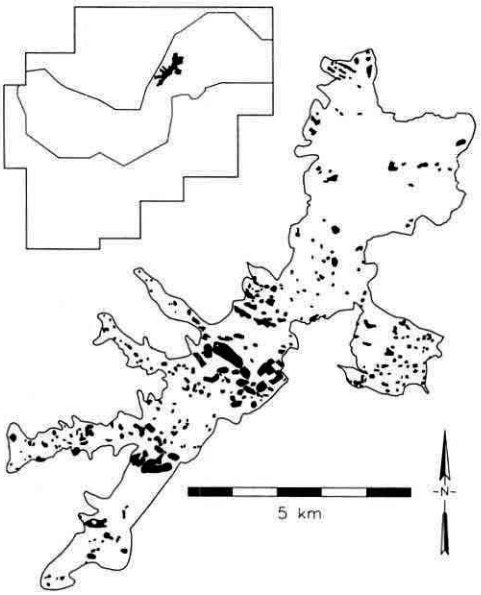


Figura 34. Ubicación de todos los lotes con cerámica del Clásico Regional (tipo Guacas Café Rojizo) en la zona central de reconocimiento en el Valle de la Plata

habitantes. A grandes rasgos, la distribución de la población prehispánica entre las tres zonas de reconocimiento corresponde al potencial agrícola del ambiente (por lo menos si éste se considera desde la perspectiva de la tecnología prehispánica). La zona occidental es un gran conjunto de terreno variado, pero productivo. Abunda el agua; muchos de los suelos son muy fértiles; y, a pesar de ser una topografía muy quebrada, incluye mucha área de superficies onduladas con inclinaciones suaves. Al otro extremo, las terrazas naturales del valle bajo (en la zona oriental) son muy planas y gozan de las altas temperaturas que aceleran el crecimiento de las plantas, pero sus suelos tienen poca fertilidad y son muy difíciles de cultivar debido a su dureza. La precipitación en la zona oriental puede ser menor que la de la zona occidental, y la evapotranspiración más alta.

La zona oriental hoy en día tiene una productividad agrícola muy alta, pero su economia se fundamenta en la ganadería y en el cultivo del arroz, cultivo que es posibilitado por tractores y bombas eléctricas que elevan el agua de los ríos para la irrigación. Por supuesto, ningún elemento de esta tecnología estaba a disposición de los habitantes prehispánicos. Por el contrario, en la zona occidental, la producción agrícola moderna se enfoca en el cultivo de café y de una gran variedad de cultígenos tradicionales, tales como el maíz, la yuca, el fríjol, la papa, etc. La tecnología de cultivo que se practica en la zona occidental hoy en día es mucho más semejante a la prehispánica, a pesar de la introducción del café como cultivo comercial. En términos muy generales, entonces, no es difícil entender las altas densidades de ocupación prehispánica en la zona occidental cuando la comparamos con la zona oriental. La población prehispánica de la zona oriental tendía a concentrarse en las terrazas más bajas a lo largo del Río Páez, y en coluvios

y vallecitos de cierta fertilidad y accesibilidad al agua, pero siempre se trata de áreas bastante reducidas.

En la zona central se documenta perfectamente la transición entre estos dos ambientes y patrones de asentamiento tan diferentes. Hacia el nororiente de la zona central se abren grandes terrazas planas con las mismas características que tienen las de la zona oriental. Hacia el suroccidente, el valle del Río La Plata es muy angosto con laderas muy inclinadas y coluvios que llegan al borde del río. Es en esta última parte de la zona que se concentró la mayoría de la población prehispánica, gozando de las ventajas de los suelos fértiles coluviales, las pendientes relativamente suaves, el acceso al agua y las temperaturas altas del piso térmico ubicado entre 1000 y 1200 msnm. Esta población se ve fácilmente como una extensión del centro de gravedad demográfico en la zona occidental, aprovechando condiciones no tan diferentes, excepto que la altura es mayor, extendiéndose desde los 1200 msnm hacia arriba. Esta extensión no podía tener mayor importancia demográfica debido al simple hecho que estaba en el fondo de un valle muy angosto que limita el área. Hacia arriba es muy claro que la ocupación de la zona occidental está limitada por las condiciones frías y exageradamente húmedas que empiezan entre 2200 y 2400 msnm.

Esta relación demográfica entre las tres zonas de reconocimiento se establece desde los períodos más tempranos con evidencias de ocupación permanente en el Valle de la Plata, el Formativo 1. Dadas las condiciones ligeramente más frías y húmedas del Formativo (Drennan, Herrera y Piñeros 1989), sorprende un poco la proporción tan alta de la población presente en la zona occidental, y especialmente en algunas de las partes más altas de esta zona. El reconocimiento demuestra que los habitantes del Formativo se asentaron también en las zonas más bajas, y parece factible que los sectores más productivos de las zonas bajas, aunque fuesen de tamaño reducido, habrían podido acomodar a toda la población relativamente pequeña del Formativo. Sin embargo prefirieron la zona occidental. Con las condiciones ligeramente más cálidas y secas del Clásico Regional (Drennan, Herrera y Piñeros 1989), el peso demográfico de la zona occidental durante este período parece muy lógico.

Una implicación de esta perspectiva sobre la variación ambiental del Valle de la Plata y de los resultados del reconocimiento es que tiende a desmentir la posible importancia de complementaridad productiva de los pisos térmicos comprendidos entre las tres zonas de reconocimiento. Se ha sugerido que en muchas partes de los Andes la especialización de la producción agrícola para aprovechar las diferentes condiciones de los distintos pisos térmicos estuvo ligada al desarrollo de la organización compleja, y el Alto Magdalena no es una excepción (Duque 1967:296; Reichel-Dolmatoff 1972:14, 1982:70–71, 73–74; Llanos 1996:47). No obstante, el aspecto del contraste ambiental entre las zonas occidental y oriental del Valle de la Plata que llama la atención no es la posibilidad del alto rendimiento de distintos productos en las dos zonas, sino la mucho más alta productividad de la zona occidental.

La distribución de ocupación entre las zonas tampoco es consistente con la idea de especialización y complementaridad vertical a esta escala. En lugar de una tendencia a distribuirse por una variedad de circunstancias medioambientales, lo que vemos es una densidad muy alta de ocupación en la zona más productiva entre 1500 y 2000 msnm (con una extensión hacia abajo en la medida en que los angostos

valles lo permiten) mientras se observa relativamente poca ocupación en otras alturas. La posibilidad de explotar todas las zonas del Valle de la Plata desde un sólo asentamiento se puede excluir porque las distancias son demasiado grandes. Si los numerosos habitantes de la zona occidental hubiesen aprovechado directamente los recursos de la zona oriental, les habría sido necesario establecer una ocupación durante sus estadías allí, y la ausencia de gran número de asentamientos en la zona oriental es precisamente la gran diferencia entre las dos zonas.

Finalmente, se observó en el reconocimiento regional que todos los sitios con montículos funerarios y estatuaria se encuentran en la zona occidental. Este fenómeno tan obvio del registro arqueológico del Alto Magdalena no se presenta ni en la zona central ni en la zona oriental, a pesar de encontrarse en las tres zonas la cerámica homogénea de los períodos Formativo, Clásico Regional y Reciente. En términos arqueológicos tradicionales, las tres zonas comparten una sola "cultura", pero parece que los patrones de organización social reflejados por las famosas prácticas funerarias "agustinianas" varían dentro de esta misma.

Como consecuencia de esta serie de observaciones, decidimos dedicar atención especial al análisis de los patrones de asentamiento de la zona occidental del reconocimiento del Valle de la Plata.

5. Escala regional II: La zona occidental del Valle de la Plata

Aunque hemos hablado de la escala regional de análisis, en realidad esta escala se puede subdividir (y es necesario subdividirla) para poder aclarar patrones de distintos tamaños. En el capítulo anterior los patrones de interés tenían que ver con la distribución de población entre las tres zonas de reconocimiento en el Valle de la Plata, sobre todo se trataba de una comparación entre una zona y las otras. En este capítulo examinaremos los patrones de distribución dentro de las zonas, especialmente al interior de la zona occidental.

Concentraciones de ocupación

Como es muy claro en la Figura 30, la distribución de los lotes que contienen cerámica del Clásico Regional en la zona occidental del reconocimiento no es homogénea. A pesar de ser muy dispersa y carecer de asentamientos compactos y nucleados, la ocupación tiende a alcanzar densidades más altas en ciertas partes. La Figura 35 indica nuestra impresión subjetiva acerca de cuatro áreas de ocupación especialmente aglutinada. Cuando nos dimos cuenta de estas concentraciones al comienzo del análisis de los datos del reconocimiento regional, se nos ocurrió la posibilidad de que cada una representara una comunidad prehistórica o tal vez una unidad política con cierta centralización de alguna clase. Esta interpretación fue reforzada por el hecho que cada una de las cuatro concentraciones de ocupación contenía un solo sitio con un conjunto de montículos funerarios asociados a estatuas de piedra—un posible lugar central para una entidad social, política, religiosa o económica de carácter regional. Sin embargo, es natural que una población se concentre en las áreas más productivas, por lo tanto, es posible que las concentraciones de asentamientos evidentes en la Figura 35 no representen nada más que una concentración de los suelos más productivos.

Para evaluar esta posibilidad, recurrimos a un estudio de suelos, topografía, y clima que dividió la zona occidental del reconocimiento en 20 paisajes-suelos, cada uno de los cuales fue caracterizado en cuanto a su productividad agrícola con base en el contenido y disponibilidad de nutrientes en los suelos, características físicas y profundidad de los suelos, capacidad de retención del agua de los suelos, etc. (Figura 36). Descripciones generales de los paisajes-suelos han sido presentados por Botero, León, y Moreno (1989). Estos 20 paisajes-suelos varían desde muy atractivos para la agricultura hasta muy limitados en su productividad potencial. Sin embargo, no es el caso que se encuentran las densidades más altas de ocupación del Clásico Regional sobre los paisajes-suelos más productivos. Calculamos estas densidades para cada uno de los paisajes-suelos con un análisis de sistema de información geográfica (SIG), y la correlación entre densidad y productividad es muy baja y carece de significancia estadística ($r_s = -0.108$, $p > .50$). La ocupación más densa se encuentra en zonas relativamente productivas, pero la

densidad de ocupación no refleja simplemente la productividad de los suelos. Se practicó también un ajuste a las cifras para la productividad agrícola, tomando en cuenta las diferencias entre el clima del Clásico Regional y el actual, pero la correlación no mejoró.

Tales intentos por relacionar la productividad de distintas zonas ambientales con la distribución de ocupación antigua siempre dependen de la validez y precisión de la caracterización de la productividad de las distintas zonas. Como gran parte de la tecnología de cultivo practicada hoy en día en la región es semejante a la tecnología disponible para los habitantes prehispánicos, hicimos otro intento de relacionar la distribución de la ocupación del Clásico Regional con la productividad, tomando como base otro indicador de la productividad: el uso actual del terreno en siete categorías que corresponden debidamente al valor asignado a los diferentes terrenos por los que los cultivan hoy en día (Figura 37). Esta clasificación sobre la utilización moderna de los suelos se deriva de los estudios de la Unidad Regional de Planificación Agropecuaria (1992).

Hoy se siembran el café y varios cultivos de subsistencia en los terrenos más productivos. Los terrenos menos productivos se dedican a la ganadería extensiva. Muchos de los terrenos aún menos productivos hoy son potreros abandonados al rastrojo. Finalmente, hay zonas de bosque primario y secundario que cubren terrenos donde no parece que valga la pena talar el bosque para agricultura, aunque otros factores intervienen (como accesibilidad por carretera). Esta modalidad de clasificar la productividad agrícola tampoco demuestra una relación con la distribución de ocupación del Clásico Regional. La correlación entre densidad de ocupación y productividad es todavía débil y la significancia estadística es muy baja ($r_s = .321, p = .48$).

Como es tan difícil asegurar que la productividad haya sido medida adecuadamente por cualquiera de los dos índices descritos arriba, intentamos una vez más relacionar la distribución de la ocupación del Clásico Regional con el medio ambiente. Esta vez aplicamos un método que no parte de ningún supuesto sobre la productividad del terreno para la agricultura prehispánica.

Para este análisis dividimos la zona occidental del reconocimiento en cuadrículas de 500 m por 500 m. Se midió el área total de ocupación del Clásico Regional dentro de cada cuadrícula. Vistas así, las concentraciones de asentamientos aparecen como conjuntos de cuadrículas con grandes áreas totales de ocupación del Clásico Regional (Figura 38). Preguntamos por medio de un tercer análisis SIG si estas cuadrículas debían sus áreas grandes de ocupación a ciertas características ambientales que llamaron la atención de los habitantes prehispánicos. Aunque no entendiéramos las razones de la atracción, una buena correspondencia entre ciertas condiciones medioambientales y una alta densidad de ocupación nos indicaría que tales razones influyeron mucho en la determinación de las ubicaciones de los asentamientos prehispánicos. Si las condiciones ambientales consideradas como favorables se concentraran en ciertas partes de la zona, las aglutinaciones observadas podrían ser el resultado de una distribución de condiciones ambientales más que de una organización social o política con tendencias hacia la centralización.

Para este análisis se consideraron todas las posibles combinaciones de los 20 paisajes-suelos (cuya determinación incluye suelos, clima, etc.), 5 categorías para la inclinación del terreno, y 28 categorías para la altura (intervalos de 50 m). Este procedimiento produjo un total de 2800 combinaciones de categorías ambientales (20 por 5 por

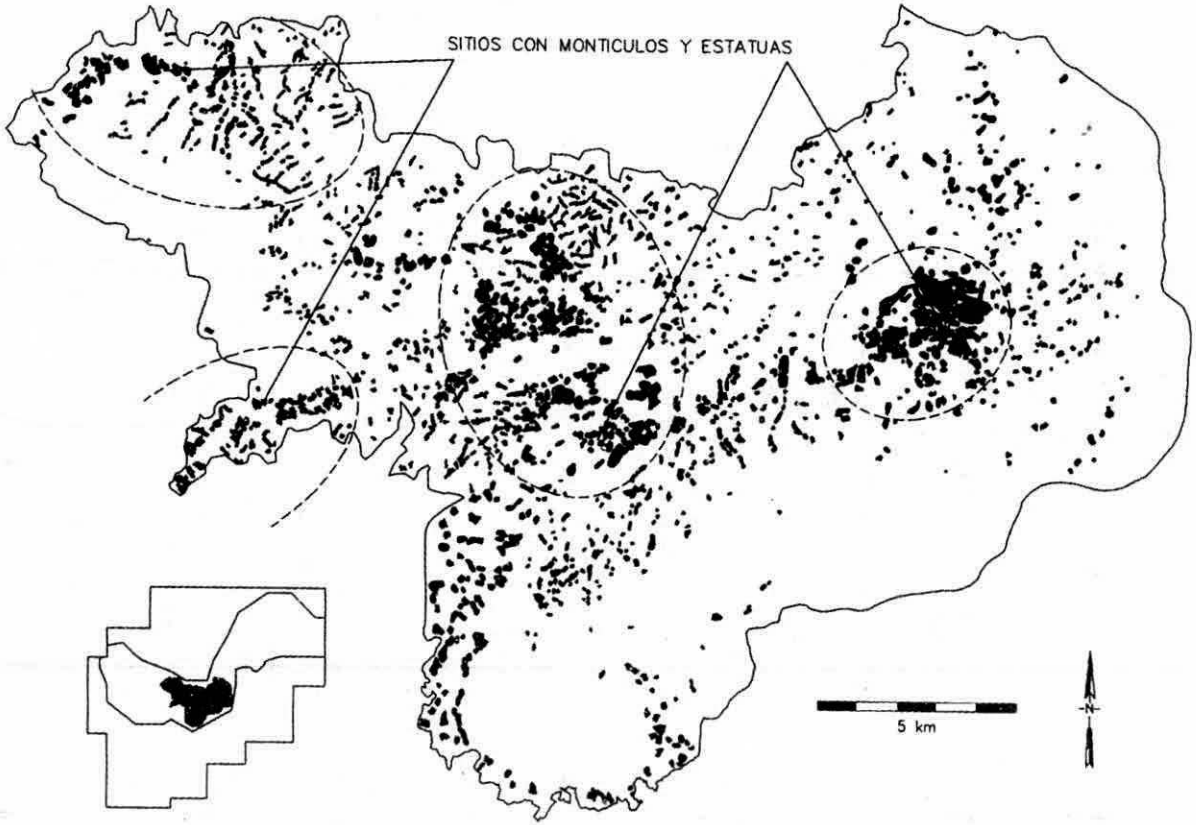


Figura 35. Cuatro concentraciones de ocupación del Clásico Regional en la zona occidental de reconocimiento en el Valle de la Plata

28), y se calculó el área total de cada una en la zona occidental del reconocimiento. Se calculó también el área total de ocupación del Clásico Regional en cada una de las 2800 combinaciones de características. Dividiendo este último número por la cifra anterior, calculamos el porcentaje del terreno ocupado durante durante el Clásico Regional dentro de cada una de las 2800 combinaciones. Para cualquier tramo específico de terreno, con ciertas características ambientales, podíamos especificar el área "esperada" de ocupación con base en el porcentaje de área ocupada en todos los terrenos con las mismas características ambientales.

Hicimos precisamente este cálculo para cada una de las cuadrículas de 500 m por 500 m. Medimos el área de cada una de las 2800 combinaciones de condiciones en una cuadrícula, por ejemplo, y la multiplicamos por el porcentaje ocupado de la combinación correspondiente. Este cálculo nos dio un área esperada de ocupación para cada una de las 2800 combinaciones en la cuadrícula escogida. Sumamos estas 2800 áreas de ocupación esperada para llegar a un área total de ocupación esperada para la cuadrícula. Una vez hechos estos cálculos para cada una de las cuadrículas de 500 m por 500 m, tuvimos un área esperada de ocupación del Clásico Regional cuadrícula por cuadrícula, dadas las características ambientales de cada cuadrícula (Figura 39). Esta área esperada la restamos del área de ocupación observada. En caso que la distribución de asentamientos se debiera completamente a las condiciones ambientales, la ocupación observada debe ser igual a la ocupación esperada, y la diferencia entre las dos sería cero en todas las cuadrículas. Por otro lado, si las concentraciones observadas no se debieran netamente al medio ambiente, las cuadrículas con mayor ocupación que la esperada aparecerían en las mismas ubicaciones generales que se muestran en la Figura 38. Este último es el caso, como se aprecia en la Figura 40.

Algunas cuadrículas sí tienen áreas de ocupación durante el Clásico Regional mucho más grandes que las áreas esperadas, mientras que otras tienen menos. Lo más importante es que las cuadrículas con ocupación mucho más grande que la esperada se concentran en las mismas partes de la zona que ya hemos identificado como concentraciones de asentamiento. El tercer análisis, entonces, nos lleva a la misma conclusión que los dos anteriores: que las concentraciones de ocupación del Clásico Regional no son fáciles de entender como una respuesta simple a las características espaciales del ambiente. Es cierto que para dos de los sectores de ocupación concentrada, esperamos cierta concentración (Figura 39), pero aún aquí las concentraciones que observamos son mucho más intensas que las esperadas (Figura 40).

Este último análisis también nos proporcionó una representación de las concentraciones con los efectos del ambiente "removidos" (ya que la ocupación esperada se restó de la ocupación observada). Aunque no cambió mucho el patrón, utilizamos esta representación "corregida" para las observaciones que siguen. La podemos mirar como una topografía cuya altura representa la ocupación observada menos la ocupación esperada (Figura 41), y las configuraciones de las concentraciones se distinguen aún con más claridad.

Entonces, a pesar de varios intentos, (Drennan y Quattrin 1995a:90–98, 1995b:214–223), no hemos podido entender la formación de estas aglutinaciones de ocupación en términos netamente ambientales. Parece que las concentraciones de ocupación no son una respuesta simple a la distribución de suelos de alta productividad ni de otras caracte-

rísticas ambientales. Esto no quiere decir, por supuesto, que se ubican sin referencia a ninguna consideración ambiental, sino que dichas concentraciones deben más su desarrollo a factores sociales y/o políticos que a factores netamente ambientales. El análisis SIG apoya nuestra inclinación original por interpretar las concentraciones como la manifestación espacial de comunidades o unidades políticas y no como una respuesta directa a la distribución de los recursos de la región.

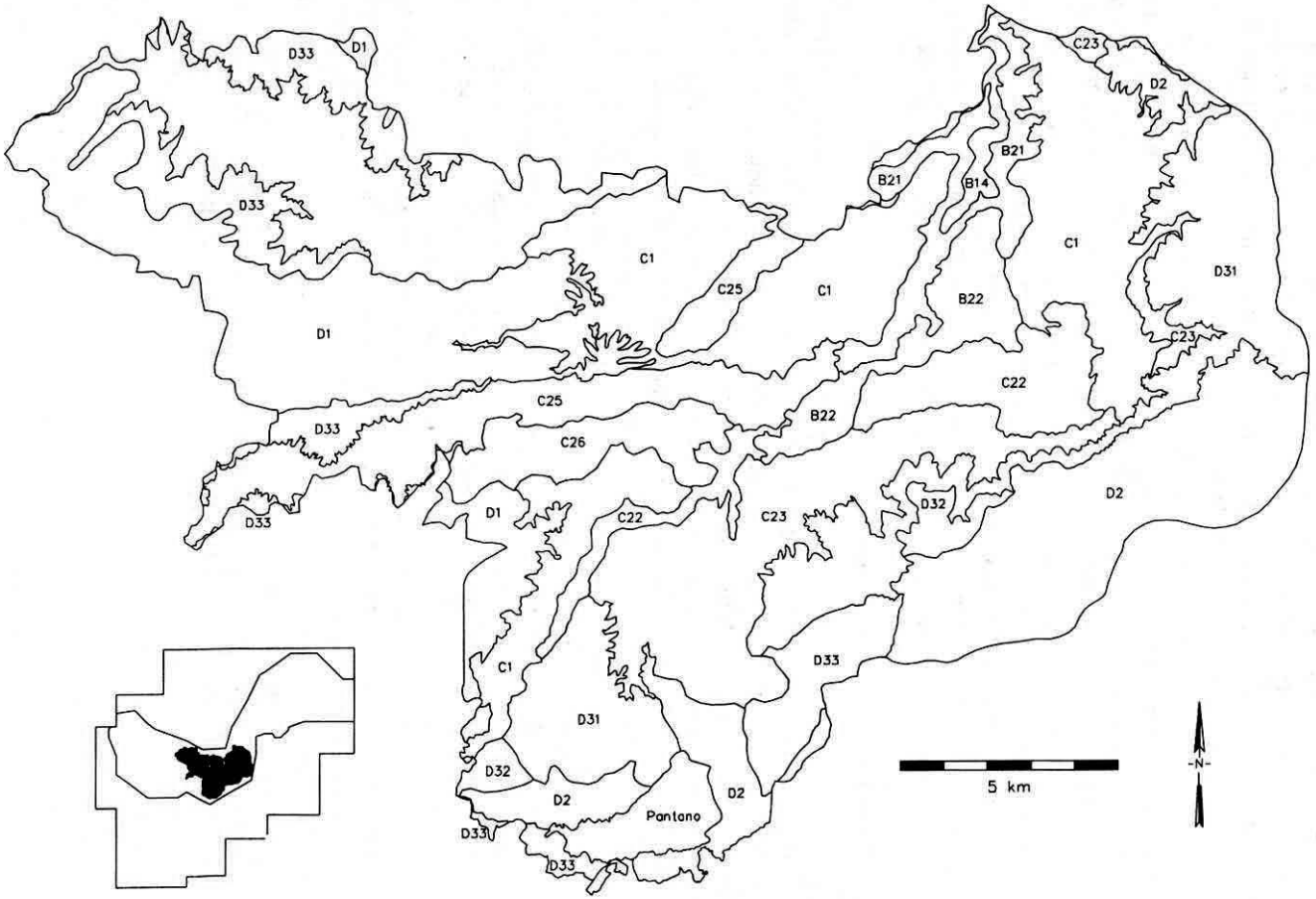
Si las concentraciones de ocupación representan comunidades o unidades políticas, su representación topográfica en la Figura 41 permite delinear sus respectivos territorios. Después de convertirlo en un mapa topográfico convencional en la Figura 42, se utilizaron los "valles" de ocupación mucho menos densa para ubicar líneas entre los "picos" de ocupación muy aglutinada como una aproximación de posibles fronteras territoriales. La zona occidental del Valle de la Plata parece contener partes de cuatro o cinco concentraciones. Varias parecen extenderse muy por fuera de la zona, pero dos están comprendidas totalmente o casi totalmente dentro de la zona. Para estas dos concentraciones de ocupación, llevamos el análisis regional SIG a una escala más detallada.

Análisis de las concentraciones

Hemos atribuido la tendencia que tiene la ocupación a aglutinarse a las fuerzas centrípetas de patrones regionales de organización centralizada. Esta centralización parece estar relacionada con la presencia, en cada una de las concentraciones estudiadas, de un sitio o lugar central con un complejo de tumbas monumentales y estatuas—restos que atestiguan la importancia de ciertas actividades rituales en los centros. La variación en las prácticas funerarias representa una jerarquía encabezada por personajes de gran importancia que tienen asociaciones con lo sobrenatural, pero no nos dicen por sí solas qué otras implicaciones políticas o económicas podría tener esta jerarquía. Si los personajes enterrados en las tumbas fueran los líderes, en algún sentido, de sus grupos, estas aglutinaciones representarían unidades políticas regionales, y la facilidad con la cual cada territorio se delinea es consistente con esta idea. La delimitación que aparece en la Figura 42 sugiere que cada unidad incluía casi 100 km^2 y, según las aproximaciones anteriores del número de habitantes, tal vez unos 4,000 a 8,000 habitantes.

En la Figura 43 se aprecia la distribución de ocupación en el Valle de Oaxaca, México, hacia 500 a.C., que ha sido interpretada de manera semejante. Hacia el noroccidente se ve un conjunto de sitios grandes que forman la comunidad de San José Mogote, donde se han encontrado restos de viviendas de elites, estructuras especiales para actividades públicas, y la especialización artesanal más intensa y variada de la región. Las fuerzas centralizadoras de esta comunidad produjeron una concentración de aldeas dentro de un radio de aproximadamente 10 km que representa el cacicazgo de San José Mogote. Se ha planteado también la posibilidad de otras dos unidades políticas contemporáneas, una en el oriente del valle y una en el sur. Los centros de otras dos unidades no son tan grandes como la comunidad de San José Mogote, y no atrajeron concentraciones tan notables de ocupación a nivel regional, pero la concentración alrededor de San José Mogote está separada de los sectores sur y oriental del valle por una zona muy despoblada. Las tendencias hacia la organización centralizada se manifiestan de la misma manera en el Valle de Oaxaca y en el Alto Magdalena, aunque no hay tantas unidades en el Valle de Oaxaca, y la densidad de población es muchísimo mayor en el Alto Magdalena.

Figura 36. Paisajes, suelos en la zona occidental de reconocimiento en el Valle de la Plata



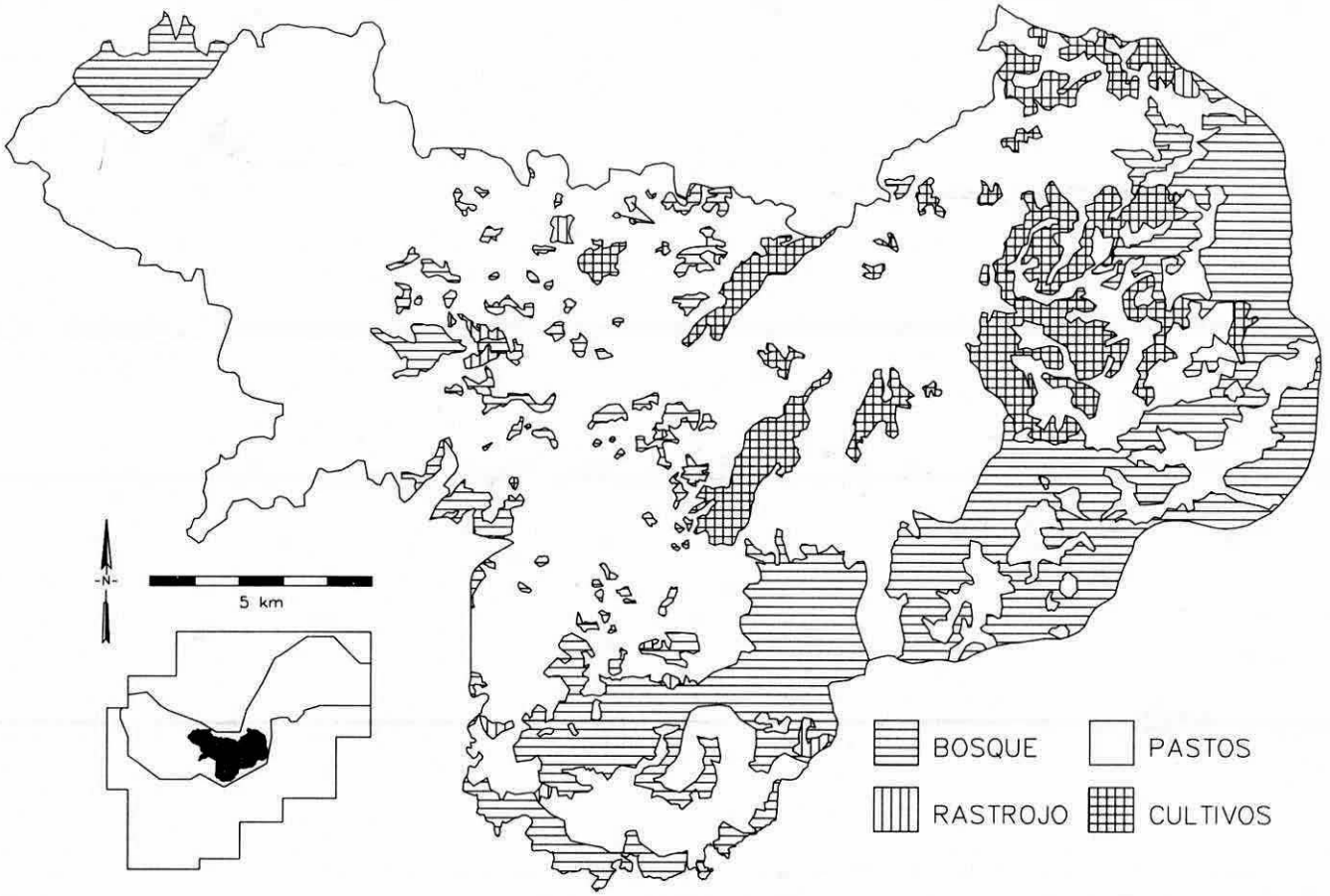
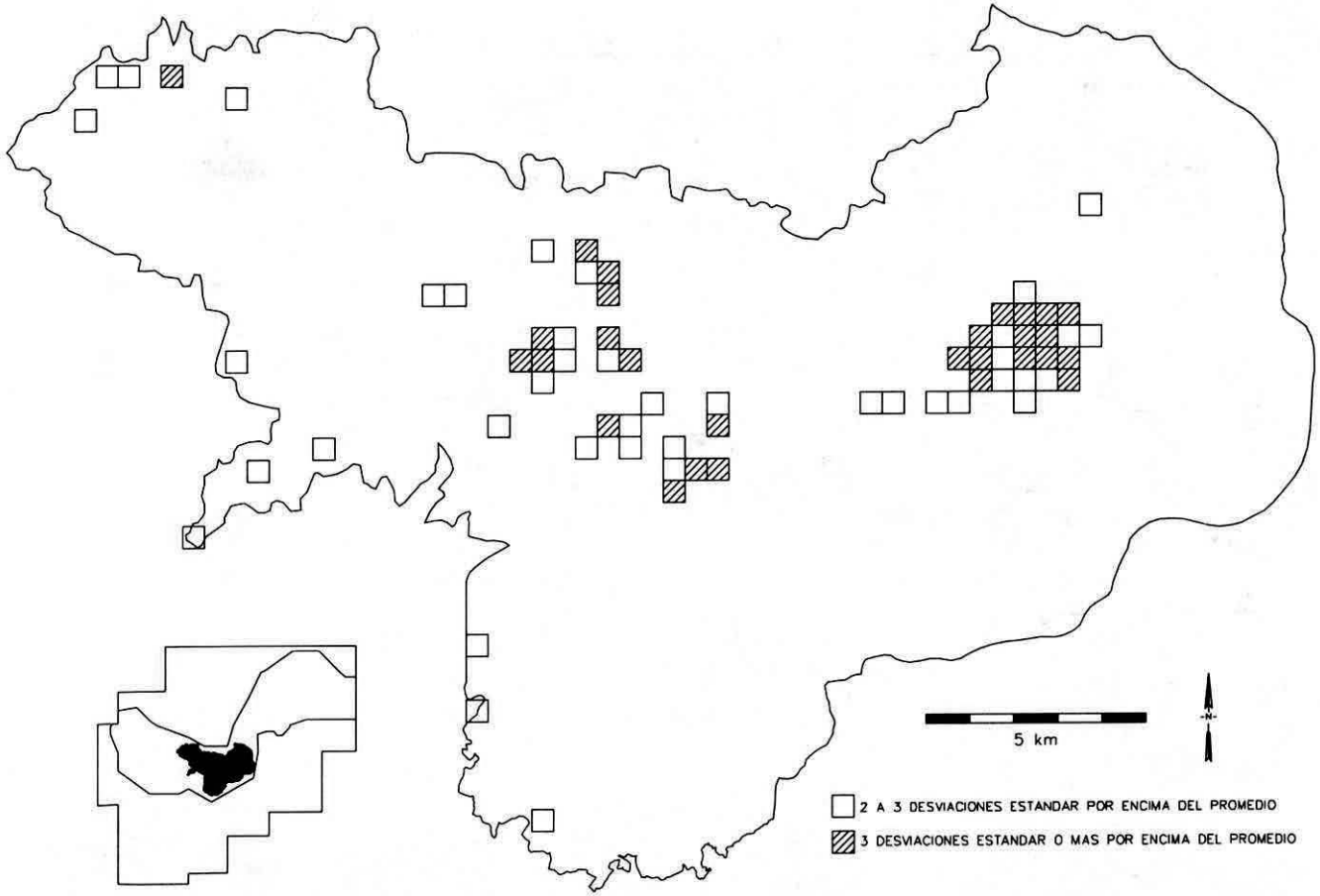


Figura 37. Utilización moderna de los suelos de la zona occidental de reconocimiento en el Valle de la Plata

Figura 38. Areas totales de ocupación del Clásico Regional por cuadrícula de 500 m por 500 m observadas en la zona occidental de reconocimiento en el Valle de la Plata



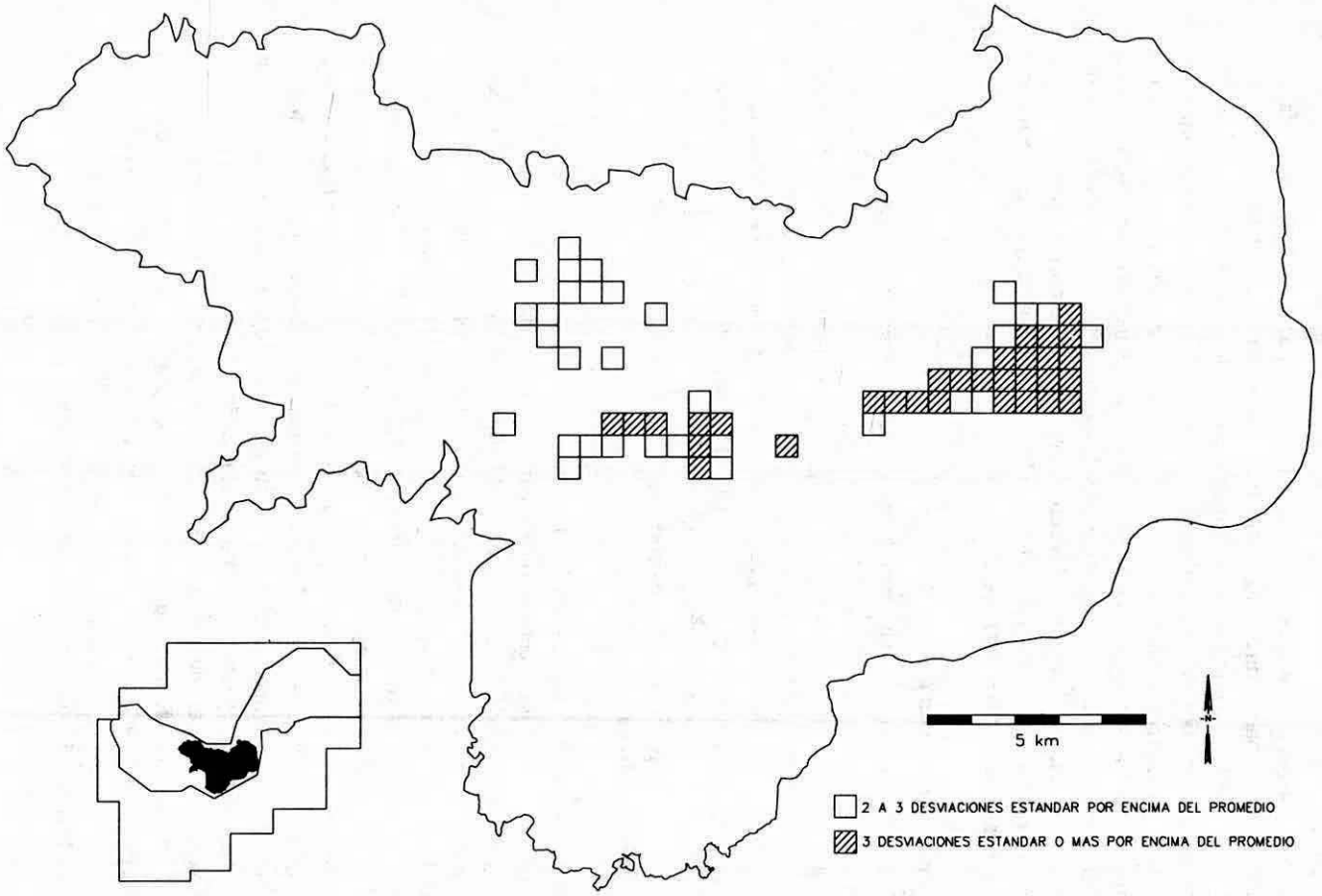


Figura 39. Areas totales de ocupación del Clásico Regional por cuadrícula de 500 m por 500 m esperadas en la zona occidental de reconocimiento en el Valle de la Plata, según las características ambientales de las cuadrículas individuales

La interpretación de los patrones de distribución de la ocupación como la representación espacial de una serie de unidades políticas centralizadas no se puede plantear para el Valle de la Plata excepto en la zona occidental. En la zona oriental, con su densidad muy baja de ocupación, las únicas concentraciones de ocupación que se ven son fáciles de entender como respuesta directa al ambiente: se encuentran en las terrazas más bajas del río—zonas fértiles y naturalmente bien irrigadas—y a lo largo de algunas quebradas que presentan condiciones parecidas. Aunque la densidad de ocupación es más alta en la zona central, su distribución se entiende básicamente en los mismos términos medioambientales. Las zonas central y oriental carecen también de la otra fuerte indicación arqueológica de la centralización: los complejos de montículos funerarios con estatuaria. La evidencia de sociedades centralizadas con alguna clase de jerarquía social, entonces, en el Valle de la Plata se restringe al sector occidental y está concentrada especialmente entre aproximadamente 1500 y 2000 msnm.

Los mejores recursos para la agricultura

Investigamos en forma independiente al interior de cada concentración la correlación entre la productividad de los 20 paisajes-suelos y la densidad de ocupación. Estas correlaciones son negativas, débiles, y con poca significación estadística ($r_s = -0.141, p > .50$ para el territorio oriental; y $r_s = -0.281, p = .24$ para el territorio en el centro-norte de la zona). De igual manera, examinamos independientemente para cada concentración, la relación entre la utilización actual del terreno y la densidad de ocupación. Estas correlaciones son positivas y un poco más fuertes, pero todavía con niveles bajos de significación estadística ($r_s = .667, p = .14$ para el territorio oriental; y $r_s = .464, p = .19$ para el territorio en el centro-norte de la zona).

Esta falta de correlación clara entre terreno especialmente productivo y concentración de ocupación tanto a la escala de toda la zona occidental del Valle de la Plata como al interior de las dos concentraciones relativamente completas, tiene implicaciones relevantes para la determinación del carácter del fenómeno que produce las concentraciones. Una posibilidad que surge de la literatura sobre el desarrollo de los cacicazgos es la presencia de una elite que concentra riqueza o poder económico en sus manos por medio de un control sobre los recursos agrícolas más productivos (Earle 1977, 1987; Coe y Diehl 1980:151–152; Coe 1981; Gilman 1981, 1991; Drennan 1987:313–315). En tal caso el análisis de los patrones de concentración de ocupación debe reflejar la ubicación de la elite misma en las zonas más productivas, rodeada por las más altas densidades de ocupación formadas por su población dependiente. Este patrón produciría una correlación entre altas densidades de ocupación y alta productividad al interior del territorio de cada concentración tanto como a la escala de una zona que incluye varias de tales concentraciones. Es precisamente esta correlación la que *no* hemos encontrado, ni en la zona occidental del Valle de la Plata, ni al interior de ninguna de las dos concentraciones que pudimos separar. Este resultado sugiere que las concentraciones de ocupación identificadas no deben su existencia a la formación de elites con poder económico basado en control de terrenos de alta productividad.

Microverticalidad

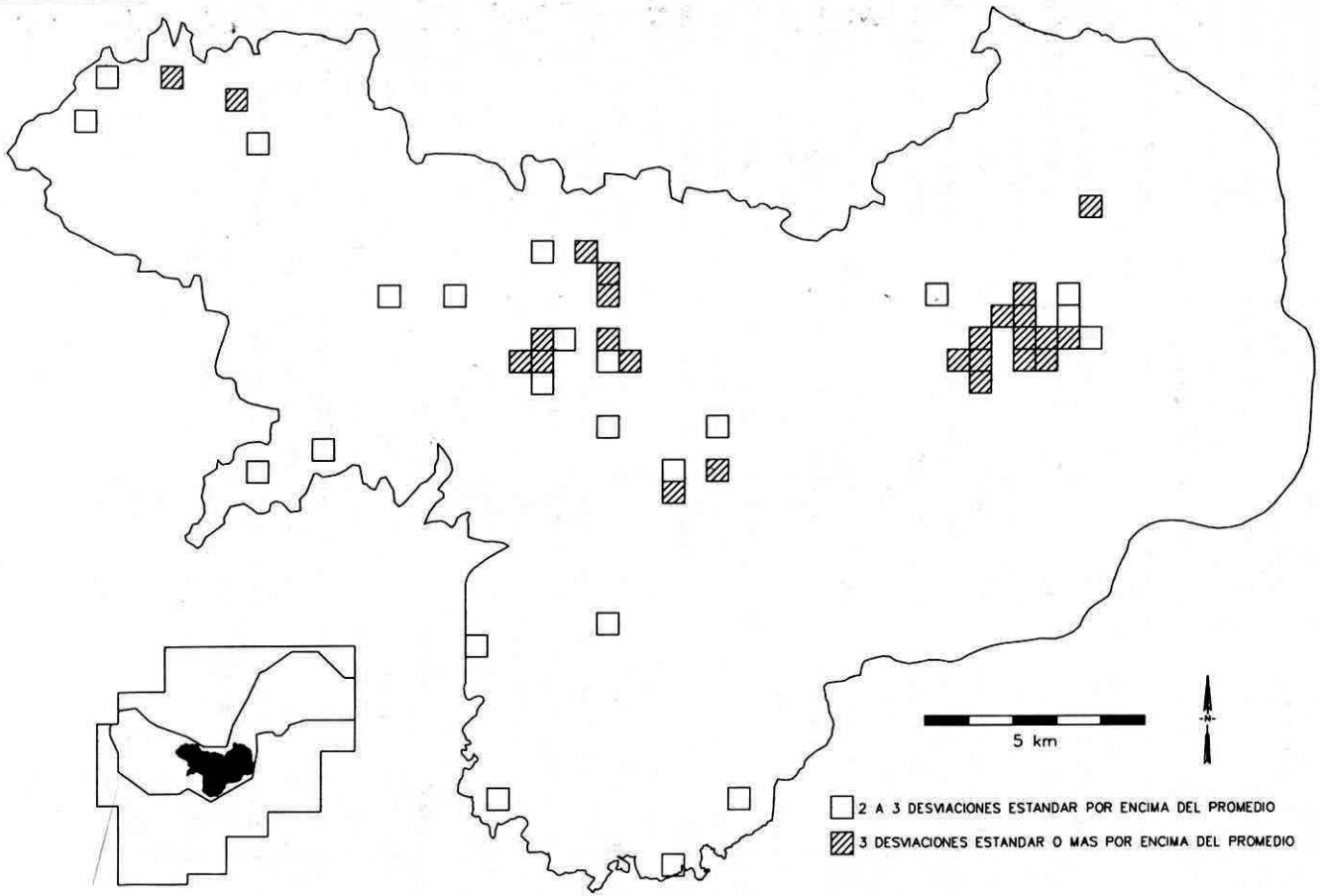
Otra posibilidad, ya discutida en el capítulo anterior, es la de complementaridad vertical, con cierta especialización por piso térmico en la producción de diferentes productos utilizados en todas partes de la región (Duque 1967; Reichel-Dolmatoff 1972, 1982; Llanos 1996). Los mecanismos que pueden facilitar el movimiento de los diferentes productos son muchos, pero antes de considerar los mecanismos es apropiado tratar de demostrar la presencia de tal especialización y movimiento de productos. Se ha argumentado anteriormente que no existe la evidencia necesaria para plantear la presencia de esta clase de sistema económico a la escala de todo el Valle de la Plata, pero podemos investigar la posibilidad de su existencia como un sistema de microverticalidad comprendido dentro de la zona occidental. Esta zona varía desde 1200 hasta 2650 msnm e incluye una gran variedad de suelos. Los centros de las concentraciones de ocupación se ubican en situaciones ambientales no idénticas, pero semejantes. Cada territorio incluye dentro de sus límites la gran mayoría de la diversidad ambiental que existe en la zona occidental, de manera que facilita el funcionamiento de un sistema de microverticalidad interna a cada una de estas comunidades.

De ser así, la complementaridad se basaría en una especialización en el cultivo de plantas de clima templado (tales como maíz, yuca y fríjol) hacia las alturas menores y plantas más tolerantes del frío y de la humedad (como papa, quinoa, oca, mashua, etc.) desde unos 2000 msnm hacia arriba. La ocupación se distribuye por todo este rango de alturas durante el Formativo 1 y 2 más que en otros períodos, y con el clima más frío y húmedo del Formativo (Drennan, Herrera y Piñeros 1989), las posibilidades productivas de las distintas alturas habrían sido aún más diversas que en otros períodos. Por lo tanto el análisis de los resultados del reconocimiento regional, entonces, es consistente con esta hipótesis, pero no proporciona evidencias directas ni de la producción ni del consumo de determinadas especies de plantas. Para recolectar tales evidencias se realizaron excavaciones en unidades domésticas del Formativo (Quattrin 2000).

Con base en las muestras de cerámica proporcionadas por el reconocimiento regional y en los mapas de ubicaciones de sitios específicos, Quattrin escogió 49 sitios de los períodos Formativo 1 y 2, cuyas muestras incluían buena cantidad de cerámica del Formativo y poca de otros períodos, que se ubican en una gran diversidad de suelos y pisos térmicos. Algunos de estos sitios se descartaron como posibles sitios de excavación después de visitarlos, pero en la mayoría se excavaron pruebas de garlancha como las realizadas durante el reconocimiento regional con el objetivo de ubicar las unidades domésticas del Formativo. Estas pruebas se ubicaron en cada sitio en una retícula a intervalos de 5 m. Esta metodología, que se describirá más adelante en detalle, permitió identificar las altas densidades de artefactos asociadas con los basureros que tienden a rodear las viviendas, y estos depósitos fueron investigados mediante excavaciones en área. Finalmente fueron realizadas excavaciones de entre 34 y 60 m^2 en unidades domésticas identificadas en cuatro sitios, a 1600, 1700, 2100, y 2250 msnm (Figura 44).

El objetivo primordial de estas excavaciones fue la documentación de patrones de producción y consumo de los principales productos agrícolas. En cada excavación se recuperaron muestras de la lluvia de polen contemporánea con la ocupación de la vivienda como evidencia de la comunidad de plantas que crecía en sus inmediaciones. Estas muestras de polen sirvieron como el indicador principal de la producción agrícola. Se recupera-

Figura 40. Areas de ocupación *no* esperadas durante el Clásico Regional en la zona occidental de reconocimiento en el Valle de la Plata, o sea, para cada cuadrícula de 500 m por 500 m, la ocupación observada (Fig. 38) menos la ocupación esperada (Fig. 39)



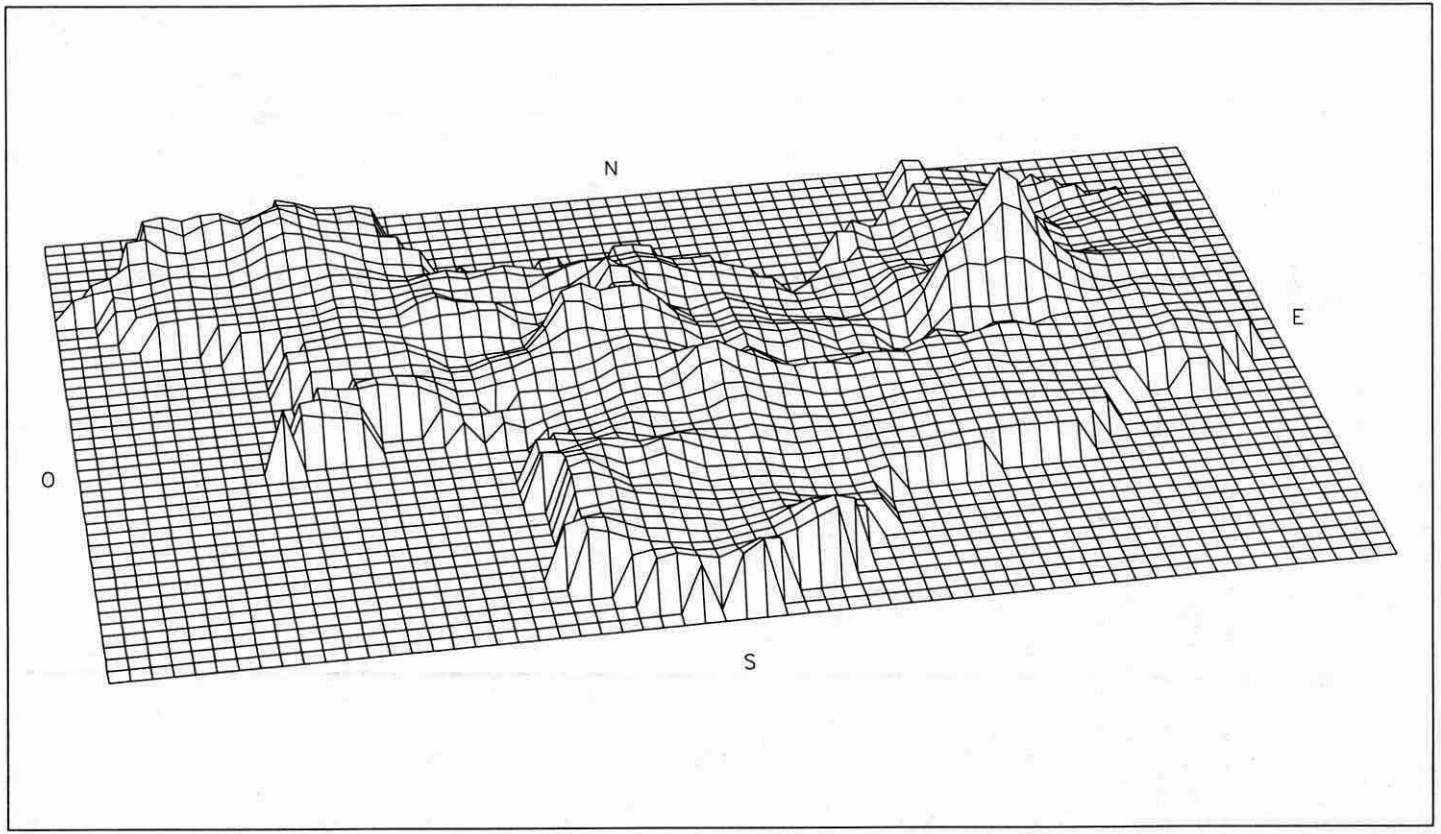


Figura 41. Area observada de ocupación menos área esperada para el Clásico Regional en la zona occidental de reconocimiento en el Valle de la Plata—la conversión de la Figura 40 en una superficie cuyas partes altas representan las aglutinaciones de ocupación no esperadas

ron e identificaron también macrorestos botánicos carbonizados y muestras de fitolitos, como indicadores de las especies de plantas físicamente presentes, y por lo tanto probablemente cosumidas en las viviendas.

Las muestras de polen indicaron el cultivo de maíz a todas alturas (Quattrin 2000:79–85). Unicamente la unidad doméstica a 1700 msnm carecía de su presencia, y el maíz era el único cultivo representado entre el polen a 2250 msnm. La quinoa fue el único cultivo de los más tolerantes a condiciones frías y húmedas que apareció entre el polen, idenficada tentativamente a 2100 msnm. Otros cultivos representados a diversas alturas por su polen incluyen batata, yuca, ají de perro, malangay y posiblemente amarantos. Los fitolitos y macrorestos incluyen maíz y gran cantidad de plantas silvestres, como guayaba, mora, guapo, y *hackberry*.

En cuanto al consumo, entonces, el maíz aparece mucho como es de esperar. La sorpresa es la alta frecuencia de plantas silvestres, lo que sugiere cierta dependencia en la recolección en esta sociedad sedentaria con conocimientos bien documentados de toda una serie de cultivos. El consumo de distintas especies silvestres, lógicamente, parece variar en cierta relación con el medio ambiente. No obstante, los restos botánicos de estos cuatro sitios en la zona occidental del Valle de la Plata no proporcionan ninguna de las características que se podrían esperar en el caso de complementaridad microvertical. No sugieren ningún patrón coherente de especialización en la producción agrícola por pisos térmicos. Por lo tanto las evidencias del reconocimiento regional y de la excavación (contextualizada regionalmente por el reconocimiento), no apoyan la idea de una economía vertical, ni a la escala de todo el Valle de la Plata, ni al interior de las unidades políticas de la zona occidental.

La producción artesanal

Otra base económica que ha sido sugerida para el surgimiento de una elite (Rice 1981; Spence 1981, 1984; Santley 1984; Feinman, Kowalewski, y Blanton 1984; Brumfiel y Earle, eds., 1987) tiene que ver también con la producción—no agrícola, sino artesanal. Los posibles mecanismos que pueden relacionar una elite con la producción artesanal son diversos, pero el primer paso en investigarlos arqueológicamente es documentar la presencia de cierta especialización artesanal y cierta asociación entre una posible elite y alguna clase de intercambio que tiene que acompañar a la especialización.

Como la cerámica es tan abundante en el registro arqueológico, es lógico considerarla como un producto artesanal ideal para la investigación de procesos de producción, distribución, y consumo. Si la producción de la cerámica se relacionara de alguna manera con el surgimiento y funcionamiento de las comunidades que las aglutinaciones de ocupación parecen representar, debemos encontrar cierta correspondencia entre la centralización de ocupación y la producción de la cerámica. Como resultado del reconocimiento regional ya existían en el laboratorio muestras de cerámica de miles de sitios en contextos conocidos con respecto a la distribución de ocupación regional. Se seleccionaron 30 sitios diferentes cuyas muestras de cerámica obtenidas en el reconocimiento sirvieron como base para una reconstrucción de cambios en los patrones de producción y distribución de la cerámica en el Valle de la Plata (Taft 1993). Los 30 sitios se distribuyeron entre las dos concentraciones de ocupación más claramente definidas en la zona occidental del Valle de la Plata y el territorio menos densamente ocupado entre las concentraciones. También incluyeron algunos sitios en la zona oriental.

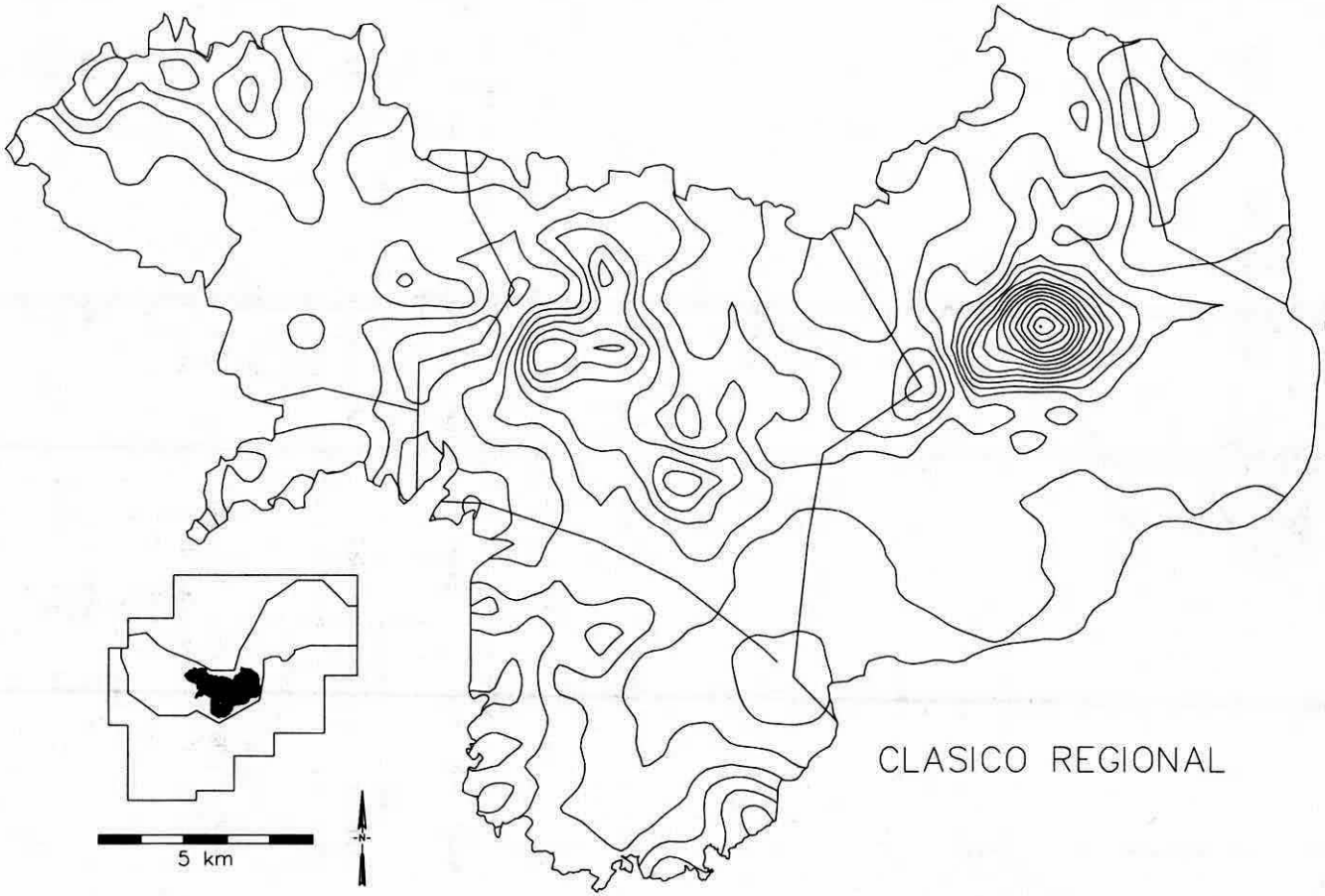


Figura 42. Posibles unidades políticas del Clásico Regional en la zona occidental del Valle de la Plata (límites indicados porr líneas punteadas)

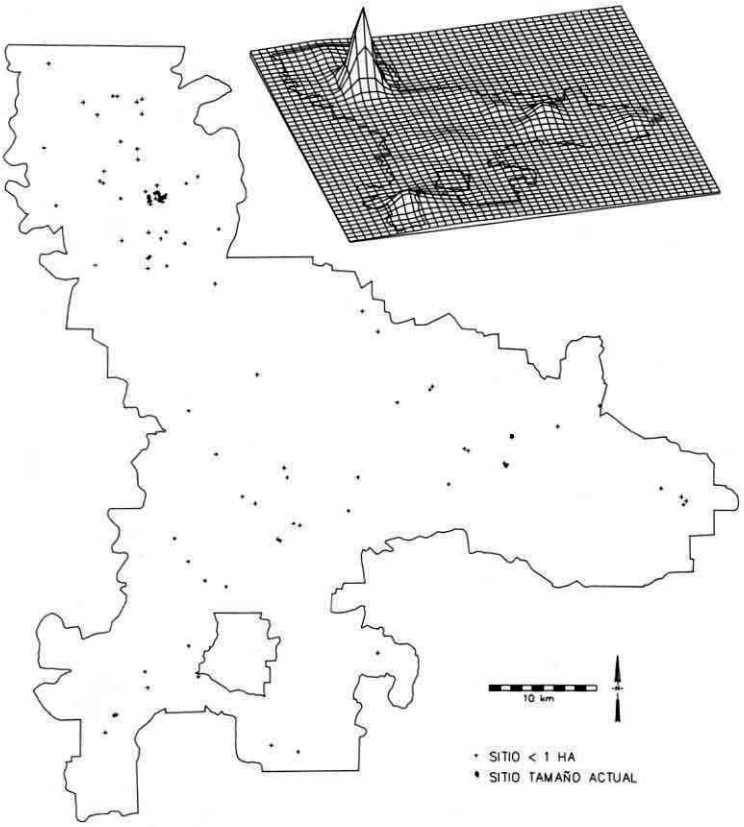


Figura 43.
Distribución de ocupación en el Valle de Oaxaca, México, alrededor de 500 a.C. (Kowalewski *et al.* 1989:Mapa 1).

Se preparó una sección delgada para análisis petrográfico de cada uno de los 268 tiestos de todos los períodos de la secuencia. La muestra de secciones delgadas perteneciente al Clásico Regional era de 92 tiestos. En el análisis petrográfico se midieron las siguientes variables: porcentajes de granos de distintos minerales del desgrasante; el tamaño mínimo, máximo, y promedio de los granos del desgrasante; la forma y la esfericidad de los granos del desgrasante; la densidad del desgrasante; la frecuencia de espacios de aire en la pasta y la orientación longitudinal de los granos del desgrasante. Con base en estas variables se calculó una serie de distancias euclidianas entre cada par de tiestos, y éstas sirvieron para un análisis de conglomerados (Taft 1993:113–126).

La Figura 45 presenta en forma de un dendrograma el resultado de dicho análisis de los 92 tiestos del Clásico Regional. En el dendrograma se aprecian cinco aglomeraciones bien definidas, más 12 tiestos menos claramente relacionados con los otros. La distribución de los cinco grupos composicionales (y de los tiestos no agrupados) entre los sitios muestreados en la zona occidental se ve en la Figura 46. Los grupos 4 y 5 parecen representar una producción artesanal de cierta escala y la composición mineralógica sugiere una ubicación en la concentración de población en el oriente de la zona occidental del reconocimiento. Sin embargo la distribución de estos dos grupos no está restringida a

esta unidad política. Aparecen en buenas proporciones en muchos sitios; no sólo en la zona occidental, sino también en la zona oriental. Las cantidades de tiestos de los grupos 1, 2, y 3, y sus patrones de distribución entre los sitios muestreados sugieren producción de menor escala con distribución más restringida, aunque también cruzan las fronteras de las unidades políticas (Taft 1993:151–157).

Estos patrones no son consistentes con el control político sobre la producción artesanal. La extensión de las diferentes redes de distribución varía mucho. No se ve ninguna correspondencia entre redes de distribución de la cerámica de ciertas fuentes de materia prima y las posibles fronteras entre unidades políticas. Las características de los patrones que se ven son los que Feinman, Blanton, y Kowalewski (1984:301–303) asocian con la ausencia de control político sobre la producción y distribución. Sea lo que sea, la naturaleza de las fuerzas políticas centralizadoras en el Valle de la Plata no parecen tener mucho que ver con la producción y distribución de la cerámica.

Aunque en el Capítulo 7 discutiremos más ampliamente la posibilidad de más centralización de esta producción en el período Reciente, lo que es claro es que el control de la fabricación y distribución de la cerámica no parece un factor importante para los orígenes y desarrollo de las elites del Clásico Regional. Claro que hay otros bienes aparte de la cerámica que podrían ser el soporte para una elite, pero el único producto del cual tenemos evidencia relevante hasta ahora no apoya a los modelos que se enfocan en el control regional de la producción especializada.

Acumulación de riqueza y jerarquía económica

Según los resultados de una serie de estudios puntuales, entonces, son muy escasas las evidencias de aspectos económicos asociados a las unidades territoriales centralizadas y la jerarquía representada en las prácticas funerarias. Se observó en el Capítulo 2 que, a pesar de su elaboración arquitectónica y escultórica, las tumbas monumentales del Alto Magdalena, por medio de las cuales se identifica cierta jerarquía social, carecen de ajuares muy ricos. Se ha argumentado (Drennan 1995b:96–97) que este patrón de tumbas que conforman monumentos públicos permanentes con estatuaria enfocada en temas de lo sobrenatural pero con ofrendas relativamente pobres acompañando a los difuntos es consistente con una sociedad cuyos líderes tenían mucho prestigio social y poder religioso pero muy poca riqueza personal (o, para decirlo de otra manera, muy poco control de recursos de importancia económica). Según esta interpretación, la jerarquía del Alto Magdalena durante el Clásico Regional se habría caracterizado por mucha diferenciación social y ritual pero muy poca diferenciación económica.

Esta interpretación tiene implicaciones para el modo de vida de la gente de alta y baja jerarquía. Si no hay diferenciación económica marcada, el tamaño y la calidad de las viviendas y la cantidad, variedad y calidad de las posesiones deben mostrar pocas diferencias entre familias. El carácter igualitario de la organización económica debe manifestarse en una homogeneidad de los restos arqueológicos de una unidad doméstica a otra. La investigación de este aspecto del registro arqueológico requiere de una buena muestra de rasgos y artefactos de cada una de una serie de unidades domésticas. Tales muestras no provienen ni del reconocimiento regional ni de la excavación de tumbas, sino de la excavación de las áreas de vivienda de varias familias aproximadamente contemporáneas. Para evaluar las implicaciones económicas de interés es necesario conceptualizar los sitios

arqueológicos como los restos físicos de las actividades de familias identificables y no como conjuntos de tiestos organizados en capas estratigráficas (como observó Flannery [1976:5]). Aunque el trabajo de campo indicado es de arqueología de unidades domésticas (*household archeology*) y por lo tanto a la escala de la estructura individual, se vincula fuertemente también a la escala de análisis regional porque es fundamental tomar en cuenta las relaciones entre las unidades domésticas estudiadas en el contexto de su distribución en la región.

Con el objetivo de identificar los desechos individuales de una serie de unidades domésticas del Clásico Regional y compararlos en términos de sus implicaciones económicas, se enfocó la atención en las inmediaciones del centro funerario y ritual de la concentración de ocupación en la parte oriental de la zona occidental de reconocimiento del Valle de la Plata (Figura 42). Aquí Blick (1993) identificó, mediante las colecciones de tiestos del reconocimiento regional, una serie de sitios con evidencias abundantes de ocupación durante el Clásico Regional. En cada sitio la excavación de varias decenas de pruebas de garlancha en una retícula a intervalos de 5 m permitió la ubicación de unidades domésticas individuales. El patrón de densidad de artefactos que caracteriza una unidad doméstica se ve en la Figura 47, tal y como los datos recuperados de una retícula de pruebas de garlancha lo revela. Las estructuras mismas tienden a aparecer un poco al lado de áreas de muy altas densidades de artefactos, que representan los basureros asociados con las viviendas. El éxito de esta estrategia para la ubicación de unidades domésticas se comprobó repetidamente con excavaciones en área que descubrieron los pisos y los huecos de los postes de las estructuras y los basureros y otros rasgos arqueológicos asociados.

Se recuperaron muestras de artefactos mediante la combinación de pruebas de garlancha y excavaciones en área de un total de 17 unidades domésticas individuales en ocho sitios diferentes, todos en el núcleo de la unidad política oriental de la zona occidental del Valle de la Plata (Figura 48). Cuatro de estas unidades domésticas pertenecieron al sitio de Cerro Guacas (VP0001) donde se ubican los restos de unos cuatro montículos funerarios del Clásico Regional. Varias estatuas (probablemente alrededor de seis) han sido encontradas en el sitio, aunque ninguna permanezca allí actualmente. Cerro Guacas fue el lugar ritual central de esta unidad política.

Los conjuntos de artefactos de las distintas unidades domésticas eran muy semejantes, pero un estudio cuantitativo de algunas de sus características demostró diferencias con implicaciones económicas. El análisis de los artefactos se concentró en artefactos y atributos de artefactos que eran probablemente no sólo atractivos sino también costosos. Cerámica con decoración (incisa y punteada más que todo en este caso) y vasijas con formas especialmente elaboradas (tales como trípodes o bases anulares) representan mayor inversión de mano de obra (ver también Feinman, Upham, y Lightfoot 1981). El producto es, en este sentido, más costoso, y una proporción alta de tales objetos asociada con una unidad doméstica sugiere cierta acumulación de riqueza por sus ocupantes. Igualmente, la obsidiana es una materia prima de la cual se producen lascas de muy alta calidad y, como parece que la obsidiana que se encuentra en el Valle de la Plata tiene que ser traída de otras regiones, puede considerarse más costosa que los materiales accesibles en la localidad. Entre los materiales que se encuentran localmente, también algunos, incluyendo el cuarzo y el sílex, son escasos y de muy alta calidad para la producción de

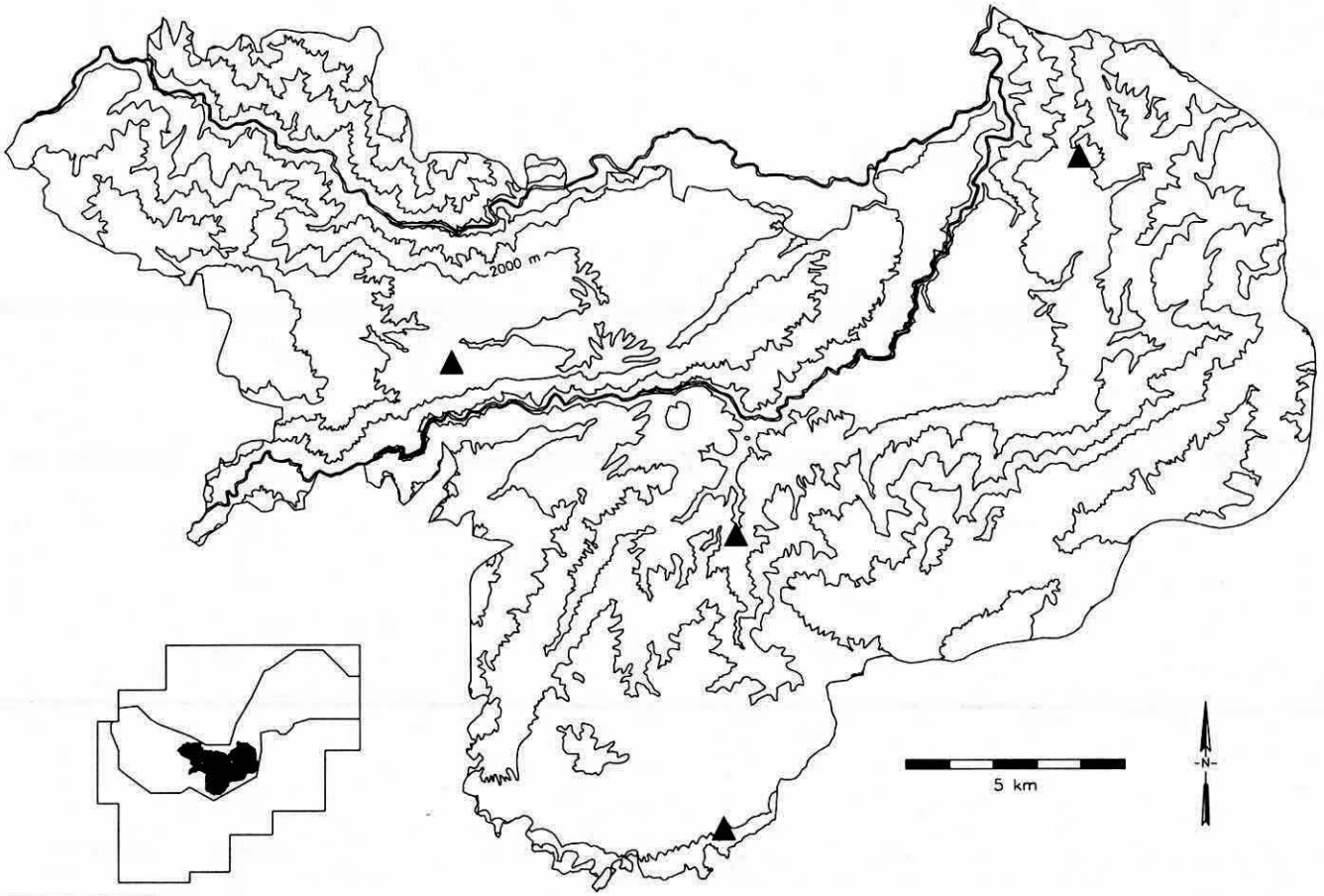


Figura 44. Ubicaciones de las cuatro unidades domésticas en la zona occidental del Valle de la Plata excavadas para obtener muestras de restros botánicos en la investigación de la posible microverticalidad del período Formativo (Quattrin 2000:5)

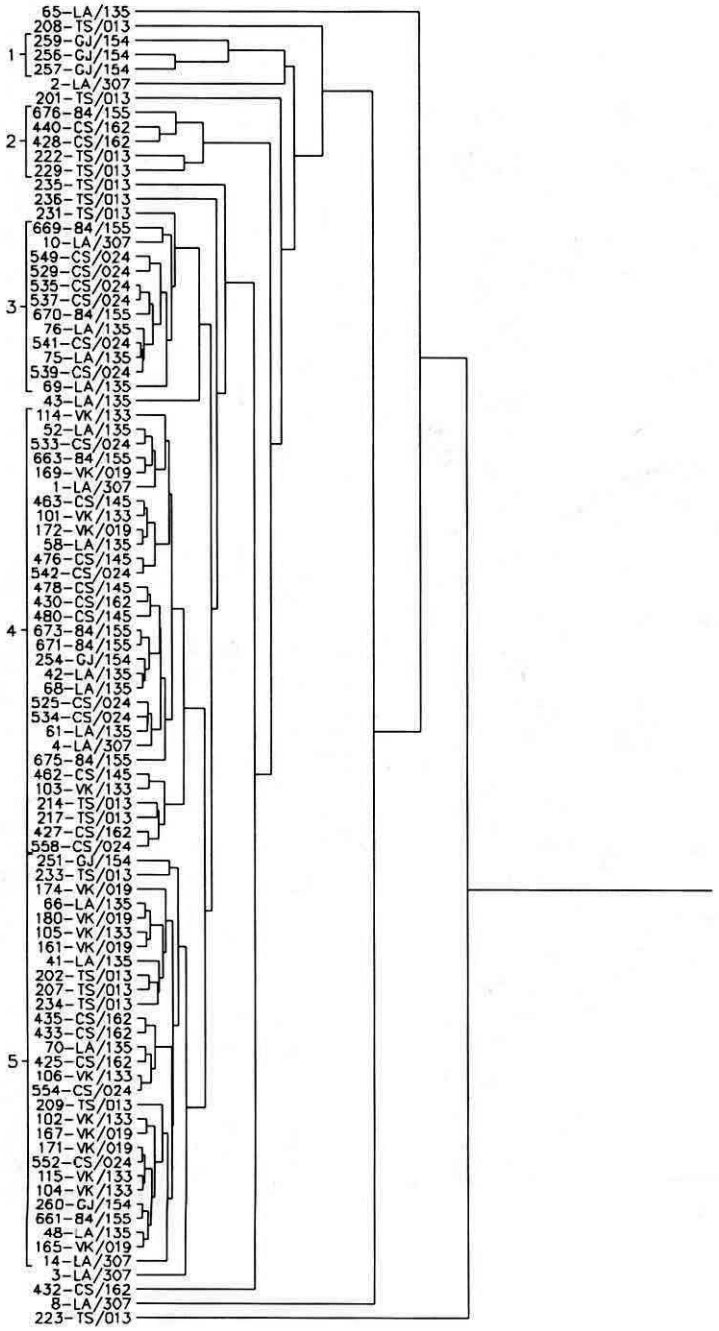


Figura 45. Resultados del análisis de conglomerados que define cinco grupos petrográficos en la muestra de 92 tiestos del Clásico Regional en el Valle de la Plata (Taft 1993:145)

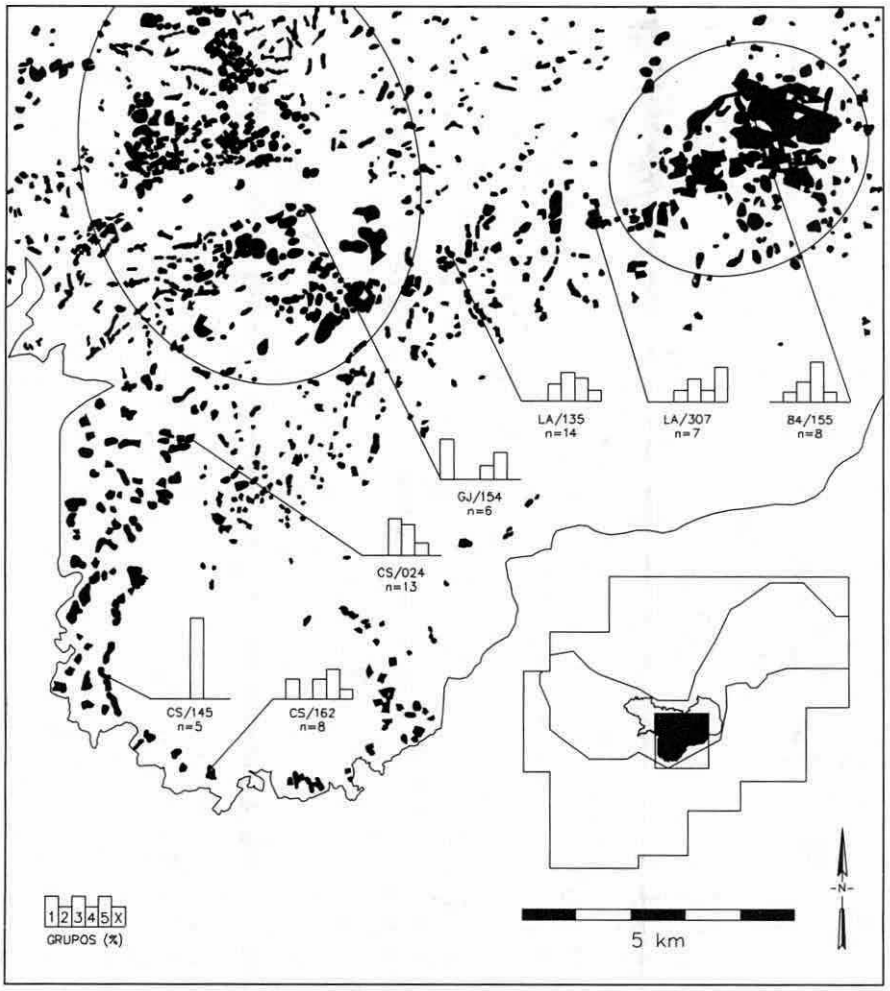


Figura 46. Patrones de distribución de los cinco grupos petrográficos de cerámica definidos para el Clásico Regional en el Valle de la Plata (Taft 1993:150)

implementos líticos. Las diferencias entre unidades domésticas en cuanto a las proporciones de estos artefactos y otros con implicaciones semejantes para la diferenciación económica fueron investigados minuciosamente.

Aunque estos artefactos nunca alcanzan proporciones muy altas en los conjuntos de artefactos de las unidades domésticas del Clásico Regional, en ciertas unidades domésticas coinciden proporciones elevadas de varios de ellos (Blick 1993:331). La Tabla 4 indica las proporciones relativas para las cinco unidades domésticas con las muestras más grandes de artefactos. Al menos en el caso de obsidiana existe una correlación entre su proporción con respecto a los artefactos líticos y la distancia desde la unidad doméstica hasta el centro monumental de Cerro Guacas ($r = -.985, p = .015$ [Blick

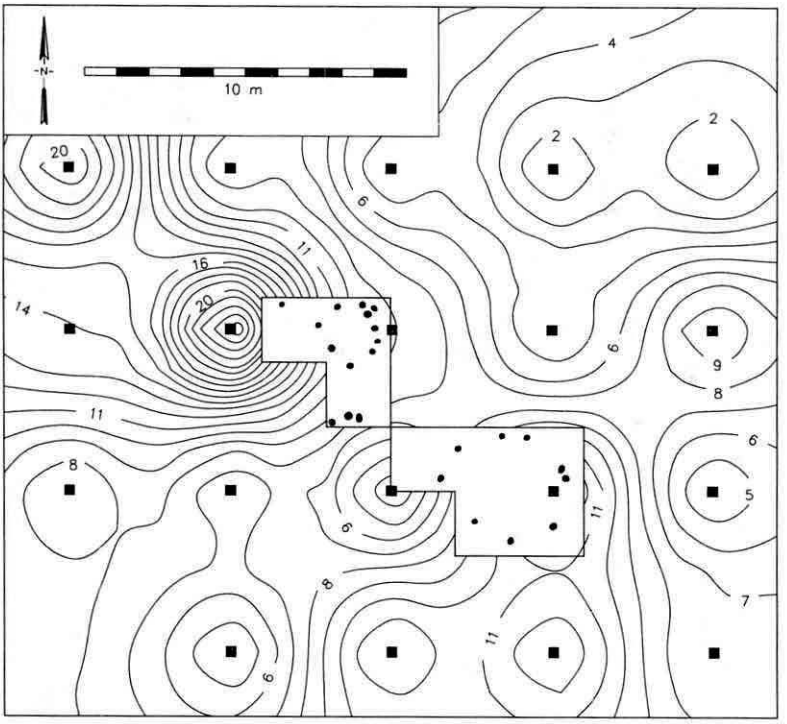


Figura 47. Mapa de densidad de tiestos del Clásico Regional según las indicaciones de pruebas de garlancha a intervalos de 5 m y el área finalmente excavada con los huecos de los postes de dos estructuras adyacentes a áreas de alta densidad de artefactos en el sitio VP011 (Blick 1993:136, 139)

1993:326]). La unidad doméstica VP0001-A, a sólo unos 50 m de las tumbas monumentales, se destaca más que cualquier otra por la presencia de tales indicadores de riqueza y posiblemente de otras actividades especiales (Blick 1993:330).

Estos son precisamente los patrones que uno espera en el caso que ciertas unidades domésticas adquieran una posición económica elevada, tal vez relacionada con su acceso o asociación al área ritual de monumentos funerarios. Sin embargo, el grado de diferenciación económica indicada es mínima. La calidad de la vida cotidiana de los ocupantes de VP0001-A no era muy diferente a la de los otros habitantes de la zona, por lo menos en la medida en que el carácter y la calidad de los artefactos asociados a esta unidad permiten su reconstrucción. Este análisis comprueba la factibilidad de identificar tales patrones en el Alto Magdalena al tiempo que nos indica que sólo existe una mínima diferenciación económica entre estas 17 unidades domésticas del Clásico Regional.

Siguiendo una metodología muy semejante, Jaramillo (1996) investigó la misma posibilidad del surgimiento de diferenciación económica durante la última parte del Formativo, cuando se inició un mejoramiento general del clima que posibilitó un aumento en la producción agrícola de la zona occidental del Valle de la Plata. Se buscó evaluar la idea de que a medida que aumentó la productividad agrícola se ampliaron las oportunidades para la acumulación de riqueza en manos de una elite naciente. Aplicando a sitios del Formativo

3 la misma técnica descrita arriba para localizar las unidades domésticas, se consiguieron descripciones de rasgos arqueológicos y muestras de artefactos asociados a 11 unidades, también en la zona occidental del Valle de la Plata (Figura 49).

La investigación enfatizó una serie de variables que pueden ser relacionadas con la riqueza de distintas familias, tratadas como líneas independientes de evidencia. Las variables incluyeron el tamaño y la forma de la vivienda; el tamaño, la forma, la función y la cantidad de otros rasgos arqueológicos; la riqueza de los ajuares funerarios; la proporción de artefactos ornamentales; la proporción de cerámica decorada y la elaboración de la decoración; las proporciones de cuencos y ollas entre los tiestos; y la proporción de materias primas líticas de alta calidad (Jaramillo 1996:123–124). Como era de esperar, se encontraron algunas diferencias entre las unidades domésticas en cuanto a esta serie de variables, pero no fue evidente ningún patrón capaz de apoyar la identificación de ciertas unidades como las residencias de familias más ricas que otras. Jaramillo (1996:138–139) llegó a la conclusión que la diferenciación económica no está indicada entre las unidades domésticas que estudió del Formativo.

Así vemos que dos estudios especiales, se han enfocado en la documentación de una diferenciación económica por medio de las evidencias más directamente relacionadas con la vida cotidiana de diferentes familias. Ninguno de los dos encontró los patrones que se esperarían de una diferenciación económica que fuese importante para los procesos de centralización reflejados en las aglutinaciones de ocupación o para la diferenciación social y/o religiosa indicada por las prácticas funerarias. Las indicaciones encontradas son muy tentativas y débiles comparadas con el grado de centralización y jerarquía representadas en aspectos no económicos de estas sociedades.

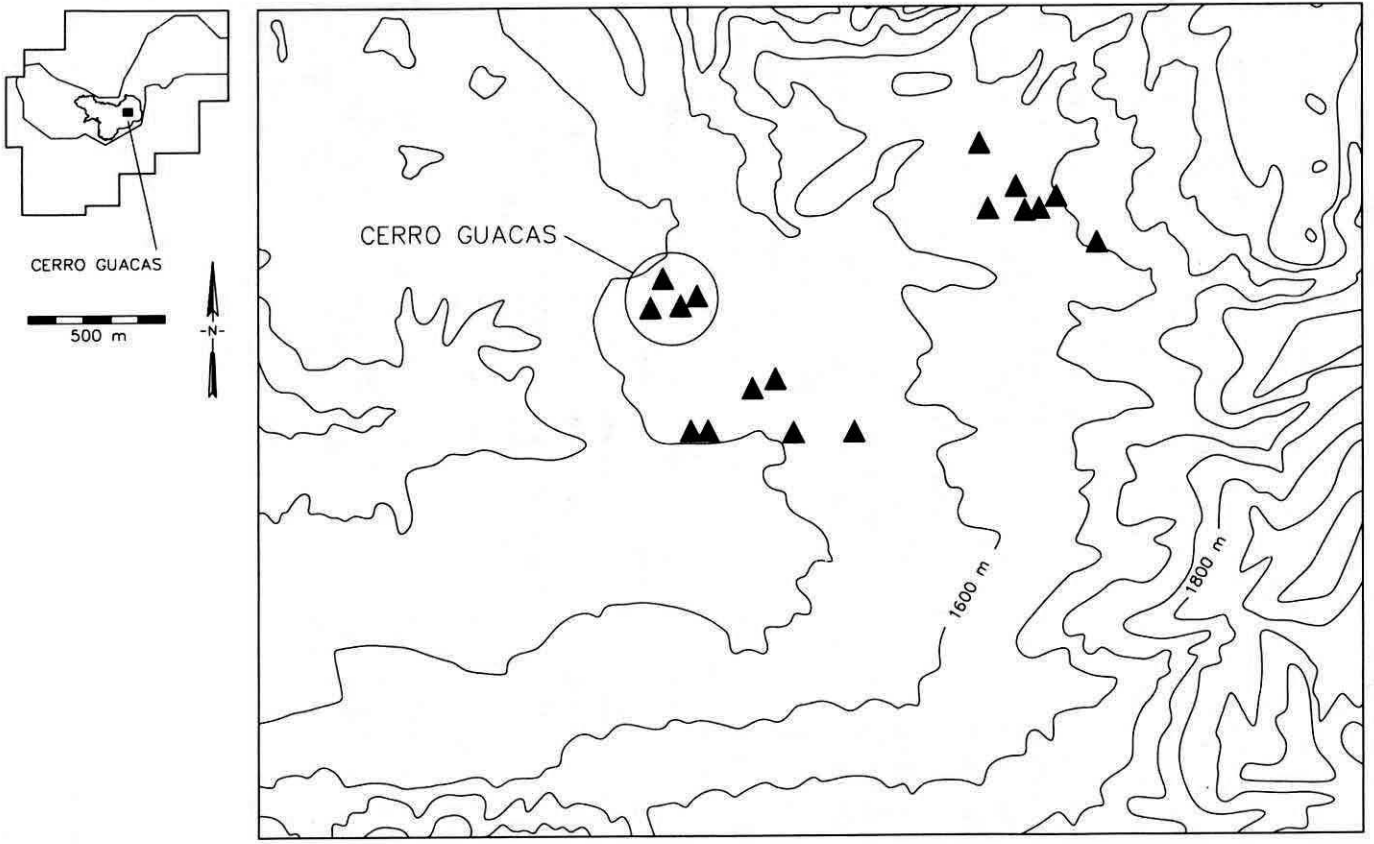
Ambas de las muestras de unidades domésticas estudiadas son pequeñas y tenemos que reconocer la posibilidad que simplemente no incluyeron las residencias de las elites. Sin embargo, estudios semejantes en otras regiones han podido detectar diferencias económicas mayores entre unidades domésticas en sociedades que tenían tal diferenciación, aún cuando la muestra no incluyera familias de alta jerarquía (véase, por ejemplo, Drennan 1976a). Ambos estudios aprovecharon todas las evidencias del reconocimiento regional tanto como programas más intensivos de pruebas de garlancha para

Tabla 4. Proporciones de artefactos con implicaciones económicas de unidades domésticas en el área de Cerro Guacas en el Valle de la Plata (Blick 1993:331).

	VP0001-A	VP0010	VP0011-C	VP0037-A	VP2682
Cerámica decorada	+	++	+	-	-
Vasijas trípodes	++	-	++	-	-
Formas elaboradas	++	-	++	-	-
Obsidiana	++	-	-		+
Cuarzo	++	+	-		-
Cuarzita	+	-	++		-
Sílex	+	++	+		+

++=proporción alta; += proporción mediana; -= proporción baja.

Figura 48. Ubicacion de 17 unidades domésticas del Clásico Regional excavadas en el núcleo de la unidad politica oriental de la zona occidental del Valle de la Plata (Blick 1993)



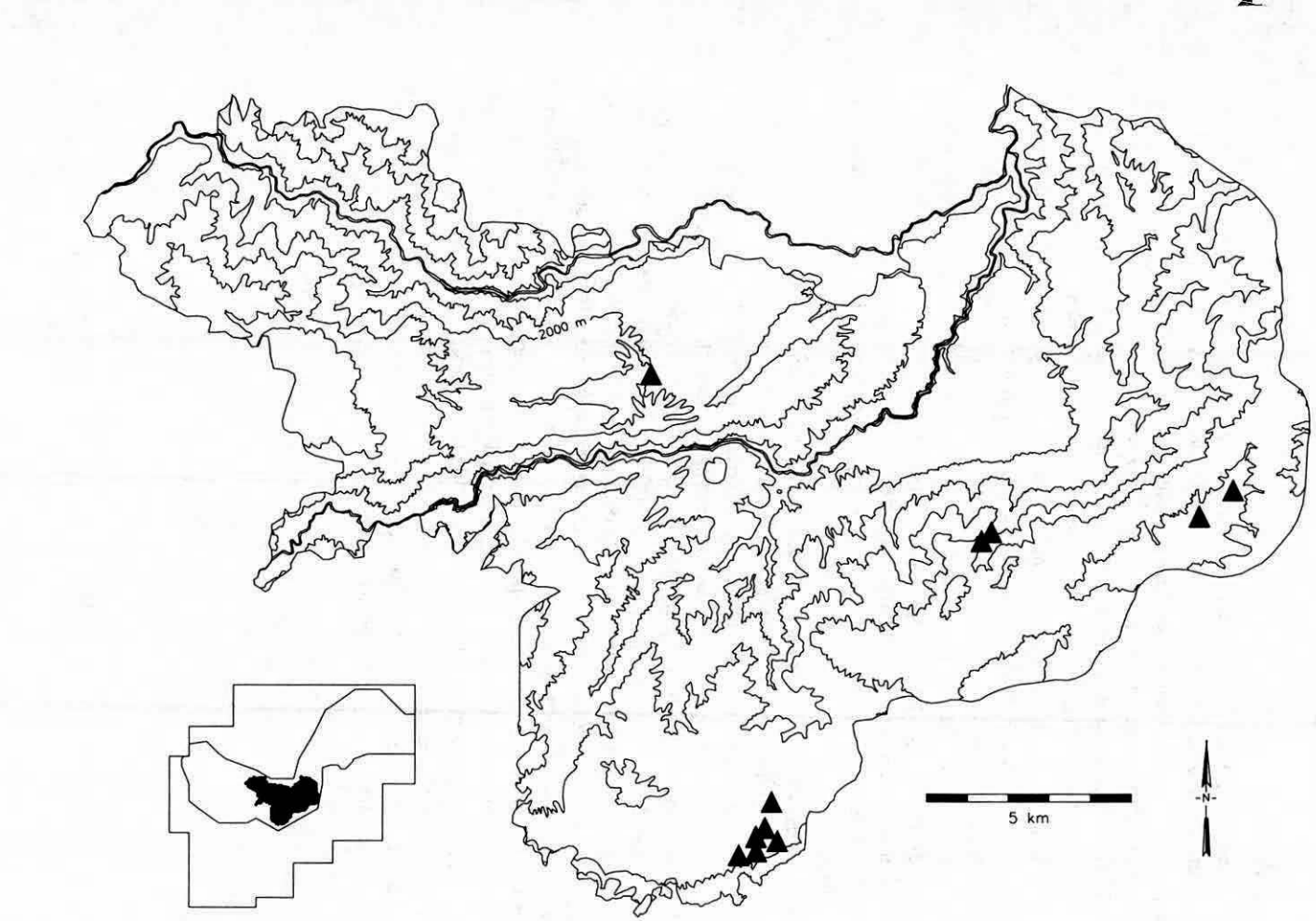


Figura 49. Ubicación de 11 unidades domésticas del Formativo excavadas en la zona occidental del valle de la Plata (Jaramillo 1996)

identificar las áreas con la mayor probabilidad de contener restos de viviendas de elites. Adicionalmente, la muestra del Clásico Regional investigada por Blick se derivó del área que rodea al centro funerario de Cerro Guacas, el núcleo ritual de su unidad política.

Conclusión

Finalmente, la falta de evidencia de diferenciación económica significante en los restos arqueológicos de estas muestras de unidades domésticas aboga en favor de la idea de una jerarquía social/ritual no basada en el control de recursos ni en la acumulación de riqueza. Esta idea concuerda bien, además, con el hecho de que las aglutinaciones de población no aparecen simplemente en los suelos más productivos. De igual manera es consistente con las evidencias de que no existía una economía vertical o microvertical que pudiera haber sido asociada con el surgimiento de una elite económica. También cuadra bien con una organización no centralizada de la producción artesanal, según las indicaciones de los patrones reconstruidos para la cerámica.

Si las sociedades del Alto Magdalena durante el Clásico Regional carecían de una elite económica, quedarían fuera del ámbito de los cacicazgos o sociedades complejas según algunos autores. No obstante, esta característica cabría perfectamente dentro de algunas de las definiciones clásicas de los cacicazgos (Service 1962) o sociedades de rango (Fried 1967).

Antes de concluir esta discusión acerca de la zona occidental del Valle de la Plata, cabe notar que, con los estudios que acabamos de considerar, ha llegado a ser más difícil identificar exactamente la escala de análisis. Se trata de una metodología enfocada en el sitio individual, con programas intensivos de pruebas de garlancha y excavaciones en área de estructuras individuales y sus rasgos arqueológicos asociados. Sin embargo, la identificación de los sitios más propicios para tales investigaciones depende de la información ya recolectada por el reconocimiento regional. Todavía más importante, el análisis de los resultados y su utilización para hacer reconstrucciones sociales exige que los sitios investigados sean situados en un contexto de relaciones con otros sitios y de patrones regionales—contexto proporcionado por el reconocimiento regional. Estos últimos estudios también empiezan a delinear otra escala de análisis que merece atención explícita: la de la comunidad, que abarca las relaciones entre unidades domésticas dentro de un área que incluye un número de sitios arqueológicos diferentes (por lo menos en un patrón de asentamiento tan disperso como el del Valle de la Plata), pero que no alcanza toda el área de una de las aglutinaciones de ocupación que pueden ser unidades políticas.

6. Comunidades en contexto regional: San Agustín e Isnos

La mayoría de lo que se ha presentado en los capítulos 4 y 5 se deriva de investigaciones llevadas a cabo en el campo en el Valle de la Plata entre 1984 y 1992. Las sociedades del Clásico Regional en el Valle de la Plata han sido reconstruidas como caracterizadas por cierta jerarquía social y/o religiosa—una jerarquía capaz de ejercer fuerzas políticas centralizadoras suficientes como para crear aglutinaciones de población con implicaciones territoriales que permiten la delineación de pequeñas unidades políticas. Sin embargo, esta jerarquía parece haber tenido muy poco impacto o fundamento económico. Aunque se ha realizado una serie de estudios puntuales, no se ha podido detectar evidencias arqueológicas de un control de los recursos agrícolas más productivos en manos de una elite, ni de las tendencias centralizadoras de una economía vertical, ni tampoco de la presencia de centralización de la producción artesanal. Los restos de un buen número de unidades domésticas excavadas demuestran solamente un grado minúsculo de diferenciación económica entre familias.

Se plantea, entonces, la presencia durante el Clásico Regional de sociedades con cierto desarrollo de liderazgo político, pero con una base centrada mucho más en el poder ritual o espiritual que en el control económico. El poder religioso, por supuesto, ha sido planteado como la base (o por lo menos *una* base) importante para el liderazgo político inicial en los cacicazgos desde hace muchos años (véase, por ejemplo, Service 1962). Esta caracterización se fortaleció con las descripciones etnográficas de los caciques de Hawaii, pero ha sido criticada por quienes encuentran evidencias de que el poder de los caciques de Hawaii tenía su verdadera base en el control que ejercían sobre la producción agrícola (Earle 1977, 1987). En este contexto comparativo, el caso del Alto Magdalena podría representar un ejemplo del desarrollo de cierto grado de liderazgo político sin evidencias de mucha base económica.

Por varias razones, es preocupante que esta caracterización de las sociedades del Clásico Regional depende casi exclusivamente de datos recolectados en el Valle de la Plata, mientras que los centros funerarios más grandes y monumentales que han atraído la mayor atención arqueológica en el Alto Magdalena, no se encuentran en el Valle de la Plata sino hacia el sur, en lo que son hoy los municipios de San Agustín e Isnos (Figura 2). ¿Será que los sitios funerarios más monumentales, como Mesitas y Alto de los Idolos, también funcionaron como centros de unidades políticas? Si se definen aglutinaciones de ocupación alrededor de estos centros, ¿son más extensas que las del Valle de la Plata? ¿Se debe el mayor grado de monumentalidad a una alta productividad agrícola? ¿Podría ser que la aparente ausencia de una elite económica en las unidades políticas del Valle de la Plata se debió al hecho de que estas unidades eran muy poco desarrolladas? ¿Sería posible detectar la presencia de una elite económica cerca de los centros más impresionantes?

Para responder a estas y otras preguntas, parecía muy interesante aplicar algunas de las perspectivas y metodologías que habíamos aprovechado en las investigaciones en el Valle de la Plata también en los municipios de San Agustín e Isnos. Estos trabajos se iniciaron en el campo en 1993 y continúan actualmente. Al comienzo enfocamos nuestra atención (tal y como lo hicimos en el Valle de la Plata) en un reconocimiento regional para poder comparar la distribución de ocupación alrededor de los centros más monumentales del Alto Magdalena con los patrones identificados en el análisis de las tres zonas de reconocimiento en el Valle de la Plata.

Reconocimiento regional en la zona San Agustín-Isnos

El área de reconocimiento regional en San Agustín e Isnos se definió de manera que incluyera los dos centros monumentales más impresionantes del Alto Magdalena, Mesitas y Alto de los Idolos, tanto como una serie de otros centros funerarios de tamaño más comparable a los del Valle de la Plata. En últimas se extendió el programa de reconocimiento regional del Valle de la Plata hacia el sur, agregando a las tres zonas ya reconocidas, una cuarta de aproximadamente 324 km^2 (Figura 50).

Con el reconocimiento de esta cuarta zona, el área total del Alto Magdalena que ha sido estudiada mediante la metodología de reconocimiento regional sistemático alcanza aproximadamente 841 km^2. En esta área se ha documentado la presencia de 6,036 sitios arqueológicos. De estos sitios se han recuperado, mediante la recolección superficial o la excavación de pruebas de garlancha, 15,741 colecciones separadas de artefactos, cada una de las cuales representa un área específica dentro de un sitio. Cada una de estas áreas ha sido ubicada y delineada según fotografías aéreas y mapas topográficos. La muestra total de cerámica de las cuatro zonas de reconocimiento es de 290,273 tiestos.

En el momento de escribir este libro, el trabajo de campo correspondiente a la cuarta zona de reconocimiento había concluido. Buena parte del análisis de la cerámica recolectada también ha sido realizado, pero aún no concluye. Los "descubrimientos" de un reconocimiento regional no se producen en el campo sino en el proceso de análisis, y el análisis de datos apenas se inicia. Dada la cantidad de información enumerada arriba, se requerirá de un tiempo prudencial para realizar todos los análisis indicados. Por lo tanto no es mucho lo que se puede decir sobre los resultados del reconocimiento de la zona de San Agustín-Isnos. Además tenemos que calificar los resultados que incluimos aquí como preliminares y tentativos. Tal vez sería más prudente no incluirlos, pero las otras dos alternativas, no mencionar las indicaciones que tenemos hasta ahora o demorar la publicación de este libro hasta concluir el análisis, nos parecen peores.

Como los centros monumentales de San Agustín e Isnos se concentran entre 1500 y 2000 msnm, la cuarta zona de reconocimiento comparte muchas características ambientales con la zona occidental del Valle de la Plata. Se ha realizado una caracterización de paisajes-suelos que formará la base para estudiar la relación entre la distribución de ocupación prehispánica y la de algunos recursos importantes. Muchos de los mismos tipos de cerámica definidos en el análisis de los artefactos del Valle de la Plata se reconocen también fácilmente en el material de la zona San Agustín-Isnos. Sin embargo, hay algunas variaciones en sus características, y existen además algunos tipos de cerámica que no se encontraron en el Valle de la Plata. Parece que la zona San Agustín-Isnos posee la más alta densidad de ocupación prehispánica de las cuatro zonas reconocidas—aún

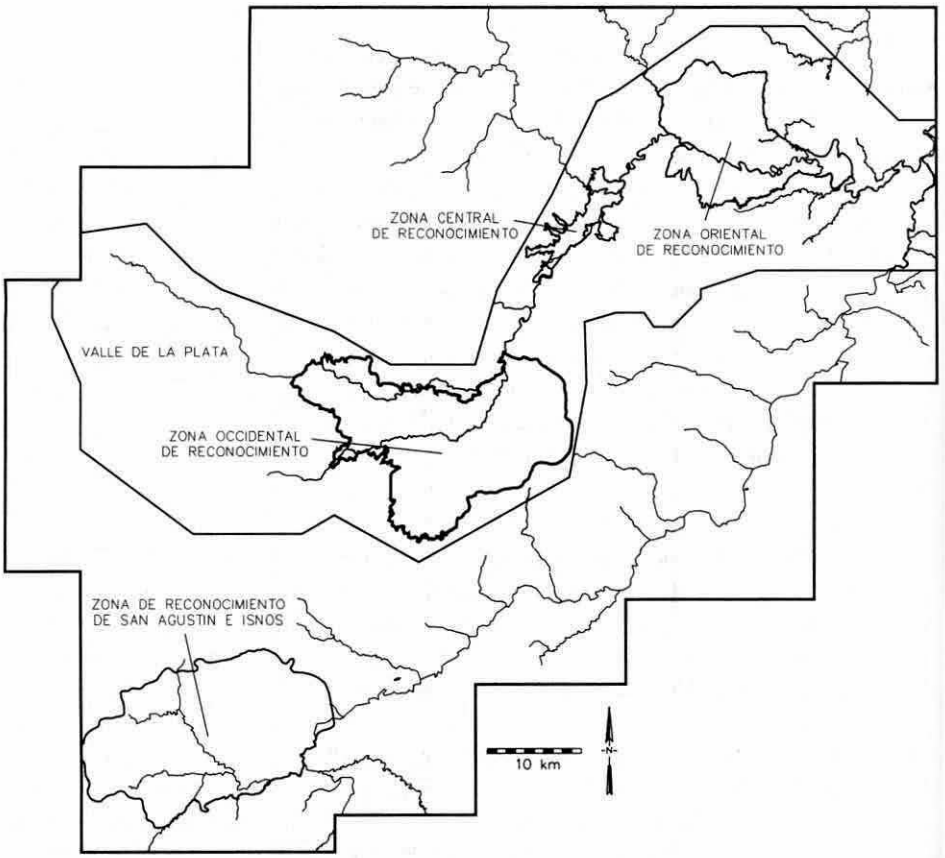


Figura 50. Ubicación de la zona de reconocimiento de San Agustín e Isnos con relación a las zonas reconocidas anteriormente

más elevada que la de la zona occidental del Valle de la Plata, pero es prematuro todavía cuantificarla para una comparación detallada.

Un mapa preliminar de la ocupación del Clásico Regional (Figura 51) demuestra ciertas áreas de ocupación especialmente concentrada. La relación entre estas concentraciones de ocupación y los sitios con tumbas monumentales y estatuaria es más complicada que en el Valle de la Plata. Entre otras cosas, existe un número mucho más elevado de sitios con tales monumentos en la zona de San Agustín-Isnos que en la zona occidental del Valle de la Plata (Figura 52). Como se ve en las Figuras 51 y 52, existe una aglutinación muy clara de ocupación que incluye los sitios monumentales de Mesitas. Parece que la ocupación que rodea al Alto de los Idolos tiene una densidad también elevada, aunque este caso no es tan claro. La determinación de las relaciones entre la distribución de ocupación y los otros sitios con estatuaria y tumbas monumentales tendrá que esperar hasta la finalización del análisis de los artefactos y la producción de mapas definitivos de distribución de ocupación.

Comunidades

Además del reconocimiento regional, las investigaciones realizadas y en curso en la zona San Agustín-Isnos enfatizan una escala de estudio intermedia entre la de la región y la de la unidad doméstica. En esta escala el enfoque es la comunidad. El reconocimiento regional en el Valle de la Plata nos ha permitido delimitar comunidades o unidades políticas. Hay indicios de patrones semejantes en la zona San Agustín-Isnos, aunque probablemente son más complicados. Para desenredar esta complejidad del registro arqueológico y para entender mejor la naturaleza de estas unidades y su organización interna se requiere un enfoque específico en esta escala de análisis y metodologías diseñadas para recuperar la información necesaria para su reconstrucción. Las excavaciones de unidades domésticas realizadas en el Valle de la Plata por Blick (1993), Jaramillo (1996), y Quattrin (2000) representan un paso adelante en el camino hacia la reconstrucción de esta escala de organización, pero la muestra de unidades domésticas que ha sido posible investigar mediante excavaciones en área (y que es *posible* estudiar así) siempre es muy pequeña.

Es un problema de muestreo a dos niveles ya que, con la metodología de excavación en área, la muestra de unidades domésticas que es factible estudiar es muy pequeña para realizar análisis comparativo; por otro lado, el reconocimiento regional recupera información acerca de un gran número de unidades domésticas, pero (y precisamente *para poder* alcanzar una muestra tan grande) la muestra de artefactos y otros detalles que se recupera de cada unidad es muy pequeña y tampoco sostiene algunas clases interesantes de análisis comparativo. Lo que se busca es una manera de recuperar muestras relativamente grandes de artefactos, con cierta información contextual, de un buen número de unidades domésticas (aunque no tantas como en el reconocimiento regional).

Comparado con algunas partes del mundo, el estudio del Alto Magdalena en esta escala es especialmente difícil, ya que el patrón de asentamiento es muy disperso. En el Alto Magdalena no se encuentran sitios arqueológicos con los restos densos que correspondan a una aldea o a un pueblo nucleado, rodeado por una zona "rural" sin ocupación. En el Alto Magdalena la comunidad humana prehistórica, que en muchas partes del mundo corresponde perfectamente a un solo sitio arqueológico, puede abarcar decenas de sitios arqueológicos, separados pero vecinos, distribuidos sobre varios kilómetros cuadrados del paisaje; por lo tanto la excavación estratigráfica no puede descubrir sino una fracción minúscula de tales comunidades.

En algunas regiones ha sido posible estudiar comunidades completas por medio de recolección superficial intensiva (véase, por ejemplo, Alden 1979; Spencer 1979). En el Alto Magdalena, aunque muchas veces es posible recolectar una muestra pequeña de artefactos de la superficie (suficiente para los fines del reconocimiento regional), la vegetación casi siempre imposibilita la recolección de una muestra grande de artefactos dentro de un área reducida. Ha sido posible delimitar lo que hemos reconstruido como unidades políticas en los capítulos anteriores con el análisis de la información del reconocimiento regional. Si el solo hecho de diferenciar y delimitar las entidades sociales más pequeñas (pueblos, aldeas, o algo semejante) que comprenden las unidades políticas es bien difícil, mucho más lo es estudiar su naturaleza y organización interna.

La metodología adecuada tendrá que incluir alguna clase de excavación para recuperar de cada unidad doméstica muestras de artefactos de tamaño suficiente y

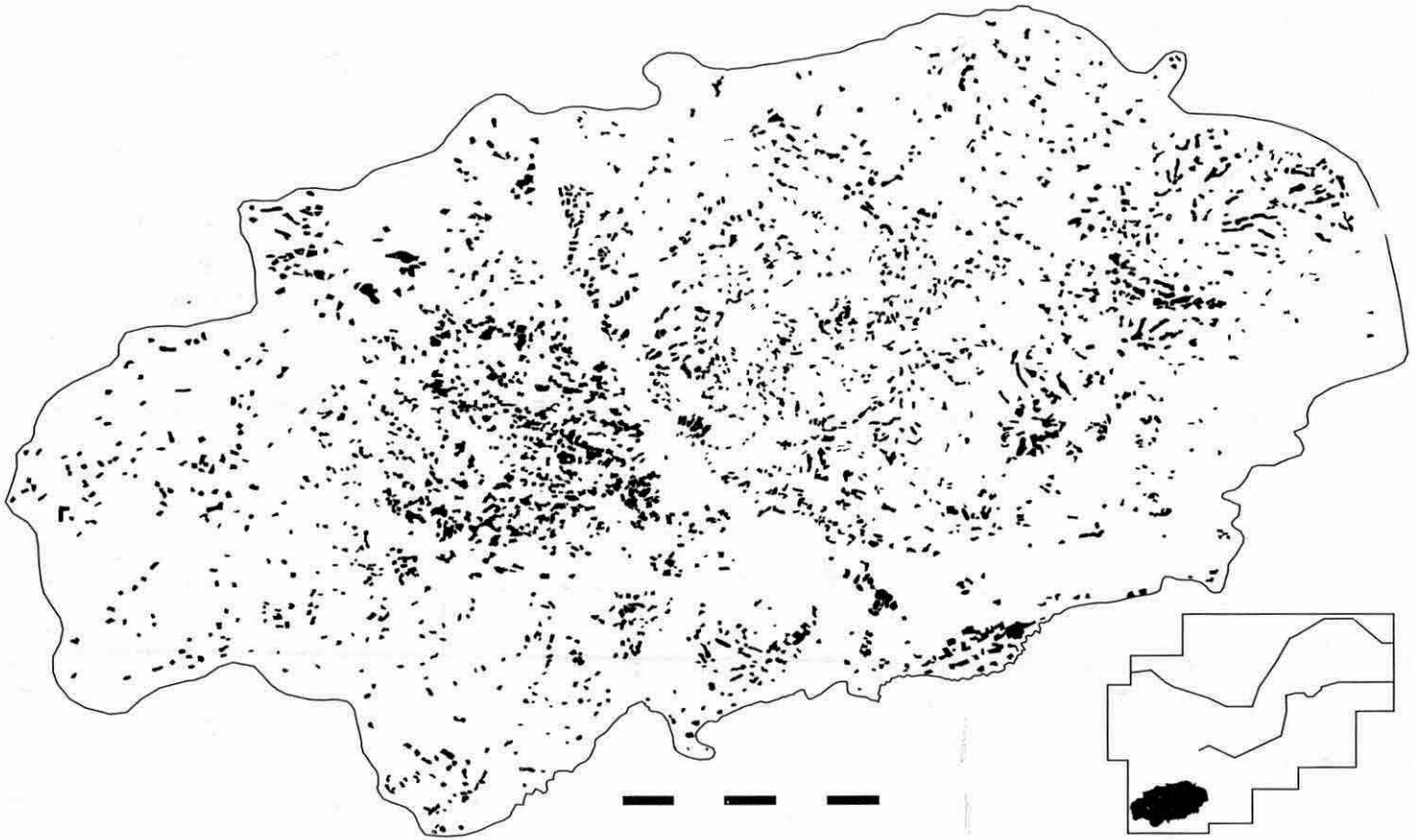


Figura 51. Ubicación de los lotes con cerámica del Clásico Regional (tipo Guacas Café Rojizo) en la zona de reconocimiento San Agustín-Isnos (versión preliminar

con cierto detalle contextual. Al mismo tiempo, tendrá que ser muy rápida, de manera que sea factible aplicarla a un buen número (por lo menos decenas) de unidades domésticas.

Reconocimiento intensivo

Con el reconocimiento regional, en la zona de San Agustín-Isnos, casi desde el principio se combinó una metodología que hemos nombrado *reconocimiento intensivo*. Esta aprovecha la información que el reconocimiento regional proporciona acerca de la ubicación de las áreas con evidencias de ocupación prehispánica en una zona determinada. En cada sitio (es decir, zona de ocupación prehispánica) se excava una serie de sondeos estratigráficos de 1 m por 1 m. Se escogen lugares que son relativamente planos o que de otra manera favorecen la construcción de estructuras con sus áreas de actividades y basureros asociadas. La distancia entre los sondeos es corta—aproximadamente 25 a 30 m, aunque influye también la topografía.

En los sondeos de 1 m por 1 m hemos mantenido el control estratigráfico mediante la excavación por capas de 10 cm de espesor, medidas de manera que las capas sean paralelas a la superficie. La excavación continúa hasta encontrar los estratos culturalmente estériles. Toda la tierra de cada capa se cierne, y se mantiene la separación de los artefactos de las distintas capas (Figura 53). Concluida la excavación, se hace un dibujo de la estratigrafía natural de uno de los perfiles del sondeo (Figura 54), o, en caso de que haya mucha variación entre los cuatro perfiles, se dibujan varios.

Ha sido posible realizar estas pequeñas excavaciones rápidamente, y ellas han proporcionado muestras de artefactos más grandes que las de las recolecciones superficiales o pruebas de garlancha en el reconocimiento regional. (Para los sondeos cuya cerámica ha sido analizada hasta el momento, el número de tiestos por sondeo tiene un promedio de más de 100.) El intervalo pequeño entre sondeos asegura una buena representación de las diferencias que existan entre una parte de un sitio y otro. La relación estratigráfica que tiene la cerámica de los sondeos del reconocimiento intensivo permite utilizar esta muestra grande para confirmar, corregir, y precisar la cronología cerámica, que es la herramienta principal para el fechamiento de los sitios. Proporciona, además, una oportunidad interesante de evaluación de metodologías. Durante el proceso de análisis será posible comparar los datos recolectados en el reconocimiento regional con las muestras más grandes y la información estratigráfica del reconocimiento intensivo en los mismos sitios.

El reconocimiento intensivo que se ha llevado a cabo en conjunto con el reconocimiento regional en la zona San Agustín-Isnos rodea a cuatro de los principales sitios con montículos y estatuaria de la zona (Figura 55). En las cuatro áreas de reconocimiento intensivo se ha excavado un total de 1,166 sondeos de 1 m por 1 m.

El reconocimiento intensivo que incluye el conjunto de espacios rituales representado por las Mesitas A, B, C, y D, y el Alto de Lavapatas (lo que es, hoy en día, el Parque Arqueológico de San Agustín), nos permite examinar la distribución de la ocupación humana alrededor de este centro máximo de la expresión monumental de la "cultura agustiniana". En esta área de reconocimiento intensivo, se excavaron 319 sondeos de 1 m por 1 m cuyas ubicaciones se ven en la Figura 56. En primer lugar es interesante comparar algunos de los resultados del reconocimiento regional en esta área con la información más

detallada y con control estratigráfico que proporciona el reconocimiento intensivo. La Figura 57 indica las áreas con presencia de la cerámica del período Clásico Regional según los resultados del reconocimiento regional. En la Figura 58 se presenta la versión de esta misma información que se deriva de los resultados del reconocimiento intensivo, junto con las áreas de ocupación correspondientes a las tres partes del Formativo.

Como es de esperar, las dos versiones no son idénticas, pero apoyan la misma reconstrucción de patrones de ocupación y secuencia de cambio. La ocupación del Formativo 1 en la zona es muy dispersa con cierta tendencia a concentrarse hacia el occidente. No se ve ninguna relación entre esta distribución y la de los centros de monumentos funerarios del Clásico Regional. El reconocimiento intensivo sugiere más ocupación hacia el nororiente que el reconocimiento regional. Durante el Formativo 2, el área ocupada crece pero la ocupación sigue siendo muy dispersa y sin relación a los restos monumentales. El Formativo 3 representa más crecimiento del área ocupada; por primera vez se nota una correspondencia entre una concentración de ocupación y las ubicaciones de los monumentos, especialmente de la Mesita B. El crecimiento del Clásico Regional es muy obvio en ambas versiones, así como la presencia de ocupaciones grandes que rodean todos los centros monumentales y que se extienden hacia el norte del área también.

Una de las ventajas del reconocimiento intensivo es que permite examinar las densidades de distintas clases de materiales con más confiabilidad que el reconocimiento regional. La Figura 59 representa las densidades de tiestos por m^2 excavado en el reconocimiento intensivo en la misma área. Aquí se ve que son los sitios en el nor-centro del área los que alcanzan las densidades más altas en los sondeos del reconocimiento intensivo durante el Formativo 1. En el Formativo 2, se ven densidades muy altas, especialmente hacia el occidente. Una zona de cierta densidad del Formativo 2 se expande para incluir la Mesita B por primera vez durante el Formativo 3, aunque los otros centros de monumentos no tienen tanta ocupación de este período. En el Clásico Regional, se nota un área de muy alta densidad adyacente a la Mesita B, pero todas las Mesitas y el Alto de Lavapatas están también incluidos por primera vez dentro de las densidades relativamente altas de ocupación.

Este patrón de relaciones concuerda con las fechas establecidas para la estatuaria y las tumbas monumentales. El Clásico Regional parece ser el período en el que la distribución de ocupación corresponde adecuadamente a la distribución de los monumentos, con ciertas indicaciones de que este patrón comienza en el Formativo 3. Estas densidades de cerámica que parecen pertenecer a depósitos asociados a habitación también apoyan la reconstrucción de estos sitios funerarios como los centros de comunidades vivas. Estos patrones son claramente inconsistentes con la idea de las Mesitas como centros rituales aislados de las poblaciones que los construyeron y los utilizaron, una idea que fue popular hasta décadas recientes.

La Figura 60 presenta los resultados iniciales del reconocimiento intensivo que incluye al centro ritual del Alto de los Idolos. Es claro que la ocupación aquí también crece durante todo el período Formativo y especialmente durante el Clásico Regional. También es durante el Clásico Regional cuando las densidades de ocupación se orientan más fuertemente hacia los monumentos. En este caso no se encuentra el pequeño anticipo de este patrón durante el Formativo 3 que se ve en la Mesita B. No podemos continuar comparando patrones con las otras dos áreas de reconocimiento intensivo ya que los

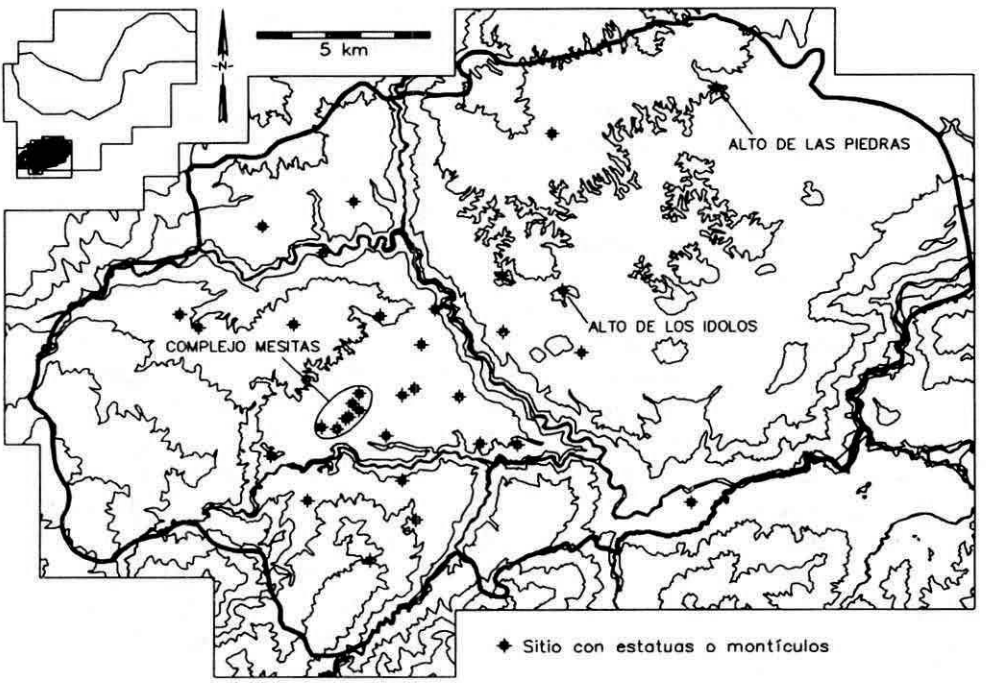


Figura 52.
Ubicación de sitios con montículos funerarios y/o estatuaria en la zona de reconocimiento San Agustín-Isnos

artefactos recolectados no han sido analizados. Los estudios de otras características de los conjuntos de artefactos de los reconocimientos intensivos de Mesitas y del Alto de los Idolos quedan también pendientes.

La comunidad de Mesitas

Llevando la metodología del reconocimiento a un nivel aún más detallado, González (1998) ha identificado y estudiado las unidades domésticas específicas que forman la comunidad en el núcleo de la aglutinación de población alrededor de Mesitas. Su área de estudio es igual al área del reconocimiento intensivo de Mesitas, pero la metodología que aplicó aprovecha la técnica comprobada en el Valle de la Plata de ubicar unidades domésticas mediante la excavación de una serie de pruebas de garlancha. Primero se delinearon transectos cruzando todas las áreas donde los reconocimientos regional e intensivo habían identificado ocupaciones del Formativo o Clásico Regional. En el caso de áreas amplias de ocupación se trazaron varios transectos paralelos, dejando unos 30 m entre ellos. A lo largo de cada transecto se hicieron pruebas de garlancha a intervalo de 5 m—para un total de 3,000 pruebas de garlancha (Figura 61).

De las unidades domésticas sugeridas por áreas definidas de altas densidades de cerámica de un período u otro, 76 fueron investigadas por medio de la excavación de más pruebas de garlancha. En cada unidad, se trazó una retícula de pruebas cada 5 m sobre un área de aproximadamente 30 m por 30 m, dependiendo de la topografía, los límites de

Figura 53. La excavación de un sondeo de 1 m por 1 m como parte del reconocimiento intensivo

retículas vecinas, etc. El resultado fue una muestra de artefactos obtenidos de aproximadamente 35 pruebas de garlancha en cada una de las 76 unidades domésticas que aparecen en la Figura 62. Las muestras de artefactos correspondientes a las unidades individuales consistían frecuentemente de más de 1,000 tiestos. Con este programa de pruebas de garlancha, entonces, se obtuvieron muestras de artefactos de unidades domésticas específicas. Las muestras eran más grandes que las del reconocimiento intensivo, aunque carecen de la información cronológica obtenida de las relaciones estratigráficas en los sondeos de 1 m por 1 m. Como cada muestra procede de varias pruebas de garlancha en lugar de un sólo sondeo, es más probable que constituya una representación fiel de las proporciones de artefactos asociados a la unidad doméstica.

De las 76 unidades domésticas investigadas, 75 mostraron ocupación del Clásico Regional. Estas 75 muestras de artefactos sirvieron de base para una comparación de las proporciones de distintas clases de artefactos que pueden haber sido relacionados con diferencias de estatus, de riqueza, y de actividades especializadas.

Un total de 660 tiestos del período Clásico Regional (3% del total analizado) fueron identificables según forma de la vasija. Se distinguieron ollas, cuencos, copas, y platos, con sus diferentes implicaciones en cuanto a las actividades de preparar y servir la comida. Sin embargo, se encontró muy poca variación entre las unidades domésticas ubicadas en distintas partes del área de estudio durante el Clásico Regional—menos que en períodos anteriores (González 1998:196–198).

De la misma manera como en el Valle de la Plata, la proporción de cerámica

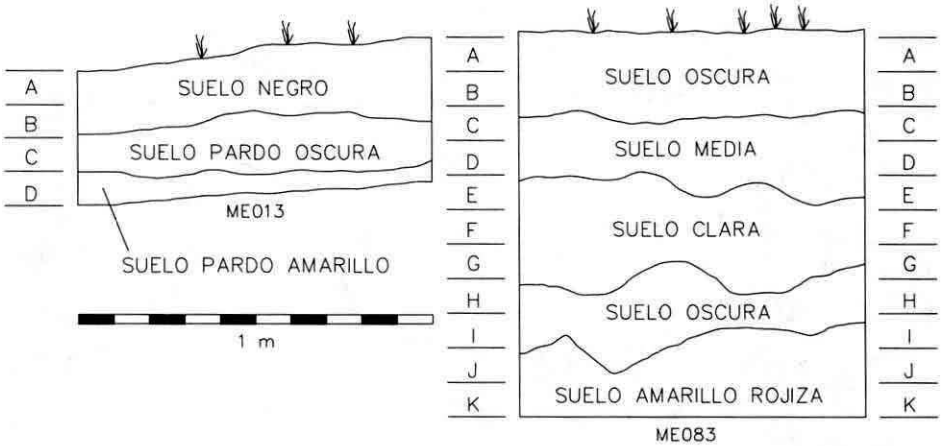


Figura 54.
Perfiles estratigráficos de dos de los sondeos de 1 m por 1 m del reconocimiento intensivo. Las letras a los lados indican los niveles de 10 cm excavados y su correspondencia a la estratigrafía natural. La mayoría de los sondeos tenían poca profundidad, como ME/013, pero algunos mostraron una estratificación más profunda, como ME/083.

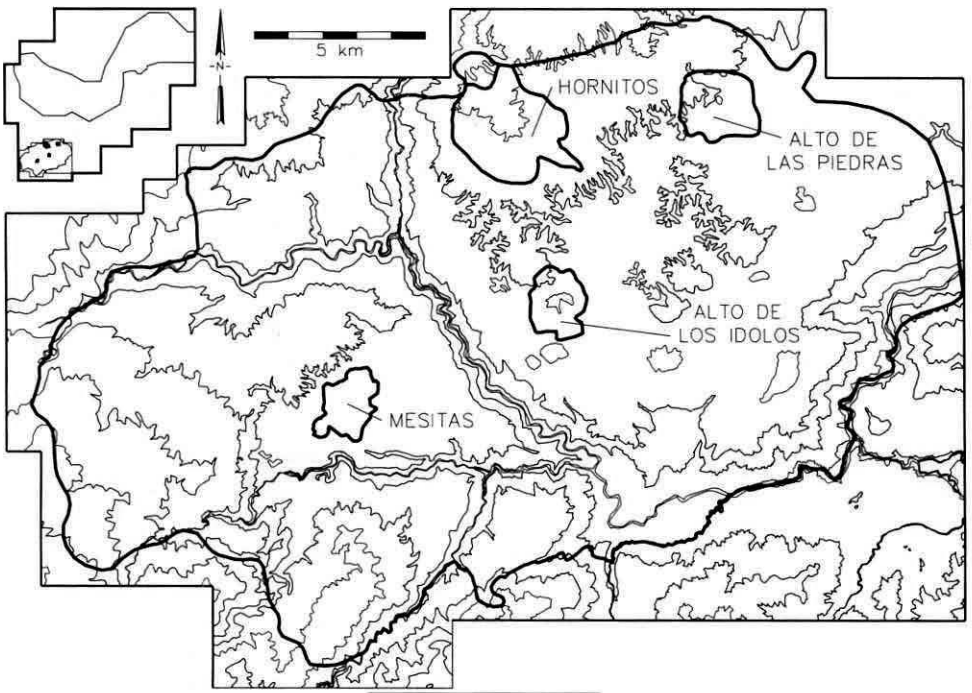


Figura 55.
Ubicación de las cuatro áreas estudiadas mediante la metodología de reconocimiento intensivo en la zona San Agustín-Isnos

decorada en la muestra del Clásico Regional fue muy baja (0.72% de los tiesto analizados). Entre los patrones de distribución de distintas clases de decoración, la concentración más fuerte consiste en las vasijas trípodes (Figura 63), las cuales alcanzan sus proporciones más altas consistentemente en un conjunto de unidades domésticas vecinas a las Mesitas A y B. Es en esta misma vecindad que la densidad de obsidiana por metro cuadrado excavado también alcanza sus valores máximos (Figura 64). Es más, las tres unidades domésticas con las más altas proporciones de vasijas trípodes son las mismas que tienen las más altas densidades de obsidiana. Una de estas unidades (la 39), presenta una densidad muy alta de sílex, aunque unidades en otros sectores también tienen muchos implementos líticos de este material. Otra distribución concentrada que se enfoca en la vecindad de las Mesitas A y B es la de objetos ornamentales de piedra pulida. De los seis colgantes de piedra encontrados, cinco pertenecen a este conjunto de unidades domésticas así como cinco de las siete cuentas hexagonales (las otras dos se hallaron solamente un poco más lejos). Los morteros pueden estar relacionados con la producción artesanal y los ocho encontrados provienen de esta misma vecindad, al igual que los dos únicos cinceles. Las unidades domésticas con las más altas densidades de pulidores también se concentran en este sector.

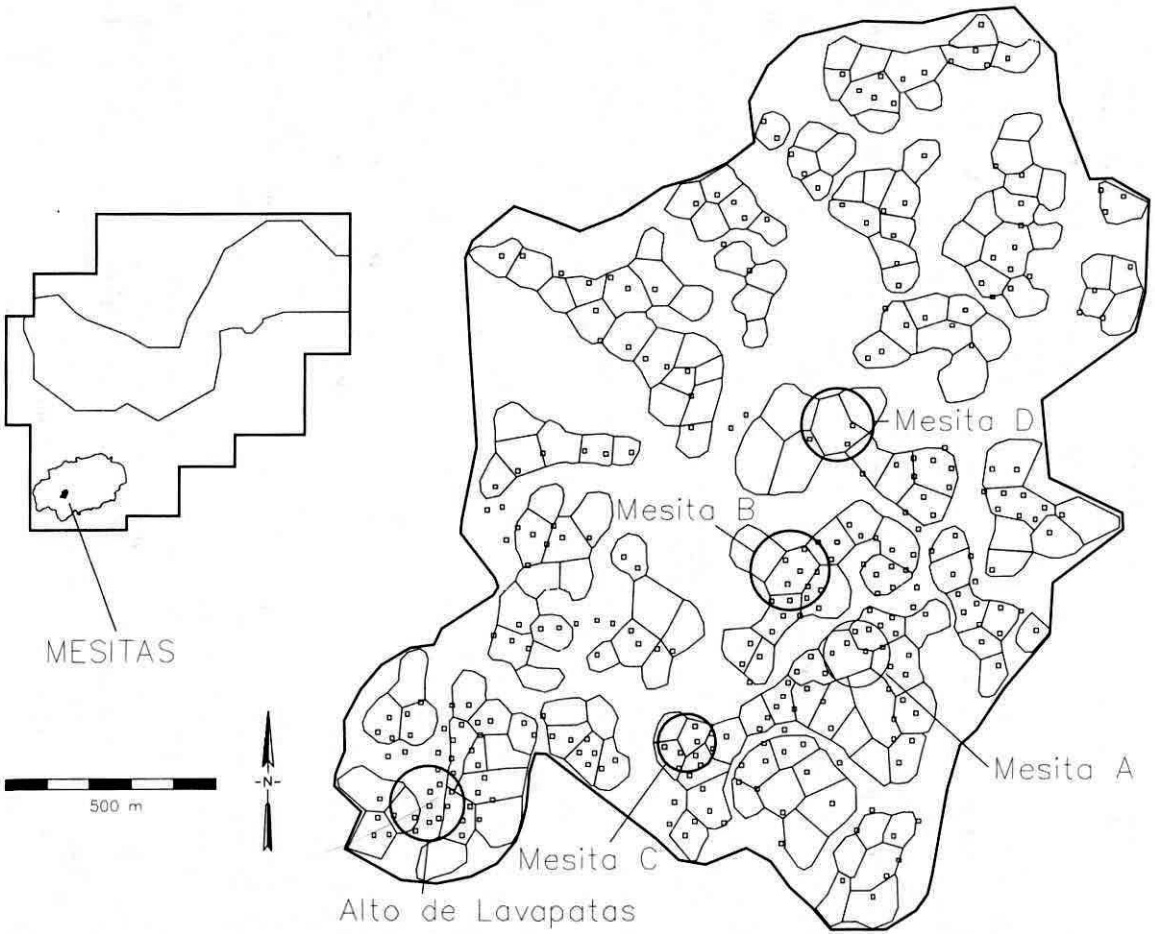
El hecho de que coincidan estas concentraciones de artefactos relacionados con el estatus y la producción artesanal en el conjunto de unidades domésticas cercano a las Mesitas A y B indica claramente la presencia de ciertas diferencias entre algunas de las familias cuyas viviendas se asociaron espacialmente con los sitios más monumentales y las otras familias de esta comunidad en el núcleo de la posible unidad política centrada en Mesitas. Algunas de estas diferencias podrían atribuirse a una diferenciación económica, pero estas diferencias, finalmente, son muy débiles. La acumulación de riqueza en manos de una elite ha sido tan difícil de demostrar en este estudio como en los anteriores en el Valle de la Plata. Si existe en el Alto Magdalena una zona donde debemos encontrar evidencias de diferentes estándares de vida entre familias de diferentes posiciones económicas durante el Clásico Regional, es en esta comunidad que rodea a los sitios más monumentales. Pero aún aquí, las diferencias económicas que se pueden detectar en el registro arqueológico son tan pequeñas que parece imposible llegar a la conclusión de que hubiera mucha acumulación de riqueza en manos de una elite económica en las sociedades del Clásico Regional.

En cuanto a la especialización de la producción artesanal, cierta cantidad de evidencias distingue el sector de las Mesitas A y B más claramente de los demás del área, sin ser una distribución exclusiva. No se pueden identificar las actividades específicas indicadas por estas clases de artefactos, ya que también están presentes en unidades domésticas de todos los sectores de la comunidad. Parece que hubo alguna concentración de la producción artesanal en la vecindad de las Mesitas A y B, pero, dada la debilidad de las evidencias de diferenciación económica, no parece factible sugerir el control de esta producción como un factor importante en el surgimiento de una elite.

Relaciones entre unidades políticas

Las supuestas unidades políticas en la zona occidental de reconocimiento en el Valle de la Plata han sido identificadas como aglutinaciones de ocupación alrededor de

Figura 56. Area del reconocimiento intensivo alrededor del centro monumental de Mesitas. Las cuadrículas pequeñas son los sondeos de 1 m por 1 m en las áreas donde el reconocimiento regional indicó la presencia de ocupación prehispánica



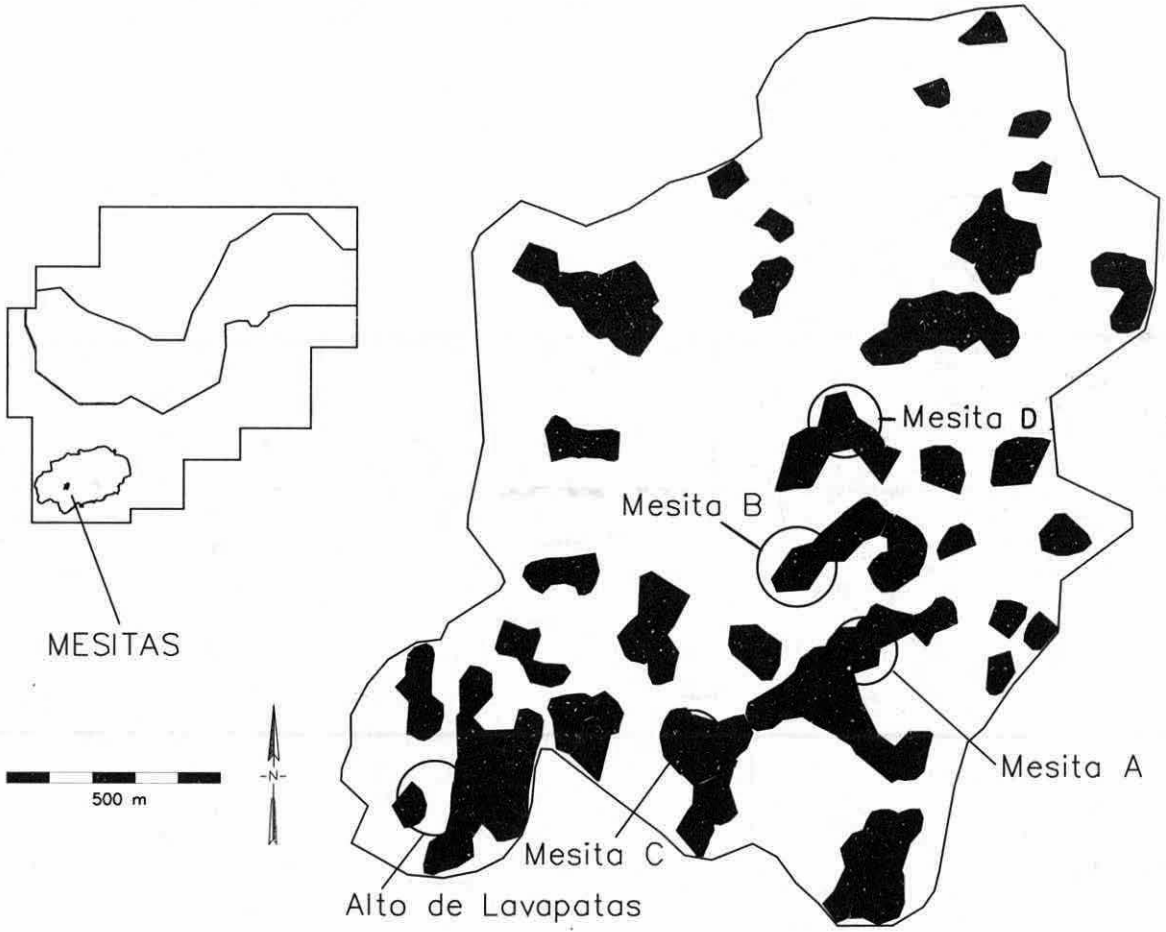
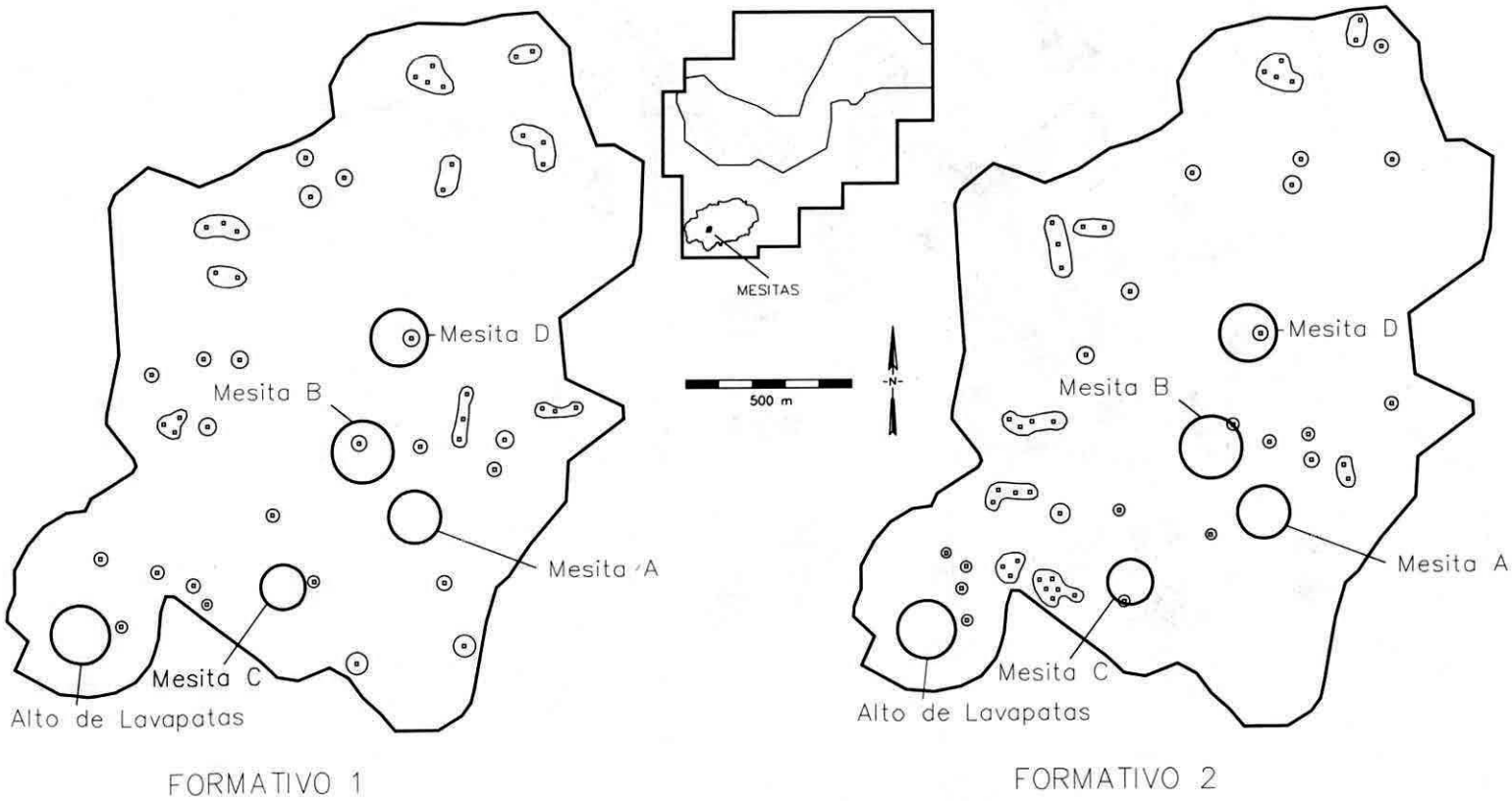
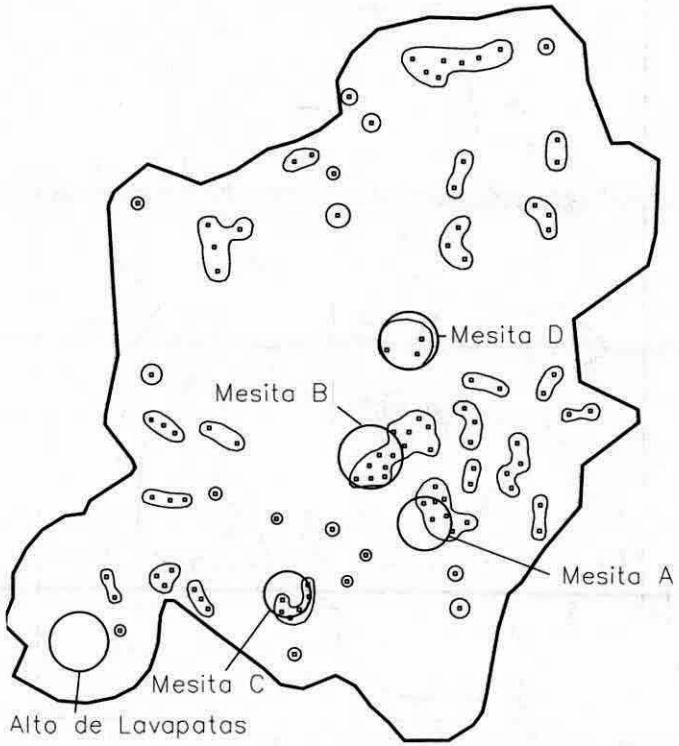


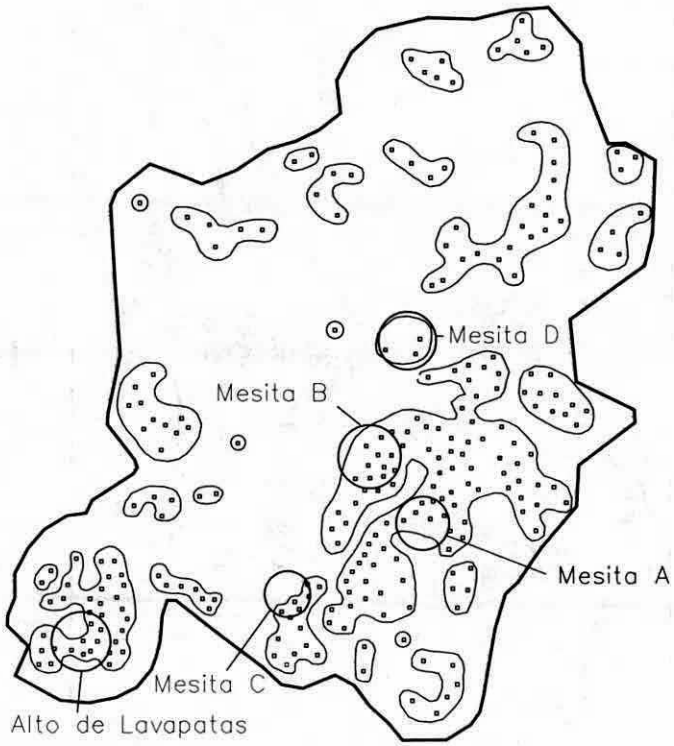
Figura 57. Área de ocupación del Formativo y Clásico Regional alrededor del centro monumental de Mesitas según los resultados del reconocimiento regional (González 1998:54)

Figura 58. Áreas de ocupación del Formativo y Clásico Regional alrededor del centro monumental de Mesitas según los resultados del reconocimiento intensivo (González 1998:57)



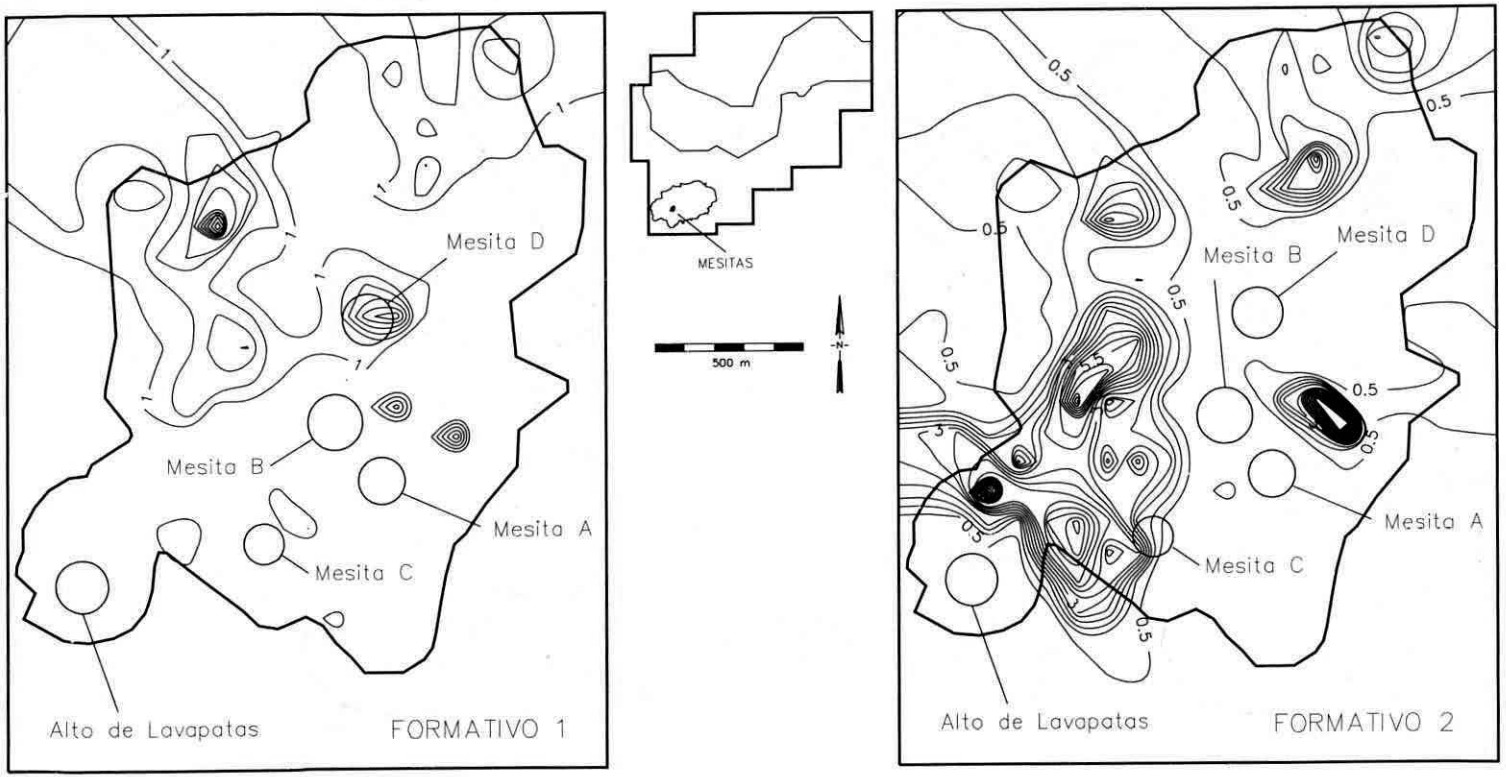


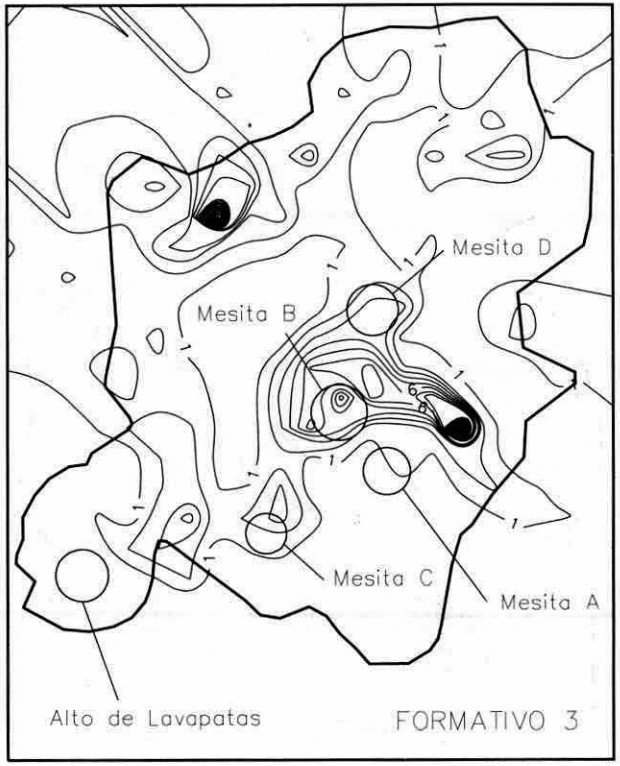
FORMATIVO 3



CLASICO REGIONAL

Figura 59. Densidad de ocupación del Formativo Clásico Regional alrededor del centro monumental de Mesitas según los resultados del reconocimiento intensivo




Mesita D
Mesita B
Mesita C
Mesita A
Alto de Lavapatas
FORMATIVO 3

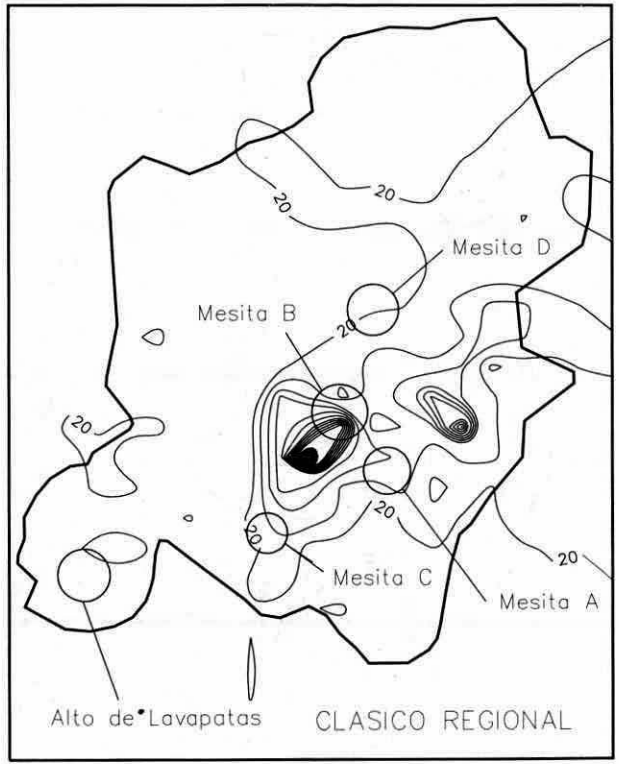
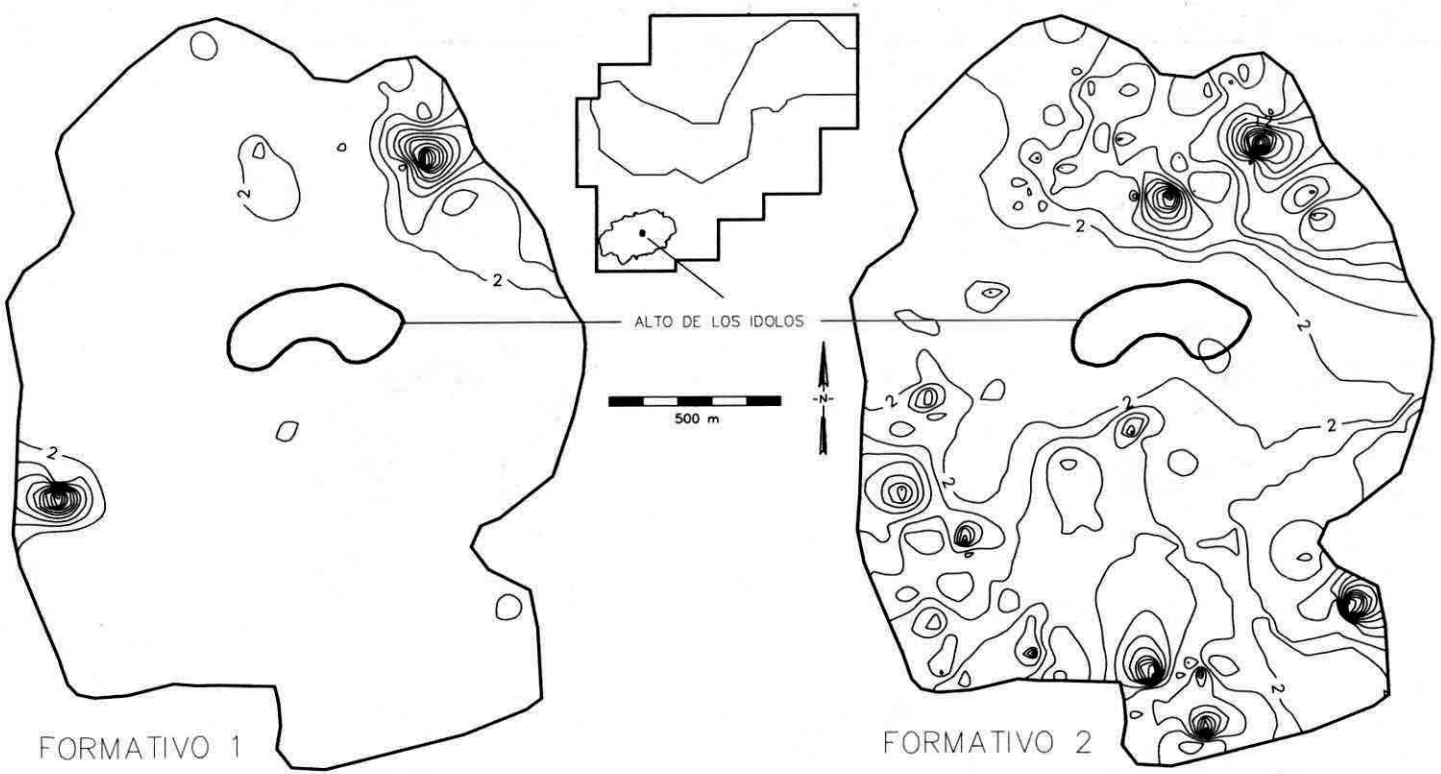

20
Mesita D
Mesita B
Mesita C
Mesita A
Alto de Lavapatas
CLASICO REGIONAL

Figura 60.Densidad de ocupación del Formativo y Clásico Regional alrededor del centro monumental del Alto de los Idolos según los resultados del reconocimiento intensivo



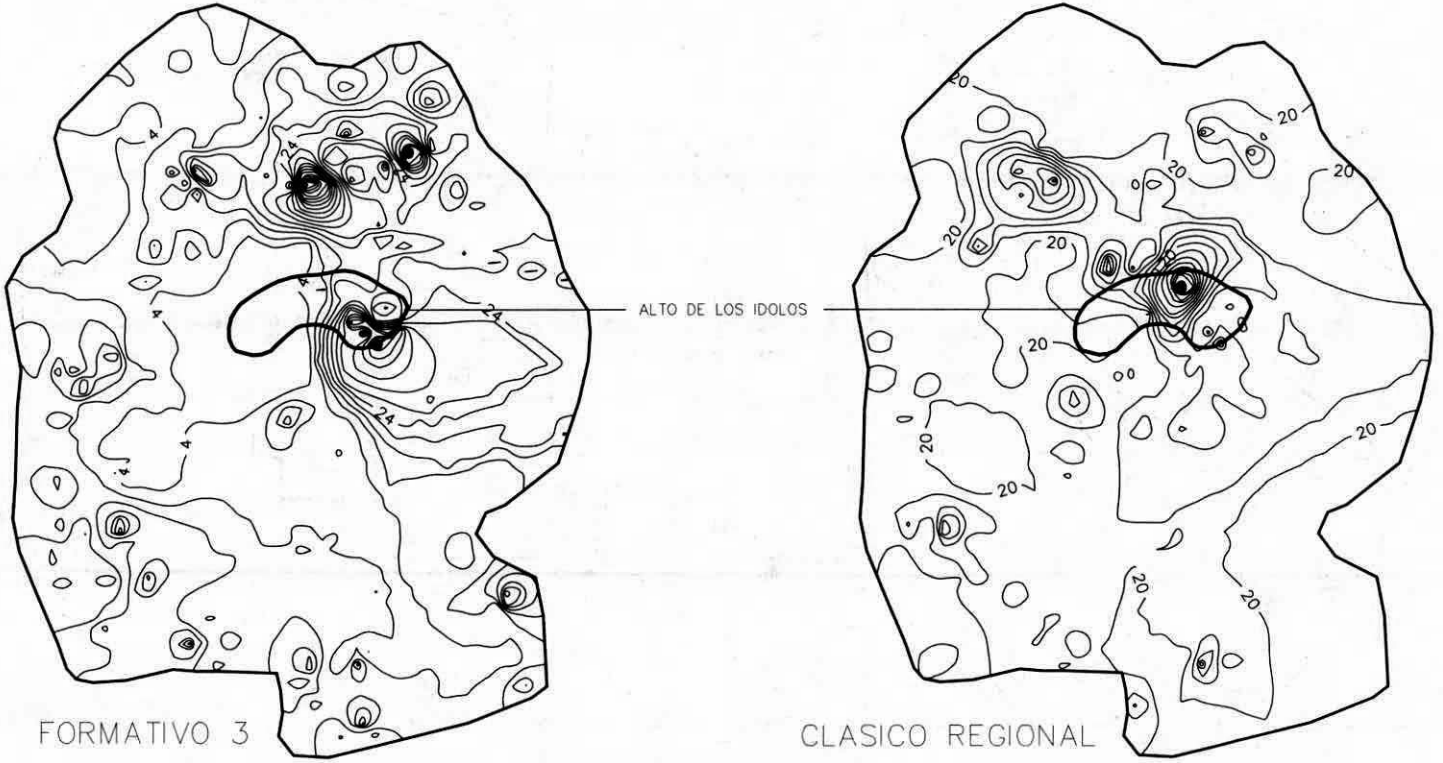
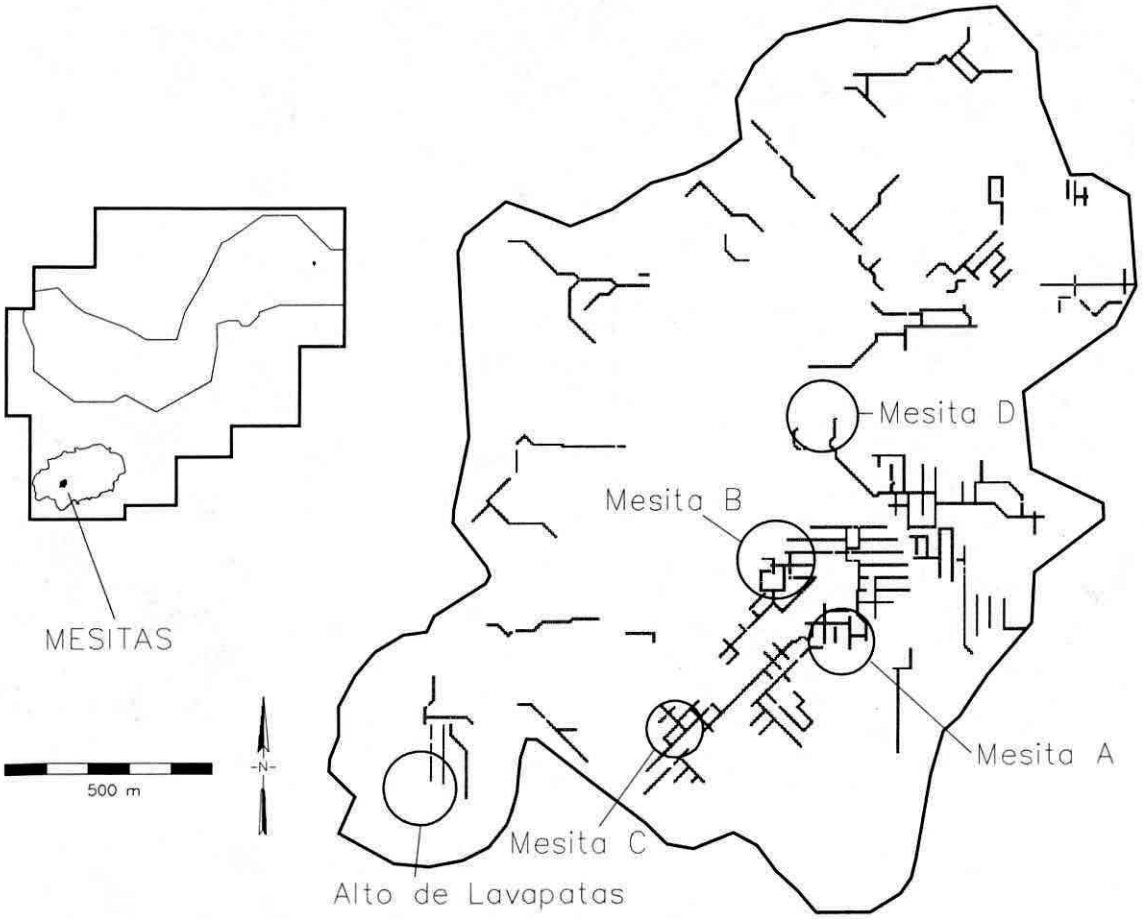

ALTO DE LOS IDOLOS
FORMATIVO 3
CLASICO REGIONAL

Figura 61. Transectos de pruebas de garlancha para ubicar unidades domésticas en la comunidad de Mesitas (González 1998:58)



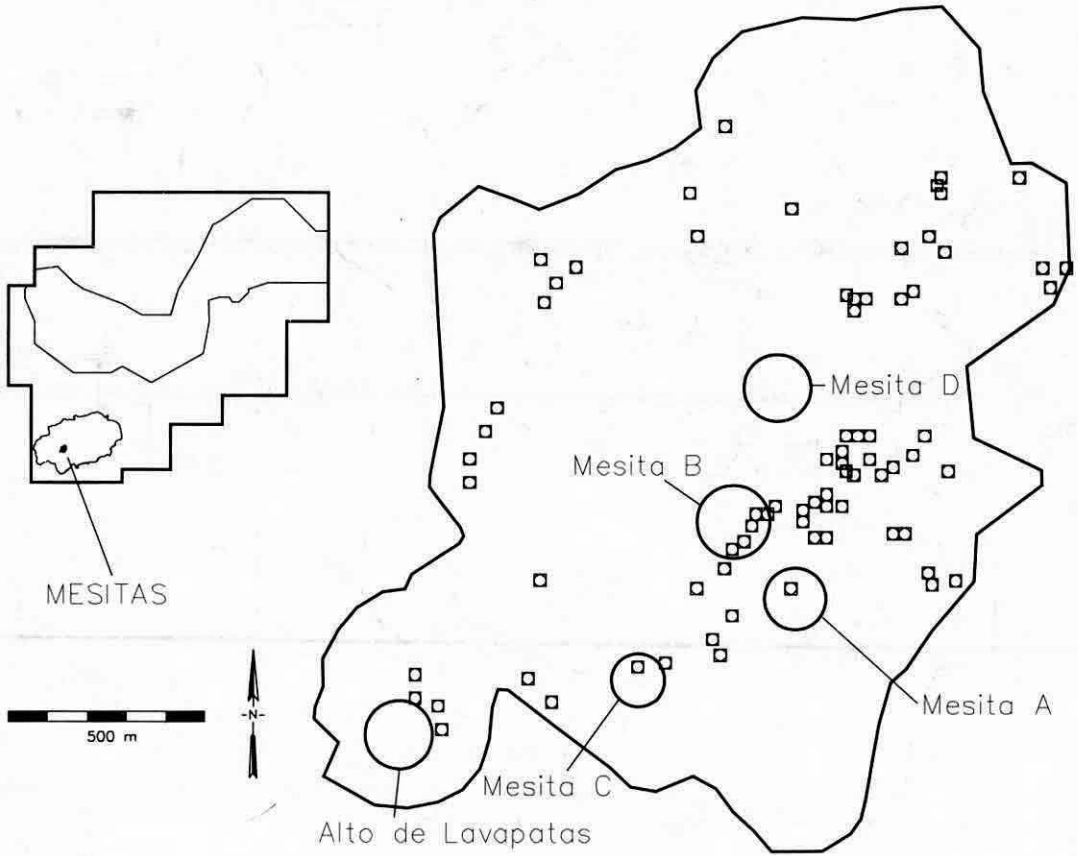
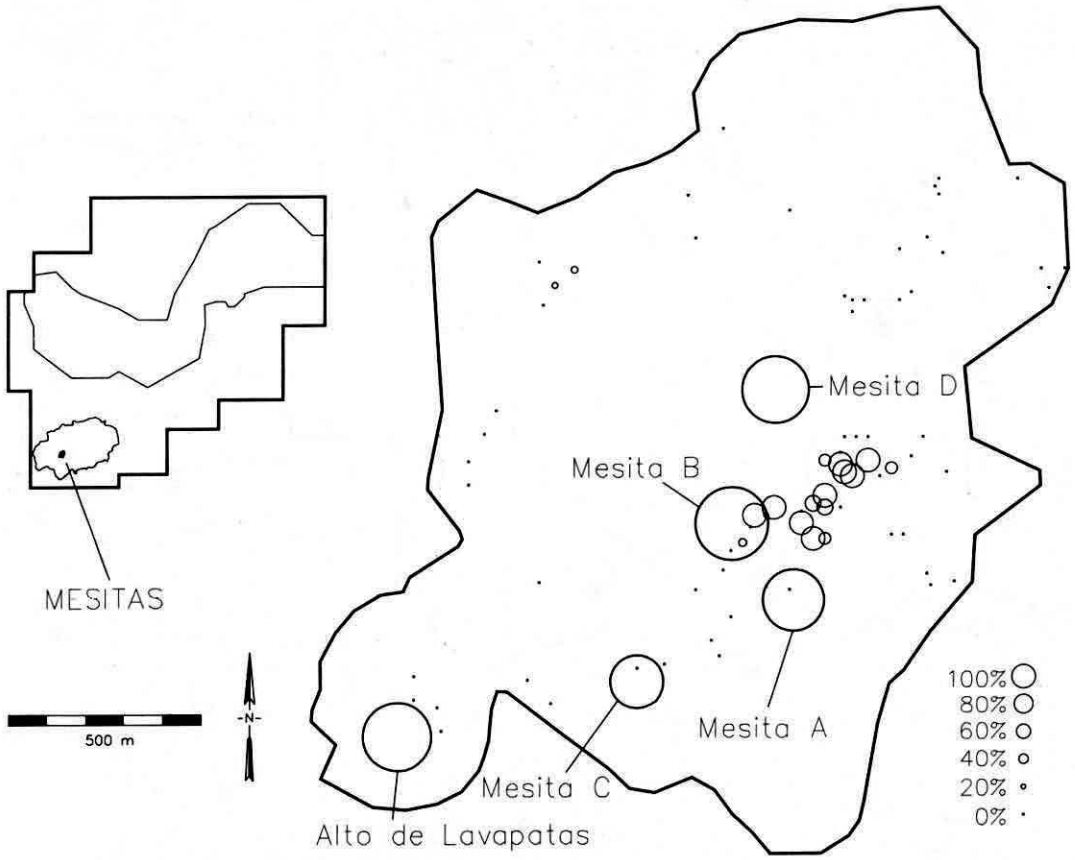


Figura 62. Las 76 unidades domésticas específicas investigadas en la comunidad de Mesitas (González 1998:60)

Figura 63. Proporciones de fragmentos de vasijas trípodes (como porcentaje de todos los fragmentos decorados) en unidades domésticas del Clásico Regional en la comunidad de Mesitas (González 1998:241)



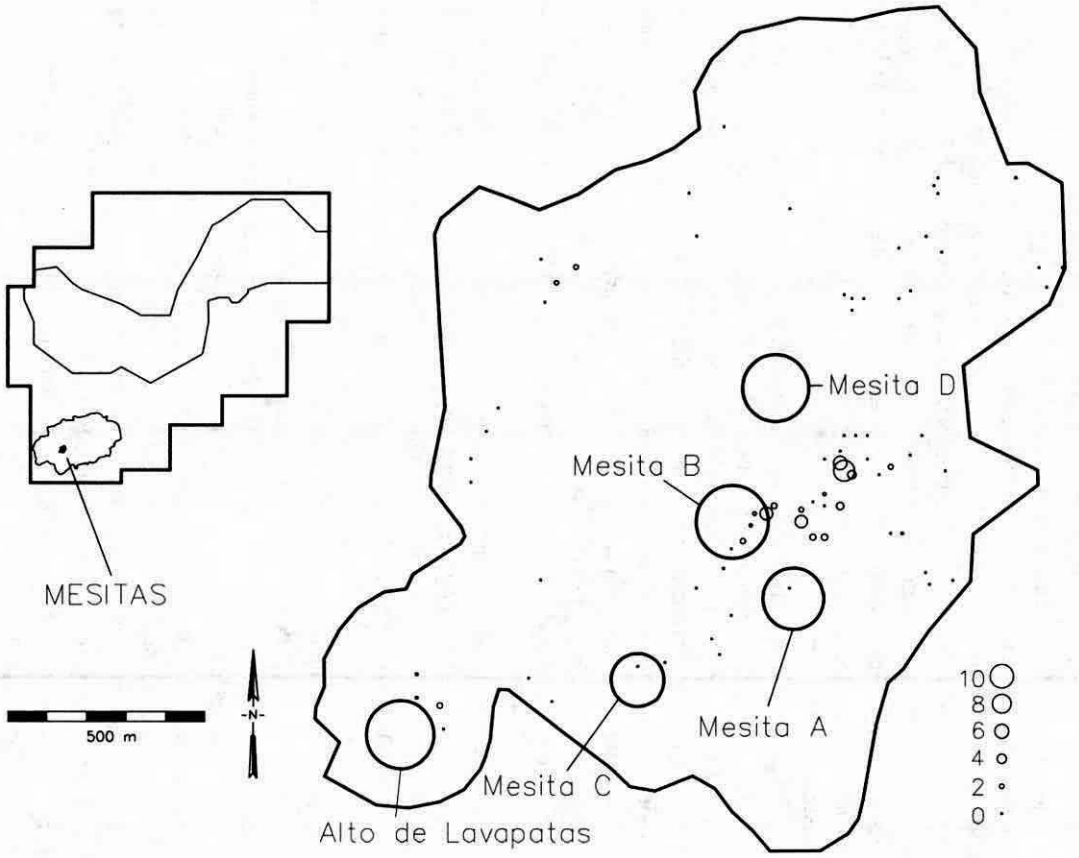


Figura 64. Densidades de obsidiana (por metro cuadrado excavado) en unidades domésticas del Clásico Regional en la comunidad de Mesitas (González 1998:214)

centros rituales y funerarios durante el Clásico Regional. Las unidades están separadas unas de otras, por zonas de ocupación mucho menos densa (Figuras 41–42). Las cuatro unidades que hemos identificado son pequeñas; no parecen variar mucho ni en términos de área territorial ni en cuanto al número aparente de habitantes. Sus centros funerarios difieren un poco más, aunque ninguno tenía más de tres o cuatro montículos o más de unas seis u ocho estatuas (por lo menos según lo que se puede averiguar sobre sitios guaqueados de donde la mayoría de las estatuas han sido removidas.)

Este conjunto de evidencias del Valle de la Plata nos sugiere unidades independientes, tal vez con cierta competencia entre ellas, sin que parezca haber llegado al punto de hostilidades que obligaran a los habitantes a ubicar sus asentamientos en lugares especialmente defendibles ni a vivir en comunidades nucleadas para la defensa. Aún en los centros de las concentraciones de ocupación, la densidad de viviendas fue baja y había mucho espacio abierto. Ninguna de las unidades es suficientemente más grande que otra como para indicar otro nivel de jerarquía regional. Es decir, no parece que ninguna de las cuatro subordinara a otra.

La zona de San Agustín-Isnos, tiene obviamente centros rituales con mayor número de estatuas y de monumentos funerarios, tales como el complejo Mesitas y el Alto de los Idolos. En el sentido de culturas arqueológicas, Mesitas y el Alto de los Idolos representan la expresión máxima de la "cultura agustiniana". Pero la perspectiva de culturas arqueológicas no corresponde necesariamente a la organización política o económica. Sería muy fácil asumir la existencia de una relación de centro-periferia entre Mesitas o Alto de los Idolos y las unidades políticas del Valle de la Plata. Blick (1998:71), por ejemplo, ha hablado de "unidades políticas más pequeñas [en el Valle de la Plata] en las márgenes de sistemas más grandes."

Hasta muy recientemente no se sabía nada de la distribución de ocupación en estos supuestos sistemas más grandes. Ahora, con los resultados iniciales del reconocimiento San Agustín-Isnos, se aprecia muy tentativamente cierta concentración de población regional alrededor de Mesitas (Figuras 51–52). Si se definiera esta aglutinación de ocupación completa como la unidad política de Mesitas, tendría un territorio muy semejante a los territorios de las unidades políticas definidas en el Valle de la Plata. La ocupación parece ser más densa alrededor de Mesitas que en el Valle de la Plata, pues en términos de número de habitantes la unidad de Mesitas podría ser mayor, pero no por un gran margen.

En el Valle de la Plata, la clara separación entre aglutinaciones de población por zonas de ocupación mucho menos densa no sólo facilita su delineación, sino que también sugiere su independencia política. Tal separación no se encuentra generalmente entre los "distritos" de un sistema político integrado. Más bien sugiere independencia y, tal vez, competencia. En el mapa preliminar de ocupación del Clásico Regional en la zona San Agustín-Isnos (Figura 51), las zonas de separación no son tan obvias entre posibles concentraciones de ocupación.

El patrón de relaciones entre centros rituales y sus posibles unidades políticas se complica aún más en la zona San Agustín-Isnos por el gran número de sitios con, al menos, algunas estatuas. Puede tratarse de una jerarquía religiosa-política con varios niveles, encabezada por Mesitas (o de dos encabezadas por Mesitas y Alto de los Idolos). O puede tratarse simplemente de una persistencia en la construcción de monumentos funerarios durante un período más largo en la zona San Agustín-Isnos teniendo como resulta-

do la acumulación de más monumentos en más sitios. Aunque los centros monumentales del Valle de la Plata pertenecen al mismo período Clásico Regional, no se puede comprobar con las evidencias disponibles en este momento que fueran utilizados durante *todo* el período. Además la mayoría de los modelos acerca de relaciones jerárquicas entre sitios y territorios que se manejan actualmente en la arqueología dependen del supuesto de un componente económico fuerte en las relaciones entre unidades—precisamente el componente que parece muy débil en las tendencias centralizadoras del Alto Magdalena. Queda para el futuro la resolución de estas inquietudes. Ayudaría poder fechar con mayor precisión las construcciones en los distintos centros, tanto como entender mejor el carácter de la organización social y política de las comunidades que las construyeron.

7. Transformaciones: El Formativo y el Reciente

En todo lo anterior, hemos enfocado la atención especialmente hacia el Clásico Regional, considerando varios aspectos de la reconstrucción sincrónica de las sociedades de dicho período. Sin embargo, nuestras investigaciones han proporcionado información también acerca de los períodos anteriores y posteriores, y la consideración de estos períodos es fundamental para la comprensión de las sociedades del Clásico Regional. Obviamente, si se pretende investigar la dinámica social, política, económica, y cultural que produjo las sociedades del Clásico Regional se tiene que tomar en cuenta toda la trayectoria del Formativo. Los cambios que se verificaron al final del Clásico Regional e inicios del Reciente son igualmente de interés.

Los antecedentes formativos del Clásico Regional

Como se notó en el Capítulo 4, la ocupación sedentaria se estableció en la zona occidental del Valle de la Plata alrededor de 1000 a.C., con una población muy pequeña pero creciente desde el comienzo. La tasa de crecimiento disminuyó durante los últimos siglos a.C., pero las evidencias de los primeros siglos d.C. (cuando comienza el Clásico Regional) atestiguan un crecimiento demográfico regional muy fuerte (Tabla 3). En las zonas central y oriental del Valle de la Plata, la población del Formativo 1 y 2 es casi nula, pero empieza a crecer en los últimos siglos a.C., y crece más aún a principios del Clásico Regional. El análisis demográfico de los datos del reconocimiento de la zona San Agustín-Isnos apenas se inicia, pero las indicaciones muy preliminares sugieren un patrón semejante al del Valle de la Plata para el Formativo y Clásico Regional.

Las raíces de la organización centralizada del Clásico se ven claramente en los patrones de asentamiento del Formativo. Las concentraciones de población, por ejemplo, que hemos interpretado como comunidades o unidades políticas durante el Clásico Regional en la zona occidental de reconocimiento en el Valle de la Plata se notan desde por lo menos mediados del Formativo (Figura 65). No sobra enfatizar que las diferencias entre períodos que se ven en la Figura 65 no se deben al crecimiento de la población; representan únicamente el cambio en su tendencia a concentrarse en ciertas partes de la zona, período por período. Es decir, una población de cualquier tamaño cuya distribución correspondiera perfectamente con las variables ambientales, aparecería en la Figura 65 como una superficie plana. Durante el Formativo 1, entonces, la población pequeña de la zona manifiesta una distribución poco diferente a la que se esperaría, dada la distribución de recursos agrícolas. Existieron algunas pequeñas concentraciones con una correspondencia muy aproximada a algunas de las concentraciones del Clásico Regional, pero la tendencia que tenía la ocupación a

aglutinarse era muy débil. Esta tendencia es más fuerte en el Formativo 2 y 3, aunque las ubicaciones de las concentraciones han cambiado en algunos casos.

Durante el Clásico Regional las concentraciones de población son muy marcadas. Es más, en el Clásico Regional aparecen no sólo las concentraciones con densidades de área ocupada muy elevadas, sino también unas áreas que separan las concentraciones con densidades muy bajas, comparadas con la densidad promedio. Este incremento en el aislamiento espacial de las concentraciones nos sugiere que las comunidades o unidades políticas que representan no eran unidades constituyentes de ninguna entidad política más grande, sino unidades independientes y posiblemente con cierta competencia entre ellas, empezando en el Clásico Regional. Una vez que se haya completado el análisis de los datos del reconocimiento recién concluido en la zona de San Agustín-Isnos se sabrá, si es que tal situación caracteriza solamente al Valle de la Plata o también a la otra zona

La presencia de zonas de ocupación menos densa que separan más marcadamente que antes las concentraciones de ocupación indica una subexplotación de algunos suelos de muy buena calidad simplemente porque se ubican entre las aparentes unidades políticas, cuyos centros atraían a la mayoría de los habitantes. Esta subutilización no es consistente con la idea de presión demográfica regional. Toda la evidencia sugiere la presencia de buena cantidad de terreno cultivable, aún en los sectores con las ocupaciones más concentradas. El patrón sigue siendo de asentamientos muy dispersos con áreas de cultivos entre las unidades domésticas. Hasta el sector central de la comunidad de Mesitas—tal vez el área de ocupación más concentrada en todas las zonas de reconocimiento en el Alto Magdalena—tenía alta capacidad productiva durante el Clásico Regional. Podía abastecer a sus habitantes de alimentos sin necesidad de recurrir a la productividad de la zona más rural circundante, o con muy poca dependencia en esta zona (González, 1998:253).

Estas conclusiones son muy consistentes con las evidencias palinológicas del Valle de la Plata, que demuestran la presencia de zonas de bosque no talado durante el Clásico Regional (Drennan, Herrera, y Piñeros 1989). A pesar del fuerte crecimiento de población al principio del Clásico Regional, parece que la población no se acercaba a la capacidad productiva de la región. Aunque la cristalización de las unidades políticas centralizadas del Clásico Regional ocurrió en condiciones de crecimiento demográfico, no podemos atribuirla a los efectos de presión demográfica regional, ya que esta última no existió.

Las bases de las sociedades del Clásico Regional en el Alto Magdalena parecen bien cimentadas durante el Formativo, con una tendencia, aunque relativamente débil, hacia la aglutinación de la ocupación, y con la centralización de organización que ésta sugiere. Algunas fechas de radiocarbono correspondientes a los últimos siglos a.C., sugieren la utilización de los sitios monumentales del Clásico Regional y también posiblemente los inicios de la construcción de tales tumbas durante el Formativo (Drennan 1993a:87–101). Existe una continuidad muy clara entre el Formativo y el Clásico Regional en el Alto Magdalena. Es igualmente claro que durante los primeros siglos d.C., se produjeron grandes cambios, con un fuerte crecimiento de la población y una gran intensificación de las débiles tendencias anteriores hacia la centralización.

En los capítulos anteriores hemos descrito varios estudios llevados a cabo con el objetivo de investigar los aspectos económicos de las sociedades del Clásico Regional. Todas las conclusiones a las que se llegaron son muy consistentes. No se encuentra ningún indicio de control de los recursos agrícolas más productivos en manos de una elite (Drennan

y Quattrin 1995a, 1995b). Las evidencias de producción y consumo de productos agrícolas indican un sistema de distribución cuya escala es muy local. Tampoco proporcionan la más mínima sugerencia de la presencia de una economía vertical ni microvertical (Quattrin 2000). La organización de la producción y distribución de la cerámica parece muy descentralizada durante el Formativo. La escala de la producción aumenta en el Clásico Regional (como es de esperar con una población más grande y más centralizada) pero su organización sigue siendo muy descentralizada (Taft 1993). Aunque es posible distinguir cierta diferenciación económica entre unidades domésticas durante el Clásico Regional, es una diferenciación extremadamente débil y no representa gran cambio entre el Formativo y el Clásico Regional (Blick 1993; Jaramillo 1996; González 1998). Aunque existe una asociación entre posibles elites y algunas actividades especializadas en la comunidad de Mesitas durante el Clásico Regional, el grado de especialización es bajo, la asociación no es exclusiva y la situación no es muy diferente a la del Formativo (González 1998). A pesar de su elaboración arquitectónica y escultórica, las tumbas de los personajes más importantes del Clásico Regional no reflejan mucha riqueza personal (Drennan 1995b).

Toda esta evidencia nos lleva a la conclusión de que la diferenciación social que se ve claramente en las prácticas funerarias del Clásico Regional no tiene muchas implicaciones económicas. No se trata del surgimiento de una elite que concentrara poder económico ni riqueza, sino de una elite cuya importancia e influencia se miden en términos de prestigio y probablemente de poder espiritual. Es el aumento en la monumentalidad de la expresión ritual de la importancia de ciertos personajes que se asocia cronológicamente con la intensificación de las aglutinaciones de ocupación que demuestran a nivel de patrones de asentamiento las fuerzas centrípetas de la organización social. Las estatuas y montículos funerarios pueden aparecer por primera vez durante la última parte del Formativo, pero la gran mayoría pertenecen al Clásico Regional. El reconocimiento intensivo en los alrededores de Mesitas indica que la ocupación empieza a orientarse hacia las áreas con monumentos hacia finales del Formativo, y es durante el Clásico Regional que esta orientación se consolida. En cuanto al Alto de los Idolos, la ocupación local no parece tener una orientación hacía la ubicación de los monumentos sino hasta el Clásico Regional.

La dinámica del liderazgo de estas sociedades tiene que haberse ubicado más en el ámbito religioso que en el control económico. Los personajes enterrados en los montículos funerarios podrían haber sido tanto chamanes como caciques. Parece por lo menos, que el papel que desempeñaron los líderes de estas sociedades no incluía el aspecto de control económico que tienen los líderes de varias sociedades que han sido clasificadas como cacicazgos. Sin embargo, las prácticas funerarias y la centralización de población alrededor de los centros rituales sugieren un aspecto político que no está presente en el concepto de chamán. Parece más una cuestión de legitimación religiosa de una organización política por medio de la participación de la gente en una serie de rituales, siendo los más visibles, arqueológicamente, los entierros de los líderes recién muertos. En este sentido, los entierros reflejan la importancia del personaje muerto, pero obviamente son realizados por los que lo sobrevivieron. Su elaboración y monumentalidad puede deberse a su importancia en el mantenimiento de la continuidad de la organización sociopolítica (Drennan 1995b).

Desarrollo subsecuente: El reciente

La organización sociopolítica del Alto Magdalena no dejó de cambiar una vez que se establecieron los patrones del Clásico Regional. La transición del Clásico al Reciente alrededor de 900 d.C. es complicada, y todavía existen vacíos importantes en cuanto a la cronología del período Reciente (Drennan 1993a:84–88). No obstante, se puede rechazar definitivamente la idea de un colapso de la sociedad centralizada al final del Clásico Regional. Es cierto que la costumbre de enterrar a personajes importantes en montículos asociados a estatuaria no persiste en el período Reciente. Sin embargo la población no disminuye; crece en las zonas occidental y oriental del Valle de la Plata y en la zona San Agustín-Isnos, aunque disminuye en la pequeña zona central del Valle de la Plata. El aumento demográfico general es fuerte, aunque no tanto como a principios del Clásico.

Aún más interesante es que las aglutinaciones de ocupación en la zona occidental del Valle de la Plata persisten aproximadamente donde se encontraron durante el Clásico Regional. Esta tendencia centralizadora se ve en forma todavía más intensa en el período Reciente (Figura 66). El análisis de los datos proporcionados por el reconocimiento regional en la zona de San Agustín-Isnos no ha avanzado suficientemente como para permitir tales comparaciones entre períodos para esta zona. Sin embargo, es claro que las fuerzas centralizadoras no desaparecieron de la organización social en el Alto Magdalena durante el período Reciente. Parece que en lugar de desaparecer, estas fuerzas se intensificaron.

La continuidad de las comunidades centralizadas del Clásico Regional desmiente no sólo la idea de algún colapso de organización sino también la de una desaparición del "pueblo escultor", como a veces la gente del Clásico Regional ha sido denominada. Los descendientes de la gente del Clásico Regional continuaron viviendo en la región (en las mismas comunidades) que se volvieron cada vez más centralizadas. Dejaron de enterrar a los personajes importantes en tumbas que permanecieran en el paisaje en forma monumental con estatuas. Dada la persistencia de las aglutinaciones de población, es poco probable que estas sociedades del Reciente carecieran de personajes cuya importancia mereciera tal tratamiento, pero es claro que su importancia no encontró la misma forma de expresarse como lo hizo en el Clásico Regional.

Si es que las fuerzas centralizadoras durante el Clásico Regional se derivaron principalmente de las creencias religiosas reforzadas en las actividades rituales, estos primeros cacicazgos del Alto Magdalena conforman un ejemplo de lo que Earle (1997) ha descrito como cacicazgos en los que las estrategias de los elites se realizan por medio de un control religioso o ideológico. La posibilidad de que el liderazgo de las sociedades del Reciente se basara menos en las creencias religiosas y que tuviera un aspecto económico más fuerte ha sido planteado como hipótesis (Drennan 1995b:101–103). Earle (1997) ha argumentado que el desarrollo máximo de un cacicazgo depende del éxito que tenga el cacique en establecer un control eficaz sobre la producción local de elementos necesarios para la supervivencia de la población. Desde la perspectiva de Earle, entonces, los cacicazgos del Clásico Regional, así como los hemos reconstruido aquí, serían de cierta manera "subdesarrollados". Si los líderes del Reciente lograron establecer más control económico estarían en capacidad de aumentar y extender su poder. El mayor grado de centralización que vemos en los patrones de asentamiento podría reflejar este proce-

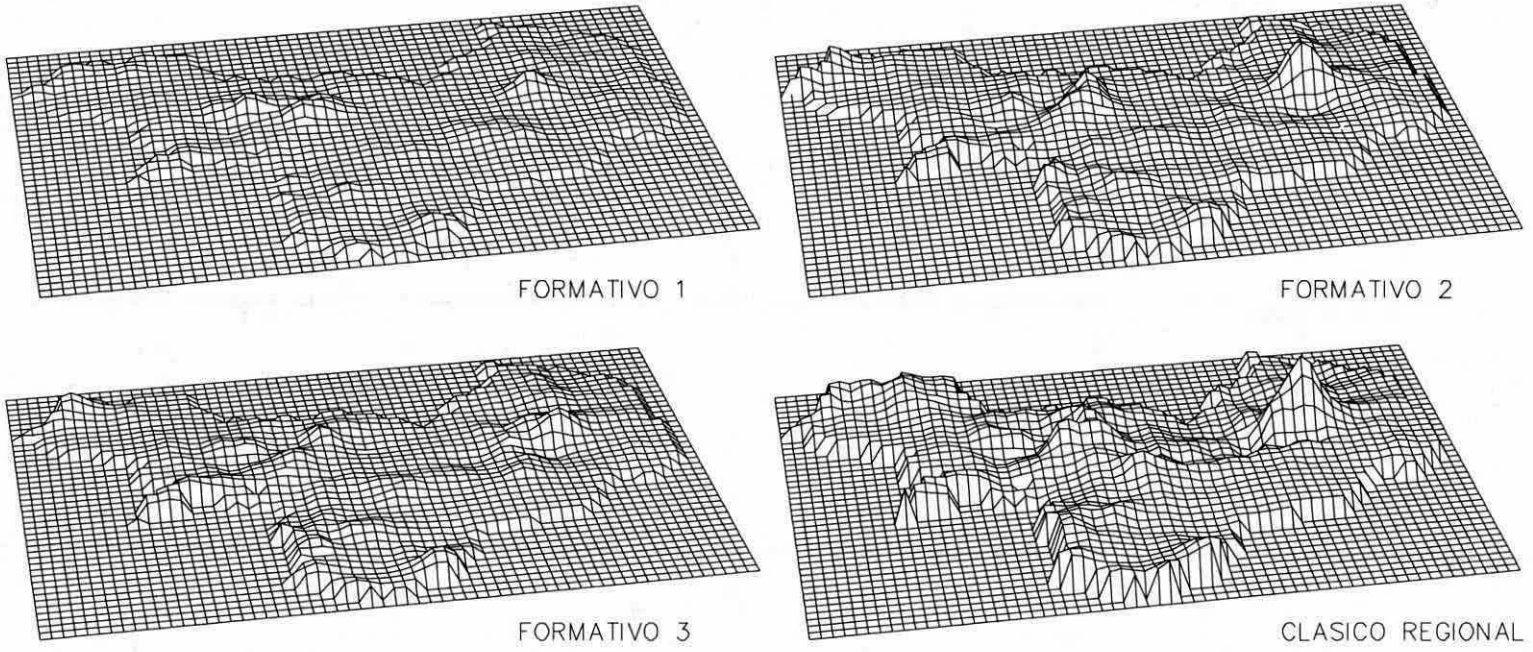


Figura 65. Distribución de ocupación en la zona occidental de reconocimiento en el Valle de la Plata durante el Formativo y Clásico Regional

so, aunque el cambio que vemos no es muy grande comparado, por ejemplo, con el cambio que se verifica a principios del Clásico Regional.

En lugar de continuar la elaboración de esta lógica, cabe enfatizar que la sugerencia de que existió más control económico en manos de la elite en el Reciente no es más que eso—una sugerencia hipotética. La sugerencia es consistente con algunos hechos arqueológicos. Por ejemplo, esta sugerencia nos ayuda a entender porqué, al final del Clásico Regional, la gente de la región dejó de enterrar personajes de gran importancia en tumbas monumentales. No fue porque su organización social no produjo personas de tanta importancia o poder. No fue porque desapareció la organización jerárquica de la región. Pudo ser porque los líderes del Reciente dependían menos de la legitimación religiosa (con sus necesidades interminables de reafirmación ritual) y más en un control económico que no se expresa en forma de monumentos religiosos.

En cuanto a posibles bases de control económico, la distribución de ocupación en la zona occidental de reconocimiento en el Valle de la Plata durante el Reciente no indica más control de los recursos agrícolas de mayor productividad, pero la organización de la producción y distribución de la cerámica sí parece más centralizada, posiblemente una indicación de un aumento del control en las manos de las elites (Taft 1993). En un sector de la zona de reconocimiento de San Agustín-Isnos se ha empezado a investigar un área que demuestra una gran concentración de evidencias de prácticas intensivas para mejorar la productividad agrícola (Sánchez 2000). En la vereda La Marquesa (Figura 67), se realizaron obras tales como la excavación de canales para mejorar las características de drenaje de los suelos (Figura 68). Tales obras de intensificación de la agricultura han sido interpretadas como medios que facilitan el control sobre la producción y que permiten la consolidación de una diferenciación económica en muchas partes del mundo. La evidencia de Sánchez indica que estas obras se realizaron a finales del Clásico Regional o a principios del período Reciente. Parecen esfuerzos para mantener un alto nivel de producción frente a un aumento de precipitación y un descenso de temperatura, los cuales han sido documentados para esta época de transición en el Valle de la Plata (Herrera, Drennan, y Uribe, eds., 1989). Aunque se encuentran canales de drenaje semejantes en varios sectores del Alto Magdalena, parecen estar muy concentrados en la vereda de La Marquesa en una zona de suelos muy pesados para trabajar y de muy baja fertilidad. Por lo menos en esta comunidad parece que el Período Reciente podría demostrar algunas de las evidencias de actividades económicas que se prestan como base para una desigualdad económica del tipo que no es evidente durante el Clásico Regional, a pesar de toda una serie de intentos de buscar evidencias arqueológicas.

Si la posición de las elites del Reciente dependiese de un control sobre aspectos de la producción económica básica, deberíamos poder encontrar las evidencias de diferenciación económica durante el Reciente que no hemos podido encontrar para el Clásico Regional. En este momento no existe mucha información relevante para el Reciente. Una observación que vale la pena mencionar es que buena parte de la muestra de estructuras de vivienda que aparecen en la Tabla 1 es del Reciente, y una de estas estructuras es mucho más grande que las demás. Una de las interpretaciones sugeridas por Duque Gómez y Cubillos (1981:25–26) es que, por su tamaño, esta casa puede representar la residencia de un cacique. Si la casa del cacique se destacara por su tamaño, podría servir como evidencia de que la jerarquía sociopolítica del Reciente tenía implicaciones económicas que no tenía

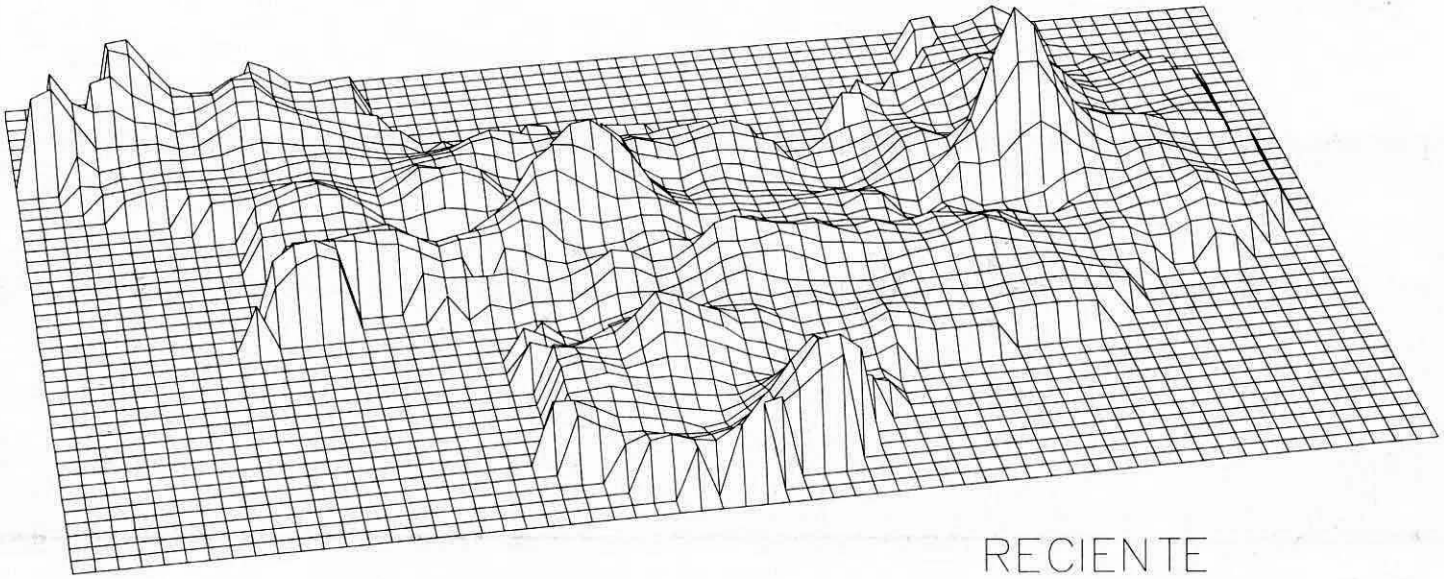


Figura 66. Distribución de ocupación en la zona occidental de reconocimiento en el Valle de la Plata durante el período Reciente

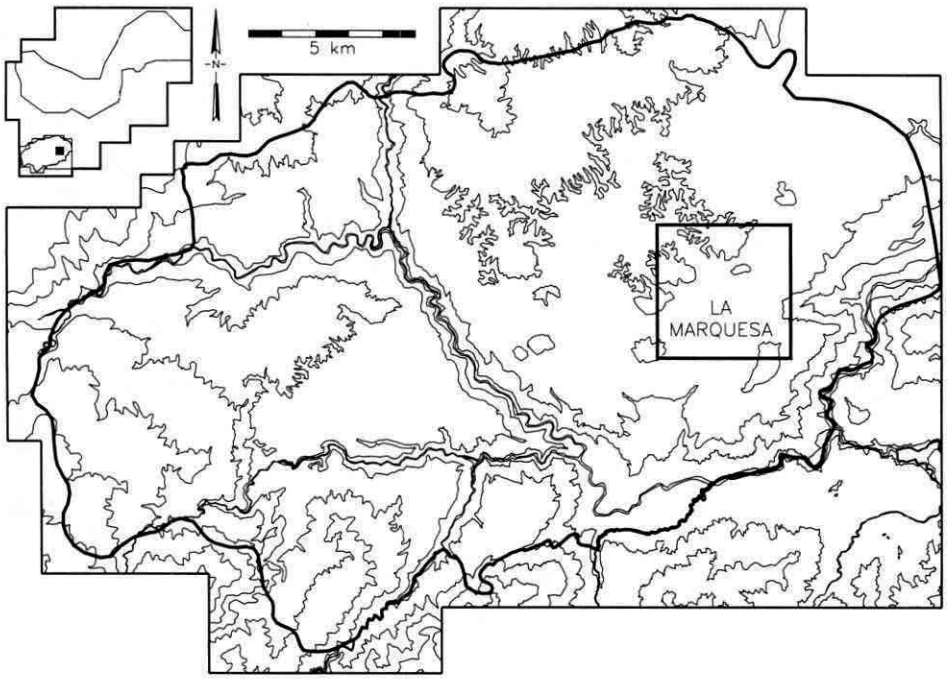


Figura 67. Ubicación del área de obras de agricultura intensificada en la vereda La Marquesa en la zona de reconocimiento San Agustín-Isnos

en el Clásico Regional. Sería muy interesante analizar los conjuntos de artefactos asociados con esta estructura, y con viviendas de tamaño normal para el Reciente, en busca de otras características que podrían relacionarse con la diferenciación económica.

La sugerencia de que durante el Reciente se desarrolló un mayor grado de control económico y que se cambió así la base de diferenciación social no carece totalmente de fundamento empírico. Sin embargo, es importante subrayar que la planteamos no como conclusión a nuestras investigaciones, sino como hipótesis que merece más investigación mediante algunos de los métodos cuya aplicación al Clásico Regional ha sido el sujeto de los capítulos anteriores.

Antes de la Conquista Española

La transición entre el Clásico Regional y el Reciente no parece representar la última época de grandes transformaciones autóctonas en el Alto Magdalena. La cerámica por medio de la cual se reconoce el período Reciente más que todo consiste en el tipo Barranquilla Crema (Figura 3), pero existen dos otros tipos también: Mirador Rojo Pesado y California Gris Pesado. La posición estratigráfica de los dos es superior a la de Barranquilla Crema. No existen fechas de radiocarbono asociadas a estos tipos, pero es claro que pertenecen solamente a la última parte del Reciente—tal vez el último siglo o dos antes de la llegada de los españoles (Drennan 1993a). Estos dos tipos cerámicos muy tardíos tienen

Figura 68. Huellas de canales de drenaje del período Reciente en la vereda La Marquesa. Se aprecian dos canales que han sido cortados por el camino moderno que cruza de izquierda a derecha.

relaciones estrechas con la cerámica de un área muy amplia, incluyendo la zona de Tierradentro. Su frecuencia entre los tiestos recuperados en el reconocimiento regional es muy baja, pero su distribución es interesante. La gran mayoría se encuentra en las zonas central y oriental del Valle de la Plata. También han sido identificados en las zonas occidental del Valle de la Plata y en San Agustín-Isnos, pero en estas zonas son aún menos frecuentes que la cerámica de la pequeña ocupación del Formativo 1.

Parece que en las zonas central y oriental del Valle de la Plata, California Gris Pesado y Mirador Rojo Pesado reemplazan a Barranquilla Crema como la cerámica común y corriente hacia finales del período Reciente. Si la relación cronológica entre estos dos tipos y Barranquilla Crema es igual en las zonas occidental del Valle de la Plata y San Agustín-Isnos, las cantidades minúsculas encontradas en el reconocimiento regional indican un abandono casi total de estas dos zonas antes del siglo XVI. Otra posible interpretación sería una gran reorientación cultural poco antes de la llegada de los españoles. Según esta interpretación el tipo Barranquilla Crema desaparecería de las zonas central y oriental del Valle de la Plata, siendo reemplazado por California Gris Pesado y Mirador Rojo Pesado hacia 1300 o 1400 d.C., mientras que la gente de las zonas occidental del Valle de la Plata y en San Agustín-Isnos continuaban utilizando el tipo Barranquilla Crema hasta el siglo XVI.

Con los datos arqueológicos disponibles en este momento no es posible escoger entre las dos posibilidades, pero las fuentes históricas más tempranas para el sur del

Departamento del Huila no indican ni poblaciones regionales muy grandes ni caciques muy poderosos. Esta situación sería consistente con la interpretación de un gran decrecimiento de población, con el enfoque demográfico a lo largo del bajo curso de los ríos Páez y Magdalena y un abandono casi total de las zonas por encima de los 1200 msnm. Estos últimos dos siglos antes de la conquista pueden presentar las transformaciones sociales más dramáticas de toda la secuencia prehispánica. Todavía no es posible ni describirlas con mucha confianza, ni mucho menos analizar las fuerzas que las produjeron, pero estas últimas pueden incluir no sólo factores sociales, políticos, y económicos internos, sino también grandes desplazamientos de poblaciones. Este período corto al final de la secuencia prehispánica conforma uno de los vacíos más grandes y fascinantes en nuestros conocimientos.

8. El Alto Magdalena y otras regiones

A la escala de análisis más grande, se trata de situar el Alto Magdalena en un contexto todavía más amplio que el de la región. El análisis a esta escala tiene dos aspectos muy diferentes. Por un lado, se enfoca la atención en las regiones vecinas con las cuales la población del Alto Magdalena seguramente estaba en contacto directo tanto como en las regiones más lejanas con las cuales los contactos directos o indirectos eran posibles pero no necesariamente establecidos con certeza. Por otro lado, la atención no se dirige hacia contactos o relaciones, sino hacia comparaciones entre las características de las sociedades del Alto Magdalena y las de otras regiones. No se trata necesariamente de contactos—más bien se busca cierta independencia o ausencia de contactos para realizar muchas de las comparaciones más interesantes.

Contactos interregionales

Difusión

Desde una perspectiva teórica difusionista, se han tratado de comprender los procesos de desarrollo de las sociedades del Clásico Regional en el Alto Magdalena atribuyéndolas a relaciones con otras regiones. Reichel-Dolmatoff (1965:84; 1972:140) y Duque Gómez (1964:461–502; 1971:97–106), por ejemplo, han sugerido orígenes mesoamericanos tanto como relaciones importantes con los Andes centrales y la cuenca amazónica en el momento de la formación de la cultura "Formativa". Parece mucho más probable que los elementos compartidos en la iconografía de Mesoamérica, Centroamérica, el norte de Sudamérica, los Andes centrales, y Amazonía se deben a un complejo de creencias, de una antigüedad tremenda, entre las cuales se encuentran el chamanismo y transformaciones chamánicas, vuelos mágicos, relaciones especiales entre distintos animales y seres humanos y otras (ver, por ejemplo, Furst 1968; Reichel-Dolmatoff 1972:138; Bruhns 1982). Elementos iconográficos relacionados con estos temas se encuentran en el arte de buena parte de esta región extensa porque las creencias forman parte de una herencia cultural muy profunda compartida desde hace miles de años por todos los pueblos que habitan esta parte del mundo. El tratamiento estilístico de los elementos comunes varía tanto en las distintas regiones que no es posible entender las semejanzas como resultado de una cultura o estilo, formado simultáneamente en un área tan extensa o levantado en una región y depositado en otra lejana. Esto no niega la posible existencia de contactos con regiones lejanas, sino que sugiere que debemos dirigir nuestra atención a la reconstrucción de la naturaleza de estos contactos y a las relaciones sociales, culturales, económicas o políticas que esos contactos implican.

Intercambio

El intercambio interregional de bienes de varias clases ha recibido mucha atención como un factor importante en el desarrollo de patrones complejos de organización en diferentes partes del mundo (ver, por ejemplo, Blanton y Feinman 1984; Drennan 1976b; Flannery 1968; Helms 1979, 1987; Kristiansen 1991; Peregrine 1992; Schortman y Urban, eds., 1992; Shennan 1982; Spencer 1982; Steponaitis 1991; Zeitlin 1978, 1982). Para el desarrollo de cacicazgos en varias regiones del suroccidente de Colombia, Gnecco (1996) ha planteado la importancia del intercambio de bienes de elite. Con referencia especial a los objetos del oro, existe un estilo reconocible, que Plazas y Falchetti (1983, 1986) han definido como la "tradición metalúrgica del suroccidente colombiano", compartido por varias regiones. Es cierto que estos objetos de orfebrería son bienes de elite y Gnecco (1996:187–188) argumenta que los temas de la iconografía se prestan fácilmente para la legitimación de la autoridad de las elites (exactamente como la iconografía, muy parecida, de la estatuaria del Alto Magdalena se presta para el mismo fin).

Lo interesante (y complicado) es desenredar la importancia de los dos aspectos: la iconografía y las creencias que ésta simboliza por un lado y las relaciones de intercambio interregional por el otro. Como reconoce Gnecco (1996:190), la orfebrería es muy poco frecuente en el Alto Magdalena—menos frecuente que en otras regiones del suroccidente colombiano, y el suroccidente no es el sector del país más notable por la cantidad del oro prehispánico que ha producido. Si el argumento es que una elite aumenta su posición social por medio de restringir acceso a bienes importados, estos bienes deben aparecer con cierta frecuencia en el registro arqueológico. En el Alto Magdalena parece que la gran mayoría de los miembros de la misma elite no poseía objetos de oro. Por lo tanto no parece probable que su adquisición de otras regiones y su control dentro de la región fuesen muy importantes en el origen y mantenimiento de la posición social de la elite—y mucho menos que colapsara la jerarquía social porque las elites no pudieron mantener indefinidamente el control sobre el acceso al oro (Gnecco 1996:191–196).

Las cantidades de varios otros posibles bienes de elites (importados o locales) en el Alto Magdalena también son muy pequeñas. Varios objetos ornamentales (algunos hechos de materia prima que puede ser importada) se encuentran en contextos asociados con posibles residencias de elites, pero son escasas. (Si no, no sería tan difícil identificar los contextos asociados con elites por sus evidencias de diferenciación económica.) De toda la cerámica de las cuatro zonas de reconocimiento regional, aquella que no se identifica claramente dentro de los tipos locales no representa ni el 1%, y no tiende a concentrarse en contextos con indicios de asociación con elites.

De todos los materiales posiblemente importados, la obsidiana parece el más frecuente en el registro arqueológico del Alto Magdalena. Aunque la geología del Alto Magdalena sugiere la posibilidad de presencia de obsidiana en la zona, no se han documentado fuentes naturales hasta ahora. Sin embargo se sabe que existen fuentes de obsidiana en la región de Popayán (Gnecco 1987). Un análisis composicional por fluorescencia de rayos X de una muestra de 30 artefactos de obsidiana del Valle de la Plata demuestra dos grupos principales, probablemente derivados de dos fuentes distintas (Hurliman 1993). Un solo artefacto no se combina con ninguno de los dos grupos y puede representar a una tercera fuente menos accesible a los habitantes del Valle de la Plata. Esta muestra no sugiere ni patrones diferentes de distribución de la obsidiana de las dos

fuentes principales en el espacio ni cambios cronológicos en sus patrones de utilización. Hasta ahora la composición de los artefactos no ha sido comparada con la de distintas fuentes conocidas en el suroccidente del país. Por lo tanto, no se sabe dónde se ubican las fuentes utilizadas. Como se notó en el Capítulo 5, la obsidiana tiene cierta asociación con algunos indicadores de estatus.

De todos los materiales importados, la obsidiana es el que más demuestra el comportamiento que uno espera de un bien conseguido y controlado por la elite. No obstante, la obsidiana en el Alto Magdalena así como los otros materiales posiblemente importados, se encuentra en cantidades relativamente bajas. Además ocurre en forma de lascas tan pequeñas que parece muy difícil utilizarla para cualquier objetivo práctico. Por estas razones nos parecería muy atrevido sugerir que la elite del Alto Magdalena aumentó su posición social o económica mediante la importación y control de la obsidiana. Para evaluar esta idea será interesante estudiar su utilización y distribución (espacial y cronológica) más rigurosamente—estudio que podría realizarse con las muestras de artefactos de los reconocimientos regionales e intensivos. Si la adquisición y el control de la distribución de la obsidiana fueran importantes para el establecimiento y mantenimiento de la posición social de elites regionales, su frecuencia debe aumentar en el Clásico Regional, y su proporción debe ser elevada en contextos asociados con esta elite, tales como, por ejemplo, en las áreas circundantes a los centros monumentales.

Comparaciones con otras regiones

Esta comparación entre el Alto Magdalena y otras regiones no tiene que ver con contactos ni con estilos de artefactos, sino con paralelos o divergencias entre trayectorias de cambio social. Su base es la reconstrucción social que se ha presentado en las páginas anteriores y las reconstrucciones semejantes que se pueden realizar para otras regiones. Las comparaciones más interesantes y relevantes parecen ser con sociedades de aproximadamente el mismo grado de complejidad. Es decir, aquí no se trata de comparar las sociedades del Alto Magdalena con los estados de Mesoamérica, los Andes centrales, u otras partes del mundo, ni con sociedades igualitarias, sino con los cacicazgos que han aparecido en distintas regiones. En el proceso esperamos documentar con más precisión las características que tienen estas sociedades y la variación que se encuentra dentro del grupo. Es por medio de tales comparaciones que esperamos lograr finalmente una mayor comprensión de la dinámica social de tales sociedades y de las fuerzas que las producen. En este libro, cuyo propósito es presentar una reconstrucción de las sociedades del Alto Magdalena, no pretendemos profundizar mucho en comparaciones, pero parecería incompleto concluir sin situar el Alto Magdalena en este contexto comparativo.

Escala demográfica

Las sociedades del Clásico Regional en el Alto Magdalena son muy comparables en términos de escala con otras sociedades que han sido identificadas como cacicazgos. En una muestra etnográfica de sociedades sedentarias pero no estatales en el nuevo mundo (Feinman y Neitzel 1984), se ven poblaciones totales que varían desde varios cientos hasta varias decenas de miles, con una media de unos 4,000 individuos. Las unidades políticas del Alto Magdalena que hemos reconstruido para el Clásico Regional tenían poblaciones probablemente por encima de esta media, y a veces pueden haber alcanzado unas 10,000 personas.

Cuando comparamos con algunos casos individuales de Mesoamérica (Drennan 1991), vemos que las unidades políticas del Alto Magdalena tienen poblaciones más grandes que la del cacicazgo principal del Valle de Oaxaca con su centro en San José Mogote durante el Formativo (1000 a.C.–400 a.C.). Este centro dominaba una población total que no excedió por mucho a los 1,000 habitantes. El Valle de Oaxaca es una región de tamaño similar al del Alto Magdalena, pero la densidad de ocupación humana era mucho más alta en el Alto Magdalena que en el Valle de Oaxaca durante el Formativo (Feinman *et al.* 1985; Kowalewski *et al.* 1989). La Cuenca de México, donde también surgieron sociedades complejas durante el Formativo mesoamericano, no es una región mucho más extensa, pero allí se desarrollaron, durante el último milenio a.C., una docena de unidades políticas distintas, algunas de cuyas poblaciones alcanzaron más de 20,000 habitantes (Sanders, Parsons, y Santley 1979).

Los asentamientos de los cacicazgos del Valle de Oaxaca y la Cuenca de México formaron aldeas y pueblos muy compactos y nucleados, respecto al patrón muy disperso de asentamiento en el Alto Magdalena (Drennan 1988). En Oaxaca durante este período, la mayoría de estos asentamientos consistieron en aldeas muy pequeñas de unos 50 habitantes (Flannery y Marcus 1983; Drennan y Flannery 1983), pero en la Cuenca de México la gran mayoría de la población vivía en pueblos compactos de más de 1,000 habitantes (a veces, muchos más).

Economía local

La presencia de cierta especialización productiva en las aldeas formativas del Valle de Oaxaca, y probablemente en las de la Cuenca de México también (Drennan 1976a, 1991; Flannery 1976; Flannery y Marcus 1983), contrasta con el Alto Magdalena, donde la especialización parece muy poco desarrollada. En las dos regiones mesoamericanas no se trata de aldeas especializadas con mucho intercambio entre asentamientos, sino más bien de la presencia de especialistas de distintos tipos en cada aldea. La interdependencia económica entre familias que sin embargo resultó, puede haber sido uno de los factores en la formación de las muy compactas aldeas mesoamericanas, mientras que un grado menor de interdependencia económica entre familias en el Alto Magdalena permitió desarrollar un patrón muy disperso, con las unidades domésticas ubicadas en los terrenos donde la familia cultivaba.

La intensificación de la agricultura mediante la aplicación de diversas técnicas ha sido señalada con frecuencia como una oportunidad muy importante para las elites que quieren extender y consolidar su poder (Logan y Sanders 1976; Gilman 1981; Darch, ed. 1983; Price 1984; Farrington, ed. 1985; Denevan *et al.*, eds. 1987; Earle 1997 y muchos otros). El desarrollo de una organización centralizada en Barinas, por ejemplo, ha sido relacionado con esta clase de producción agrícola (Spencer, Redmond, y Rinaldi 1994). La asociación de zonas de campos elevados con los centros de estos cacicazgos es muy clara, aunque son cacicazgos de escala bastante pequeña y de poca persistencia en esta zona de los Llanos venezolanos. La presencia de campos de cultivo intensivo en el área muisca ha sido notada desde hace mucho tiempo (Bruhns 1981; Broadbent 1987), y su extensión es grande en las zonas de Funza y Chía, pero la importancia que pudieron tener para el desarrollo de los cacicazgos muiscas no ha sido muy investigada. Areas muy extensas de campos elevados han sido documentadas en la cuenca baja del Río Magdale-

na (Plazas y Falchetti 1990; Plazas *et al.* 1993), pero no conocemos en gran detalle las sociedades que los construyeron.

Los cacicazgos de la cuenca del Río Guayas, en Ecuador, habían construido grandes zonas de campos elevados que desempeñaban un papel importante en la economía cacical a la llegada de los españoles en el siglo XVI. Estas técnicas de producción son muy antiguas en la zona. Existían desde alrededor del 500 a.C. (Marcos 1987; Martínez 1987; Muse y Quintero 1987), y están asociadas a jerarquías regionales de asentamientos, y a entierros de caciques con alto poder económico con ajuares abundantes y elaborados, así como a la construcción de grandes tolas o montículos (Buys y Muse 1987; Stemper 1993).

Los cacicazgos del Clásico Regional en el Alto Magdalena, como los del Formativo mesoamericano, no parecen depender de formas intensivas de producción agrícola, aunque, como se anotó en el Capítulo 7, se estudian actualmente indicios de intensificación durante el período Reciente.

Jerarquía social y monumentos

Después de una etapa de cacicazgos, las secuencias del Valle de Oaxaca y de la Cuenca de México continúan con el desarrollo de estados territorialmente muy extensos y complejos, pero la evidencia de jerarquía social durante la etapa de cacicazgos no es tan fuerte en ninguna de las dos regiones como lo es en el Alto Magdalena (Whalen 1981; Flannery y Marcus 1983; Drennan 1991). Las tumbas del Formativo temprano y medio de las regiones mesoamericanas no conforman grandes monumentos como las del Alto Magdalena; tampoco incluyen ajuares muy impresionantes. Existen indicios seguros de diferenciación en los artefactos asociados con las viviendas, pero, al igual que en el Alto Magdalena, estas evidencias no sugieren una diferenciación muy fuerte.

Las obras públicas del Valle de Oaxaca y de la Cuenca de México durante sus épocas de cacicazgos, trataron de la creación de espacios para las actividades públicas de grupos más que de la glorificación de personajes individuales (Sanders, Parsons, y Santley 1979; Flannery y Marcus 1976; Drennan 1991). En este sentido, el Clásico Regional del Alto Magdalena se caracteriza como un cacicazgo "individualizador", mientras que los del Valle de Oaxaca y la Cuenca de México son cacicazgos "orientados al grupo" en los términos de Renfrew (1974). Renfrew planteó este concepto en el contexto de la secuencia neolítica de Wessex, en Inglaterra, donde una etapa de orientación comunal es seguida por sociedades individualizadoras. Renfrew vio estas últimas como más avanzadas, con mayores posibilidades de centralización. Sin embargo, son las sociedades más comunales del Valle de Oaxaca y de la Cuenca de México que proporcionan la base para el desarrollo subsecuente de estados, mientras que los cacicazgos individualizadores del Alto Magdalena no continuaron un desarrollo hacia una escala mayor.

La larga secuencia de la costa sur del Ecuador se asemeja más a los patrones observados por Renfrew en Wessex (Drennan 1995a), en el sentido de que se inicia con sociedades con una orientación comunal. Los primeros indicios de organización centralizada se remontan al tercer milenio a.C., con el centro de Real Alto con su plaza y edificios para actividades públicas o rituales, mientras que las indicaciones de jerarquía social son muy débiles (Zeidler 1984, 1991; Damp 1988; Marcos 1988; Raymond 1988). Es solamente después de 500 a.C. y unos 100 km al oriente que empiezan a desarrollarse los cacicazgos fuertemente individualizadores de la cuenca del Río Guayas.

En el contraste entre cacicazgos individualizadores y orientados al grupo podemos ubicar en una posición media a las famosas sociedades olmecas de la costa del Golfo de México (Drennan 1991). Construyeron grandes monumentos arquitectónicos y escultóricos en escala mucho mayor que los monumentos del Alto Magdalena, los cuales, a su vez, son mucho más grandes que los monumentos del Valle de Oaxaca y de la Cuenca de México (Drucker, Heizer, y Squier 1959; Heizer 1961; Coe y Diehl 1980; González 1988; Cyphers, ed., 1997). Aunque los monumentos olmecas sirvieron básicamente para crear una serie de plazas y plataformas para templos, también incluyeron tumbas de personajes individuales, algunos de los cuales fueron representados además en la escultura. Los cacicazgos olmecas no se convirtieron eventualmente en estados; después de varios siglos de desarrollo impresionante, se desintegraron.

Entre las evidencias de jerarquía social en los cacicazgos del nuevo mundo, tal vez las más espectaculares son los entierros de Sitio Conte, Panamá (véase Capítulo 2; Drennan 1995a). Con esta demostración de la importancia de ciertos personajes individuales, estas sociedades se ubican, como los del Alto Magdalena, con los cacicazgos individualizadores, pero la riqueza enorme incluida con los personajes enterrados sugiere un grado de diferenciación económica ausente en el Alto Magdalena. Para Panamá central o las regiones colombianas de Quimbaya o Calima, entre otras, es claro que la jerarquía social tiene las implicaciones económicas que no ha sido posible encontrar en el Alto Magdalena. Se supone que los conjuntos de artefactos asociados con las viviendas de familias de alta jerarquía en estas tres regiones tendrían características muy diferentes a las de los artefactos asociados con viviendas ordinarias, aunque estos materiales no han sido estudiados desde esta perspectiva.

Intercambio interregional

Casi todos los otros cacicazgos con los cuales podemos comparar el Alto Magdalena han proporcionado evidencias mucho más fuertes del intercambio interregional. En el Formativo mesoamericano se desarrollaron redes de intercambio documentadas por medio de la cerámica, la obsidiana, y el estilo "olmeca" (Flannery 1968; Drennan 1976b). Por medio de estas redes se relacionaron el Valle de Oaxaca, la Cuenca de México, la costa del Golfo de México, y muchas otras regiones (Feinman 1991). Los cacicazgos del Mississipian en el sureste de los Estados Unidos conformaban una red muy extensa de intercambio de materias primas para la confección de objetos de lujo, y compartían muchos elementos de iconografía (Steponaitis 1991). Toda una serie de regiones centroamericanas y colombianas también mantenían contactos fuertes, de los cuales las evidencias más comentadas se encuentran en los estilos y la iconografía de orfebrería (Linares 1977; Helms 1979; Bray 1984). Es claro que el Alto Magdalena estaba en contacto con esta esfera de comunicación e intercambio, pero las evidencias en el Alto Magdalena brillan, no tal vez por su ausencia absoluta, pero sí por su escasez. Comparado con todos estos otros ejemplos, el desarrollo de las sociedades del Clásico Regional en el Alto Magdalena parece extraordinariamente independiente del de otras regiones.

Las sociedades muiscas ofrecen otro contraste con las del Alto Magdalena. En primer lugar, las cronologías son muy diferentes; mientras que los primeros siglos d.C. son el período de crecimiento de población, organización centralizada, y jerarquía social en el Alto Magdalena, el desarrollo de sociedades con estas características no ocurre en el área

muisca sino hasta los últimos siglos antes de la llegada de los españoles. Las fuentes históricas enfatizan la riqueza personal acumulada por los caciques muiscas y la importancia del intercambio no a larga distancia, sino con regiones vecinas (véase, por ejemplo, Lleras y Langebaek 1987; Langebaek 1991, 1992). Ni los arqueólogos ni los guaqueros han encontrado tumbas muy ricas en el área muisca, pero existe confirmación arqueológica de diferenciación económica y especialización artesanal de mayor grado que en el Alto Magdalena durante el Clásico Regional (Boada 1989, 1998). La interdependencia económica entre familias que implican estos patrones puede influir en la formación de las comunidades más nucleadas y compactas que se encuentran en un reconocimiento regional en el área muisca (Langebaek 1995).

Competencia y guerra

Un alto grado de competencia entre unidades políticas ha sido considerado fundamental al desarrollo de los cacicazgos, y las fuentes históricas atestiguan un estado de guerra permanente entre los cacicazgos de muchas partes de centroamérica y el norte de sudamérica (Carneiro 1991; Redmond 1994). La evidencia arqueológica para Barinas, Venezuela, incluye centros con fortificaciones impresionantes (Redmond y Spencer 1990; Spencer y Redmond 1992; Spencer 1993, 1994). En el Alto Magdalena, como en el Formativo mesoamericano, los sitios no son ni fortificados ni situados para facilitar su defensa. Estas evidencias no indican que no había competencia ni guerra en estos últimos casos, pero pueden haber sido mucho menos frecuentes que en el Valle del Cauca, por ejemplo, en el siglo XVI.

Casi todos los ejemplos de cacicazgos mencionados en este capítulo consisten en conjuntos de unidades políticas—unidades de aproximadamente la misma escala dentro de cada región. Así son el Alto Magdalena, Barinas, la Cuenca de México, el área muisca, y otros. El Valle de Oaxaca parece diferente, en este sentido, porque su unidad política principal en el Formativo, aunque pequeña, tenía una población mucho más grande que sus posibles rivales regionales. En el caso de la Cuenca de México es cierto que las distintas unidades políticas, una vez fundadas, persistieron hasta finales de la época de cacicazgos. En el caso olmeca, sabemos que por lo menos algunos de los centros impresionantes desaparecieron antes de que se desarrollaron otros. En el Alto Magdalena todavía no es posible precisar la contemporaneidad de los distintos centros funerarios.

Conclusión

En lugar de terminar con conclusiones, propiamente dichas, preferimos dirigir la atención hacia las investigaciones del futuro. Como planteamos al principio, se ha aprendido mucho durante el siglo pasado sobre las sociedades prehispánicas del Alto Magdalena. Entre lo que se ha aprendido tenemos que contar la conciencia de lo que no sabemos todavía.

Las sociedades del Clásico Regional tenían una organización política suficientemente centralizada y potente como para crear las concentraciones de ocupación que se ven en la zona occidental del Valle de la Plata y que estamos empezando a delinear en la zona de San Agustín-Isnos. Esta organización se enfocó fuertemente en algunos personajes individuales, quienes aparentemente eran capaces de ejercer gran poder espiritual, aunque no controlaron aspectos de la economía local ni acumularon mucha riqueza personal.

Todavía no se entiende muy bien cómo se relacionaron las unidades políticas entre sí. Parecen independientes, pero no podemos explicar bien la acumulación tan impresionante de monumentos en Mesitas o en el Alto de los Idolos comparados con centros más pequeños como Alto de las Piedras, Alto de las Guacas, Quinchana, Cerro Guacas, El Aguacatal, y muchos otros. Puede tratarse de un desarrollo político mayor en las unidades centradas en Mesitas o en el Alto de los Idolos, o puede tratarse de una anterioridad cronológica con el resultado de una acumulación de monumentos durante un período más largo. Será interesante delinear la dinámica que permitió un desarrollo mayor o anterior de ciertos centros. ¿Existen, por ejemplo, diferencias cualitativas de organización entre unidades políticas? ¿O diferencias de recursos disponibles? ¿O diferencias históricas que situaron ciertas unidades mejores que otras para elaborar una organización centralizada? Respuestas a algunas de estas preguntas vendrán del análisis completo de los datos recuperados en los reconocimientos regional e intensivo en la zona de San Agustín-Isnos. Otras exigirán nuevas investigaciones de varias clases.

Los antecedentes formativos de las sociedades del Clásico Regional no han sido reconstruidos en mucho detalle. Se ha documentado un sistema de subsistencia basado en producción muy local—la sugerencia es básicamente que cada familia produjo lo que necesitaba. Sin embargo, queda la inquietud de que no podemos evaluar en términos cuantitativos (ni para el Formativo, ni para el Clásico Regional) la importancia que tuviera la agricultura comparada con la explotación de recursos silvestres.

Lo que se ha planteado aquí acerca de la naturaleza de los cambios sociales que ocurrieron al final del Clásico Regional es una hipótesis que requiere de más investigación. Si la importancia de la legitimación religiosa como mecanismo de integración política disminuyó al final del Clásico Regional, siendo reemplazada por un aumento del control económico en manos de la elite, debemos encontrar evidencias de una diferenciación económica en el Reciente que son más fuertes que las indicaciones bastante débiles que aparecen durante el Clásico Regional. Debemos poder identificar además los aspectos de la economía por medio de los cuales la elite ejerció su control. Información relevante para este tema vendrá también del análisis completo de los datos del reconocimiento regional y especialmente del intensivo en la zona de San Agustín-Isnos, tanto como del estudio de las evidencias de agricultura intensiva en la zona de La Marquesa.

Al final de la secuencia prehispánica parece que las densidades altas de población del período Reciente no persistieron hasta el siglo XVI, pero falta confirmar esta hipótesis. Si es cierto que las zonas que habían sido muy pobladas durante dos milenios y medio, fueron casi abandonadas, no estamos en condiciones de plantear hipótesis acerca de los factores que influyeran en lo que puede haber sido una catástrofe demográfica. La aclaración de los eventos de los últimos dos siglos antes de la conquista requerirá de más investigaciones en los sectores de menos altura, donde esta última ocupación prehispánica parece más concentrada.

Todo esto (y mucho más) falta por investigar todavía, antes de que podamos animar con comprensión diacrónica las comparaciones estáticas con las secuencias de otras regiones que hemos ensayado en este último capítulo. El potencial verdadero que tienen estas comparaciones para ayudarnos a entender la dinámica del cambio social no se realizará sino hasta que podamos comparar, no las sociedades del Clásico Regional del Alto Magdalena con las del Formativo de Oaxaca, sino toda una trayectoria de cambio durante milenios en el Alto Magdalena con reconstrucciones sociales igualmente diacrónicas de una serie de otras regiones.

Bibliografía

Adams, Robert McC.

1965 *Land behind Baghdad: a history of settlement on the Diyala Plains*. Chicago: University of Chicago Press.

1981 *Heartland of cities: surveys of ancient settlement on the Diayala Plains*. Chicago: University of Chicago Press.

Adams, Robert McC., y Hans J. Nissen

1972 *The Uruk countryside: the natural setting of urban societies*. Chicago: University of Chicago Press.

Albarracín-Jordán, Juan

1992 *Tiwanaku: Arqueología regional y dinámica segmentaria*. La Paz: Plural Editores.

Albarracín-Jordán, Juan, y James E. Mathews

1990 *Asentamientos prehispánicos del Valle de Tiwanaku, Vol. 1*. La Paz: Producciones Cima.

Alden, John R.

1979 Systematic surface survey at Quachilco (Ts218). En *Prehistoric social, political, and economic development in the area of the Tehuacán Valley: some results of the Palo Blanco Project*, editado por Robert D. Drennan, pp. 129–167. University of Michigan Museum of Anthropology, Technical Report No. 11.

Bermann, Marc

1994 *Lukurmata: Household archaeology in prehispanic Bolivia*. Princeton: Princeton University Press.

Blanton, Richard, y Gary Feinman

1984 The Mesoamerican world system. *American Anthropologist* 86:673–682.

Blanton, Richard E., Stephen Kowalewski, Gary Feinman, y Jill Appel

1982 *Monte Albán's hinterland, part I: the prehispanic settlement patterns of the central and southern parts of the Valley of Oaxaca, Mexico*. Memoirs of the Museum of Anthropology, University of Michigan, No. 15.

Blick, Jeffrey P.

1993 *Social differentiation in the Regional Classic period (1–900 AD) in the Valle de la Plata, Colombia*. Disertación doctoral, Departamento de Antropología, Universidad de Pittsburgh.

1998 Prestige and wealth in chiefdom-level societies: a comparison between two satellite polities on the peripheries of San Agustín and Moundville. En *Recent advances in the archaeology of the northern Andes: in memory of Gerardo Reichel-Dolmatoff*, editado por Augusto Oyuela-Caycedo y J. Scott Raymond, pp. 71–83. Monograph 39, The Institute of Archaeology, University of California, Los Angeles.

Boada Rivas, Ana María

1989 Elementos de uso cotidiano, elementos de uso funerario. *Boletín del Museo del Oro* 25:70–91.

1998 Bases of social hierarchy in a Muisca central village of the northeastern highlands of Colombia. Disertación doctoral, Depto. de Antropología, Universidad de Pittsburgh.

Botero, Pedro José, Jonás C. León P., y Julio César Moreno
1989 Suelos y grandes paisajes. En *Cacicazgos prehispánicos en el Valle de la Plata, tomo 1: el contexto medioambiental de la ocupación humana*, editado por Luisa Fernanda Herrera, Robert D. Drennan, y Carlos A. Uribe, pp. 2–13. University of Pittsburgh Memoirs in Latin American Archaeology, No. 2. Pittsburgh: University of Pittsburgh y Bogotá: Universidad de los Andes.

Botiva Contreras, Alvaro, y Eduardo Forero Lloreda
1991 1994 Malagana: guaquería vs. arqueología. *Boletín Museo del Oro* 31:125–129.

Bray, Warwick
1984 Across the Darien Gap: a Colombian view of Isthmian archaeology. En *The archaeology of lower Central America*, editado por Frederick Lange y Doris Z. Stone, pp. 305–338. Albuquerque: University of New Mexico Press.

Broadbent, Silvia M.
1987 The Chibcha raised-field system in the Sabana de Bogotá, Colombia: further investigations. En *Pre-hispanic agricultural fields in the Andean region*, editado por William H. Denevan, Kent Mathewson, y Gregory Knapp, pp. 403–423. Oxford: BAR International Series 359(ii).

Bruhns, Karen Olsen
1981 Prehispanic ridged fields of central Colombia. *Journal of Field Archaeology* 8:1–8.
1982 A view from the bridge: Intermediate Area sculpture in thematic perspective. *Baessler-Archiv: Beiträge sur Völkerkunde* 30:147–180. Berlin: Verlag von Dietrich Reimer.

Brumfiel, Elizabeth M., y Timothy K. Earle, eds.
1987 *Specialization, exchange, and complex societies*. Cambridge: Cambridge University Press.

Buys, J.E., y Michael Muse
1987 Arqueología de asentamientos asociados a los campos elevados de Peñón del Río, Guayas, Ecuador. En *Pre-hispanic agricultural fields in the Andean region*, editado por William H. Denevan, Kent Mathewson, y Gregory Knapp, pp. 225–248. Oxford: BAR International Series 359(ii).

Carneiro, Robert L.
1991 The nature of the chiefdom as revealed by evidence from the Cauca Valley of Colombia. En *Profiles in cultural evolution: papers from a conference in honor of Elman R. Service*, editado por A. Terry Rambo and Kathleen Gillogly, pp. 167–190. Anthropological Papers, Museum of Anthropology, University of Michigan, No. 85.

Chaves Mendoza, Alvaro, y Mauricio Puerta Restrepo
1978 Excavaciones arqueológicas en Tierradentro y la hoya del Río de la Plata. *Boletín del Museo del Oro*, Año 1, enero–abril, pp. 50–51.
1986 *Monumentos arqueológicos de Tierradentro*. Bogotá: Biblioteca Banco Popular.

Coe, Michael D.
1981 Gift of the river: ecology of the San Lorenzo Olmec. En *The olmec and their neighbors: essays in memory of Matthew W. Stirling*, editado por Elizabeth P. Benson, pp. 15–19. Washington, D.C.: Dumbarton Oaks Research Library and Collection.

Coe, Michael D., y Richard Diehl
1980 *In the land of the Olmec, vol. 2: the people of the river*. Austin: University of Texas Press.

Cubillos, Julio César
1980 *Arqueología de San Agustín: El Estrecho, El Parador, y Mesita C*. Bogotá: Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales del Banco de la República.
1986 *Arqueología de San Agustín: Alto de El Purutal*. Bogotá: Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales del Banco de la República.
1991 Arqueología de San Agustín: excavación y reconstrucción del montículo artificial del sitio de Ullumbe. *Boletín de Arqueología* 6(1):3–56.

Cyphers, Ann, ed.
1997 *Población, subsistencia y medio ambiente en San Lorenzo Tenochtitlán*. México, D.F.: Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México.

de Montmollin, Olivier
1988 Scales of settlement study for complex societies: analytical issues from the Classic Maya area. *Journal of Field Archeology* 15:151–168.
1995 *Settlement and politics in three classic Maya polities*. Madison: Prehistory Press.

Damp, Jonathon
1988 *La primera ocupación Valdivia de Real Alto: patrones económicos, arquitectónicos, e ideológicos (biblioteca ecuatoriana de arqueología, vol. 3)*. Quito: Coporación Editora Nacional y Guayaquil: Escuela Politécnica Superior del Litoral, Centro de Estudios Arqueológicos y Antropológicos.

Darch, J.P., ed.
1983 *Drained field agriculture in Central and South America*. Oxford: BAR International Series No. 189.

Denevan, William M., Kent Mathewson, y Gregory Knapp, eds.
1987 *Pre-hispanic agricultural fields in the Andean region*. Oxford: BAR International Series No. 359.

Díaz Pardo, Camilo
1995 Analysis of settlement patterns for the central area Valle de la Plata: GIS analysis of regional and environmental data. Tesis de M.A., Departamento de Antropología, Universidad de Pittsburgh.

Drennan, Robert D.
1976a *Fábrica San José and middle Formative society in the Valley of Oaxaca, Mexico*. Memoirs of the Museum of Anthropology, University of Michigan, No. 8.
1976b Religion and social evolution in Formative Mesoamerica. En *The early Mesoamerican village*, editado por Kent V. Flannery, pp. 345–368. New York: Academic Press.
1985 Reconocimiento arqueológico y excavación. En *Arqueología regional en el Valle de la Plata, Colombia: informe preliminar sobre la temporada de 1984 del Proyecto Arqueológico Valle de la Plata*, editado por Robert D. Drennan, pp. 117–180. Museum of Anthropology, University of Michigan, Technical Reports No. 16.
1987 Regional demography in chiefdoms. En *Chiefdoms in the Americas*, editado por Robert D. Drennan y Carlos A. Uribe, pp. 307–324. Lanham, Maryland: University Press of America.
1988 Household location and compact versus dispersed settlement in prehispanic Mesoamerica. En *Household and community in the Mesoamerican past: case studies in the Maya area and Oaxaca*, editado por Richard R. Wilk y Wendy Ashmore, pp. 273–293. Albuquerque: University of New Mexico Press.
1991 Prehispanic trajectories of social change in Mesoamerica, Central America, and northern South America. En *Chiefdoms: power, economy, and ideology*, editado por Timothy Earle, pp. 263–287. Cambridge: Cambridge University Press.
1992 What is the archeology of chiefdoms about? En *Metaarchaeology: reflections by archaeologists and philosophers*, editado por Lester Embree, pp. 53–74. Dordrecht: Kluwer Academic Publishers.
1993a Parte primera: clasificación cerámica, estratigrafía y cronología. En *Cacicazgos prehispánicos en el Valle de la Plata, tomo 2: cerámica—cronología y producción artesanal*, editado por Robert D. Drennan, Mary M. Taft, y Carlos A. Uribe, pp. 3–104. University of Pittsburgh Memoirs in Latin American Archaeology, No. 5. Pittsburgh: University of Pittsburgh y Bogotá: Universidad de los Andes.
1993b Sociedades complejas precolombinas: variación y trayectorias de cambio. En *La construcción de las Américas (Memorias del VI Congreso de Antropología en Colombia)*,

editado por Carlos Alberto Uribe Tobón, pp. 31–49. Bogotá: Universidad de los Andes.

1995a Chiefdoms in northern South America. *Journal of World Prehistory* 9:301–340.

1995b Mortuary practices in the Alto Magdalena: the social context of the "San Agustín Culture." En *Tombs for the living: Andean mortuary practices*, editado por Tom D. Dillehay, pp. 79–110. Washington, DC: Dumbarton Oaks.

1996a Betwixt and between in the Intermediate Area. *Journal of archaeological research* 4:95–132.

1996b One for all and all for one: accounting for variability without losing sight of regularities in the development of complex society. En *Emergent social complexity: the evolution of intermediate societies*, editado por Jeanne E. Arnold, pp. 25–34. Ann Arbor: International Monographs in Prehistory.

1996c *Statistics for archaeologists: a commonsense approach*. New York: Plenum.

Drennan, Robert D., ed.

1985 *Arqueología regional en el Valle de la Plata: un informe preliminar de la temporada de 1984 del Proyecto Arqueológico Valle de la Plata*. Museum of Anthropology, University of Michigan, Technical Reports, No. 16.

Drennan, Robert D., y Kent V. Flannery

1983 The growth of site hierarchies in the Valley of Oaxaca, part ii. En *The cloud people: divergent evolution of the Zapotec and Mixtec civilizations*, editado por Kent V. Flannery y Joyce Marcus, pp. 65–71. New York: Academic Press.

Drennan, Robert D., Luisa Fernanda Herrera, y Fernando Piñeros S.

1989 El medioambiente y la ocupación humana. En *Cacicazgos prehispánicos en el Valle de la Plata, tomo 1: el contexto medioambiental de la ocupación humana*, editado por Luisa Fernanda Herrera, Robert D. Drennan, y Carlos A. Uribe, pp. 225–233. University of Pittsburgh Memoirs in Latin American Archaeology, No. 2. Pittsburgh: University of Pittsburgh y Bogotá: Universidad de los Andes.

Drennan, Robert D., Luis Gonzalo Jaramillo, María Angela Ramírez, Elizabeth Ramos, Carlos Augusto Sánchez, y Carlos A. Uribe

1990 Reconocimiento arqueológico en las alturas medias del Valle de la Plata. *V Congreso Nacional de Antropología: memorias del simposio de arqueología y antropología física*, pp. 116–157. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología—Colcultura y Depto. de Antropología, Universidad de los Andes.

1991 Regional dynamics of chiefdoms in the Valle de la Plata, Colombia. *Journal of Field Archaeology* 18:297–317.

Drennan, Robert D., y Dale W. Quattrin

1995a Patrones de asentamiento y organización sociopolítica en el Valle de la Plata. En *Perspectivas regionales en la arqueología del Suroccidente de Colombia y norte del Ecuador*, editado por Cristóbal Gnecco, pp.85–108. Popayán: Editorial Universidad del Cauca.

1995b Social inequality and agricultural resources in the Valle de la Plata, Colombia. En *Foundations of social inequality*, editado por T. Douglas Price and Gary M. Feinman, pp. 207–233. New York: Plenum.

Drennan, Robert D., Mary M. Taft, y Carlos A. Uribe, eds.

1993 *Cacicazgos prehispánicos en el Valle de la Plata, tomo 2: cerámica—cronología y producción artesanal*. University of Pittsburgh Memoirs in Latin American Archaeology, No. 5. Pittsburgh: University of Pittsburgh y Bogotá: Universidad de los Andes.

Drennan, Robert D., y Carlos A. Uribe

1987 Introducción. En *Chiefdoms in the Americas*, editado por Robert D. Drennan y Carlos A. Uribe, pp. xiii–xix. Lanham, Maryland: University Press of America.

Drucker, Philip, Robert F. Heizer, y Robert J. Squier
1959 *Excavations at La Venta, Tabasco, 1955*. Smithsonian Institution, Bureau of American Ethnology, Bulletin No. 170.

Duque Gómez, Luis
1964 *Exploraciones arqueológicas en San Agustín*. Revista Colombiana de Antropología, Suplemento No. 1. Bogotá: Imprenta Nacional.
1967 *Historia extensa de Colombia, vol. 1: prehistoria, tomo 2, tribus indígenas y sitios arqueológicos*. Bogotá: Ediciones Lerner y Academia Colombiana de Historia.
1971 *San Agustín: reseña arqueológica*. Bogotá: Librería Voluntad.

Duque Gómez, Luis, y Julio César Cubillos
1979 *Arqueología de San Agustín: Alto de los Idolos, montículos y tumbas*. Bogotá: Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales del Banco de la República.
1981 *Arqueología de San Agustín: La Estación*. Bogotá: Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales del Banco de la República.
1983 *Arqueología de San Agustín: exploraciones y trabajos de reconstrucción en las Mesitas A y B*. Bogotá: Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales del Banco de la República.
1988 *Arqueología de San Agustín: Alto de Lavapatas*. Bogotá: Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales del Banco de la República.
1993 *Arqueología de San Agustín: exploraciones arqueológicas realizadas en el Alto de las Piedras (1975–1976)*. Bogotá: Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales del Banco de la República.

Earle, Timothy
1977 A reappraisal of redistribution: complex Hawaiian chiefdoms. En *Exchange systems in prehistory*, editado por Timothy K. Earle y Jonathon E. Ericson, pp. 213–229. New York: Academic Press.
1987 Chiefdoms in archaeological and ethnohistorical perspective. *Annual Review of Anthropology* 16:279–308.
1991 Property rights and the evolution of chiefdoms. En *Chiefdoms: power, economy, and ideology*, editado por Timothy Earle, pp. 71–99. Cambridge: Cambridge University Press.
1997 *How chiefs come to power: the political economy in prehistory*. Stanford: Stanford University Press.

Farrington, I.S., ed.
1985 *Prehistoric intensive agriculture in the tropics*. Oxford: BAR International Series No. 232.

Feinman, Gary M.
1991 Demography, surplus, and inequality: early political formations in highland Mesoamerica. En *Chiefdoms: power, economy, and ideology*, editado por Timothy Earle, pp. 229–262. Cambridge: Cambridge University Press.

Feinman, Gary M., Stephen A. Kowalewski, y Richard E. Blanton
1984 Modeling ceramic production and organizational change in the pre-hispanic Valley of Oaxaca, Mexico. En *The many dimensions of pottery*, editado por Sander E. van der Leeuw y Alsion C. Pritchard, pp. 295–337. Amsterdam: Universitaet von Amsterdam.

Feinman, Gary, y Jill Neitzel
1984 Too many types: an overview of prestate sedentary societies in the Americas. In *Advances in archaeological method and theory, vol. 7*, editado by Michael B. Schiffer, pp. 39–102. New York: Academic Press.

Feinman, Gary M., Steadman Upham, y Kent G. Lightfoot
1981 The Production Step Measure: An Ordinal Index of Labor Input in Ceramic Manufacture. *American Antiquity* 46:871–884.

Feinman, Gary M., Stephen A. Kowalewski, Laura Finsten, Richard E. Blanton, and Linda Nicholas
1985 Long-term demographic change: a perspective from the valley of Oaxaca, Mexico. *Journal of Field Archaeology* 12:333–362.

Fish, Suzanne K., y Stephen A. Kowalewski, eds.
1990 *The archaeology of regions : a case for full-coverage survey*. Washington: Smithsonian Institution Press.

Flannery, Kent V.
1968 The Olmec and the Valley of Oaxaca: a model for inter-regional interaction in Formative times. En *Dumbarton Oaks conference on the Olmec*, editado por Elizabeth P. Benson, pp. 79–110. Washington: Dumbarton Oaks.
1972 The cultural evolution of civilizations. *Annual Review of Ecology and Systematics* 3:399–426.
1976 Research strategy and Formative Mesoamerica. En *The early Mesoamerican village*, editado por Kent V. Flannery, pp. 1–11. New York: Academic Press.

Flannery, Kent V., ed.
1976 *The early Mesoamerican village*. New York: Academic Press.

Flannery, Kent V., y Joyce Marcus
1976 Evolution of the public building in Formative Oaxaca. En *Cultural change and continuity: essays in honor of James Bennett Griffin*, editado por Charles E. Cleland, pp. 205–221. New York: Academic Press.
1983 The growth of site hierarchies in the Valley of Oaxaca, part i. En *The cloud people: divergent evolution of the Zapotec and Mixtec civilizations*, editado por Kent V. Flannery y Joyce Marcus, pp. 53–65. New York: Academic Press.

Fried, Morton H.
1967 *The evolution of political society*. New York: Random House.

Furst, Peter
1968 The Olmec were-jaguar in the light of ethnographic reality. In *Dumbarton Oaks conference on the Olmec*, editado por Elizabeth P. Benson, pp. 143–174. Washington: Dumbarton Oaks.

Gamboa Hinestrosa, Pablo
1982 *La escultura en la sociedad agustiniana*. Bogotá: Ediciones Centro de Investigación y Educación Cooperativas (Universidad Nacional de Colombia).

García Cook, Angel
1976 *El desarrollo cultural en el norte del valle poblano: inferencias*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, Depto. de Monumentos Prehispánicos, Serie Arqueología No. 1.

Gilman, Antonio
1981 The development of social stratification in Bronze Age Europe. *Current Anthropology* 22:1–24.
1991 Trajectories towards social complexity in the later prehistory of the Mediterranean. En *Chiefdoms: power, economy, and ideology*, editado por Timothy Earle, pp. 146–168. Cambridge: Cambridge University Press.

Gnecco Valencia, Cristóbal
1987 La industria de obsidiana en el suroccidente de Colombia. *Boletín de Arqueología* 2(2):3–15.
1996 Reconsideración de la complejidad social en el suroccidente colombiano. En *Dos lecturas críticas: arqueología en Colombia*, pp. 43–74. Santafé de Bogotá: Fondo de Promocíon de la Cultura.

González Lauck, Rebecca
1988 Proyecto arqueológico La Venta. *Arqueología* 4:121–165.
1997 Acerca de pirámides de tierra y seres sobrenaturales: observaciones preliminares en torno al edificio C-1, La Venta, Tabasco. *Arqueología* 17:79–98.

González Fernández, Víctor
1998 Prehispanic change in the Mesitas community: documenting the development of a chiefdom's central place in San Agustín, Colombia. Disertación doctoral, Departamento de Antropología, Universidad de Pittsburgh.

Heizer, Robert F.
1961 Inferences on the nature of Olmec society based upon data from the La Venta site. *Krober Anthropological Society Papers* 25:43–57.

Helms, Mary W.
1979 *Ancient Panama: chiefs in search of power*. Austin: University of Texas Press.
1987 Art styles and interaction spheres in Central America and the Caribbean: polished black wood in the Greater Antilles. En *Chiefdoms in the Americas*, editado por Robert D. Drennan y Carlos A. Uribe, pp. 67–84. Lanham, Maryland: University Press of America.

Hernández de Alba, Gregorio
1979 *La cultura arqueológica de San Agustín*. Bogotá: Carlos Valencia Editores.

Hurliman, Eva M.
1993 Preliminary X-ray fluorescence analysis of obsidian from the Valle de la Plata, Colombia, for the Formative and Regional Classic periods. Tesis de M.A., Departamento de Antropología, Universidad de Pittsburgh.

Jaramillo E., Luis Gonzalo
1994 *The socioeconomic structure of Formative 3 communities in the Valle de la Plata, Colombia: documenting the emgergence of chiefdoms*. Disertación doctoral, Depto. de Antropología, Universidad de Pittsburgh.
1996 *Cacicazgos prehispánicos en el Valle de la Plata, tomo 3: la estructura socioeconómica de las comunidades del Formativo 3*. University of Pittsburgh Memoirs in Latin American Archaeology, No. 10. Pittsburgh: University of Pittsburgh y Bogotá: Universidad de los Andes.

Killion, Thomas W., Jeremy A. Sabloff, Gair Tourtellot, y Nicholas P. Dunning
1989 Intensive surface colleciton of residential clusters at Terminal Classic Sayil, Yucatán, Mexico. *Journal of Field Archaeology* 16:273–294.

Kirch, Patrick Vinton
1984 *The evolution of the Polynesian chiefdoms*. Cambridge: Cambridge University Press.

Knight, Vernon James, Jr.
1998 Moundville as a diagrammatic ceremonial cernter. En *Archaeology of the Moundville chiefdom*, editado por Vernon James Knight, Jr., y Vincas P. Steponaitis, pp. 44–62. Washington: Smithsonian Institution Press.

Knight, Vernon James, Jr., y Vincas P. Steponaitis
1998 A new history of Moundville. En *Archaeology of the Moundville chiefdom*, editado por Vernon James Knight, Jr., y Vincas P. Steponaitis, pp. 1–25. Washington: Smithsonian Institution Press.

Kowalewski, Stephen A.
1990 Scale and complexity: issues in the archaeology of the Valley of Oaxaca. En *Debating Oaxaca Archaeology*, editado por Joyce Marcus, pp. 207–270. Anthropological Papers, Museum of Anthropology, University of Michigan, No. 84.

Kowalewski, Stephen A., Gary M. Feinman, Laura Finsten, Richard E. Blanton, y Linda M. Nicholas
1989 *Monte Albán's hinterland, part II: prehispanic settlement patterns in Tlacolula, Etla, and Ocotlán, the Valley of Oaxaca, Mexico*. Memoirs of the Museum of Anthropology, University of Michigan, No.23.

Kristiansen, Kristian
1991 Chiefdoms, states, and systems of social evolution. En *Chiefdoms: power, economy, and ideology*, editado por Timothy Earle, pp. 16–43. Cambridge: Cambridge University Press.

Laad, Edmund J., ed.
1973 *Makaha Valley Historical Project: interim report no. 4. Pacific Anthropological Records* 19. Honolulu: Department of Anthropology, Bernice P. Bishop Museum.

Langebaek Rueda, Carl H.
1991 Highland center and foothill periphery in 16th-century eastern Colombia. *Research in Economic Anthropology* 13:325–339.
1992 *Noticias de caciques muy mayores: origen y desarrollo de sociedades complejas en el nororiente de Colombia y norte de Venezuela*. Bogotá: Universidad de los Andes.
1995 *Arqueología regional en el territoria muisca: estudio de los valles de Fúquene y Susa*. University of Pittsburgh Memoirs in Latin American Archaeology No. 9. Pittsburgh: University of Pittsburgh y Bogotá: Universidad de los Andes.
1996 La arqueología después de la arqueología en Colombia. En *Dos lecturas críticas: arqueología en Colombia*, pp. 9–42. Santafé de Bogotá: Fondo de Promocíon de la Cultura.

Lehman, Henri
1944 Arqueología de Moscopán. *Revista del Instituto Etnológico Nacional* 1:657–670.

Linares, Olga
1977 *Ecology and the arts in ancient Panama: on the development of social rank and symbolism in the central provinces*. Dumbarton Oaks Studies in Pre-Columbian Art and Archaeology, No. 17.

Llanos Vargas, Héctor
1988 *Arqueología de San Agustín: pautas de asentamiento en el cañón del Río Granates—Saladoblanco*. Bogotá: Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales del Banco de la República.
1990 *Proceso histórico prehispánico de San Agustín en el Valle de Laboyos (Pitalito—Huila)*. Bogotá: Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales del Banco de la República.
1993 *Presencia de la cultura de San Agustín en la depresión cálida del valle del Río Magdalena: Garzón—Huila*. Bogotá: Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales del Banco de la República.
1995 Los chamanes jaguares de San Agustín: génesis de un pensamiento mitopoético. Santafé de Bogotá: H. Llanos Vargas.
1995 *Montículo funerario del Alto de Betania (Isnos): territorialidad y espacio de los muertos en la cultura de San Agustín*. Santafé de Bogotá: Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales del Banco de la República e Instituto Colombiano de Antropología.
1996 El surgimiento y desarrollo histórico de la cultura de San Agustín: algunas consideraciones sobre la problemática del suroccidente de Colombia y el Ecuador. *Revista de Arqueología Americana* 11:42–56.
1999 *Asentamientos aborígenes en la llanura de Matanzas, tierra fértil de San Agustín*. Bogotá: Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales del Banco de la República.

Llanos Vargas, Héctor, y Anabella Durán de Gómez
1983 *Asentamientos prehispánicos de Quinchana, San Agustín*. Bogotá: Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales del Banco de la República.

Llanos Vargas, Héctor, y Hernán Ordóñez Hurtado
1998 Viviendas y tumbas en los altos de Lavaderos del valle del Río Granadillos, San Agustín (El Rosario). Santafé de Bogotá: Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales del Banco de la República.

Lleras Pérez, Roberto, y Carl H. Langebaek Rueda
1987 Producción agrícola y desarrollo sociopolítico entre los Chibchas de la Cordillera Oriental y Serranía de Mérida. En *Chiefdoms in the Americas*, editado por Robert D. Drennan y Carlos A. Uribe, pp. 251–270. Lanham, Maryland: University Press of America.

Logan, Michael H., y William T. Sanders
1976 The model. En *The Valley of Mexico: studies in pre-hispanic ecology and society*, editado por Eric R. Wolf, pp. 31–58. Albuquerque: University of New Mexico Press.

Lothrop, Samuel Kirkland
1937 *Coclé: an archaeological study of central Panama, part 1*. Memoirs of the Peabody Museum of Archaeology and Ethnology, Harvard University, Vol. 7.
1942 *Coclé: an archaeological study of central Panama, part 2*. Memoirs of the Peabody Museum of Archaeology and Ethnology, Harvard University, Vol. 8.

Manzanilla, Linda, ed.
1986 *Unidades habitacionales mesoamericanas y sus áreas de actividad*. México, D.F.: Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México.

Marcos, Jorge
1987 Los campos elevados de la cuenca del Guayas, Ecuador: el proyecto Peñón del Río. En *Pre-hispanic agricultural fields in the Andean region*, editado por William H. Denevan, Kent Mathewson, y Gregory Knapp, pp. 217–224. Oxford: BAR International Series 359(ii).
1988 *Real Alto: la historia de un centro ceremonial Valdivia (biblioteca ecuatoriana de arqueología, vols. 4 y 5)*. Quito: Coporación Editora Nacional y Guayaquil: Escuela Politécnica Superior del Litoral, Centro de Estudios Arqueológicos y Antropológicos.

Martínez, V.L.
1987 Campos elevados al norte del sitio arqueológico Peñón del Río, Guayas, Ecuador. En *Pre-hispanic agricultural fields in the Andean region*, editado por William H. Denevan, Kent Mathewson, y Gregory Knapp, pp. 267–277. Oxford: BAR International Series 359(ii).

Mayer-Oakes, William
1960 A developmental concept of pre-Spanish urbanization in the Valley of Mexico. *Middle American Research Records* 2:165–176. New Orleans: Middle American Research Institute, Tulane University.

McGuire, Randall H.
1983 Breaking down cultural complexity: inequality and heterogeneity. En *Advances in archaeological method and theory vol. 6*, editado by Michael B. Schiffer, pp. 91–142. New York: Academic Press.

Millon, René
1973 *The Teotihuacán map*. Austin: University of Texas Press.

Moreno González, Leonardo
1991 *Pautas de asentamiento agustinianas en el noroccidente de Saladoblanco (Huila)*. Bogotá: Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales del Banco de la República.
1995 *Arqueología de San Agustín: patrones de poblamiento prehispánico en Tarqui—Huila*. Bogotá: Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales del Banco de la República.

Moseley, Michael E., y Kent C. Day, eds.
1982 *Chan Chan: Andean desert city*. Albuquerque: University of New Mexico Press.

Muse, Michael, y F. Quintero
1987 Experimentos de reactivación de campos elevados, Peñón del Río, Guayas, Ecuador. En *Pre-hispanic agricultural fields in the Andean region*, editado por William H. Denevan, Kent Mathewson, y Gregory Knapp, pp. 249–266. Oxford: BAR International Series 359(ii).

Narroll, Raoul
1962 Floor area and settlement population. *American Antiquity* 27:587–589.

Parsons, Jeffrey R.
1972 Archaeological settlement patterns. *Annual review of anthropology* 1:127–151.

Patterson, Thomas
1965 Ceramic sequences at Tierradentro and San Agustín, Colombia. *American Antiquity* 31:66-73.

Peregrine, Peter N.
1992 *Mississippian evolution: a world-system perspective*. Monographs in World Archaeology No. 9. Madison: Prehistory Press.

Pérez de Barradas, José
1943 *Arqueología agustiniana: excavaciones arqueológicas realizadas de marzo a diciembre 1937*. Bogotá: Imprenta Nacional.
1954 *Orfebrería prehispánica de Colombia: estilo Calima*. Bogotá: Banco de la República.
1966 *Orfebrería prehispánica de Colombia: estilos Quimbaya y otros*. Bogotá: Banco de la República.

Plazas, Clemencia, y Ana María Falchetti
1983 Tradición metalúrgica del suroccidente colombiano. *Boletín del Museo del Oro* 14:1–32.
1986 Patrones culturales en la orfebrería prehispánica de Colombia. En *Metalurgia de América precolombina*, editado por Clemencia Plazas, pp. 210–246. Bogotá: Banco de la República.
1990 Manejo hidráulico Zenú. En *Ingenierías prehispánicas*, editado por Santiago Mora Camargo, pp. 151–171. Bogotá: Fondo Fen Colombia e Instituto Colombiano de Antropología.

Plazas, Clemencia, Ana María Falchetti, Juanita Sáenz Samper, y Sonia Archila
1993 *La sociedad hidráulica Zenú: estudio arqueológico de 2.000 años de historia en las llanuras del Caribe colombiano*. Bogotá, Banco de la República, Museo del Oro.

Preuss, Konrad Theodor
1931 *Arte monumental prehistórico: excavaciones hechas en el Alto Magdalena y San Agustín (Colombia), comparación arqueológica con las manifestaciones artísticas de las demás civilizaciones americanas*. Bogotá: Escuelas Salesianas de Tipografía y Fotograbado.

Price, Barbara J.
1984 Competition, productive intensification, and ranked society: speculations from evolutionary theory. En *Warfare, culture, and environment*, editado por R.B. Ferguson, pp. 209–240. Orlando: Academic Press.

Quattrin, Dale W.
1995 *Interaction and exchange during the Formative period (1000 B.C.–A.D.1) in the Valle de la Plata, Colombia*. Disertación doctoral, Departamento de Antropología, Universidad de Pittsburgh.
2000 *Cacicazgos prehispánicos en el Valle de la Plata, tomo 4: economía vertical, intercambio, y cambio social en el período Formativo*. University of Pittsburgh Memoirs in Latin American Archaeology, No. 11. Pittsburgh: University of Pittsburgh y Bogotá: Universidad de los Andes.

Raymond, J. Scott
1988 Subsistence patterns during the early Formative in the Valdivia Valley, Ecuador. En *Diet and subsistence: current archaeological perspectives*, editado por B.V. Kennedy y G.M. Lemoine, pp. 159–164. Proceedings of the nineteenth annual conference of the Archaeological Association of the University of Calgary. Calgary: University of Calgary Archaeological Association.

Redmond, Elsa M.
1994 *Tribal and chiefly warfare in South America*. Memoirs of the Museum of Anthropology, University of Michigan, No. 28.

Redmond, Elsa M., y Charles S. Spencer
1990 Investigaciones arqueológicas en el piedemonte y los Llanos altos de Barinas, Venezuela. *Boletín de la Asociación Venezolana de Arqueología* 5:4–24.

Reichel-Dolmatoff, Gerardo

1965 *Colombia*. New York: Praeger.

1972 *San Agustín: a culture of Colombia*. London: Thames and Hudson.

1975 *Contribuciones al conocimiento de la estratigrafía cerámica de San Agustín, Colombia*. Bogotá: Biblioteca Banco Popular.

1982 Colombia indígena: período prehispánico. En *Manual de historia de Colombia, vol. 1*, pp 33–115. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.

Renfrew, Colin

1974 Beyond a subsistence economy: the evolution of social organisation in Neolithic Wessex. En *Reconstructing complex societies: an archaeological colloquium*, editado por C.B. Moore, pp. 69–95. Supplement to the Bulletin of the American Schools of Oriental Research, No. 20.

Rice, Prudence M.

1981 Evolution of specialized pottery production: a trial model. *Current Anthropology* 22:219–240.

Romano, Francisco

1999 Excavaciones arqueológicas en dos unidades residenciales del Clásico Regional temprano: familia y economía doméstica. *Boletín de Arqueología* 13(2):7–79.

Sánchez, Carlos Augusto

1991 *Arqueología del valle de Timaná (Huila)*. Bogotá: Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales del Banco de la República.

2000 Agricultura intensiva y delimitación territorial en las sociedades jerarquizadas prehispánicas del sur del Alto Magdalena. *Arqueología del Area Intermedia*. Santafé de Bogotá: Sociedad Colombiana de Arqueología. *en prensa*

Sanders, William T., Jeffrey R. Parsons, y Robert S. Santley

1979 *The Basin of Mexico: ecological processes in the evolution of a civilization*. New York: Academic Press.

Santa Gertrudis, Fray Juan de

1970 *Maravillas de la naturaleza*, 4 tomos. Bogotá: Biblioteca Banco Popular.

Santley, Robert S.

1984 Obsidian exchange, economic stratification, and the evolution of complex society in the Basin of Mexico. En *Trade and exchange in early Mesoamerica*, editado por Kenneth G. Hirth, pp. 43–86. Albuquerque: University of New Mexico Press.

Santley, Robert S., y Kenneth G. Hirth, eds.

1993 Prehispanic domestic units in western Mesoamerica: studies of the household, compound, and residence. Boca Raton: CRC Press.

Schortman, Edward M., y Patricia A. Urban, eds.

1992 *Resources, power, and interregional interaction*. New York: Plenum Press.

Sears, W.H.

1961 The study of social and religious systems in North American archaeology. *Current Anthropology* 2:223–246.

Service, Elman R.

1962 *Primitive social organization: an evolutionary perspective*. New York: Random House.

Shennan, Stephen

1982 Ideology, change, and the European early Bronze Age. En *Symbolic and structural archaeology*, editado por Ian Hodder, pp. 155–161. Cambridge: Cambridge University Press.

Silva Celis, Eliécer
1943 La arqueología de Tierradentro. *Revista del Instituto Etnológico Nacional* 1:117–130.
1944 La arqueología de Tierradentro (continuación). *Revista del Instituto Etnológico Nacional* 1:521–589.

Sotomayor, María Lucía, y María Victoria Uribe
1987 *Estatuaria del macizo colombiano*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología.

Spence, Michael W.
1981 Obsidian production and the state in Teotihuacán. *American Antiquity* 46:769–788.
1984 Craft production and polity in early Teotihuacán. En *Trade and exchange in early Mesoamerica*, editado por Kenneth G. Hirth, pp. 87–114. Albuquerque: University of New Mexico Press.

Spencer, Charles S.
1979 Irrigation, administration, and society in formative Tehuacán. En *Prehistoric social, political, and economic development in the area of the Tehuacán Valley: some results of the Palo Blanco Project*, editado por Robert D. Drennan, pp. 13–109. University of Michigan Museum of Anthropology, Technical Report No. 11.
1982 *The Cuicatlán Cañada and Monte Albán: a study of primary state formation*. New York: Academic Press.
1993 Human agency, biased transmission, and the cultural evolution of chiefly authority. *Journal of Anthropological Archaeology* 12:41–74.
1994 Factional ascendance, dimensions of leadership, and the development of centralized authority. En *Factional competition and political development in the New World*, editado por Elizabeth M. Brumfiel y John W. Fox, pp. 31–43. Cambridge: Cambridge University Press.

Spencer, Charles S., y Elsa M. Redmond
1992 Prehispanic chiefdoms of the western Venezuelan Llanos. *World Archaeology* 24:134–157.

Spencer, Charles S., Elsa M. Redmond, y Milagro Rinaldi
1994 Drained fields at La Tigra, Venezuelan Llanos: a regional perspective. *Latin American Antiquity* 5:119–143.

Stemper, David
1993 *La persistencia de los cacicazgos prehispánicos en el Río Daule, costa del Ecuador*. University of Pittsburgh Memoirs in Latin American Archaeology No. 7. Pittsburgh: University of Pittsburgh y Quito: Ediciones Libri Mundi.

Steponaitis, Vincas P.
1991 Contrasting patterns of Mississippian development. En *Chiefdoms: power, economy, and ideology*, editado por Timothy Earle, pp. 193–228. Cambridge: Cambridge University Press.

Taft, Mary M.
1991 *Ceramic distribution patterns in the Valle de la Plata, Colombia*. Disertación doctoral, Departamento de Antropología, Universidad de Pittsburgh.
1993 Parte segunda: patrones de producción y distribución de la cerámica. En *Cacicazgos prehispánicos en el Valle de la Plata, tomo 2: cerámica—cronología y producción artesanal*, editado por Robert D. Drennan, Mary M. Taft, y Carlos A. Uribe, pp. 105–185. University of Pittsburgh Memoirs in Latin American Archaeology, No. 5. Pittsburgh: University of Pittsburgh y Bogotá: Universidad de los Andes.

Trigger, Bruce
1968 The determinants of settlement patterns. En *Settlement archaeology*, editado por K.C. Chang, pp. 53–78. Palo Alto, California: National Press Books.

Unidad Regional de Planificación Agropecuaria
1992 *Anuario estadístico agropecuario, departamento del Huila, 1990*. Neiva: Ministerio de Agricultura, Gobernación del Huila.

Velandia Jagua, César Augusto
1994 *San Agustín: arte, estructura, y arqueología*. Bogotá: Fondo de Promoción de la Cultura del Banco Popular.

Walker, K.E.
1995 The monument today. En *Stonehenge in its landscape: twentieth-century excavations*, editado por Rosamund M.J. Cleal, K.E. Walker, y R. Montague. *English Heritage Archaeological Report* 10.

Whalen, Michael E.
1981 *Excavations at Santo Domingo Tomaltepec: evolution of a Formative community in the Valley of Oaxaca, Mexico*. Memoirs of the Museum of Anthropology, University of Michigan, No. 12.

Wilk, Richard R., y Wendy Ashmore, eds.
1988 *Household and community in the Mesoamerican past: case studies in the Maya area and Oaxaca*. Albuquerque: University of New Mexico Press.

Willey, Gordon R.
1953 *Prehistoric settlement patterns in the Virú Valley, Peru*. Smithsonian Institution Bureau of American Ethnology *Bulletin* 155. Washington D.C.: United States Government. Printing Office.

Wilson, David J.
1988 *Prehispanic settlement patterns in the lower Santa Valley, Peru: a regional perspective on the origins and development of complex north coast society*. Washington: Smithsonian Institution Press.

Wolf, Eric R., ed.
1976 *The Valley of Mexico: studies in pre-hispanic ecology and society*. Albuquerque: University of New Mexico Press.

Zeidler, James A.
1984 *Social space in Valdivia society: community patterning and domestic structure at Real Alto, 3000–2000 B.C.* Disertación doctoral, Departamento de Antropología, Universidad de Illinois, Urbana.
1991 Maritime exchange in the early Formative period of coastal Ecuador: geopolitical origins of uneven development. *Research in Economic Anthropology* 13:247–268.

Zeigert, Helmut
1962 Zur chronologie del Tierradentro- und San-Agustin-kultur (Kolumbien). *Zeitschrift fur Ethnologie* 87:51–55.

Zeitlin, Robert N.
1978 Long-distance exchange and the growth of a regional center on the southern Isthmus of Tehuantepec, Mexico. En *Prehistoric coastal adaptations: the economy and ecology of maritime Middle America*, editado por Barbara L. Stark y Barbara Voorhies, pp. 183–210. New York: Academic Press.
1982 Toward a more comprehensive model of interregional commodity distribution: political variables and prehistoric obsidian procurement in Mesoamerica. *American Antiquity* 47:260–275

IMPRENTA
NACIONAL
DE COLOMBIA

ISBN 958-96930-3-2
9 789589 693032